
ANTES Y
DESPUÉS,
PERO
CONTIGO
CARLOTA MANZANO

ANTES Y DESPUÉS, PERO CONTIGO

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Antes y después, pero contigo

Carlota Manzano

©noviembre, 2024.

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Capítulo 1



«Para todo hay un antes y un después en la vida, lo único que no se puede prever es cuándo y dónde se dará. Incluso lo negativo puede llevarte directa a una gran oportunidad, por muy difícil que resulte de ver en un principio. Hay un mundo de posibilidades ahí fuera, esperando a que te atrevas a que sucedan, solo debes tener el valor de amar y cuidar lo que llega a tu vida, por muy inesperado que sea».

Lena

—Parece que no llega nunca el final…

Miré de reojo la hora que marcaba la pantalla táctil del coche. Las dos y media de la madrugada. Cogí una bocanada de aire y centré la vista de nuevo en la carretera. Estaba lloviendo, pero, por suerte, era la única que circulaba en los dos sentidos. Superaba la velocidad permitida por muchos kilómetros. No me importaba, desde hacía muy poco nada lo hacía, excepto llegar al destino que me había marcado.

Me dolía el pecho, lo que me impedía respirar con normalidad. Me retiré con rabia los restos de humedad de la cara. ¿Cómo puede cambiar tanto la vida de la noche a la mañana? Bueno, era un decir porque no había sido tan repentino, simplemente no lo había visto venir y ahora me encontraba en un callejón del que me estaba costando salir, sola.

Me había alejado sin decir nada, necesitaba tomar la máxima distancia de los que me importaban. Mi salida había sido precipitada, tanto que había metido en una maleta y en una mochila de viaje las cosas a lo loco. Con las horas que llevaba conduciendo me había dado tiempo a hacer un recuento del contenido. Me faltarían, por lo que no me quedaría otra que comprarme nuevas, pero la urgencia había primado como para pararme a pensar en lo que iba a necesitar en el lugar al que iba.

Dejé salir el aire despacio y tragué saliva varias veces, en un intento de que el nudo que tenía en la garganta se minimizara. No conseguí una mierda, imposible relajarme hasta que llegara. Miré por unos segundos por el retrovisor interno, como tantas veces hacía cada vez que conducía.

En este caso no tenía mucho sentido porque al rodearme la oscuridad si hubiera tenido algún vehículo detrás lo habría sabido por la luz de los faros. Igualmente lo hice porque era como un tic repetitivo siempre que me movía en coche. Continuaba completamente despejado, tanto por la parte trasera como por la delantera no se veía absolutamente nada.

La carretera más solitaria y vacía no podía estar. Era una de montaña, con unas curvas interminables que serpenteaban a lo largo de muchos kilómetros. Miré de reojo el mapa que tenía abierto en el asiento del copiloto. Tenía gracia que con toda la tecnología que había a mi lado, tanto la del coche como la del móvil, tuviera que estar guiándome a la antigua usanza.

Así era, no me había atrevido a poner ningún dato utilizando algo que se podía rastrear fácilmente. Ya puestos, a paranoica no me ganaba nadie. Ni idea si mi pensamiento era correcto, pero no iba a cometer ningún fallo que me costara demasiado.

A pesar de ello, dentro de mi estado me sentía segura. El vehículo me lo habían dejado por una buena temporada, a saber, por cuánto. El teléfono era nuevo, de tarjeta prepago. Lo compró una persona de mi total confianza para mí, al contado. No supe si sería suficiente. Lo había hecho para sentir un poco de seguridad y tranquilidad, sin pararme a pensar, pero había intentado tomar todas las precauciones dentro de mi experiencia y de mis conocimientos sobre el tema.

Estaba cansada, necesitaba parar y bajarme con urgencia para estirar las piernas, pero, sobre todo, para espabilarme porque más de una vez había sentido que los párpados me pesaban y por la carretera por la que iba, tener un descuido o un mínimo despiste suponía muchísimo riesgo. Pisé más a fondo el acelerador y subí el volumen de la música para que el de los limpiaparabrisas no acaparara mi atención. Trabajaban al máximo.

No se veía mucho, por no decir que más allá de la iluminación de las luces de largo alcance era imposible distinguir lo que había. Entre la noche cerrada, que la vía no tenía iluminación y que la lluvia complicaba aún más la visibilidad…

—¿Cuánto tiempo faltará? —susurré pensativa— Mierda.

Estaba acostumbrada a poner una dirección en el GPS y ver los kilómetros y la hora aproximada de llegada si no bajaba la velocidad en el recorrido. Volví a prestar atención al mapa. Lo cogí y lo puse apoyado en el volante, mientras separaba un poco el pie del acelerador. Ni puñetera idea, esa fue la conclusión a la que llegué. Soltando un suspiro lo aparté y puse el coche a la misma velocidad que llevaba anteriormente.

—Joder, por esta zona no reposta nadie ¿o qué? —Bufé quejándome.

No me había encontrado con ninguna gasolinera desde que cogí el desvío de esta carretera, y ya llevaba recorridos más de setenta kilómetros interminables y pesados. No es que necesitara llenar el depósito, estaba a la mitad, aunque si la encontraba aprovecharía para hacerlo, para continuar tranquila.

Mi único propósito si veía una era pararme para salir y ya de paso, tomarme un café fuera como fuera, de máquina o de los que se conservaban en neveras. Cafeína y que el aire me enfriara por completo, eso es lo que buscaba con urgencia.

En el coche con la calefacción se estaba perfectamente, pero la temperatura del exterior era baja. Trece grados marcaba el indicador e iba descendiendo porque hacía muy poco que en la pantalla táctil ponía quince. Dejé salir el aire lentamente varias veces, hasta que en la última contuve la respiración directamente.

De lo primero de lo que fui consciente fueron de las luces azules que iluminaron el camino, desde la parte trasera. Lo segundo, de las ráfagas de luces del coche que me seguía de cerca.

—Joder. —Golpeé el volante—. ¡El único vehículo que me encuentro y tiene que ser de la policía! —me lamenté.

Fui reduciendo la velocidad hasta que me paré en la cuneta. No era amplia, pero no había más opciones, a no ser que me parara en el carril. Por el espejo retrovisor vi bajarse a dos hombres, uno vestido de uniforme y otro con ropa informal. Tragué saliva notando cómo los nervios se apoderaban de mí.

El que identifiqué como policía, porque era obvio, se cubrió la cabeza con una capucha para protegerse del agua, el otro, a pesar de que llevaba un abrigo que también tenía, no hizo el intento de protegerse de la lluvia. Caminaron hasta mi coche sin prisa, alumbrándose con una linterna.

Cerré los ojos por unos segundos y cuando los abrí, miré de reojo hacia la ventanilla. El de uniforme estaba parado al otro lado de ella, enfocándome con la linterna. Al no ver ningún movimiento por mi parte dio varios golpes con los nudillos en el cristal. La bajé pocos centímetros.

—Abra más —me pidió y resoplé.

Fue una reacción espontanea que no controlé. El policía levantó una ceja sin dejar de observarme.

—Buenas noches —saludé como si nada, con la esperanza de salir indemne de lo que había hecho.

«De la multa no te libras», me dije y repetí. Normal, continué hablando para mí.

—¿Sabe a qué velocidad iba? Como puede ser que, por una carretera de estas características, con las condiciones que hay por el temporal y sin visibilidad, superara los ciento veinte kilómetros por hora. Es inaudito, su coche ha culeado en las curvas al patinar.

—Lo lamento, no me he dado cuenta —susurré. Su expresión fue de no creerme, lógico y normal. Motivo por el que continué—. Sé a qué velocidad iba —carraspeé—, bueno, al menos

hasta cierta parte de la carretera. La verdad es que me he despistado porque la urgencia de salir de esta zona ha podido más, por eso corría tanto. ¿Sabe si hay alguna gasolinera cerca? Llevo bastante recorrido y no he encontrado una.

—¿Se encuentra bien? —Frunció el ceño.

—Eh… Sí, claro. —Tragué saliva muy sutilmente.

Mis ojos me habían delatado. ¿Bien? Debía tenerlos rojos o como mínimo en ellos se podía diferenciar que había estado llorando. Evité mirarlo directamente.

—¿No le funciona el sistema electrónico del coche? —Preguntó enfocando la luz de la linterna en el mapa abierto.

—Sí, pero soy de la vieja escuela cuando viajo. —Di varios golpecitos con los dedos sobre él.

Me observó con curiosidad y sin entenderme.

—Entonces referente a un móvil…

—Tengo, pero no lo uso mucho.

Una gran mentira, pero como él no lo sabía…

—Deme la documentación del vehículo y la suya —me pidió.

Maldiciendo por dentro me incliné hacia la guantera. La abrí y la busqué, al igual que hice con la mía sacándola de la mochila, de dentro del monedero. Dudé en dársela porque se iba a mojar.

—Déjela dentro de la carpeta, me lo llevo todo al coche —volvió a pedirme al ver mi indecisión.

Con una mueca que él no vio, lo guardé todo y bajé más la ventanilla para sacarla por ella. La cogió y se alejó hasta su coche. Observé por el espejo retrovisor externo de mi lado cómo entraba en él. El otro hombre que iba vestido de calle no se movió. Cruzado de brazos, con las piernas un poco separadas, recto y sin importarle la lluvia que le caía encima, no apartó la atención de mí.

¡Cómo si fuera a huir! Parecía que estaba esperando a que hiciera algún movimiento para lanzarse a abrirme la puerta. Si su intención fue la de intimidarme iba apañado, lo único que me fastidiaba de la situación era no poder continuar mi camino tranquila y rápido, y ya puestos, sin que me multaran. Lo último era poco probable, pero me aferré a la esperanza porque…

Miré directamente al hombre y me fijé en cómo era. Tenía el pelo mojado, obviamente. Varios mechones le caían por la frente. Pelo oscuro, aunque difícil identificar el color al no tenerlo seco y por la oscuridad de fuera. Las facciones de la cara las tenía marcadas, libre de obstáculos. No tenía barba o algo parecido. Sus ojos eran de color oscuro, al menos en medio de

la noche, y sus labios con el grosor perfecto que armonizaba con su imagen. Alto y de hombros anchos. No me hizo falta salir para comprobarlo, tuve suficiente con ver lo que su cuerpo sobresalía del techo del coche. Superaba por varios centímetros al del policía. Y lo de los hombros anchos… Era visible porque el abrigo se los marcaba, a pesar de que era grueso.

Me quedé tan pensativa haciéndole un repaso en condiciones, que cuando me di cuenta y lo miré a la cara de nuevo, tenía las dos cejas levantadas, haciéndome una pregunta silenciosa clara: «¿Qué miras?»

Desvié la mirada y la centré hacia delante, nerviosa. Me concentré en los limpiaparabrisas que seguían moviéndose y en subir la calefacción porque al tener la ventanilla medio bajada, entraba el agua y el frío había hecho desaparecer el calor del interior. Sentí varios escalofríos.

—El coche no es suyo. —Me sobresalté al oír la voz del policía, no me había dado cuenta de que había regresado.

—No, es de un buen amigo —susurré intentando no mostrar los nervios que me provocaba que continuara insistiendo.

—¿Ha bebido?

—No, ni siquiera café. Por eso quiero encontrar una gasolinera, y para estirar las piernas.

—Faltan unos veinte kilómetros para llegar a la única que hay en esta carretera, en tiempo y con estas condiciones, serán unos cuarenta minutos. A una velocidad baja y recomendable. —Lo último lo dijo levantando una ceja.

—Gracias —sonreí un poco.

—Todo está en regla y no consta que haya cometido ninguna infracción desde que tiene el carné de conducir —asentí—. No voy a multarla, pero iremos detrás de usted, por lo tanto, no se le ocurra pisar el acelerador más de lo debido porque la próxima vez no tendrá tanta suerte —me advirtió.

—Muchas gracias, le prometo que circularé con cuidado —asintió.

—La seguimos de cerca. —Fue lo último que dijo, mientras me devolvía la documentación.

Se alejó rápido yendo de vuelta a su coche. Levanté la mirada encontrándome con la del hombre que no había abierto la boca en ningún momento. Por unos segundos no tuvo la intención de moverse, con la atención puesta en el interior del vehículo y en mí. Entrecerré ligeramente los ojos, deseando que tomara la dirección del agente. Su observación me estaba alterando más de lo que me encontraba de por sí, y no era nada bueno que sucediera.

Solté de golpe el aire que retenía sin darme cuenta, cuando igual de serio se giró y empezó a caminar. Lo seguí con la vista por el espejo retrovisor. Respiré profundo varias veces. No sabía

cómo me había librado, pero el resultado había sido favorable. Negué mientras sonreía guardando rápido la carpeta en la guantera y mi documentación en el monedero, el que regresé a la mochila.

Me incorporé despacio a la carretera y avancé de la misma forma. Demasiado lento para mí y en mis condiciones, pero no podía hacerlo de otra forma porque bastante suerte había tenido. Ya había visto por anticipado la multa en mis manos y era algo que quería evitar a toda costa.

Conduje con precaución y muy pocos minutos más de los que me dijo el agente, vi delante de mí la gasolinera iluminada. Cuando puse el intermitente y me desvié, el coche de policía pasó de largo por mi lado, continuando su camino. Por fin, pude relajarme porque lo de sentirme observada no iba conmigo.

Cuando paré el motor en un lateral, cerré los ojos y recosté la cabeza en el asiento, sintiéndome agotada. Así continué durante un rato, se me fueron las ganas de golpe de bajar del coche. Lo hice porque realmente lo necesitaba, después de ponerme el abrigo. El frío me dio una buena bofetada y me abracé el cuerpo, caminando ligera hacia el interior de la gasolinera.

Agradecí que se pudiera entrar a esas horas.

—Buenas noches. —Me dirigí al hombre que estaba sentado detrás del mostrador viendo un pequeño televisor que colgaba de la pared.

—Buenas noches.

—¿Es posible tomarme un café caliente? —dije acercándome a él.

—Claro, ¿café solo? —me preguntó mientras se levantaba.

—No, con leche. Gracias.

—Enseguida. —Se fue hacia una esquina.

Yo aproveché para coger unos caramelos, varias bolsas de patatas y otro café, pero de la nevera para tomármelo más tarde. No tenía ni idea de cuánto tiempo continuaría conduciendo.

Lo dejé todo en el mostrador, él ya me esperaba con el café. Le eché el azúcar y lo removí, para después ponerle la tapa.

—¿Sabe dónde queda este pueblo? —Se lo mostré en la pantalla del móvil mientras me cobraba.

—Por supuesto —sonrió—. Está a tan solo unos cuarenta kilómetros de aquí.

—¿En serio? —solté un suspiro.

—Lo peor ya lo ha hecho. —Me hizo un guiño—. Es el primer pueblo que encontrará desde esta carretera.

—Muchas gracias —dije guardando el dinero en efectivo que me devolvió.

—Mala noche para estar conduciendo.

—Sí, me suele suceder. Lo de ser inoportuna. —Le aclaré por su expresión de interrogación.

Me despedí de él y cogí la bolsa donde guardó la compra. Al salir, me quedé al resguardo de la lluvia en el pequeño techado de la entrada, bebiéndome el café. Descarté el llenar el depósito, por la distancia que me había dicho tenía gasolina de sobra.

—Estoy cerca, Dan —susurré tragando saliva, recordando a mi amigo. Me dirigí a él como si pudiera oírme.

No tenía que buscar alojamiento, tampoco había hecho ninguna reserva. Iba directa hacia una pequeña casa que era de Dan, se la dejaron sus abuelos en herencia. Desde que ellos faltaron, mi amigo solo había estado en ella una única vez, ya hacía muchos años. La casa sería el final de mi viaje, uno en el que esperaba poder descansar porque hacía varios días que no me permitía cerrar los ojos.

Demasiados nervios, demasiadas sensaciones… un cúmulo de sentimientos difíciles de controlar.

Capítulo 2

Kyan

—Pensaba que ibas a multarla —dije mirando de reojo a Robin.

—Por lo visto esta noche me ha dado por ser un alma caritativa —sonrió de medio lado—. Ha faltado muy poco para que lo haga. —Se encogió de hombros.

Fijé los ojos en cómo el coche de delante se incorporaba a la carretera y empezaba a circular. Robin hizo lo mismo, a cierta distancia, pero siguiéndolo de cerca.

—¿No te has dado cuenta de cómo estaba la chica? —Noté su mirada, pero no aparté la atención de delante.

—Era obvio que había llorado —respondí en tono bajo.

—¿Te acuerdas de cómo circulabas por esta misma carretera cuando murieron tus padres y al mismo tiempo Celia te dejó?

—Sé dónde quieres ir a parar, pero no hace falta… Es lo primero que me ha venido a la cabeza.

—Al menos la chica ha sido más prudente que tú aquella vez, porque me volví loco persiguiéndote para que pararas o aminoraras la velocidad. Cuando lo hiciste, me bajé del coche con un ataque de ansiedad. Recorriste las curvas a ciento ochenta kilómetros por hora, por medio de los carriles —negó.

—Te he dicho que no hacía falta meter el dedo en la llaga. —Puse los ojos en blanco, provocando que soltara una carcajada.

—Los cojones, te lo repetiré siempre que tenga la oportunidad porque casi consigues que me dé un jodido infarto.

—¿Por seguirme e igualar mi velocidad? —sonreí de medio lado cuando bufó

— ¿Qué crees que le habrá pasado? —Me referí a la chica.

—Ni idea, tío. —Se encogió de hombros—. Al menos, lo que queda de carretera complicada va a estar controlada.

—¿Quién, hoy día, todavía utiliza los mapas en papel? —hablé pensativo.

—¿Las personas que rechazan que unas máquinas los guíen? —Rio.

—Ya… Me resulta curioso.

—Lo curioso es que hayas querido hacerme compañía hasta que termine el turno.

—De nada, ¿eh?

—Por mí me alegro, pero a estas horas tú podrías estar durmiendo a pierna suelta en la cama o viendo alguna película tumbado en el sofá.

—Mañana —aseguré.

—Te has puesto chorreando.

—Aquí se está bien. —Subí un poco la calefacción y dirigí las salidas de aire para que me dieran directamente.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato, mientras recorríamos la carretera de curvas. No pude quitarme de la cabeza que algo no andaba bien en el coche de delante, me refiero al interior y más concretamente a la única persona que lo ocupaba.

Por muy reacio que uno sea a la tecnología, ¿quién no la utilizaría por una zona desconocida? Estaba claro que la chica no era de algunos de los pueblos que estaban próximos a antes de tomar el desvío de esta vía, si lo hubiera sido conocería perfectamente por dónde iba y no habría preguntado por una gasolinera.

Como, ni mucho menos, vivía en primer pueblo que se encontraría en la dirección en la que iba. Más que nada porque Robin y yo habíamos crecido en él. Vivíamos allí y conocíamos a todos los habitantes, en mayor o menor medida, aunque fuera de vista.

Siendo la hora que era, de madrugada, y con el temporal que teníamos encima, no podía apartar todas las dudas que me creaba. A través de la ventanilla había analizado perfectamente el interior de su coche, incluida a ella. No por nada, me refiero a lo primero. Exceptuando el mapa abierto, que tampoco es que fuera nada del otro mundo, pero sí curioso, todo lo que encontré con la vista era lo habitual: una mochila tipo bolso en el asiento del copiloto, un abrigo doblado debajo y encima de las dos cosas el mapa. La parte trasera estaba despejada. Poco más había en el interior que destacara.

Sobre la chica, digamos que no me había cortado en prestarle la misma atención que había recibido de ella. Aunque debo decir que yo había sido mucho más disimulado, pasando desapercibido, tanto, que no había sido evidente ante sus ojos. Llevaba unos pantalones vaqueros de color gris y un jersey de lana en tono rosa. El pelo lo tenía recogido como en una especie de moño suelto del que se le escapaban varios mechones y le rozaban la cara. Una cara preciosa y llamativa, todo hay que decirlo, porque lo que es, es. Sus labios eran carnosos en su justa medida, su nariz pequeña acompañando a sus finas facciones.

El movimiento de sus manos e incluso las expresiones que había hecho, algunas espontáneas de las que no había sido consciente me habían indicado lo nerviosa que estaba. Pero claro, podía deberse a que Robin la había parado y el tío vestido de policía imponía bastante, sumadle a ello el uniforme y ya tenías el conjunto al completo. Y teniendo en cuenta que la habíamos pillado con un gran exceso de velocidad.

Me quedé sorprendido cuando acortamos la distancia con su coche, al ver cómo tomaba las curvas y el vehículo culeaba, con las ruedas deslizándose y patinando sobre el asfalto mojado. Mi primer pensamiento fue que quien conducía iba bebido, pero al llegar hasta su ventanilla, tanto a Robin como a mí, nos quedó claro que el alcohol quedaba descartado esa noche.

Su habla, sus gestos rápidos y sus pupilas, así nos lo habían indicado. Referente a sus ojos… Sí, los dos vimos enseguida que los tenía enrojecidos e incluso las pestañas se veían húmedas. Eran de color claro, no supe distinguir si azules o verdes. «¿Qué lleva a una chica a aventurarse por un lugar desconocido a altas horas de la madrugada y en el estado en el que parecía estar? Buena pregunta», me dije.

Era evidente que le había sucedido algo, el tema era ¿el qué? Ni puñetera idea y no iba a saberlo. Cuando dejamos las curvas atrás y al llegar a una recta, la gasolinera se presentó a cientos de metros por delante de nosotros. Ella puso el intermitente y pasamos de largo cuando se incorporó al carril que la llevaba directa y en el que tuvo que aminorar la velocidad por la curva pronunciada que había.

Giré la cabeza hacia la derecha, cuando Robin pasó a su altura bajando la velocidad. La chica no desvió la atención de delante y la pude observar de nuevo por un breve espacio de tiempo. Daba la sensación de cansada y que se frotara los ojos dos veces, me confirmó hasta qué punto necesitaba parar.

No tenía ni puñetera idea hacia dónde se dirigía y cuál sería el final de su ruta, lo único que tuve claro es que, si no dormía un poco y se tomaba su tiempo, se le complicaría la noche.

—Ya está —habló Robin.

—Sí. —Miré hacia delante—. ¿Cómo se llama?

—Lena —asentí—. Y…

—¿Qué? —Lo miré de reojo.

—Que continues, que tienes ganas de seguir preguntándome. —Rio—. Te conoceré yo… —negó.

—Los finales de los turnos no te sientan nada bien. —Levanté una ceja, mirándolo directamente.

—Claro —sonrió de medio lado—. Se llama Lena y por lo que pone en su documentación, la que es fiable, vive bastante lejos de aquí.

—¿A cuánta distancia? —Centré la vista al frente.

—Unos cuatrocientos kilómetros. —Fruncí el ceño.

—¿El coche de quién es?

—Está a nombre de Dan Marín —asentí.

—Has dicho que está todo en regla.

—Así es —confirmó—. ¿Quieres que dé la vuelta y paremos también en la gasolinera?

Giré despacio la cabeza hacia él, muy, pero que muy despacio. Su tono de voz divertido y que estuviera apretando los labios, conteniéndose, me tocaron la moral.

—¿Tienes problemas de contención a tu edad? Si necesitas desahogarte para en la cuneta. —Soltó una carcajada—. Si no es el caso, ya va siendo hora de que lleguemos.

—Ahora te entran las prisas —continuó riendo.

Lo ignoré, dejé que siguiera avanzando feliz de la vida, sin decir nada más al respecto. No iba a rebatirlo porque sí, me entraron ganas de llegar a mi casa y de encerrarme en ella. No sé por qué, pero esa fue la sensación que tiró con fuerza de mí.

Media hora más tarde, entramos al pueblo y Robin tomó la dirección de mi casa, para dejarme en ella antes de ir a la central para terminar la noche.

—¿Nos vemos hoy? —me preguntó cuando abría la puerta.

Por la hora que era ya era sábado, el fin de semana no trabajábamos ninguno de los dos.

—¿Quedamos para desayunar? —le propuse.

—Perfecto, pero sin madrugar que es muy tarde, ¿eh?

—A las diez. —Levanté una ceja. Ya era demasiado tarde era para mí.

—Me va bien —sonrió de medio lado.

—Cómo te gusta pegarte a las sábanas —negué bajando.

—Y a lo que haga falta —dijo en alto.

Solté una carcajada de la que me quedó una sonrisa mientras metía la llave en la cerradura. Sin encender ninguna luz me dirigí hacia la habitación. Enseguida agradecí la temperatura cálida del interior. Me desvestí dejando la ropa que todavía estaba húmeda colgada de una silla y en el perchero, y me puse un pantalón largo y cómodo de pijama. No necesitaba nada más hasta que amaneciera.

Pasé por el baño para quitarme con una toalla la humedad de la cabeza que, en poco tiempo, desde el coche hasta la puerta de casa, había vuelto a mojárseme. Caminé hasta la ventana y bajé un poco la persiana. Apoyé una mano en el marco con la vista fija en la lluvia que todavía seguía cayendo con intensidad.

Por unos largos minutos me aislé de todo, menos de lo que tenía delante. Pensativo, dejé vagar la mente. Ni siquiera supe en lo que pensé ni por cuánto tiempo, cuando sacudí la cabeza, al haberme quedado ido.

Me metí entre las sábanas cubierto por el nórdico y antes de cerrar los ojos comprobé la hora que era. Demasiado tarde, pasaban de las cuatro y media de la madrugada. Solté el aire despacio y me acomodé, tapándome la cara con un brazo.

Mi jornada laboral había terminado a las tres de la tarde, fui a comer con Robin y quedamos, por petición mía, en que pasara a buscarme sobre las nueve de la noche para acompañarlo hasta finalizar la suya. Era consciente de lo pesada que se hacía la noche dentro del coche, viendo pasar lentamente las horas.

No tenía nada mejor que hacer, a pesar de que era viernes. Ni siquiera salir para despejarme tomando una copa o una cerveza, no me había apetecido. Ya lo haríamos durante el fin de semana, el que empezaríamos encontrándonos a la hora que le había dicho.

Me giré quedándome de lado, con los ojos abiertos en mitad de la oscuridad. Centré la vista en la ventana que había dejado a medio bajar. Por ella se colaba muy poca claridad, pero se notaba la diferencia con el contraste del interior de la habitación, mientras el agua resbalaba por el cristal.

Me pregunté si la mujer del coche habría emprendido la marcha rápido, sin demorarse mucho en la gasolinera. Y me sorprendí a la vez, por la preocupación que me entró al pensar que hubiera tomado esa decisión. Sabía perfectamente lo que era estar jodido y todos los síntomas que había visto en ella indicaban que así era.

Intranquilo, sin motivo aparente, me removí en la cama sin poder conciliar el sueño. Me agobié al no conseguir dormirme conforme los minutos fueron pasando, con el pensamiento de que como no consiguiera hacerlo pronto, no descansaría una mierda, ni siquiera un par de horas.

La última vez que fui consciente de mirar la hora eran las cinco y cuarenta. Me pareció raro el insomnio repentino y más cuando cada vez que llovía, caía en un sueño profundo al instante. Me relajaba y me encantaba escuchar el sonido característico del agua en el exterior.

Capítulo 3



Lena

Me faltó poco para ponerme a bailar en el asiento del conductor, o al menos, hacer una pequeña simulación. Me puse contenta al ver el letrero con el nombre del pueblo, y me sentí eufórica cuando entré en él. Había conseguido llegar al destino que me había marcado como objetivo, a pesar de los nervios, del cansancio y del sueño.

Conduje con cuidado por las calles hasta que llegué a la principal, aunque no hacía falta tomar ninguna precaución porque estaban desiertas. Lógico, por la hora que era, hasta los más retrasados que hubieran salido de fiesta ya estarían en sus casas. Eso si en este lugar tenían por costumbre hacerlo, a las puertas del fin de semana.

Retrocedí en el tiempo con el pensamiento, a cuatro días atrás más concretamente. Hice memoria recordando las palabras de mi amigo Dan, las que me dijo en la conversación que tuvimos, cuando me explicó cómo llegar a la casa.

—Acuérdate —me pidió serio—. Una vez llegues al pueblo y te ubiques en la calle principal, la que diferenciarás porque es bastante ancha y larga al cruzarlo de punta a punta, tienes que avanzar por ella hasta el final. Cuando llegues a ese punto y quede a tu espalda, continúa recto sin dejar esa carretera, como si quisieras alejarte del pueblo sin variar la dirección.

»Cuidado, porque justo al final de la calle hay un cruce en el que puedes tomar varias direcciones. En ese punto sigue avanzando muy despacio, el desvío a la izquierda que tienes que tomar pasa desapercibido si no sabes que está ahí, lo encontrarás a pocos metros. Si no vas muy pendiente te lo saltarás, te lo digo yo que la primera vez que fui después de que falleciera mi abuelo, aunque tenía el recuerdo, me lo pasé de largo. Ya sabes que cuando mi abuela se puso mala, mi abuelo y ella vinieron a la ciudad para estar cerca de nosotros; y cuando faltó, mi abuelo no se movió de nuestro lado, ya no regresó a la vivienda.

»Es muy fácil despistarse y equivocarse. Toma ese desvío y continúa por el camino de tierra al que llegarás. A partir de ese momento, no tiene pérdida porque te llevará directa a la casa. La verás solitaria, está en medio del bosque, como también comprobarás que en realidad no lo está tanto porque en quince minutos caminando llegas al centro del pueblo.

—Vale, todo recto, ignoro el cruce y sigo hacia delante sin variar la dirección. A poca

distancia tengo que fijarme muy bien porque el desvío a la izquierda no se ve.

—Correcto, hay muchos árboles y vegetación y solo los lugareños que saben exactamente dónde está, controlan el punto exacto. Para el resto que circula por la carretera es invisible. ¿Estás segura Lena? —me preguntó de nuevo, sin borrar la expresión de preocupación de su cara.

—Sí —susurré—. Tengo que hacerlo, Dan, al menos por un tiempo. —Bajé la mirada a las manos entrelazadas. Estábamos sentados en el sofá de su casa.

—¿Cuándo?

—No lo sé —negué—. En cualquier momento.

—¿Eso quiere decir que algún día llamaré a la puerta de tu casa y no estarás? ¿Sin previo aviso? —habló serio, preocupado. Asentí.

—Sabes que es lo mejor y lo único que puedo hacer por ahora. —Tragué saliva, con muchas emociones que me costaban gestionar.

—Ven aquí. —Me agarró de un brazo y me acercó a él.

Nos quedamos abrazados en un silencio que, por una parte, me trajo paz y, por otra, inquietud porque sabía que el instante que estábamos compartiendo tardaría en volver a darse.

—Lena, ten mucho cuidado —susurró sobre mi cabeza—. El coche ya lo tienes desde hace unos días, ahora también la casa. Si me dejaras acompañarte…

—No —respondí tajante—. Necesito que te mantengas al margen, ya estás implicado en cierta manera y no me podría perdonar nunca que…

—Shhh… Ya está. No he dicho nada, ¿vale? —Me frotó la espalda—. Estoy implicado, pero solo tú lo sabes. Lo que te preocupa no tiene sentido, aunque lo respeto porque lo entiendo. ¿De acuerdo?

—Sí, pero todas las precauciones son buenas y necesarias. Lo sabes de sobra —murmuré.

—Estaremos en contacto a través del teléfono que te he comprado. Si algún día no sé de ti, ten por seguro que iré hasta allí sin importarme nada más que encontrarte.

—Gracias. —Cerré los ojos con fuerza.

—Voy a por la llave de la casa. —Se separó y se levantó.

Solté un suspiro viendo cómo desaparecía por el pasillo. Tragué saliva y apreté el agarre de las manos, mientras fijaba la vista en la pantalla apagada del televisor. Me vi reflejada en ella y

no reconocí la imagen de mí misma.

—Toma. —Un juego de llaves unido a un llavero apareció ante mis ojos. Lo mantuvo en el aire hasta que lo cogí—. Hay dos llaves de la entrada principal, otra de una puerta trasera por la que también puedes acceder y varias más, del contador y otras cosas que en algún momento puedes necesitar. Todas están marcadas con una etiqueta, no sabes la que armé la primera vez que fui por mi cuenta, probándolas en las cerraduras —negó con una pequeña sonrisa.

—Mejor así, dónde va a parar. —Imité su gesto.

Me levanté dispuesta a irme y a despedirme del hombre que para mí era como un hermano mayor, mi mejor amigo, mi persona segura y de total confianza desde hacía muchísimos años. Lo abracé con fuerza, escondiendo la cara en su pecho. No pude evitar que las lágrimas se resbalaran por mis mejillas, ni que el nudo en la garganta me impidiera hablar.

—Todo va a ir bien y cuando te des cuenta, habrás regresado y estarás abriendo la puerta de tu verdadera casa, entrando en ella para quedarte. —Me dio un beso en la cabeza.

—Quién sabe —murmuré.

—Yo lo sé. —Me apretó a él.

Me presioné la frente con los ojos cerrados, había tenido que pararme a un lado de la calle porque el recuerdo me había afectado. Teniendo el trayecto claro, continué el recorrido para dar con el camino que me llevaría directa a la casa. Estaba agotada, necesitaba tumbarme, a poder ser en algún colchón blando o sofá. Cualquiera de las dos opciones era buena.

Dan, me había dicho que tendría que hacerle una buena limpieza a la casa porque hacía años que no iba, aunque una persona sí que lo hacía una vez al mes, para mantener lo básico. La contrató en el mismo pueblo la única vez que estuvo al faltar sus abuelos, para que no pareciera tan deshabitada como en realidad estaba. No importaba, igualmente iba a dejarla impoluta en cuanto me recuperara del cansancio.

Llegué al final de la calle, encontrándome con el cruce que se dividía hacia cuatro direcciones. Seguí las indicaciones de Dan, continuando recto. Circulé muy despacio, con la tranquilidad que me daba el no tener a ningún vehículo detrás.

—Mierda. —Bufé quejándome, porque con la oscuridad y la lluvia no podía diferenciar nada —. Creo que me he pasado el desvío. —Lloriqueé al ver que me estaba alejando demasiado y por los pocos metros que me había dicho mi amigo en los que lo encontraría…

Me paré en la cuneta e hice un cambio de sentido, dejando el desvío a mi derecha. A ver si lo veía porque por unos minutos pensé que iba a tirarme toda la noche recorriendo el mismo tramo sin dar con él. Frené de golpe, entrecerrando los ojos. Me incliné sobre el volante mientras pisaba muy despacio el acelerador.

—Aquí está —dije soltando un gran suspiro, emocionada porque el final cada vez estaba más cerca.

Giré lentamente el volante y accedí al camino de tierra, que por el temporal era de barro. Pocos minutos después, la casa se hizo visible gracias a que quedó iluminada por los faros del coche.

—Lo he conseguido, Dan —sonreí un poco, fijándome en los pocos detalles que se veían de ella—. ¿Esto es pequeño para ti? —Me dirigí a él sin estar presente.

Pequeña, lo que se dice pequeña, la casa no lo era. Ante la descripción que me dio me había imaginado una casita de tamaño mucho más reducido, pero tenía uno normal, incluso diría que lo superaba un poco. Observé la zona, tontamente porque no se apreciaba casi nada. Me puse el abrigo, me coloqué la capucha y busqué las llaves dentro de la mochila.

Con el llavero en una mano me la coloqué a la espalda en cuanto me bajé del coche. Fui al maletero y saqué el equipaje. Cargando con él, sin dejar que la maleta tocara el suelo para que no se ensuciaran las ruedas, subí cuatro escalones anchos. Al llegar frente a la entrada principal localicé la llave que era y la introduje en la cerradura. Solté un gran suspiro al escuchar el clic que me daba paso.

Empujé la puerta con el costado y me deshice de todo lo que llevaba, dejándolo a un lado de la puerta. Con ayuda de la linterna del móvil busqué el cuadro eléctrico donde Dan me dijo que estaba. Subí todos los interruptores y encendí la luz del salón. Una sonrisa apareció en mis labios al ver por primera vez el interior.

No me paré a prestarle mucha atención, necesitaba descansar y me propuse hacerlo. La persiana de la gran cristalera que había estaba bajada, así que, a resguardo del exterior, eché un vistazo rápido por las tres habitaciones que había. En una de ellas, en la más grande, encontré ropa de cama doblada dentro de un armario, al igual que almohadas y nórdicos de varios tamaños. Saqué lo que iba a necesitar y me giré hacia la cama. Era grande, bastante más que la que tenía en mi casa.

No quise pensar en el polvo que tendría el colchón, cubierto solo por una sábana bajera impermeable. La quité con cuidado e hice la cama con lo que había sacado del armario. Tenía que valerme como estaba, no me quedaban fuerzas para nada más que vestirla y tumbarme en ella. Al día siguiente lo expulsaría y lavaría lo que necesitara, aunque para lo último tenía que ir al pueblo antes a hacer una compra.

Entré en el baño y agradecí inmensamente el encontrar un secador solitario en un armario. Me sequé el pelo entrando en calor. Solo se me había mojado un poco al calarse el abrigo, no era impermeable y con la que estaba cayendo fuera… Me senté en la taza tomándome mi tiempo.

Cuando terminé y me quité el abrigo, decidí que esa noche iba a dormir con la ropa que llevaba. La casa estaba congelada y total, todo iba a pasar por la lavadora al día siguiente…

Coloqué la mochila de bolso encima de la mesita de noche y mientras me sentaba en el borde de la cama para descalzarme, apagué el móvil. Antes de tumbarme saqué de ella lo único que me hacía sentirme segura.

¿A qué me estoy refiriendo? A un arma, la que siempre me acompañaba en muchos momentos de mi día a día hacía ya bastante tiempo, pero, sobre todo, desde que mi vida dio un giro radical. Fijé la mirada en ella durante varios minutos, hasta que sentí un escalofrío por el frío. La dejé al lado de la mochila, en la mesita de noche y me tumbé cubriéndome muy bien con el nórdico.

Lo único que sobresalió de él fue mi cara. Solté un gran suspiro al sentirme cómoda, con la cabeza reposando en la almohada que por suerte no era muy dura. Estaba por ver cómo me despertaría al día siguiente. Ya era ese día, porque no tenía ni idea de a qué hora amanecía en este lugar, pero no debía faltar mucho para que sucediera.

Los ojos se me cerraron de golpe, no me di cuenta ni siquiera del momento en el que lo hicieron. Entré en un sueño profundo y reparador, uno muy necesario después de tantas noches en vigilia.

—Tenías razón, Dan —murmuré entre la seminconsciencia—. Todo va a ir bien, seguro que sí…

Esas palabras fueron el último recuerdo que tuve antes de que la más absoluta oscuridad me envolviera.

Capítulo 4



Me removí inquieta y abrí los ojos de golpe. Desorientada por unos instantes, busqué con la mano la lamparita de noche, para encender la luz. Al no encontrarla fui consciente de dónde estaba, y de que no era mi habitación.

—Vale —dije soltando un suspiro.

Me incorporé y me levanté ligera al notar el cambio de temperatura que me erizó la piel. Caminé hasta la ventana y subí la persiana para que la claridad iluminara el interior. Acerqué la maleta a la cama y la subí, abriéndola.

—Menos mal que esto sí lo metí —dije alegrándome al ver una chaqueta de lana gruesa, muy tupida. La utilizaba de bata para estar en casa.

Me la coloqué rápido, sintiendo alivio al instante. Del interior de la maleta también saqué unas zapatillas que me puse enseguida. Regresé junto a la ventana y fijé la vista en el exterior. Ya no llovía, la hierba estaba húmeda, pero el sol que lucía haría su trabajo conforme el día avanzara. Lo único que veía desde esa parte eran árboles y un camino estrecho que se perdía entre la vegetación. Estaba apartado y sin rastro de hierba, era otro diferente al que me trajo hasta aquí porque era obvio que se recorría caminando.

Me abracé la cintura y durante un tiempo me quedé observando el paisaje tranquilo y calmado. Hasta que fui a buscar el móvil dentro de la mochila. Lo encendí mientras salía de la habitación y fui directa a la cocina. Cómo me hubiera gustado hacerme un café, pero no me quedaba otra que esperar para tomármelo en el pueblo.

Abrí todas las puertas de los armarios y los cajones, comprobando que solo había una vajilla completa, una cubertería, sartenes, cazos, ollas, trapos y algunos productos de limpieza que utilizaría la persona que venía una vez al mes. Lo básico y necesario para el día a día de menaje lo tenía. Me entró una tristeza al ver el interior de la nevera… Todo estaba completamente vacío, como es lógico.

Me senté en una silla junto a la mesa que estaba colocada en una esquina de la cocina y empecé a hacer la lista de la compra en la aplicación de notas del teléfono. Comida, bebida, lo

necesario de higiene, tanto para mí como para la casa, ambientadores… Anoté un montón de cosas con las que iba a cargar a tope el coche, pero todo necesario.

Me acerqué a la cafetera que estaba en la encimera y miré el modelo. Me giré para observar con detenimiento la cocina. Era muy espaciosa, con tres ventanas, una de ellas quedaba en la pared lateral de la casa, las otras dos daban a la parte delantera. Me asomé por una de las últimas y vi el coche a pocos metros de distancia.

Salí al salón. Se componía por un gran sofá, dos sillones, una mesa baja y pequeña frente a ellos que estaba sobre una alfombra mullida, y hacia la esquina había una chimenea ocupada por un gran macetero vacío. El mueble bajo quedaba separado, destacando encima de él un televisor. Todo esto estaba hacia el lado derecho, mirándolo desde la puerta principal, hacia el lado izquierdo nada más salir del pasillo. Tenía una gran cristalera en la parte frontal y me acerqué a ella, para subir la persiana.

Una mesa para ocho personas estaba colocada hacia el otro extremo, cerca de la cocina. Vi en la pared el termostato de la calefacción, el que no tardaría en encender en cuanto diera con la caldera. Caminé por el pasillo y entré en la primera habitación que me encontré. Subí la persiana y la observé con detenimiento. En el centro había una cama individual y en la pared de enfrente un armario de dos puertas. Seguí los mismos pasos en la segunda habitación que estaba al otro lado del pasillo. En esta no había nada, estaba completamente vacía. Había una cuarta puerta y la abrí, era el baño. Uno completo con bañera y bastante espacioso. Tenía un gran espejo.

Me asomé a la habitación en la que había dormido, la que tenía baño propio. Miré hacia el final del pasillo donde estaba la puerta trasera. No me acerqué porque necesitaba la llave para abrirla. Me faltaba encontrar la caldera y la lavadora, tenía claro dónde. Solo me había dejado una puerta diferente por abrir, era más pequeña y estrecha que el resto. Estaba en la cocina y no me paré a comprobar lo que escondía, pero estaba claro. Me dirigí hacia ella.

Me di de frente con la caldera y por suerte no me costó mucho encenderla. Le eché un vistazo rápido a la lavadora, parecía nueva, pero con el poquísimo uso que tenía era normal, al igual que sucedía con la nevera. Dejé la caldera funcionando y me dirigí al salón. Puse la calefacción con una temperatura elevada en el termostato, la casa necesitaba un buen empujón para que se notara el calor.

Con todo hecho en el interior de la vivienda, al menos de comprobación, volví a la habitación y elegí la ropa que iba a ponerme para ir al pueblo, cogiendo también el neceser. Fui hacia el baño, haciendo una parada en el armario. Saqué dos toallas que vi la noche anterior y, para mi sorpresa y alegría, localicé algo que pasé por alto. Había una caja de un calefactor en la parte baja, la que abrí con una sonrisa. Ahora sí que me voy a duchar en condiciones, me dije. Lo iba a hacer igualmente, pero no era lo mismo volar duchándome, que no tener prisa y demorarme rodeada de calorcito.

Lo conecté y esperé a que el baño cerrado cogiera temperatura. Comprobé el radiador, ya empezaba a calentarse, estaba templado. Satisfecha abrí el grifo mientras me desvestía. Cogí del

neceser dos pequeños botes, de jabón y champú, y entré en la bañera. Cerré los ojos cuando el agua cayó sobre mi cabeza. Era exactamente lo que necesitaba y me tomé mi tiempo, alargándolo, por la pesadez que sentía.

La ducha me sentó de lujo y consiguió recomponerme. Con el pelo seco y recogido en una coleta alta, me vestí con un pantalón vaquero azul oscuro y un jersey de cuello alto y abrigado de color blanco, conjuntado con unas deportivas. Ya estaba preparada para irme.

Salí a la habitación y cogí de la maleta una parka acolchada y calentita, impermeable. Me la puse y agarré la mochila de la mesita de noche, en la que guardé lo que saqué la noche anterior. Lo coloqué en el fondo y me la colgué a un hombro.

—Lo primero un café y un buen desayuno, después ir al supermercado —dije caminando hacia la puerta de la entrada.

El día anterior solo conseguí comerme medio sándwich, a la carrera y sin que me sentara muy bien que digamos. Aparte de varios cafés fue lo único que me llevé al estómago, ni siquiera abrí las bolsas pequeñas de patatas que compré en la gasolinera. Así lo tenía, hasta este momento no me había parado a prestarle atención. Solté una carcajada cuando me rugió con fuerza.

✣ ✣ ✣

—Buenos días —me saludó la camarera de una cafetería.

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa con la que me miraba.

—¿Nueva por aquí? ¿Has venido a pasar unos días?

—Eh, sí. En principio estaré una temporada.

—Vaya, pues espero que no te aburras mucho. —Me hizo un guiño.

—¿Es una zona muy tranquila?

—No. —Rio—. Supongo que normal, pero es que yo ya tengo a todos muy vistos y como que cansa un poco. —Hizo una mueca graciosa—. De lunes a jueves sí que es verdad que a partir de las ocho de la tarde no hay mucha gente fuera de sus casas, pero a partir del viernes cambia. Hay bastante ambiente y movimiento, sobre todo de la juventud. —Se señaló riendo y sonreí—. Nos echamos a las calles, a los restaurantes, *pubs*…

—Veo que conoces a todos los que se mueven por aquí, enseguida has sabido que yo…

—Mi madre dice que tengo un radar para encontrarme con los turistas e identificarlos al momento —dijo con una gran sonrisa.

—Está bien saberlo —asentí.

—¿Has venido por trabajo?

—Más o menos.

—Perdona, no quería ser entrometida.

—No lo has sido. —Me encogí de hombros.

—Mi nombre es Diana. —Me ofreció una mano.

—Lena. —Se la agarré.

—Encantada —dijimos a la vez y reímos—. Me gustas. —Me hizo un guiño—. ¿Qué quieres tomar?

—Gracias. Un café con leche y ¿hacéis bocadillos?

—Claro. —Empezó a decirme la lista de las opciones que tenía y elegí la que más me apeteció.

—Que no sea muy grande.

—Eso está hecho. Enseguida vuelvo.

—Gracias.

La seguí con la vista hasta que entró en la cafetería y presté atención a la calle. Había ocupado una mesa de la terraza, en una esquina de ella. Se estaba muy bien porque daba el sol directo y se agradecía. Solo tuve que esperar unos minutos para que Diana regresara con mi desayuno.

—Aquí tienes —dijo dejándome un plato con el bocadillo y el café con leche delante—. A esto invita la casa, o sea yo —dijo con humor, refiriéndose a tres cruasanes pequeños de chocolate.

—Gracias, no hacía falta.

—Ya te he dicho que me has gustado, pero no me malinterpretes, no estoy ligando contigo. —Rio—. Me has caído bien y, a pesar de mi carácter abierto, no es algo que suela suceder. Sé muy bien a quién puedo tratar como a ti y a quién no.

—Pues gracias nuevamente. ¿Eres la dueña? Por lo que has dicho… —Señalé los cruasanes.

—Sí.

—¿Quieres acompañarme?

La pregunta me salió natural, raro en mí. Me refiero a que me gustaba estar a mi aire e ir por libre, pero también me había caído muy bien y era de agradecer en un lugar en el que no conocía a nadie.

—Por supuesto. —Se le iluminó la expresión—. Tengo la terraza cubierta, si te digo la verdad he salido a atenderte expresamente —dijo ocupando la silla de enfrente.

—¿Y eso? —Levanté una ceja.

—Yo siempre estoy detrás de la barra junto a Claudia, pero he visto que eras nueva. —Rio y negué divertida.

—He sido la elegida.

—Sí, y ha salido perfecto entre nosotras, ¿no?

—Eso parece —asentí.

—Ahora vengo, voy a hacerme un café.

—De acuerdo.

Me entretuve echándole el azúcar al mío y en darle varios mordiscos al bocadillo. Estaba hambrienta y me sentaron genial. Diana volvió a aparecer.

—¿Sabes cuánto tiempo será la temporada que has dicho? —Se interesó.

—¿Por qué lo quieres saber? —pregunté sin mirarla directamente.

—Ya veo, eres reservada. —Ladeó un poco la cabeza.

—No es eso, es que… —Busqué sus ojos—. No lo sé ni yo.

—Pues espero que sea por mucho tiempo y llegado el momento, te plantees quedarte. Sería guay, no me gustan las despedidas. —Arrugó la nariz.

—Tengo mi vida hecha lejos de aquí —dije en tono bajo. Automáticamente pensé que al menos eso creía, que todavía la tenía—. Yo tampoco soy fan de ellas.

—Bueno, ya se verá, ¿no? —asentí.

—Mierda —maldecí de golpe.

Apoyé un brazo en la mesa y me tapé la cara con la mano. No me lo podía creer, los dos

hombres de la noche anterior, el policía que me paró y el que lo acompañaba, volvían a estar juntos y en el mismo lugar que yo. Seguí de reojo sus movimientos, viendo cómo ocupaban una de las de las mesas de la terraza, por suerte una bastante alejada de la que estábamos nosotras. Aunque no todo lo que me hubiera gustado porque me sentí nerviosa y noté el calor cubrirme las mejillas.

No me vieron y no tenía lógica que me escondiera porque me libré la noche anterior y todo terminó bien, pero no sé qué me sucedió que hice todo lo posible para pasar desapercibida, lamentándome por no haber elegido una mesa de dentro de la cafetería.

—¿Qué pasa? —me preguntó Diana.

—Eh, nada —respondí rápido. Sin mover el brazo que me tapaba me llevé la taza a los labios utilizando el otro.

—¿Estás segura? —Levantó una ceja, observándome con atención—. Te has puesto colorada y es raro, porque también diría que blanca. Nunca había visto ese contraste a la vez —dijo sorprendida—. El café no puede ser, acabas de probarlo.

—Está muy rico —susurré.

—¿Entonces? ¿Te encuentras bien?

Se escuchó una carcajada que resonó por encima de las voces. Diana giró la cabeza, yo miré de reojo. El policía que me paró, el que por cierto iba vestido de calle, sin uniforme, había sido el que la había soltado. El hombre que lo acompañaba sonreía de medio lado, como si hubiera hecho una broma y hubiera provocado las risas en el otro. Una camarera también reía junto a ellos.

—Hete aquí el hombre de mi vida.

Las palabras de Diana me hicieron mirarla fijamente.

—¿Sois pareja? —pregunté sin saber a cuál de los dos se estaba refiriendo. Estaba claro que uno de los dos era, porque todavía continuaba mirando hacia la mesa en la que se habían sentado.

—¿Pareja? —Se centró en mí—. Ya me gustaría. —Bufó—. Si pudiera iría ahora mismo hasta él, me sentaría en sus piernas y también lo manosearía. —Rio—. Es mi amor de adolescente. —Se inclinó sobre la mesa, hablando en tono bajo.

—Y por lo visto continúa siéndolo de adulta —susurré fijando la atención en el café.

—No tengo nada que hacer. —Se encogió de hombros—. Los dos que están en la mesa son los hombres de oro de este pueblo y de los de los alrededores. Te lo aseguro, están más demandados… —resopló.

—Pues sí que tienen éxito.

—Ni te lo imaginas, pero con mucho sentido. ¿Los has mirado bien?

—Creo que sí. —Carraspeé.

—Pues quédate con sus caras porque los vas a ver muy a menudo por el pueblo. —Me hizo un guiño.

—Estupendo.

Ella le dio a mi palabra un significado diferente, uno que no tenía nada que ver con el mío. Joder, ¿tenían que vivir precisamente aquí? ¿Pertenecer a este pueblo? ¿Y a mí qué más me daba? Como he dicho no tenía que esconderme de ellos y teniendo en cuenta que no pensaba salir muchas veces de la casa…

Capítulo 5

Kyan

Marión regresó con los desayunos y empezó a hablar con Robin, animada no dejaba de darle conversación. Yo desconecté de ellos y me centré en echarle el azúcar al café, escuchando sus voces de fondo. Hasta que dejé de oír el murmullo cuando me llevé la taza a los labios y me quedé con ella casi rozándola.

Había levantado la vista y mirado hacia delante. Fruncí un poco el ceño, bajando la taza lentamente. Por unos segundos me dije que no podía ser, pensamiento que se esfumó enseguida, en cuanto pude ver bien el perfil de la cara de la mujer que estaba sentada en una mesa con Diana.

Había distancia entre nosotros, pero no la suficiente como para no identificarla y reconocerla. Por unos minutos, no supe cuántos, estuve observando cómo interactuaban entre ambas. ¿Desde cuándo Diana la conocía? Porque teniendo en cuenta que la encontramos en la carretera la noche anterior y que ahora estaba aquí…

Las dos hablaban como si se conocieran de toda la vida y por unos momentos me pregunté si cabía esa posibilidad y la desconocida había venido para verla.

—¿Qué? —Desvié la atención y la centré en Robin.

Estábamos solos, Marión ya se había ido y ni me había dado cuenta.

—Que te has quedado ido —dijo mi amigo, mirándome divertido—. Ni siquiera has atendido a la despedida de la camarera —negó de la misma forma.

—Ya lo has hecho tú perfectamente. —Levanté una ceja. Mis palabras provocaron que soltara otra carcajada.

—Hemos quedado en vernos durante la noche, cuando salgamos —me informó y asentí.

Evité mirar directamente hacia la otra mesa, lo poco que hice fue desviar la vista de reojo en

ciertos momentos.

—Porque vamos a salir, ¿no?

—Ese es plan, sí —confirmé.

—Perfecto. —Le dio un sorbo al café—. ¿No comes? —Señaló las tostadas que esperaban en un plato.

—No tengo ninguna prisa —negué—. ¿Vas a preguntarme también por qué no tomo el café?

—Joder, tío, ¿te has levantado susceptible esta mañana? El dormir pocas horas cada vez te sienta peor.

—Eso lo dirás por ti, yo no he conseguido dormirme.

—¿Por qué? Estabas cansado, por la mañana te metiste un tute…

—Pues ya ves. Cuanto más agotamiento, menos descanso. —Recosté la espalda en la silla.

—Y estás como una rosa, tus genes me dan una rabia… —sonrió de medio lado.

—Ya tendrías que estar acostumbrado, digiérelos —dije y volvió a reír—. Después de comer me echaré una siesta, prepárate para que deslumbre esta noche —continuó riendo.

—Pensaba que no llegaba nunca el fin de semana, se me ha hecho eterno —dijo mientras se preparaba una tostada.

—Pues aprovéchalo porque pasa muy rápido.

—Eres único subiendo el ánimo. —Rio.

—Soy realista. —Bebí un sorbo de café.

—Pues habrá que hacer que sea inolvidable.

—Ya, como todos los demás —sonreí de medio lado.

Los ojos se me fueron hacia una mesa en concreto que no había perdido de vista. El movimiento de Diana llamó mi atención. Se levantó diciéndole algo a la otra chica y la seguí con la vista disimuladamente, hasta que entró en la cafetería.

—Ahora vengo —dije pasados unos minutos, al ver que no regresaba.

—¿Una urgencia? —preguntó divertido Robin.

—Más o menos. —Le apreté el hombro al pasar por su lado.

Fui hacia la barra y me apoyé en ella. Diana no estaba, pero no tardó en salir.

—Buenos días, Kyan —me saludó con una gran sonrisa.

—Buenos días. —Le devolví el gesto.

—¿Quieres algo más? —Se interesó apoyando los brazos en la barra.

—No o sí…

—¿Y esa indecisión?

—Otro café.

—Marchando. —Se giró hacia la máquina, comentándole a Claudia que se encargaba ella—. Yo he entrado para lo mismo. —La vi coger tres tazas.

—¿Haciendo amistades nuevas? —solté despreocupado.

—Te has dado cuenta también, ¿eh? —Medio giró hacia mí, sonriendo pícara—. No se te escapa una.

—En este pueblo nos conocemos todos.

—Y tú más. —Rio.

Correcto, por mi trabajo me llevaba uno de los primeros puestos.

—Pues sí —me confirmó—. Ha sido guay porque he conectado con ella desde el primer momento. Aquí tienes. —Deslizó mi taza, acercándomela.

—Que no se te olvide que es una turista y que se irá en breve. —Tanteé.

Sabía de sobra lo afectuosa que era y lo a pecho que se tomaba todo, después se quedaba un tiempo tocada.

—No te creas. —La escuché con atención—. Lo mismo su estancia aquí se alarga. ¿Por qué tanto interés? —Puso las manos en la barra.

—¿Dónde ves el interés? —Levanté una ceja.

—Kyan, Kyan… No has entrado para pedir un café. Tienes el tuyo todavía en la mesa. —Levantó una ceja—. Es curioso, y más si has empezado con estas preguntas que quieres hacer pasar como espontáneas, pero están muy bien calculadas. Que no se te olvide quién es mi padre

—sonrió de medio lado, pícara.

—Ya veo —negué divertido.

Su padre era el jefe de la policía, a Diana le venía de serie el pillarlas todas al vuelo y captar las cosas que salían de lo habitual. Si hubiera optado para un puesto de policía, no me cabía duda de que lo habría conseguido sin dificultad y con honores.

—Me voy ya, que estoy viendo venir tu interrogatorio. —Me separé de la barra.

—¿Me tienes miedo? —Rio.

—¿A ti? Siempre —afirmé sin perder la diversión, provocando que no dejara de reír.

Cuando llegué a la mesa, Robin me miró extrañado, al dejar la nueva taza en el centro.

—Me apetecía otro —dije como respuesta a su pregunta silenciosa.

—Tío, hoy estás raro.

—¿Qué tiene de raro? No he dormido, es lo mínimo que me pide el cuerpo.

—Nada, tú dale, pero a ver si te vas a pasar con la cafeína y te pasa lo mismo cuando quieras echarte una siesta —negó con una sonrisa.

Diana salió a la terraza y se dirigió a la mesa, en la que volvió a ocupar la silla frente a la otra chica. Robin dirigió la vista hacia donde yo tenía la atención puesta.

—Hoy se lo toma con calma —dijo haciendo alusión a Diana. Nunca paraba en su negocio.

Solo se centró en ella, no se dio cuenta de quién era la otra chica que la acompañaba, o más bien a la inversa.

—Demasiado poco lo hace —comenté bebiéndome el primer café de golpe. Se había quedado frío.

—Ya te digo —negó metido en sus pensamientos.

—¿Te preocupa? —Lo observé divertido.

—¿A mí? —Me gané toda su atención—. Hombre, pues un poco y más, por lo que dice Mario constantemente. —Se encogió de hombros, refiriéndose al padre de Diana—. Solo cierra los domingos por la tarde.

—Pero eso no le impide que disfrute, como por ejemplo esta noche.

—¿Va a salir?

—Yo qué sé —sonreí de medio lado—. Doy por hecho que sí.

—Pues nos la encontremos en algún momento —asintió.

—Y seguro que coincide cuando tú estés con Marión.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver?

—Nada. —Me centré en el desayuno sin perder la diversión.

—¡Joder! —dijo. Había llegado el momento— ¿La que está con ella no es…?

—La misma. —Giró rápido la cabeza hacia mí.

No lo miré directamente, continué comiendo la tostada que había cogido.

—Ahora lo pillo, por eso te has levantado. —Levantó una ceja.

—Muy audaz —hablé cuando tragué.

—¿Diana la conoce?

—Por lo visto desde hoy, sí.

—Interesante…

—Si a ti te lo parece…

—Lo que yo te diga. —Soltó una carcajada.

Risas que ignoré y seguí a lo mío, hasta que mis ojos conectaron con los de la chica sin que Robin se diera cuenta. Miró hacia nosotros por unos segundos, los que fueron suficientes porque en ese preciso instante yo estaba mirando hacia ella. Por encima de la taza, de la que estaba a punto de beber, no dejé de observarla al no apartar la vista de mí.

Me quedó claro que ella nos había visto mucho antes. La sorpresa no apareció en su expresión, simplemente me transmitió la seriedad con la que miró hacia nuestra mesa. Bebí despacio sin cortar el momento, provocando que fuera ella la que apartara la vista y la centrara de nuevo en Diana.

—Diana tendría que frenarse un poco —dijo Robin pensativo.

—Ya la he advertido —comenté porque se estaba refiriendo a lo apegada que era y por cómo se veía… Risueña, divertida, amigable, vamos que parecía que las dos se conocían y se habían

reencontrado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. Es mayorcita, Robin, aunque a ti no te lo parezca. —Levanté una ceja.

—Tú le has expresado la misma inquietud. —Entrecerró los ojos.

—En un pequeño comentario, es libre de hacer lo que quiera.

—Eso ya lo sé. —Bajó la mirada hacia su taza vacía.

—¿Pica? —pregunté divertido.

—No vayas por ahí.

—Diana tiene unos treinta años muy bien puestos, por no decir que perfectos. Su carácter es el mejor de todo el pueblo, es una mujer encantadora y cuando se acerca a alguien como estamos viendo, es porque algo ha llamado su atención y sabe lo que hace.

—No siempre.

—Deja de preocuparte, por lo poco que me ha dicho, la otra chica no tiene intención de irse en varios días.

—¿Seguro? —asentí— Vale. —Recostó la espalda en la silla, pero no dejó de estar pensativo.

—¿Qué te apetece hacer cuando nos vayamos de aquí? —le pregunté para sacarlo de donde se había metido porque si no, entraría en bucle.

—No he pensado en nada. —Se encogió de hombros.

—Podemos dar una vuelta y hacer tiempo para ir a algún lado a comer. ¿Qué te parece?

—Buen plan —sonrió de nuevo—. Después vamos a nuestras casas a descansar y nos encontraremos más tarde en la noche.

—Perfecto —confirmé.

Terminamos de desayunar. Al final, el segundo café que había pedido sin tener necesidad lo compartimos. Eché la mitad en su taza y nos terminamos las tostadas. Robin llamó la atención de Marión para que nos cobrara, cuando se acercó, no dudó en entablar otra pequeña conversación con él.

Fue otro momento que aproveché para prestar atención a cómo Diana y la otra chica se levantaban de las sillas. Diana la abrazó y me agradó ver que la otra la correspondía con la

misma efusividad. «No, si ya verás, al final crean una amistad de las buenas», me dije. Y nosotros dos, Robin y yo, preocupados.

Intercambiaron unas últimas palabras, pero algo sucedió. Fruncí el gesto al ver el que puso Diana cuando se arrodilló a ayudar a su nueva amiga. Un niño pasó por su lado y le dio un pequeño empujón a Lena. Sí, me acordaba perfectamente de su nombre. Con el golpe la mochila que llevaba colgada de un hombro se cayó al suelo, y por lo visto no la tenía cerrada porque varias cosas se esparcieron por el suelo.

Las dos se agacharon y en un momento dado sus miradas se encontraron. No pude ver la de Lena, pero la de Diana sí y fue de desconcierto por algo. Yo no pude diferenciar nada, no supe a qué fue debido. Se levantaron las dos y lo que sí distinguí, porque fue evidente, fue el apuro y los nervios de Lena. Hablaron un poco más y Diana asintió despacio, para después sonreírle como si no hubiera pasado nada. Volvió a abrazarla y se despidieron.

Diana se dirigió hacia el interior de la cafetería y Lena se quedó unos segundos quieta, siguiéndola con la vista. Cuando desvió la atención se encontró con mis ojos de nuevo. Fruncí el ceño al diferenciar más su apuro y la vi caminar ligera y con la cabeza un poco agachada. ¿Qué mierda había pasado para que pareciera tan afectada?

No quise entrar para preguntarle a Diana, sabía que no me diría nada de su nueva amiga porque estaba claro que así la consideraba. No era mi intención atosigarla a preguntas. «Tiempo al tiempo», me dije sin poder dejar de mirar la imagen de Lena alejándome cada vez más, hasta que la perdí de vista.

Miré hacia la mesa vacía, más concretamente al suelo donde su mochila se había caído abierta. Pensativo, así me quedé hasta que Robin que no se había enterado de nada porque continuó hablando con Marión y ella le obstaculizaba la visión de delante, me dijo que ya podíamos irnos. Ni siquiera fui consciente de que pagó él.

Capítulo 6



Lena

Me limpié las manos con un paño de cocina y solté un suspiro. Mientras la comida se cocinaba, fui hacia la nevera y saqué un refresco. Desde la mañana me sentía agobiada por la metedura de pata que había cometido. Me dirigí hacia la puerta principal y la abrí. Necesitaba que me diera el aire.

Me senté en el primer escalón y bebí un sorbo, refrescándome la garganta.

—Joder —susurré frotándome la frente.

Me había entrado dolor de cabeza y la pastilla que me había tomado nada más llegar a la casa no me había hecho efecto. Ya hacía casi tres horas de eso. Solté un suspiro y dejé la lata en el escalón. Os he explicado como es el interior de la vivienda, pero no el exterior.

Tenía un pequeño porche, en él había un balancín que ya había probado. Los cojines eran cómodos y se estaba de lujo. Poco más, aparte de unos maceteros hacia el otro extremo. Ya no estaban vacíos como los encontré, había comprado tierra y algunas semillas de flores para plantarlas. Después de ver un tutorial de cómo se hacía porque la verdad no lo había hecho nunca, ni visto cómo se trabajaba, me había pasado un buen rato con los maceteros. Estaba por ver si florecería algo o el intento se quedaba en solo ver la tierra.

Cuando me fui de la cafetería, me dirigí en el coche hacia el supermercado. Diana me dijo todos los que había en el pueblo, pero me aconsejó que fuera directa al que estaba más apartado, a las afueras. Tenía una gran explanada para estacionar y era el más grande. En él compré todo lo que necesitaba, había dejado casi todos los armarios y la despensa de la casa llenos. Dos carros en total cargué y pagué en efectivo. La cajera me preguntó si quería que me lo entregaran a domicilio, pero rechacé su buena voluntad cuando vio todo de lo que tenía que hacerme cargo.

Llené el coche y vine hasta aquí, aunque antes, cuando lo dejé cargado, vi que cerca del supermercado había una nave dedicada a la decoración y a las plantas y me animé a darle un poco de color a la casa. Allí, aconsejada por un chico, compré las flores que me parecieron bonitas para plantar y todo lo necesario, como también varias macetas más de interior que solo

había tenido que buscarles el sitio perfecto para dejarlas.

No sabía cuánto tiempo estaría, pero fuera el que fuese, quería hacer de la casa un lugar lo más confortable y acogedor que pudiera. Antes de adentrarme en la jardinería me encargué del interior. Guardé toda la compra, empezando por el congelado y lo que necesitaba frío. Hice varias lavadoras, limpié lo más esencial de la casa y lo último fue ponerme a preparar la comida. Necesitaba empezar a comer bien, regresar a la normalidad a la que estaba acostumbrada, porque últimamente tenía mucho desajuste.

Sobre mi metedura de pata… Todavía continuaba lamentándome por ello. No me di cuenta de que tenía la mochila abierta y cuando un niño chocó conmigo, por el lateral del hombro en el que me la colgué para irme, se me cayó al suelo. El niño continuó corriendo, pidiéndome perdón. No se paró, continuó con su juego.

Varias cosas del interior quedaron esparcidas por el suelo. En ningún momento me acordé de lo que llevaba dentro, sobre todo de lo único que no quería que nadie viera. Y es que Diana consiguió que me relajara, que en el tiempo que pasé en su compañía me olvidara de mi pesar. Cuando me agaché, con ella haciendo lo mismo para ayudarme, recogimos las cosas. El problema vino en el momento en el que Diana metió un poco la mano para colocar en el interior lo que había recogido.

Noté el cambio en ella, fue automático. Nuestras miradas se encontraron y bajé la mía cuando noté que deslizaba con la mano lo que había agarrado, sacándolo un poco, pero sin llegar a dejarlo al aire. En ese instante…

—Sé lo que es —dijo en tono bajo, sin necesidad de comprobarlo con la vista—. La sé diferenciar con los ojos cerrados —me confirmó.

—Yo… —Tragué saliva.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó entre desconcertada y preocupada.

—Sí —susurré—. Lo siento.

—No te disculpes, Lena. Si la llevas es por algún motivo, ¿no? —asentí.

Sacó la mano de la mochila y se incorporó despacio. Yo solté varios suspiros y cerré los ojos por unos segundos, hasta que aseguré la mochila y me levanté, quedándome frente a ella.

—Si no quieres… —empecé a decir colocándomela a la espalda.

—Ni lo digas. —Me interrumpió sonriendo, moviendo las manos en el aire—. Todo está bien, ¿de acuerdo? —Curvé los labios, un poco tensa, pero agradecida.

—Gracias, Diana.

—Bah, no es nada. —Le quitó importancia—. Tienes mi número de teléfono, si te animas para salir un rato esta noche…

—Me queda mucho por hacer hoy y no sé…

—Pero tienes por delante muchas horas del día. —Me hizo un guiño—. Te vendrá bien airearte.

—Supongo —asentí despacio.

—Ya sabes, solo tienes que escribirme o llamarme y nos divertiremos esta noche.

Se acercó y me abrazó.

—Gracias —susurré correspondiéndole.

—Deja de dármelas. No te creas que me has convencido, me refiero a que sé que te pasa algo, pero no voy a agobiarte ni a insistir. Si algún día te abres a mí, para contármelo, será porque he conseguido que me tengas la confianza que te falta. Lo entiendo, por muy bien que nos hayamos caído y esta relación de amistad que ha surgido, la que espero que continué y se afiance, es normal.

»Nos acabamos de conocer y tú tampoco sabes las travesuras que llego hacer —sonrió de medio lado, para después reír. Me uní a ella por la expresión pícara que puso al hablar—. Estaré esperando saber de ti. —Me hizo un guiño.

—Lo haré, aunque solo sea una llamada para decirte lo genial que me ha ido con la jardinera —sonreímos.

Se despidió una vez más y entró en la cafetería. Este es el resumen de lo que sucedió después de cagarla al no llevar la mochila cerrada.

Me froté la cara. Todavía me sentía indispuesta, a pesar de que su actitud, su reacción posterior después de la sorpresa y su amabilidad no deberían tenerme así. Difícil controlar todas las emociones que me recorrían. No tenía ni idea de lo que pasó por la mente de Diana, pero por la mía…

—Al menos no me ha rechazado —susurré.

Bebí varios sorbos de refresco y me quedé sujetando la lata entre las manos, retirándole las gotas de agua que resbalaban por ella. Me levanté rápido cuando mi móvil empezó a sonar, solo podía ser una persona porque a Diana no le había dado mi número, ella el suyo a mí sí.

Llegué corriendo a la cocina, hasta donde lo dejé y al ver el nombre de Dan sonreí con nostalgia y alegría.

—Hola —dije nada más descolgar.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Bien. —Regresé afuera y volví a sentarme donde había estado.

—Ya veo… Muy escueta, ¿no?

Sabía que llegué de madrugada, le envié un mensaje mientras caminaba por la calle, dirigiéndome a la cafetería para desayunar.

—Llevo liada todo el día con la casa. He comprado lo que necesitaba, al llegar lo he colocado, he limpiado y puesto lavadoras, incluso he plantado semillas en varios maceteros del porche. Ahora estoy esperando a que se haga la comida, descansando un poco sentada en un escalón del porche.

—Te recuerdo que hay un balancín —dijo divertido.

—Ya lo he probado. El lugar es precioso, Dan. No sé cómo no vienes a menudo por aquí.

—¿Y me lo preguntas? —Rio—. Ya sabes que es por el trabajo y cuando tengo unos días libres, o viajo a otra parte, o me quedo en casa descansando.

—Pues es una pena. —Fijé la mirada en los árboles de delante—. Aquí hay mucha paz, es relajante.

—Me alegro de que así sea y te esté sentando bien. ¿Tú crees que florecerán las flores? —preguntó con humor.

—Ni idea. —Miré de reojo a los maceteros—. Por buena intención no será. —Rio y sonreí con nostalgia al escucharlo.

—¿Cómo estás?

—Tranquila.

—No has sonado muy convincente.

—No te estoy mintiendo, hoy he conocido a una chica muy simpática en el pueblo y me estoy pensando su invitación de salir un rato por la noche.

—¿En serio?

—Sí. Es la dueña de la cafetería a la que he ido a desayunar, he acertado al ir. Me ha atendido ella y hemos conectado. No sé…

—Es perfecto, Lena. Me quedo mucho más tranquilo al saber que no estarás tan sola.

—Ya —sonreí con cariño—. Te echo de menos.

—Y yo, no sabes cuánto.

Nos quedamos en silencio, uno que no fue incómodo. Entre nosotros nunca lo era, y durante unos minutos ninguno de los dos habló.

—No te lo pienses que sé que le estás dando vueltas, cuando me cuelgues ponte en contacto con ella y dile que quieres salir —me animó.

—Es que en el último momento ha pasado algo. Ha sido al despedirnos. —Bajé el tono de voz.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —preguntó serio.

Se había preocupado y era lo que no quería, que aumentara su inquietud por mí. Pero a Dan no podía ni quería ocultarle nada.

Le expliqué lo tonta que había sido al dejar la mochila abierta y la consecuencia de ello, cuando recibí un golpe que provocó que se me cayera al suelo.

—Entiendo. —Hizo una pausa—. No puedes ser tan dura contigo, Lena. Te conozco y te lo estás recriminando desde ese instante.

—Es que me he sentido… No sé. —Me froté la frente.

—Olvídate de lo que ha pasado, esa chica se lo ha tomado bien y te ha respetado. Ya está.

—Pero no puedo evitar el pensar que si se mezcla conmigo…

—No digas tonterías, ahí estás bien. Solo tú y yo lo sabemos, y sobre decir que así continuará siendo.

—Lo sé —solté un suspiro.

—Date una oportunidad. Busca un desahogo dentro de todo, Lena.

—Seguramente lo haga.

—Perfecto —dijo satisfecho.

Me levanté cogiendo la lata y entré cerrando la puerta.

—La comida ya está —dije apagando el fuego, después de comprobarlo.

—Pues te dejo tranquila para que comas. Llama a esa chica y después duerme un poco para la

noche que te espera.

—Vale —sonreí—. Mañana te llamo.

—Aquí estaré al otro lado.

—Te quiero.

—Te quiero. Lena…

—¿Sí?

—Sé que lo harás, pero ve con cuidado en todo momento.

—Claro —sonreí triste.

Colgué dejando apartado el teléfono y me centré en servirme un plato de comida. Preparé la mesa de la cocina y me senté con el móvil al lado. Después de llevarme varias cucharadas a la boca me animé a llamar a Diana.

—¿Hola?

—Diana, soy Lena.

—Ah, leches, no sabía quién era y estaba esperando el momento de escuchar una voz para colgar. —Rio, provocando que yo hiciera lo mismo.

—Espero que no sea a mí.

—Para nada, es que últimamente a estas horas siempre me llaman para ofrecerme cosas. ¡Qué alegría! ¿Qué haces?

—Ahora mismo comer. Es un poco tarde, pero me he liado a recogerlo todo y tenía que hacer cosas en la casa.

—¿Has comprado las flores al final?

—Sí y ya están plantadas, abonadas y regadas. He seguido todos los pasos, ya veremos lo que brota. —Rio—. Te llamaba porque si todavía sigue en pie la invitación para salir esta noche…

—Por supuesto. Ohhh… ¡Te has animado!

—Sí —sonreí por su entusiasmo—. Me gustaría salir un poco.

—¿Qué te parece si cenamos juntas y después nos tomamos algo? En principio vamos en plan tranquilo, ya veremos después cómo se da la noche.

—Suena bien.

—Perfecto —dijo cantarina—. ¿Quieres que vaya a por ti?

—No te preocupes, iré en coche.

—Vale, pues nos encontramos enfrente de la cafetería a las ocho y media. ¿Va bien?

—Sí, allí estaré.

—Nos vemos dentro de unas horas, va a ser una noche perfecta. Ya lo verás.

Nos despedimos y continué comiendo. Cuando terminé, lo recogí todo y me eché un rato en la cama. La habitación que había elegido como mía era el primer lugar que había limpiado a conciencia. El olor a limpio me recibió y me encantó, todo desprendía un aroma reconfortante, incluso las sábanas porque las lavé y las tendí fuera de la casa. A pesar de la temperatura fresca, el sol las secó rápido.

Descarté el sofá, que también estaba como nuevo, porque me duché antes de ponerme con la comida.

Capítulo 7

Salí del coche y empecé a caminar por la calle. Eran las ocho y cuarto, y ya se veía mucho ambiente. Las personas que fui encontrándome mientras me dirigía hacia la cafetería estaban animadas; riendo, conversando y dirigiéndose a algún lado para dar comienzo a la noche.

Me ajusté la bufanda al cuello, hacía mucha humedad y bastante frío. Cada vez que dejaba salir el aire por la boca se formaba una pequeña nube blanca por el contraste de temperatura. Me había puesto un pantalón vaquero de color negro, un jersey de lana más mono que los que solía utilizar a diario, de color gris perla que tenía un toque en la lana que destacaba al brillar un poco. El conjunto lo había acompañado con unos botines planos, el abrigo y otra mochila de bolso, pero de piel, se diferenciaba de la que solía llevar porque era más de vestir.

No tenía muchas opciones porque en lo que menos pensé al hacer rápido la maleta fue en meter ropa y complementos para ocasiones como esta. Llegué a la calle principal donde estaba la cafetería y en cuanto me acerqué vi a Diana esperándome. Estaba mirando el móvil, de espaldas a la persiana de la cafetería.

—Hola —dije cuando me quedaban pocos pasos para llegar hasta ella.

—Lena. —Me miró sonriente—. ¡Qué guapa! —Me dio un beso. Le correspondí.

—Será porque me he peinado —sonreí de medio lado por la carcajada que soltó.

—Sea lo que sea, te ves divina. —Se agarró de mi brazo y empezamos a caminar.

—Gracias. Tú también.

—Gracias. —Me hizo un guiño.

—Necesito ir de tiendas, no he traído todo lo que me hubiera gustado.

—¿En serio? A mí me encanta ir, a mi tarjeta no tanto porque me vuelvo loca. —Reímos—. Puedo acompañarte el lunes, si te va bien.

—¿No tienes que trabajar?

—Sí, lo raro es que no lo haga —sonrió de medio lado—. Pero de algo tiene que servir que sea la jefa. —Me sacó la lengua—. Las personas que trabajan para mí se hacen cargo perfectamente si no aparezco, pero es que me gusta estar la primera al frente.

—¿Hace mucho que tienes la cafetería?

—Seis años, cómo pasa el tiempo —dijo con un suspiro.

—Vuela —sonreí.

—¿Te apetece entrar aquí? ¿Cómo lo ves? —Se paró frente a la entrada de un restaurante.

—Me dejo aconsejar por ti, me da igual.

—Venga, te va a gustar. —Tiró de mí hacia dentro.

Un camarero se acercó a nosotras y nos guio hasta una mesa. El interior era muy bonito, de madera y decorado con mucho gusto. Ocupamos una mesa que quedaba al lado de la gran cristalera que daba a la calle.

—Nunca pensé que me dedicaría a ello —continuó hablando de la cafetería—, pero la vida da unos giros impresionantes y la verdad es que estoy muy satisfecha con lo que he conseguido. Desde el principio la cafetería tuvo muy buena acogida y al poco tiempo después de abrir, era un punto de encuentro para los habitantes del pueblo. Estoy muy contenta, me hace vivir cómodamente, me vuelco mucho en ella.

—Me alegro. Sí, a veces los giros son sorprendentes —dije pensativa, enfocando la vista en la calle—. ¿A qué te querías dedicar antes de abrirla? —La miré.

—A algo totalmente diferente —sonrió de medio lado.

Hizo una pausa cuando otro camarero diferente se acercó a tomarnos nota de lo que queríamos beber.

—¿Un vino? —me preguntó Diana.

—Vale —asentí.

Se encargó de pedirlo ella, a mí se me daba mejor beberlo, la verdad. No era muy entendida y las pocas veces que Dan me hacía elegirlo, siempre terminábamos riendo por el resultado.

Abrimos la carta para elegir la comida, para cuando el camarero nos trajera la bebida. Decidimos pedir para compartir un plato de pasta que tenía muy buena pinta en la imagen que acompañaba a la descripción. Según Diana, me iba a encantar y me aseguró que la salsa con la

que la preparaban me iba a sorprender. Me dijo que era marca de la casa. También elegimos una ensalada con salmón ahumado y queso de cabra, y una bandeja con entremeses variados que se veían llamativos: con langostinos rebozados, con anchoas, con crema de aguacate y alguna delicia encima… Había muchos pequeñitos acompañados por tostaditas, hojaldres o directamente en vasos pequeños.

El camarero regresó con el vino y después de que nos sirviera en las copas, le pedimos la comida.

—Pues como te iba a decir… Mi ilusión siempre fue ser veterinaria —continuó cuando nos quedamos solas, retomando la conversación interrumpida.

—¿En serio? —asintió— Menudo cambio.

—Ya ves. —Rio—. Lo intenté, ¿eh? Pero la primera vez que tuve que ponerle una inyección a un perro, el animal salió encantado porque se libró. Me mareé y no conseguí hacerlo. —Reímos —. Mi padre, que me conoce muy bien, más que yo misma —negó divertida—, le pidió el favor al único veterinario que hay en el pueblo, para que me tuviera con él un día completo.

»Fue ante mi insistencia de que quería estudiar veterinaria y después del resultado, cuando mi padre vino a recogerme y me vio blanca porque lo que te he contado fue al final del día, rio diciéndome que ya tenía la respuesta que necesitaba.

—Buena táctica y menos mal, porque si hubieras empezado a estudiar… —negué.

—No habría tardado en darme cuenta de que no valía para dedicarme a esa profesión —sonrió de forma exagerada—. Al año les conté a mis padres mi intención de abrir una cafetería y que había visto el local perfecto. Hasta pocos meses antes, en él había una tienda de ropa. Me ayudaron a adecuarlo y hasta ahora —dijo feliz.

—Te salió perfecto.

—Sí —asintió satisfecha—. ¿Y tú? ¿De qué trabajas?

—Ahora mismo en nada, estoy como en un descanso.

—Guay, a veces es muy necesario. Te lo digo yo que no paro —negó.

El camarero nos trajo la comida y llenó la mesa de platos. Se alejó deseándonos buen provecho. Se lo agradecimos y empezamos a comer. Todo estaba buenísimo y la pasta…

—Mmm… —dije cuando la probé.

—¿Qué? Rica, ¿eh? —Rio por la mueca de placer que puse.

—Joder, no sé lo que lleva, pero está tremenda. —Bebí un poco de vino.

—Nadie sabe el secreto —se inclinó sobre la mesa, hablando en tono bajo—, lo mantienen bajo en llave en una caja fuerte.

—¡No!

—Qué va. —Reímos—. Lo de la caja fuerte, lo de que es un misterio es verdad. El chef no abre la boca por mucho que le pregunten cómo la hace. —Me hizo un guiño.

—Así se asegura de que se pueda comer solo aquí —dije y asintió.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí —sonreí—. Me alegro de haberme animado.

—Y yo. Por la primera de muchas. —Levantó la copa para brindar y choqué la mía con la suya.

Bebimos un buen sorbo. Era un Lambrusco y entraba solo, afrutado y ligero. Cuando estaba terminando la segunda copa, empecé a notar los efectos.

—Me ha subido —dije seria, como si fuera raro. Ya ves tú, con lo que acostumbrada que estaba a beber…

Diana soltó una carcajada y me uní a ella. Me quedó claro que no era a la única a la que le había subido el alcohol.

—Vamos a pedir otra —dijo animada, después de vaciar la botella al rellenarme la copa.

—De aquí me voy a casa, lo estoy viendo venir —negué divertida.

—De eso nada, la noche es joven. —Me hizo un guiño llamando la atención del camarero.

Le señaló la botella y con eso tuvo bastante el chico.

—La noche puede ser muy joven, pero yo ya tengo una edad y no sé si podré levantarme de la silla sin doblarme —dije y reímos.

Cuando dejamos los platos vacíos, la sonrisa no se nos borraba de la expresión. Pedimos un postre para compartir porque nos quedamos muy llenas y, según Diana, el postre era la guinda final para cerrar una cena espectacular en la mejor de las compañías.

No me dejó pagar, me despisté cuando me dijo que iba al baño. Al regresar se puso el abrigo y me dijo que ya estaba, que podíamos irnos. La reprendí, lo que provocó que saliera del restaurante riendo.

—Así no tienes excusa para negarte. La próxima vez me invitas tú. —Volvió a agarrarse de

mi brazo.

—Hecho —dije feliz. Me hacía sentirme tan relajada… Y sumándole el efecto del vino.

Empezó a bromear, haciéndome ir de un lado al otro mientras caminábamos, sin seguir una línea recta. Poco nos faltó para irnos al suelo. Riendo, casi llorando de la risa, llegamos frente a un *pub*, o al menos eso me pareció.

—Aquí ponen una música estupenda, ya verás. —Tiró de mí.

—Lo de tomar algo tranquilas para otro día, ¿no?

—Sí. —Rio—. Aunque ya lo hemos hecho en el restaurante.

—Toda la razón —sonreí de oreja a oreja.

En la calle no noté el frío real que hacía, por la calentura que tenía encima, pero al entrar en el local las dos agradecimos el cambio de temperatura. Dejamos los abrigos y los bolsos en la entrada, en un ropero en el que había una chica.

Diana fue la primera en desprenderse de todo y colocarlo en el mostrador, lo único que se quedó fue un pequeño monedero que se guardó en un bolsillo trasero del pantalón. Mientras la chica le daba un tique, yo me quité lo mío.

—¿Lo vas a dejar? —Levanté la cabeza hacia la chica.

Me había quedado mirando fijamente la mochila y estaba esperando a que se la diera junto al abrigo.

—Sí —susurré.

—Todo está bien —dijo Diana y me encontré con su mirada puesta en mí.

Su expresión y sonrisa fueron de comprensión, dando por hecho el motivo por el que me estaba costando desprenderme de mis pertenencias, más en concreto de una en particular por lo que contenía. Asentí dejando salir el aire lentamente y agradecí que no hiciera ningún comentario más, a pesar de que le quedó claro que dentro de la mochila de vestir llevaba lo mismo que se había encontrado por la mañana en la otra.

Le di a la chica todo y, como Diana, me guardé en un bolsillo el dinero para las consumiciones que pidiéramos.

—Vamos —dijo agarrándome de una mano—. Hay una zona más tranquila, está al fondo del local. Allí también se puede escuchar música, pero hay mesas. La zona está cubierta por una gran cristalera de paredes y techo. Aquí ya ves. —Señaló hacia delante—. Se puede bailar o quedarte apoyada en la barra. ¿Qué prefieres?

—Por ahora se está bien aquí —le sonreí—. No hay mucha gente.

—Vale, ya verás que tampoco te sentirás agobiada conforme pase el tiempo. Las personas entran, se piden una copa, bailan un poco y se integran, pero se van rápido a otro lugar. En total hay seis locales parecidos, aunque yo siempre me decanto por este porque me gusta más la música que suena y conozco muy bien a una persona que trabaja en él.

—Está guay —afirmé observando todo el local, reconociendo la canción que envolvía el lugar.

Llegamos a un hueco que había en la barra y conseguimos sentarnos en dos taburetes. Diana llamó a una camarera silbando, reímos.

—Hola —dijo cantarina cuando se puso frente a nosotras.

Se inclinó hacia Diana y se dieron un beso en la mejilla.

—Ella es Paula, amiga de toda la vida. Lena. —Nos presentó.

—Encantada —le sonreí.

—Igualmente. —Me hizo un guiño y me dio otro beso, el que le correspondí—. ¿Qué van a querer mis chicas preferidas de esta noche? —nos preguntó animada.

—Yo un *gin-tonic* —le pidió Diana.

—Lo mismo para mí.

—Perfecto —dijo dando una palmada.

Se giró para coger todo lo que necesitaba y los preparó a nuestro lado.

—Tienes una sorpresita. —Se dirigió a Diana.

—¿Yo?

—Sí. —Rio Paula.

—¿Es lo que estoy pensando?

—Seguro. —Le hizo un guiño—. Hace como una media hora que ha llegado.

—¿Acompañado? —le preguntó Diana, con una mueca graciosa, o al menos eso me pareció. No estaba enterándome de nada.

—Por una mujer por ahora no. —Nos acercó las copas cuando terminó—. Lo mismo esta

noche es la gran noche —dijo divertida, apoyando los brazos en la barra—. Invita la casa —comentó cuando hice el intento de sacar el dinero.

—Gracias —le sonreí igual que hacía ella.

—La gran noche para estrellarme dirás. —Rio Diana—. No tardará en pegársele alguna. —Se encogió de hombros.

—Bueno, hay horas por delante si no se va. —Le hizo un guiño.

—Ya. Ay, Lena. —Se giró hacia mí—. Nos estamos refiriendo a lo que te dije esta mañana. —Me encogí de hombros sin caer a lo que se refería—. A mi amor de adolescencia —me aclaró en cierta manera, y me puse tensa de golpe.

Lo de mi duda con la aclaración es porque no supe a cuál de los dos hombres de esta mañana se estaba refiriendo. Yo no le pregunté y ella no entró en detalles.

—¿Está aquí? —Agrandé los ojos.

—Por lo visto sí, Paula nunca se equivoca —sonrió de medio lado—. Pero nosotras a lo nuestro porque seguro que cuando lo vea ya tiene pegada alguna a él. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más normal y lo tuviera asumido.

—¿Conoce a Lena? —le preguntó Paula.

—No —respondió rápido.

No le había contado a Diana mi experiencia con su amor platónico de adolescencia, el que fuera de los dos. Ese detalle me lo reservé, como muchos otros de mi vida. Me removí en el taburete. Paula se despidió de nosotras hasta otro momento, cuando la llamaron de otra parte de la barra.

—Es muy amiga tuya —dije aclarándome la voz.

—Sí, íbamos al mismo colegio —asentí a sus palabras.

—Diana…

—¿Sí? —habló con la vista fija en la pista de baile, mientras le daba un sorbo a la bebida. Al no decir nada más giró la cabeza hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿No te sientes a gusto?

—Sí, no es eso. —Cogí una bocanada de aire—. Es que sí que conozco a tu amor de adolescencia, al menos un poco. Lo que no sé cuál de los dos hombres de los que estaban en la cafetería es.

—Claro, lo has visto esta mañana —sonrió dando por hecho que mis palabras eran por eso—.

Se llama Robin, es el que quedaba de lado a nuestra mesa y el que se entretuvo hablando con mi camarera, Marión.

Dejé salir el aire lentamente porque el otro hombre que me ponía nerviosa estuvo sentado frente a nosotras. No sé por qué, pero ese detalle, el saber quién era, me quitó un peso de encima. Incoherente, pero así lo sentí. Algo dentro de mí se tranquilizó al saber que Robin era el que vi vestido de policía la primera vez.

—Claro, pero me refiero a que… —Me observó divertida, por lo que me estaba costando arrancar—. Llegué la madrugada pasada a este pueblo —asintió. Eso sí que se lo había dicho—, pues Robin me paró en la carretera de curvas que lleva hasta aquí. Iba de uniforme. —Se atragantó con el sorbo que acababa de dar.

—¿Qué me dices? —habló seria, pero terminó soltando una carcajada.

—Es que sobrepasaba la velocidad —reí nerviosa por el alcohol— y como las condiciones eran malas porque llovía mucho… Pero sorprendentemente me libré de la multa.

—Pues estás a punto de tenerlo delante otra vez. —Movió ligeramente la cabeza hacia un lado y llevé la mirada hacia donde me había indicado.

—¿Tú crees que todavía puede multarme? —La miré agrandando los ojos. Soltamos una fuerte carcajada.

Correcto, el tal Robin caminaba hacia la barra y por lo que parecía en nuestra dirección. Pero no estaba solo. Tragué saliva cuando me encontré con los ojos del mismo hombre con el que siempre lo había visto acompañado, el que acababa de descartar como su amor platónico.

A pesar de que el local tenía una luz tenue y los focos se movían haciendo un baile de luces, pude diferenciar perfectamente su expresión seria y la intensidad que transmitían su presencia y su mirada…

Su atención estaba fija en la zona en la que estábamos, mientras cada vez acortaba más la distancia. Me puso nerviosa al instante.

Capítulo 8

Kyan

Me llevé la copa a los labios mientras observaba el ambiente que había en el local. Hacía una media hora que habíamos llegado. Sobre las ocho y media salí de mi casa y fui a la de Robin. Habíamos cenado tranquilos allí, sin prisa. La primera ronda la sirvió él y nos la tomamos sentados en el sofá.

Vivíamos cerca el uno del otro, a tan solo tres calles de distancia. Nos había faltado muy poco para descartar la salida, al acomodarnos más de la cuenta. Al menos a mí me costó porque después de comer solo conseguí dormir media hora y tras la noche en vela que arrastraba y el cansancio por no poder descansar en condiciones…

Pero aquí estábamos, en el *pub*, aunque yo ya le había advertido que no alargaría mucho la salida. Notaba el cuerpo pesado y lo único que me apetecía era estar estirado en algún sitio blando. Sí que es verdad que el ambiente, la música y la nueva copa me habían activado un poco, pero por el momento no tanto como para plantearme ir de un sitio a otro hasta bien entrada la madrugada.

—¿Otra? —me preguntó Robin.

—Bebes muy rápido —negué divertido—. La tengo por la mitad. —Levanté mi copa porque se había referido a otra ronda, la tercera de la noche.

—Eso es agua ya. —Rio animado.

—No viene mal antes de la próxima —dije sonriendo de medio lado.

—No te lo vas a creer —dijo observando por encima de mi hombro.

—¿A quién has visto? —pregunté divertido.

—A la nueva amiga de Diana, va con ella —dijo mirándome directamente, sorprendido.

Estaba apoyado en una pared y busqué lo mismo que estaba viendo él. Encontré rápido a las dos, acababan de entrar y se dirigían directamente hacia la barra. Diana guiaba a Lena hasta ella. Dejé salir el aire lentamente, observando a la última con atención, todo lo que la distancia y la poca iluminación me permitían.

Tenía el pelo suelto, la primera vez que la veía así porque hasta este momento siempre lo había llevado recogido. Su jersey brillaba un poco, destacando y haciendo que fuera fácil localizarla. Hasta ahí puede ver. Se sentaron frente a la barra y Diana llamó la atención de Paula, amiga suya desde que eran pequeñas.

Le di un sorbo a la bebida sin apartar la vista de las dos, pero, siendo sincero, enfocado en una sola. Esa mujer tenía algo que captaba mi atención en cuanto aparecía en mi campo de visión, podía ser por las dudas que me quedaron de la pasada madrugada, o vete a saber, también me intrigaba su presencia en el pueblo.

No tenía sentido porque venían muchos turistas a explorar los alrededores, daban mucho juego a los apasionados de la naturaleza. Pero ella no se veía con las características típicas de quien llega hasta aquí para eso, y por lo poco que me había dicho Diana… Me refiero a lo que me había comentado cuando le advertí que no se encariñara mucho con ella, utilizando otras palabras. Según Diana no estaba de pasada aquí, se quedaría un tiempo.

Volví a beber, pensativo, mientras las veía interactuar con Paula, después de que Diana las presentara. Lena parecía más relajada de lo que la había visto las veces que había coincidido con ella, seguramente si habían empezado a beber antes de venir tenía mucho peso en ello el alcohol. Reían y conversaban animadas.

—No sé por qué te asombras, si salen de noche por el pueblo en un lugar u otro nos las habríamos encontrado. No hay tanto donde elegir —dije despreocupado.

Miré de reojo a Robin, también observaba hacia donde estaban.

—Ahora me dirás que no te has quedado igual que yo —dijo girando la cabeza hacia mí. Levanté una ceja.

—¿Tú reacción por cuál de las dos es? —sonreí de medio lado, provocando que con el conjunto completo frunciera el ceño.

—Joder, tienes razón. Es lo más normal. —Se frotó la cara con una mano—. Como hacía bastante que no coincidíamos con Diana…

—Porque las últimas veces que hemos salido no nos hemos movido, entramos en un local y no salimos hasta que damos la noche por finalizada. —Me encogí de hombros y asintió.

—¿Tú crees que si nos ve la otra chica le dará algo al reconocernos? Al menos a mí, porque cuando me vio fue de uniforme.

—Podemos probar… —Carraspeé—. Aunque no será la primera vez que nos vea.

—¿Cómo?

—Nos ha visto esta mañana en la terraza de la cafetería.

—¿Estás seguro? —Levanté de nuevo una ceja—. Vale, qué tontería, no se te escapa ni una —negó—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

—Qué más da. —Me bebí de un trago la bebida que quedaba en la copa—. En los momentos clave estabas despistado o entretenido con Marión. Vamos. —Me separé de la pared.

—¿Adónde?

—A la barra, a por otra copa. —Lo miré de reojo, viendo su sonrisa de medio lado.

Empezamos a caminar esquivando a la gente. No había mucha porque si no, no las habríamos visto con tanta facilidad. Robin caminó a mi lado, yendo directos hacia la parte de la barra donde estaban Diana y Lena, en este momento solas, porque Paula las había dejado para atender a unos clientes.

Cuando faltaba poco para que llegáramos Lena miró hacia nosotros directamente, dijo algo porque movió los labios, lo que provocó que las dos soltaran una carcajada. Estaba claro que la copa que tenían en las manos no era la primera. Nos paramos frente a ellas, a unos pasos de distancia.

—Hola —nos saludó enseguida Diana—. Es un honor recibir ante nosotras a los dos hombres más impresionantes de todo el pueblo. —Hizo una leve inclinación.

—¿Así hay que presentarse? —La miró sorprendida Lena.

—No —respondió Diana, volviendo a reír.

—Va muy bien la noche, por lo que veo —comentó Robin, pasando la mirada de una a otra—. Me presento. —Se acercó a Lena—. Mi nombre es Robin y espero que me recuerdes siempre como el policía que tuvo el detalle de escoltarte hasta que te alejaste del peligro que suponías al volante en una carretera interminable de curvas —le sonrió de medio lado.

—Sin rencores —dijo Lena, ofreciéndole una mano. Robin soltó una carcajada—. Ya sabes cómo me llamo.

—Encantado, Lena. —Le agarró la mano, asintiendo.

—Él es Kyan, el poco hablador —me presentó Diana, divertida.

—Hola, Kyan. —Se dirigió a mí, Lena.

—Hola —le correspondí.

Me ofreció también la mano. Bajé la mirada encontrándomela y me tomé unos segundos para aceptar el gesto. Me moví lentamente y se la rodeé haciéndola casi desaparecer con la mía. Robin y Diana empezaron a hablar, Lena y yo nos quedamos con las manos unidas, mientras nuestros ojos no se apartaban del otro. Hasta que perdimos el contacto, fui el primero en apartarme por el cosquilleo que noté en la palma.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón, observándola con el ceño ligeramente fruncido. Su reacción fue encogerse de hombros y beber.

—Mis dos chicas y chicos preferidos juntos, ¡quién lo diría! —nos habló Paula, apareciendo de la nada.

—Otra ronda de lo mismo, preciosa —le pidió Robin.

—Marchando —dijo animada, poniéndose a trabajar con el pedido.

Aproveché para dar varios pasos hacia la barra y me colé entre Diana y Lena. Inclinado coloqué la copa vacía, mientras sentía la mirada de Lena. Giré la cabeza levemente hacia ella, encontrándome con sus ojos de cerca, demasiado. Apreté el puño de la mano que mantenía en el bolsillo, la que quedaba cerca de ella.

—¿Algún problema? —le pregunté en tono bajo, cuando me separé un poco de la barra, pero no del todo porque apoyé la mano libre en ella.

Robin y Diana seguían hablando animados.

—¿Problema? —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué tendría que haberlo?

—No lo sé, pero has seguido mis movimientos y todavía no has apartado la vista.

—Haber elegido otro lado de la barra, estás al lado. —Arrugó la nariz.

Dirigí los ojos hacia ese gesto y aproveché para recorrer sus facciones detenidamente.

—Este lo tenía cerca. ¿Te ha molestado por algún motivo en especial?

—¿A mí? Como si quieres saltar al otro lado de la barra. —Bufó.

—No sería la primera vez —dije serio, sin poder apartar la atención de ella.

—En esta ocasión no hará falta, guapo. —Se dirigió a mí Paula.

Me encontré con su expresión divertida y pícara, al habernos oído. Deslizó la copa hacia mí y asentí. Volví a inclinarme hacia la barra para cogerla, provocando a propósito que mi cuerpo se

rozara con el de Lena. Ante el contacto se sentó recta en el taburete, pero no abrió la boca para decir nada más.

—A tu salud. —Levanté la copa hacia Paula, quien me hizo un guiño sin perder la diversión.

Me aparté dando varios pasos hacia atrás, mientras bebía un sorbo. Lena siguió mis movimientos sin perderse detalle. Levanté una ceja cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse. Pude distinguir un ligero rubor en sus mejillas cuando apartó rápido la atención de mí. Estaba seguro de que sus reacciones y palabras hubieran sido muy diferentes si no estuviera afectada por el alcohol. A saber, si me habría hablado en algún momento y hecho un contacto intencionado visual conmigo.

—Os dejamos para que continues la noche —dije.

—Sí, que lo paséis bien —añadió Robin—. Bienvenida, Lena.

—Gracias —susurró con una pequeña sonrisa.

Sin esperar más, me giré y empecé a caminar hacia la zona en la que habíamos estado desde el principio. Robin me siguió y se puso al lado.

—No van muy bebidas —comentó.

—Por ahora —dije pensativo.

—Has estado muy serio, creo que has intimidado a Lena. —Lo miré de reojo al diferenciar el tono divertido de su voz.

—Como siempre.

—Claro. —Rio.

—No me toques los cojones analizando la presentación —le advertí.

—Uy…

Giré la cabeza hacia él con una ceja levantada. Elevó una mano en el aire para quitarle importancia.

Apartados, apoyé de nuevo la espalda en la pared y me quedé de frente hacia la barra.

—Estás a punto de tener compañía —avisé a Robin, que daba la espalda a la sala.

—¿Marión? —preguntó y asentí. Sonrió de medio lado mientras se giraba para localizarla.

Como si tuviera un radar para encontrarnos nos vio enseguida y empezó a caminar hasta

nosotros. No iba sola, junto a ella había otra chica que los dos reconocimos.

—Me parece que no voy a ser el único —dijo Robin.

—Hola, chicos —nos saludó Marión al pararse enfrente.

Nos dio un beso en la mejilla y llegó el turno de la otra chica.

—Hola —dijo con una gran sonrisa—. ¡Cuánto tiempo Kyan!

—En coincidir, sí —dije después de devolverle el saludo.

Se quedó frente a mí, mientras Marión reía con Robin por algo de lo que no me había enterado. Se habían apartado un poco.

—Me alegro de verte.

—Igualmente, —Le correspondí antes de llevarme la copa a los labios.

Los ojos se me fueron hacia la barra, observándola por encima del hombro de Maite. Así se llamaba la amiga de Marión. Lena tenía la vista fija en nosotros. Volví a beber más despacio que la vez anterior. Avergonzada, porque fue evidente, a pesar de la distancia, desvió la vista rápido al darse cuenta de que la había pillado.

Maite se acercó más a mí y empezó a hablarme mientras ponía una mano sobre mi pecho, por encima del jersey. Centré la atención en ella.

—¿Qué?

—Esta noche estás distraído —sonrió—. Te decía si te apetece… —Nos señaló a los dos.

—No voy a tardar en irme.

La agarré de la nuca y se la acaricié, teniendo muy presente de nuevo una mirada puesta en mí. Y no precisamente la de Maite.

—Bueno, el tiempo que sea podemos disfrutarlo, ¿no? —Busqué sus ojos y asentí despacio.

Lo hice más por impulso, no porque me apeteciera, la verdad. El caso es que provoqué que Maite se pegara a mi cuerpo. De puntillas me pasó la nariz por el cuello, sin perder tiempo.

—Me encanta cómo hueles —susurró y fijé los ojos con intensidad en Lena, cuando sentí la punta de la lengua de Maite acariciarme la piel.

Incliné la cabeza hacia abajo y besé su cuello suavemente, tal y como hacía ella en este instante. No sé qué mierda sucedió, me dio la sensación de que algo pasó alrededor porque por

unos segundos dejé de escuchar la música, e incluso de sentir el contacto de Maite. Me aislé por completo, atraído de forma irremediable por la chica que se había girado en el taburete y miraba directamente lo que estaba haciendo.

Fruncí el ceño sin comprender la situación, hasta que le puse remedio para que no se me fuera la cabeza. Separé la de Maite y la besé, busqué sus labios en un beso caliente y húmedo, uno que me devolvió con ganas, rozándose contra mí. Su lengua buscó la mía sin descanso. Le rodeé la cintura con un brazo, haciéndola sentir la erección que tenía a esas alturas.

Me jodió, y de qué manera, porque mi miembro no estaba duro por lo que estaba haciendo ni con quién, sino por la presencia lejana que me alteró inesperadamente. Más ímpetu le puse besando a Maite por las contradicciones que sentía, hasta que me separé desconcertado.

—Me encanta —dijo casi sin respiración, acariciándome el pecho.

Cuando levanté la mirada y la enfoqué en la barra… Lena y Diana ya no estaban, no había rastro de ellas por todo el local, porque las busqué.

—Me voy ya.

—¿Tan pronto? —Se sorprendió Maite.

—Perdona, no tendría que haber empezado. —Sacudí la cabeza—. Lo lamento, pero me siento muy cansado.

—Tranquilo —sonrió—, otra vez será. —Me acarició la cara.

—No lo sé. —Fui sincero, aunque no me entendí ni yo.

Hizo una mueca, pero terminó asintiendo. En ese instante no me importaba nada más que salir del local y que me diera el aire fresco.

—Robin, me largo. —Me acerqué a él.

—¿Qué pasa? —Se extrañó.

—Nada, pero he llegado a mi tope.

—Nos vamos. —Me rectificó.

—No seas tonto, quédate —le pedí porque para él la noche se presentaba estupenda, los roces de Marión lo dejaban claro.

—¿Estás seguro? —Frunció el ceño y asentí.

—Nos vemos mañana. —Le apreté un hombro.

—Yo no tardaré en irme —habló todavía dudando.

Sonreí de medio lado sabiendo que si se quedaba no sería cierto. Nos dimos un abrazo y me mezclé con la gente yendo directo hacia la salida. Antes de dejar atrás la sala miré hacia Robin. Él volvía a estar muy cerca de Marión, Maite ya me había buscado sustituto y empezaba a estar entretenida. Sacudí la cabeza con un inicio de sonrisa y me fui.

Recogí del ropero el abrigo y con él puesto, cogí una gran bocanada de aire en la calle. Parado en la puerta llevé la vista hacia los lados. Había grupos de personas bebiendo apoyados en coches y en medio de la acera, pero ninguna de ellas era la que inconscientemente buscaba.

Empecé a caminar con las manos en los bolsillos del abrigo, sintiendo incomodidad por la erección a la que no le había dado lo que quería. Me vino bien despejarme para aclararme. Sacudí la cabeza sin poder dejar de pensar en cómo se había dado todo dentro del *pub*.

Capítulo 9

Lena

Estaba haciéndome un café cuando escuché un ruido fuera de la casa, uno distinto a los que estaba acostumbrada. Fue lo suficientemente fuerte para que se diferenciara en el interior. Me giré de golpe alertada, notando un remolino en el estómago. Eran las doce de la mañana del domingo, ¿podía ser que alguien aprovechara el día de fiesta para pasear por esta zona? ¿Que se hubiera acercado tanto a la casa? Tragué saliva y caminé hacia una de las ventanas. Me asomé un poco por ella, desde el lateral. Después de estar observando el exterior y no ver nada que me llamara la atención, solté un suspiro.

Apoyé las manos y la frente en la pared con los ojos cerrados.

—Todo está bien —me repetí varias veces susurrando, para creérmelo.

Durante un tiempo me mantuve en esa posición, sin moverme para asegurarme de que el silencio continuaba y se prolongaba. Así fue y regresé frente a la cafetera. Terminé de hacer el café con leche, lo dejé en la mesa del salón y fui a la habitación. Saqué el arma de la mochila que utilicé por la noche y la puse a cubierto en uno de los bolsillos de la chaqueta de lana gruesa que llevaba puesta. Cogí el móvil e hice lo mismo guardándolo en el otro, mientras salía al pasillo. Con la taza en la mano abrí la puerta principal.

Giré la llave dos veces, desbloqueándola. En el porche observé el exterior directamente. No había nada ni nadie como había observado desde la ventana. Solté el aire lentamente y caminé hacia el balancín, en el que me senté y empecé a moverme ayudada por el impulso de los pies.

Volvía a hacer sol y agradecí que me diera directamente. Cerré los ojos relajándome, dejando pasar el tiempo por la agradable sensación de sentirlo en la cara. Hasta que los párpados se me abrieron de golpe al escuchar otro nuevo ruido. Me levanté de un salto, agudizando la audición y prestando atención a todo lo que me rodeaba. Mirando hacia todos los lados caminé hacia la baranda del porche y dejé la taza de café encima del poyete. Con las manos libres metí una en el bolsillo de la chaqueta.

Tocar la empuñadura del arma no me tranquilizó. Durante un tiempo interminable, al menos

para mí, me quedé estática y expectante por si oía algo más. No fue así, en cierta manera. Me refiero a que no sonó ningún ruido similar a los anteriores, pero en cambio sí que escuché el motor de un coche.

Sin perder de vista el camino de tierra caminé de espaldas hacia la puerta de la casa. Tragué saliva por todos los pensamientos malos que me asaltaron de repente.

—Dan… —susurré llamando a mi amigo, como si pudiera ayudarme desde tan lejos como estaba de mí.

Intranquila, nerviosa, preocupada y con miedo, toqué con la espalda el marco de la puerta. Estaba a punto de entrar en la casa y de encerrarme en ella, cuando un coche se hizo visible en el camino.

—No me lo puedo creer —dije cogiendo una bocanada de aire, al haberlo retenido.

Vi perfectamente quién conducía: Diana. Se acercaba despacio hacia mí, con una sonrisa y saludándome con la mano por fuera de la ventanilla. Al sentirme confiada y segura con ella le dije el día anterior en la casa en la que me quedaba, la que no tuvo problema en ubicar porque según sus palabras, paseaba de vez en cuando por la zona.

Paró el coche junto al mío. En cuanto se fijó bien en mí borró la sonrisa de la cara y se puso seria. Durante unos minutos nos quedamos observándonos, a mí me temblaba todo el cuerpo y no me vi capaz de separarme del apoyo que me mantenía en pie.

Desde el interior del coche miró hacia los lados y a los alrededores, buscando el motivo de mi estado. Era consciente de que muy bueno no era. Me había quedado fría, señal de que había perdido el color de la cara al marearme.

Se bajó del coche despacio, igual que cerró la puerta y buscó mi mirada. Hizo una pequeña mueca y empezó a caminar.

—Lena —dijo casi en un susurro, mientras subía los escalones del porche muy lentamente.

Evitó asustarme más de lo que me veía.

—¿Qué haces aquí? —hablé en tono bajo.

—Quería darte una sorpresa —sonrió tímida—. Espero que no te moleste.

—Eh… —Tragué saliva—. No, claro que no. Es que no esperaba ninguna visita y… ¿Hoy no trabajas? Me dijiste que la cafetería solo cierra los domingos por la tarde.

—Me lo he tomado de fiesta, para algo soy la jefa. Ya tocaba que me diera un respiro. ¿Te encuentras bien? —preguntó, a pesar de que sabía perfectamente la respuesta.

—Ahora mismo no, creo que me ha bajado la tensión. —Me froté la frente, sintiendo que no tenía fuerzas.

Me agarró de una mano y me rodeó la cintura con un brazo. De esa forma me ayudó a llegar hasta el balancín y a sentarme en él. Se puso a mi lado, mirándome preocupada.

—Ah, tienes un café aquí. —Se levantó para cogerlo—. Bebe, te sentará bien. —Me dio la taza.

—Gracias —solté un suspiro.

Bebí sorbos muy pequeños. El estómago se me había girado y lo que iba a disfrutar minutos antes, en ese instante me supo muy amargo, aunque tuviera el punto de dulzor que me gustaba.

—Siento el recibimiento —le sonreí tensa después de unos largos minutos.

—Bah, qué más da. —Me hizo un guiño—. Quiero ayudarte —me agarró una mano—, en lo que sea.

Negué varias veces provocando que hiciera otra mueca, pero esta vez no de preocupación, fue de resignación.

—¿Por qué? ¿Qué te tiene así? Aún no has sacado la mano del bolsillo…

—Diana…

—Sé qué hace muy poco que nos conocemos. ¿Un día? —Rio—. Pero te aseguro que puedes confiar en mí. Para cualquier cosa que necesites.

—Lo sé. —La miré muy agradecida—. Me lo has transmitido desde el principio, pero no puedo…

—Claro que puedes. Hay cargas que son demasiado pesadas para llevarlas una misma, Lena. —Me apretó la mano—. Estás tocando el arma en el bolsillo, ¿verdad? —asentí con los ojos aguados— ¿Sabes utilizarla? —volví a asentir— ¿Es legal? —También se lo confirmé—. Vale —soltó un suspiro.

—¿No te da miedo? —susurré.

—¿A mí? —Soltó una carcajada—. Este tema no ha salido, pero para nada. No sabes quién es mi padre.

—No. —La observé con curiosidad.

—Es el jefe de policía de aquí.

—¿En serio? —Agrandé los ojos.

—Sí. —Rio—. Así que, desde niña estoy acostumbrada a verlo con armas. En casa nunca han estado a la vista, mi padre siempre nos ha protegido a mi madre y a mí de ellas, en todo momento, pero es normal con el trabajo que tiene que las veamos como algo cotidiano. Aparte sé disparar cualquier tipo, da igual de la clase que sea. —Me hizo un guiño.

»Mi padre me enseñó porque hubo una época en la que lo perseguía por todos los lados pidiéndole que lo hiciera, y para que la curiosidad no pudiera conmigo y me aventurara por mi cuenta, para no lamentar nada, aprendí junto a él. Solo te digo que se esmeró en que consiguiera manejarlas como si fueran una prolongación de mi mano. Mi padre le pone empeño a todo lo que hace.

—Por eso no saliste corriendo cuando tocaste el arma en la mochila —murmuré.

—No voy a asustarme por eso, Lena, pero sí que me preocupa el motivo por el que la necesitas. ¿Te separas de ella alguna vez?

—Cuando estoy en casa. —Tragué saliva.

—Pero ahora la tienes contigo.

—Es que… Me has visto mal porque antes de que aparecieras he escuchado algo raro y me he puesto nerviosa. —Saqué la mano del bolsillo y me presioné la frente.

—Estás cansada de estar en tensión constantemente. —Me frotó la espalda.

—Desde que llegué aquí estoy más tranquila y es gracias a ti —le sonreí.

—Me alegro. —Movió los pies balanceándonos un poco.

—¿Quieres un café? ¿Has desayunado?

—A partir de las once ya no tomo, y tiene gracia porque gran parte de mi tiempo estoy en la cafetería. —Reímos, ella con más fuerza que yo—. Me puse ese límite porque hubo una temperada que abusaba bastante y después me sentía mal. —Se encogió de hombros.

—Para mí este es el primero, me he levantado tarde.

—Yo hace una hora, poco varía.

—¿Cómo estás? ¿Has descansado?

—¿Por lo que vi anoche? —asentí— Bueno, estoy acostumbrada a encontrar a Robin con mujeres, Lena. No pasa nada.

—Para ti, sí.

—Ya, pero da igual porque él no se da cuenta, ni siquiera me ve como una mujer. Recuerda quién soy, ahora lo sabes: la hija del jefe de la policía.

—Robin trabaja para él. —Caí en la cuenta.

—Sí. —Rio negando—. Para Robin mirarme con otros ojos que no sean desde la amistad y el cariño sería como faltarle el respeto a mi padre y le tiene muchísimo, por no decir que lo tiene en un pedestal.

—Vaya mierda. —Fijé la vista hacia delante, pensativa.

—¿Y tú? —Chocó el hombro con el mío—. Vi cómo interactuaste con Kyan en la barra, no escuché nada, pero ni falta que hizo —sonrió pícara—. Os mirasteis de una forma… Y después cuando se alejaron no apartaste la atención de él. Sobre todo, cuando apareció Marión con su amiga Maite. Alguna vez he hablado con la segunda, aquí nos conocemos todos y con mi trabajo soy una de las que no se le escapa una, aparte de que Marión trabaja para mí y es común que la vea con su amiga.

—Tiene que ser duro ver mañana a Marión y trabajar con ella, por lo que intuyes que pasó anoche.

—Me da igual. —Se encogió de hombros, pero no añadió nada más.

Nos quedamos en silencio mientras yo me bebía el café. Poco a poco la sensación de malestar fue desapareciendo, me sentó genial sentirme acompañada y arropada por Diana.

—Me tienes que enseñar cómo disparas, para quedarme tranquila —dijo pasado el tiempo.

—No lo dices en serio. —Giré la cabeza hacia ella.

—Todo lo que sale de mi boca es en serio. —Rio—. Ya te darás cuenta. Puedo corregirte algún fallo que vea. —Me miró de reojo.

—Si tu padre se entera… ¡Qué todavía me gano una multa y voy de cabeza a la cárcel! —dije con un jadeo, pero terminamos las dos riendo.

—Si mi padre se entera, te aseguro que contándole por encima lo poco que sé, me obligará a que haga lo que te he dicho —asintió convencida.

—Lo normal es que hablemos de ir de tiendas, como en la cafetería, no de armas y de dispararlas —negué pensativa.

—Bueno, se puede hablar y hacer de todo. —Me dio varios golpecitos en la pierna con la mano—. Has esquivado mi comentario sobre Kyan.

—No tengo nada que decir al respecto. —Me encogí de hombros.

—Vi cómo lo mirabas, Lena… Te impactó y te atrajo. Tu reacción fue normal, ¿eh? Ya te avisé de que son los dos hombres más tremendos de todo el pueblo. Es difícil contenerse para no admirarlos en algún momento, sobre todo cuando están muy cerca. Que Kyan se enrollara con Maite no significa gran cosa, no pienses que siente algo por ella. Ni mucho menos.

Ese fue el momento exacto en el que decidimos irnos del *pub*. Diana empezó a estar intranquila al ver a Robin acaramelado con Marión, y yo… Bueno, digamos que es verdad que no pude apartar la vista de Kyan y de lo que hacía. Ilógico, pero así fue y algo dentro de mí se removió sin sentido cuando esa chica inició el acercamiento hacia él, y ya cuando Kyan le correspondió…

—No tiene que importarme, Diana. No lo conozco —hablé en tono bajo.

—Ya, pero del dicho al hecho…

—Va un buen trecho, sí. —Nos miramos sonriendo cómplices.

—Vaya dos —dijo haciendo una mueca y volvimos a reír.

—¿Has venido solo para quedarte un rato o puedes alargarlo para comer conmigo? Aún queda, pero por si apetece…

—Me apunto, no tengo prisa —asintió decidida.

—Perfecto —le sonreí.

El mismo ruido que me había alertado y me puso nerviosa con anterioridad a que llegara Diana se escuchó alto y claro a la derecha. Me levanté rápido, al igual que hizo Diana, imitándome.

Me preguntó qué era, pero como no supe responder ni tampoco pude, caminé despacio acercándome hacia la barandilla que quedaba en el lateral de la casa.

—No me lo puedo creer. —Jadeé asombrada.

—Oh, ¡qué cosita! ¿Te has asustado por él? —Rio.

—Joder, y yo qué sabía que era un perro el que estaba trasteando por fuera de la casa. Hasta ahora no ha vuelto a escucharse —me lamenté.

Sentado sobre sus patas traseras el perro nos observaba con un tubo de metal entre sus dientes. Di por hecho que si había estado jugando con él lo habría chocado y arrastrado por alguna parte de la estructura de la casa, provocando los ruidos extraños que había oído. Tenía el pelaje sucio, mucho. Despacio soltó el tubo en la hierba y ladró hacia nosotras.

—¿Te suena? —le pregunté a Diana que conocía muy bien todo el lugar y a sus habitantes.

—No, nunca lo había visto. Pero por como está, me da que no tiene dueño. —Hizo una mueca triste—. El mes pasado mi padre rescató dos, los llevó al veterinario y allí se encargaron de ellos.

Caminé por el porche y bajé las escaleras. Diana vino detrás de mí.

—¿Cómo se sabe si un perro es agresivo o está a punto de atacar? —me preguntó indecisa, casi susurrando.

—Pero ¿tú lo has visto bien? ¿Tú instinto de veterinaria no te lo dice? —Reímos porque no tenía sentido.

—Ya ha quedado claro que el instinto me falla mucho en lo referente a mi pasión frustrada —habló divertida.

Solo con la cara con la que nos miraba y la posición que tenía, relajada, estaba claro que no nos iba a hacer nada.

Me arrodillé en la hierba a unos metros de distancia y di varias palmadas en las piernas, pidiéndole que se acercara. El perro ladeó la cabeza observándome con curiosidad. Repetí el movimiento y alargué una mano. Sonreí cuando se levantó y se acercó despacio.

—¡Qué lindura! —dijo emocionada Diana, poniéndose en la misma posición que yo.

—Necesitas un buen baño, ¿eh? —le susurré cuando puse con cuidado una mano sobre su cabeza.

Ladró moviendo el rabo de lado a lado y reímos cuando empezó a correr en círculos, dejándonos en medio a las dos.

—Tenemos trabajo —dije emocionada.

—Ya te digo, nos va a llevar mucho tiempo.

Capítulo 10

Kyan

Lo único que se escuchaba a mi alrededor era mi respiración desacompasada. Estaba corriendo, eran las ocho y media de la tarde. La semana estaba a punto de llegar a su fin, para empezar una nueva.

Lo estaba deseando, porque el domingo se me había hecho muy pesado, y era raro porque siempre me lo tomaba para descansar y no moverme de casa. Esperaba con ansias este día, pues hoy se había convertido en todo lo contrario a lo que estaba acostumbrado.

Empecé a ir más despacio cuando me adentré en el pueblo, hasta que empecé a caminar recorriendo las calles. Me gustaba correr por los alrededores, entre la naturaleza y hacía todo lo posible para evitar que alguien me parara al verme. No tardé en llegar a mi casa, vivía alejado del centro. Abrí la puerta y cerré de un portazo, dirigiéndome directamente al baño.

Abrí el grifo y me desvestí. Esperando a que el agua saliera con la temperatura perfecta, apoyé las manos en la encimera donde estaba el lavamanos, mirándome en el espejo. Escuché mi móvil sonar, pero lo obvié hasta que saliera.

Si no lo tenía claro de por sí, mi reflejó me mostró lo tenso que estaba todavía. Se me marcaban los músculos, no sabía qué cojones me pasaba, pero no conseguía quitarme la sensación que arrastraba desde hacía unos días. Me puse recto, pasándome las manos por el pelo, pensativo. Sacudí la cabeza y comprobé que la temperatura del agua era la adecuada. Entré en la bañera y cerré los ojos cuando el agua cayó sobre mí. Levanté la cabeza para que me diera directamente en la cara, en esa posición continué durante un rato.

Cuando me activé me duché rápido y salí a la habitación, desnudo después de secarme. Cogí un pantalón de pijama de un cajón de la cómoda y me lo puse, antes de ir hacia la mesita de noche, donde tenía el móvil. Vi que la llamada perdida era de Robin y se la devolví, llevándome el teléfono a la oreja mientras salía al pasillo.

—Eh, ¿cómo se presenta la noche? —dijo nada más descolgar.

—¿Cómo quieres que se presente? —negué entrando en la cocina.

—Yo qué sé. —Rio, haciéndome sonreír—. Esta mañana cuando nos hemos visto tenías el día cruzado.

—Y así ha continuado, por eso he salido a correr. Me has llamado cuando acababa de llegar, estaba a punto de entrar en la ducha.

—Hacía tiempo que no salías los domingos.

—Necesitaba soltar tensión —dije abriendo la nevera.

Cogí un botellín de cerveza y lo abrí. Le di un trago.

—Te la podrías haber quitado anoche. —Carraspeó—. Te habría hecho más efecto que el deporte porque no noto ningún cambio en ti.

—Si me fui fue por algo, Robin.

—Ya sé que no te apeteció, pero podríamos haber ido a otro local y lo mismo…

—Quería irme a casa.

—Y me pregunto por qué.

—¿Por qué estaba cansado? Sabes que no dormí la noche del viernes y casi no cerré los ojos el sábado después de comer.

—No es la primera vez que pasamos muchas horas sin dormir.

—¿Por qué no hablas claro y dejas de darle tantas vueltas a lo que piensas? —Me apoyé en la encimera. Volví a beber.

—Joder, no sabes lo que es el tacto, ¿o qué? —Soltó una carcajada.

—Lo sé perfectamente, como también adónde quieres ir a parar cada vez que hablas. De lo que, por cierto, no tengo nada que decir.

—¿Ves? Ni tacto ni mierda, te encargas rápido de tirar por tierra mis intentos.

—¿Ya has cenado? —Cambié la dirección de la conversación.

—Sí, estoy tumbado en el sofá.

—Yo creo que voy a hacer lo mismo, no me apetece ponerme a preparar nada. —Salí al salón —. ¿Cómo fue con Marión? Esta mañana no he querido tocar el tema porque nos hemos

encontrado directamente en la cafetería para desayunar y ella estaba trabajando.

—Pilla de la nevera algo que sea rápido de hacer. ¿No te has dado cuenta de cómo me miraba?

—Ya veré… ¿Me lo preguntas? Ha sido evidente, como para no verlo…

—Pues ahí tienes la respuesta. —Rio—. Fue una buena noche, pero sabes que no se va a repetir.

Esa era la norma, nunca volvíamos a intimar con la misma chica porque eso suponía demasiado. Siempre hablábamos claro con ellas, sabían lo que había. No éramos los únicos que entraban al ataque con ese propósito para disfrutar de las noches. Ellas también se acercaban por lo mismo. Hasta ahí llegábamos.

—Oye, ¿no te ha parecido raro que no estuviera Diana? —Curvé los labios—. No sé, nunca falla en el trabajo.

—¿Te preocupa por algo en concreto? —Me senté en el sofá.

—Lo acabo de decir. —Bufó—. Es raro, está al frente de la cafetería cada día, sin excepción.

—Lo mismo le salió un plan perfecto ayer por la noche y lo ha alargado —hablé controlando la diversión que me provocaba.

En cierta forma porque también me jodía su situación, la que él no era capaz de ver ni diferenciar por lo cegado que estaba. Que se interesara y preocupara tanto por Diana no era simple casualidad.

Se quedó en silencio, el mismo que tuvo por mi parte. Esperé a que se recompusiera.

—Puede ser —dijo en tono bajo.

—¿Cómo ha ido la tarde?

—Tranquila, descansando. No me he movido de casa.

—Te dejo ya, no voy a tardar en meterme en la cama.

—¿Tan temprano?

—Pues sí, ¿también vas a controlar mis horarios? —negué.

—Joder, si cuando digo que estás raro. —Rio.

—Ya, como si fuera el único que lo está. —Me levanté del sofá apurando lo que me quedaba

de cerveza.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo estoy perfectamente.

—Ajá. He cambiado de parecer, voy a hacerme un bocadillo y después me voy a la cama. Me ruge el estómago.

—Perfecto, porque si no, mañana no habrá quien te aguante —dijo con humor.

—Sea como fuere vas a tener que soportar mi carácter, así que…

—¡Qué remedio! —se lamentó exagerándolo.

Reímos y nos despedimos. Puse el móvil a cargar en la encimera de la cocina y fui hacia la nevera. Tardé pocos minutos en tener la cena hecha. Me comí el bocadillo sentado en el sofá, viendo una serie que me gustaba.

✣ ✣ ✣

Pisé el freno de golpe. Estaba conduciendo por el centro del pueblo para salir a las afueras y, por suerte, pude pararme en el carril al no venir ningún coche detrás de mí. Eran las once de la mañana del lunes. Lo que había provocado que me parase de repente era una imagen que captó y acaparó al instante toda mi atención.

Me aparté hacia la acera, en el primer hueco que vi para estacionar. Seguí con la vista a Lena, ella era el motivo de lo que había hecho. Iba caminando por la acera, nada fuera de lo común pensaréis... Pero sí que lo era porque su expresión corporal indicaba que le sucedía algo.

Se abrazaba el cuerpo con los brazos, mientras andaba rápido mirando de vez en cuando hacia los lados y hacia atrás. El detalle de que se hubiera cubierto la cabeza con la capucha de la parka, después de salir de una frutería en la que no había comprado nada, uniéndolo a su actitud…

Me bajé del coche y me puse detrás de ella, igualando su ritmo, pero sin llegar a acercarme para no hacerme notar. Recorrimos las calles sin sentido, yendo de una a otra, hasta que se paró de golpe y se quitó la mochila que utilizaba de bolso de la espalda. Me frené bastante cerca, pero no se dio cuenta. Observé cómo la abría y sacaba el móvil de ella. La estaban llamando.

—Dan… —dijo al descolgar y fruncí más mis facciones al identificar en su voz lo que ya había supuesto… ¿Miedo? ¿Nervios? ¿Intranquilidad?

Volvió a caminar e hice lo mismo, intrigado y con un presentimiento que no me gustó nada.

—Sí, te he llamado —dijo apurada—. Es que ha pasado algo y no sé… —Hizo una pausa—. No, no tengo ni idea, pero me he asustado.

Fue todo lo que necesité para pegarme a su espalda. Provoqué que soltara un pequeño grito y se aferrara a la mochila con fuerza, metiendo la mano dentro de ella rápido. Se giró para encarar a quién fuera quién la había intimidado y su sorpresa fue evidente. Agrandó los ojos y soltó un jadeo al verme. Bajé la mirada hacia la mochila, fijándome en que había agarrado algo en el interior, pero lo mantenía escondido.

Levanté la cabeza despacio, encontrándome con sus ojos asustados. ¿Qué mierda le pasa? Buena pregunta, me dije.

—¿Qué…? —dijo casi sin respiración y sin coordinar— Perdona, no te hablaba a ti Dan —le dijo a quién estaba al otro lado de la línea—. No ha sido nada —continuó en susurros, sin apartar los ojos de los míos—. Todo está bien, de verdad. Acabo de encontrarme con una persona que conozco. Luego te llamo y hablamos con calma, te quiero.

Me puse más en tensión al escuchar su despedida. La observé con la mandíbula apretada.

—El que tiene que preguntarte soy yo… ¿Qué te sucede?

No me respondió, se quedó callada con los labios entreabiertos. Alargó los minutos en silencio como si no encontrara las palabras para hablar, hasta que pareció tener de nuevo el control sobre ella misma.

—¿A mí? Nada, estoy caminando por la calle y… ¿Qué haces?

Su pregunta fue porque la agarré de un brazo y tiré de él. No iba a permitir que me soltara cualquier excusa tonta, no después de lo que había presenciado y de escucharla decir que se había asustado.

Caminó obligada a mi lado, poco me importaron sus protestas y comentarios desconcertados, e incluso indignados. Conforme andaba miré a nuestro alrededor, fijándome bien en las personas que pasaban por al lado y las que quedaban más apartadas. No me paré hasta que llegué a mi coche.

Abrí la puerta y la invité con un gesto de la mano a que se sentara en el asiento del copiloto.

—No voy a ir a ningún lado contigo.

—No hagas que te obligue, Lena. —Alargué su nombre a propósito—. Entra —le pedí directamente, serio.

—Quiero irme a mi casa —susurró bajando la cabeza.

—¿Has venido en coche? —asintió sin mirarme— ¿Dónde lo tienes?

—A dos calles de aquí, iba hacia él.

—A dos calles… ¿Ibas hacia él y para eso te has puesto a caminar por las calles dando vueltas sin sentido?

Cuando buscó mi mirada, vi que la suya estaba más brillante de lo normal. Tenía lágrimas acumuladas y maldecí sin exteriorizarlo, por no saber qué narices estaba pasando.

—Te puedo llevar yo o vas tú sola, conmigo siguiéndote. Tú decides —Le di la opción de elegir.

—No tengo que venir más al pueblo en unos días, quiero llevarme el coche —susurró.

—¿Estás en condiciones de conducir? —Entrecerré los ojos.

—Sí. —Tragó saliva.

La vista se me fue hacia su cuello, siguiendo el movimiento que hizo.

Aparté su cuerpo de la puerta abierta agarrándola de nuevo del brazo y me agaché para coger del coche lo que necesitaba. Cuando lo tuve cerré más fuerte de lo normal y me quedé frente a ella.

—Cambio de planes, nos vamos los dos en tu coche.

—Pero… —Agrandó los ojos.

—No creo que la distancia sea mucha de aquí adónde vives —negó—. Pues ya está, regresaré dando un paseo. —Empecé a caminar—. Si no te mueves te agarro otra vez.

Dicho y hecho, obtuve que caminara ligera y se pusiera a mi lado por ella misma. La miré de reojo, mientras ella lo hacía hacia delante. Todavía abrazaba la mochila, pero tenía las dos manos fuera. Su gesto estaba contraído, tenía las pupilas dilatadas y su respiración era inestable… Todo me indicó que tenía un ataque de pánico o el principio de él, por lo que no volví a rozarla para no empeorar su estado.

A la mínima podía estallar y no era lo que quería. Necesitaba que se tranquilizara, para saber qué cojones la había puesto de la forma en la que la había encontrado y continuaba viéndola. A dos calles, como me había indiciado, se paró al lado de su coche. Lo recordé perfectamente de la noche en la que Robin la hizo parar en la carretera de montaña. Lo abrió con el mando y antes de que se dirigiera hacia la puerta del conductor, le quité la llave y fui yo hacia ella.

—¿Qué…?

—Entra —fue lo único que dije.

Me quedé fuera, agarrando la puerta abierta con una mano, mientras la otra la ponía sobre el techo. Levanté una ceja al ver que no se movía ni tenía intención de hacerlo. Cogió varias veces

aire y se montó. Me tomé unos segundos para pensar y tranquilizarme. Lo primero lo hice sobradamente, tanto que todo lo que me vino a la cabeza no me gustó en absoluto, lo segundo… Una mierda me iba a tranquilizar porque me había transmitido su estado y no era nada bueno.

Arranqué y seguí sus indicaciones. Me sorprendió cuando me explicó dónde vivía. Yo pasaba muchas veces corriendo cerca de la casa porque estaba en medio de la naturaleza, aislada y hasta hacía poco tiempo, más concretamente hasta su llegada, siempre había estado cerrada, sin nadie viviendo en su interior.

No tenía ni idea de que el dueño la alquilara. En todos los años que sabía de su existencia, en ninguno de ellos se había dado. Hacía muchos años vivía un matrimonio mayor, pero desde que se fueron del pueblo quedó deshabitada. Sabía que iban a limpiarla de vez en cuando, eran los pocos datos de los que disponía porque tampoco había sido algo que llamara mi atención ni a lo que tuviera que prestársela.

Me comentó a la altura en la que estaba el camino por el que tenía que desviarme. Me callé el decirle que no hacía falta, que lo sabía de sobra. Habló lo justo y necesario, yo me mantuve en todo momento callado, escuchando su voz temblorosa. Maldecí en silencio varias veces por ese motivo, sin comprender qué cojones estaba sucediendo.

Cuando paré el motor frente a la casa la observé durante unos segundos, antes de girar la cabeza hacia ella.

—Gracias —susurró.

—No voy a irme —le advertí sacando la llave del contacto.

Levantó la cabeza de golpe, el último tramo del recorrido lo había hecho con la vista fija en la mochila.

—¿Cómo qué no? —Tragó saliva.

—Ya me has oído. —Le dejé claro.

Capítulo 11

Lena

Una hora y media antes del encuentro con Kyan…

—Voy a ir a por comida para ti y otras cositas, ¿vale? —le hablé a Nala, de cuclillas frente a ella.

Sonreí cuando ladró. Era una perra preciosa, su pelo dorado estaba limpio y brillaba. El día anterior la metí en la bañera con ayuda de Diana y la lavábamos a conciencia. Trabajo nos costó mantenerla dentro, porque a la mínima que nos despistábamos saltaba fuera. No sé cuál de las tres nos mojamos más. Al final se acostumbró a soportar el agua e incluso diría que le gustó tanta cantidad porque jugó un poco con ella, como si descubriera por primera vez estar rodeada de ella.

Hasta ahora le había hecho comida especial, pero quería comprarle pienso e ir alternándolo. También iba a comprarle una cama cómoda en la que pudiera tumbarse cuando le apeteciera, como varios cuencos para el agua y la comida. Había utilizado platos normales y no eran prácticos para ella.

Me levanté y le di un beso en la cabeza.

—Pórtate bien, no tardaré. —Reí cuando ladró metiéndose entre mis piernas.

Muchas veces, en el poco tiempo que llevábamos juntas, me sorprendían sus reacciones porque parecía como si me comprendiera perfectamente, aunque no le hablara. Le puse el nombre de Nala porque Diana me dijo que uno de los significados que tenía era el perfecto para ella: regalo. Eso había sido para mí, un regalo inesperado y muy bien recibido, aunque al principio me costara un disgusto por el susto que me hizo pasar sin mostrarse ante mí.

Desde que me levanté y me tomé el café con leche tranquila en el porche, había estado corriendo de un lado al otro, desahogándose. Me despedí una última vez de ella hasta que regresara y salí de la casa dejando la puerta bien asegurada. Me monté en el coche y recorrí el camino, dirigiéndome hacia el pueblo.

En el poco tiempo que llevaba aquí siempre me había movido por la misma zona, sin ver ninguna tienda de productos de animales. O al menos no me había fijado en ella. Si no la encontraba me quedaría el centro veterinario, al que también tenía que ir para pedir hora. No estaba muy puesta en vacunas, pero daba por hecho que, al no tener dueño, por cómo la encontramos, era necesario que le hicieran un reconocimiento y todo lo necesario para que estuviera bien y protegida.

Estacioné cerca del centro, a dos calles de distancia y caminé la poca que me separaba de él. Me pasé por la cafetería para saludar a Diana y aproveché para tomarme un café rápido en la barra, con ella. Le expliqué cómo había pasado la noche con Nala. Diana estaba igual de emocionada que yo desde que apareció sorprendiéndonos en el porche.

—¿Hay alguna tienda de animales por aquí? —le pregunté.

—Sí —respondió sonriendo—. Al inicio de esta calle coge hacia la izquierda y luego hacia la izquierda otra vez. En cuanto te alejes de la carretera principal te la encontrarás a unos metros.

—Vale. Me voy ya —dije cuando me bebí el café—. Hablamos más tarde.

—Claro, nos llamamos.

Nos dimos un beso y salí de la cafetería dispuesta a hacer todo lo que quería, para no retrasarme mucho porque Nala no estaba acostumbrada a estar mucho tiempo encerrada. Antes de localizar la tienda di con el centro veterinario y entré. Salí satisfecha, tenía que volver a final de semana, la tarde del viernes.

Busqué el teléfono en la mochila y le escribí un mensaje a Dan.

Lena: *¡¡Tengo novedades!! Mira…*

Le adjunté una foto de Nala y mía en el sofá, de la noche anterior.

Lena: *Ya te contaré cómo es que la tengo. Se llama Nala.*

Su respuesta me llegó a los pocos minutos. Reí cuando la leí.

Dan: *¡¡Pero bueno!! Me acabas de dejar deslumbrado por tanta belleza junta. Sí, luego me lo cuentas, ahora no tengo tiempo para llamarte, estoy muy liado.*

Lena: *Tranquilo, lo sé. Solo quería adelantártelo. Ten cuidado, te quiero.*

Guardé el móvil sin esperar a que volviera a escribirme. Para Dan el «estoy liado» equivalía a que se estaba cagando en todo porque, o no lo dejaban tranquilo ni unos minutos o estaba en medio de algo que requería toda su atención.

Vi una frutería de camino y entré para comprar algunas verduras. Todavía me quedaban, pero

no tenía intención de salir de la casa hasta que tuviera que venir al veterinario, y teniendo en cuenta que era lunes y quedaban muchos días…

Estaba llenando una bolsa con tomates cuando una conversación captó mi atención. Miré de reojo hacia el dependiente, me daba la espalda mientras hablaba con otro hombre.

—Hoy ha venido un tío muy raro, no era de aquí —dijo el dependiente.

—¿Y eso? ¿Tenía dos cabezas? —habló el otro, riendo.

—Muy gracioso —negó—. Es que me he sentido interrogado, tío.

—¿Sobre qué?

—Después de hacerme un montón de preguntas me ha dado las características de una chica para que le dijera si me sonaba. Por lo visto la está buscando y creo que no era el único, porque cuando se iba ha esperado a otro hombre que hablaba con una mujer en la calle. Se han ido juntos.

Me faltó la respiración y perdí la fuerza en la mano. El tomate que estaba agarrando se me cayó junto al resto. Parpadeé varias veces y continué escuchando.

—¿Cómo te ha dicho que se llama ella? ¿Has reconocido a alguien del pueblo?

Justo en ese instante, en el que esperaba que dijera el nombre, entraron dos mujeres que se acercaron a ellos y dejaron de hablar del tema iniciando otra conversación. Con las manos temblorosas saqué el teléfono de la mochila y me lo llevé a la oreja, después de marcar el número de Dan.

Cerré los ojos escuchando sonar los tonos, sin que descolgara. Cuando se cortó volví a intentarlo con el mismo resultado. Soltando un suspiro lancé el teléfono a la mochila y me prepararé para irme. Necesité unos largos minutos para recomponerme y cuando me vi con fuerzas tiré la bolsa vacía en una papelera y caminé hacia la salida.

Pasé por al lado de los cuatro, con la cabeza un poco bajada y ladeada para que no me prestaran atención.

—¿No quiere nada? Puedo ayudarla. —Escuché a mi espalda la voz del dependiente.

—Gracias, pero he recordado que tengo que hacer otra cosa antes de cargarme con bolsas. Más tarde vendré.

—Perfecto, aquí estaré.

Asentí sin volverme y salí a la calle. En cuanto me alejé un poco y al comprobar mirando hacia atrás que ninguno de la frutería había salido para asomarse a la calle, me coloqué la

capucha de la parka y me rodeé la cintura con los brazos. No tenía ni idea si mi alteración y nerviosismo eran justificados, pero la mecha de la inseguridad había prendido y hasta que no llegara a la casa y me encerrara en ella, no conseguiría tranquilizarme poco a poco.

Empecé a caminar por las calles, sin saber hacia dónde iba por la inquietud que sentía. Con el susto en el cuerpo fui mirando constantemente hacia los lados y hacia atrás de vez en cuando, haciendo lo posible para no mostrar mucho mi cara. Me faltaba el aire, me sentía un poco mareada y es que no quería ni imaginar que lo que había escuchado era… No, porque si esa posibilidad llegaba a ser cierta tendría que irme rápido del pueblo y trastocar mi vida nuevamente.

Empecé a ver mal, se me aguaron los ojos. Me paré de golpe en la acera cuando la melodía de mi móvil sonó dentro de la mochila.

—¿Me has llamado o no has bloqueado el teléfono y ha ido por libre? No sería la primera vez… Tengo varias perdidas.

—Dan… —susurré, provocando que se quedara en silencio, uno muy significativo que prolongó. Volví a caminar, con las piernas temblorosas—. Sí, te he llamado. —Tragué saliva.

—Mierda, Lena… —Maldijo empezando a desesperarse por el tono de mi voz.

—Es que ha pasado algo y no sé…

—¿Estás segura de que tienes que preocuparte?

—No. No tengo ni idea, pero me he asustado.

Solté un pequeño grito al sobresaltarme, al notar una presencia pegada a mi espalda. Agarré con fuerza la mochila y metí la mano dentro, a la vez que me giraba hacia la persona que estaba a mi espalda. Jadeé sorprendida al encontrarme con Kyan. Me miraba muy serio y como si estuviera enfadado conmigo.

—¿Lena? ¿Dónde estás ahora? ¿Me oyes? —Escuché la voz agobiada de Dan, pero por unos segundos no pude contestarle. Se puso más nervioso.

Me apreté la mochila al pecho al ver cómo Kyan la observaba con atención.

—¿Qué…? —Intenté formar una pregunta para Kyan, para saber por qué se había acercado de esa forma a mí. Pero no conseguí actuar con normalidad—. Perdona, no te hablaba a ti Dan. —Intenté calmar a mi amigo—. No ha sido nada —susurré—. Todo está bien, de verdad. Acabo de encontrarme con una persona que conozco. Luego te llamo y hablamos con calma, te quiero.

—Que sea rápido porque estoy a punto de subirme al coche para ir a hasta allí —me advirtió —. Ten cuidado.

Colgué sin responderle. Sabía que lo entendería al estar acompañada, lo que lo tranquilizó en cierta manera. No había apartado la vista de Kyan desde que lo había visto y cuando habló por primera vez, todo mi cuerpo tembló.

—El que tiene que preguntarte soy yo… ¿Qué te sucede?

¿Cómo salgo de esta? Fue lo que me repetí, sin saber cómo disimular para buscar una salida rápida. Necesitaba que me dejara en paz, pero tuve claro que no lo iba a tener tan fácil para alejarme de él, por cómo me observaba, lo que no había dejado de hacer ni un segundo, y por su posición recta, tensa y desafiante.

✣ ✣ ✣

Si con la situación que había vivido me había puesto histérica, el tener a Kyan a mi lado, conduciendo mi coche, había terminado por descomponerme. Durante el recorrido lo miré varias veces de reojo, disimuladamente. Estuvo todo el tiempo pendiente de la carretera, observándola con expresión seria. Su silencio me afectó porque no pude predecir por dónde saldría la próxima vez que hablara.

No había podido librarme de su empeño de acompañarme y como lo único que me urgía era alejarme del pueblo… Cuando tomó el desvió del camino de tierra que llevaba directo a la casa bajé la cabeza y centré la vista en la mochila. El final cada vez estaba más cerca.

Paró el motor frente a ella. En ningún momento imaginé la intención que tenía, la que me dejó desconcertada cuando habló girando la cabeza hacia mí, después de recorrer con la vista la fachada y los alrededores.

—Gracias —dije sin mirarlo porque me había sentido protegida a su lado, sin que él fuera consciente.

—No voy a irme —me advirtió mientras sacaba la llave del contacto.

Me puse tensa y levanté la cabeza encontrándome con sus ojos.

—¿Cómo qué no? —Tragué saliva.

—Ya me has oído.

Abrió la puerta y salió. Me quedé como una tonta observando cómo caminaba hacia las escaleras. Antes de poner un pie en el primer escalón se giró hacia mí, levantando una ceja.

—Mierda —susurré.

Me moví todo lo rápido que mi cuerpo me permitió para bajarme del coche.

—Te agradezco el detalle que has tenido, pero ya no hace falta…

—Deja de intentarlo, Lena. —Se cruzó de brazos.

Bufé al pasar por su lado y subí casi corriendo las escaleras. Saqué la llave de la puerta y me giré hacia él, encontrándomelo casi pegado a mi espalda.

—¿Por qué siempre haces eso? —Me molesté por su cercanía.

—¿El qué?

—Aparecer por la espalda y tan pegado —negué.

—Abre —me pidió.

Puse los ojos en blanco antes de volverme para meter la llave en la cerradura. Sonreí un poco cuando escuché los ladridos de Nala, la que en cuanto abrí vino hacia mí feliz.

—¿Y esto?

—Se llama Nala y no es esto, es una perra. —Lo rectifiqué mirándolo de reojo desde abajo, me había arrodillado para abrazarla.

—¿No me digas? Fíjate que no me había dado cuenta —habló con ironía—. ¿Desde cuándo la tienes? Cuando venías hacia aquí no había nadie más en el interior del coche.

Se quedó en el centro del salón, observándonos a las dos.

—Desde ayer —respondí en tono bajo, acariciándole la cabeza—. Estaba abandonada, se presentó aquí muy sucia. —Me levanté despacio y cerré la puerta, mientras él asentía.

Continuaba tan serio… Aunque siendo realista ante mi presencia siempre se había mostrado igual, no era algo de extrañar.

—Así que, Nala.

Al escuchar su nombre la perra se acercó a él y se sentó frente a sus piernas. Kyan se agachó para acariciarla, ganándosela al instante.

—Buena chica —le dijo cuando levantó una pata poniéndola encima de su mano.

—¿Ves? Todo está bien —dije ganándome su atención de nuevo.

—Ahora, antes no, ¿verdad?

—No sé qué has pensado al verme, es que me he asustado un poco y…

—¿Por qué? —Entrecerró los ojos.

—Por una tontería en la calle, soy muy asustadiza. —Carraspeé para aclararme la voz.

—Asustadiza… —repitió.

Joder, este hombre tiene un radar para las mentiras ¿o qué? No se conforma con nada, me lamenté sin exteriorizarlo.

Capítulo 12



Kyan

—¿Estás más tranquila? —Cambié la dirección de la conversación.

No me interesaba que se cerrara en banda y era lo que estaba a punto de suceder si continuaba por el mismo camino, insistiendo.

—Eh, sí —sonrió un poco.

Nala fue hacia ella y dio varias vueltas alrededor de sus piernas. Lena abrió la puerta para que saliera, era lo que le estaba pidiendo. En cuanto tuvo vía libre salió corriendo al exterior. La observé ir de un lado al otro por la hierba y curvé un poco los labios de medio lado cuando se lanzó sobre el césped jugando con una piña que encontró. Lena soltó un pequeño suspiro atenta a ella.

—¿Sucede algo? —le pregunté y giró la cabeza hacia mí.

—No. —Su respuesta corta y rápida provocó que en mi expresión se reflejara que no la creí. Por segunda vez en el tiempo que la conocía volvió a arrugar la nariz con una mueca graciosa—. Es que quería comprarle en el pueblo pienso, una cama y varias cosas más, pero al final…

—Al final se te ha olvidado, ¿no?

—Sí. —Desvió la mirada—. He ido a la cafetería a tomarme un café con Diana y me he despistado.

—Y has salido de una frutería sin comprar nada. —Noté la sorpresa en su cara, aunque rectificó el gesto rápido—. Te he visto salir de ella —aclaré.

—Solo he entrado a por unas verduras, pero no tenían las que iba buscando. El dependiente me ha dicho que le llegaban por la tarde. No necesitaba nada más. —Se encogió de hombros.

Acepté su mentira o excusa como buena, sin hacer ningún comentario al respecto. No mostré

nada, a pesar de que sabía de sobra que lo que acababa de decir no era correcto. Los camiones que reponían los alimentos en las tiendas que vendían productos frescos tenían por norma descargar a primera hora de la mañana, antes de que abrieran.

Precisamente pasé bien temprano por la puerta de la frutería a la que ella había entrado y vi al dependiente ayudar al camionero a descargar las cajas. La observé con atención, hacía todo lo posible para no hacer contacto visual conmigo. No entendía a qué venía su comportamiento, vale que no nos conocíamos, pero si no tenía nada que ocultar no le encontraba el sentido a darle tantas vueltas a todo, y más concretamente a detalles que carecían de importancia.

Pero claro, con este último pensamiento acabo de reflejar dos detalles que eran para tener en cuenta y analizarlos a conciencia. Lena ocultaba algo, esa era mi apreciación y estaba seguro de que lo que la había alterado, para ella sí que tenía una gran importancia. Ni puñetera idea si una cosa estaba vinculada con la otra, pero tiempo al tiempo.

Metí las manos en los bolsillos sin intención de moverme del salón. Era consciente de que estaba deseando que le dijera «me voy», pero no iba a ocurrir por el momento. No esperaba conseguir la información que necesitaba tan rápido, pero algo me decía que todavía no se sentía segura del todo.

—¿No tienes que trabajar? —me preguntó en tono bajo.

Curvé un poco los labios, mostrando una pequeñísima sonrisa de medio lado al escucharla.

—Por supuesto, pero puede esperar —respondí.

—Ah. Mmm… ¿Quieres un café?

—No estaría mal —acepté.

—Vale —dijo con un suspiro—. Ahora te lo…

No terminó de decirlo porque caminé hasta ella, para acompañarla a la cocina. Me hizo gracia que soltara un bufido espontáneo. La observé con curiosidad e intensidad, lo que hizo que sus mejillas se sonrojaran. Me dio la espalda y fue a la cocina. La seguí.

Al entrar la recorrí con la vista, fijándome minuciosamente en todo. Se había encargado de hacer de la casa un hogar, el salón también daba esa sensación.

—¿Te la han alquilado? —Me interesé.

—No, es de un buen amigo —respondió en tono bajo.

—¿Compró la propiedad? Los pocos datos que sé es que era de un matrimonio mayor —dije despreocupado y calmado, con la intención de hablar con ella de la misma forma.

—Sus abuelos.

—Vale. —Lo entendí—. Tu amigo no viene nunca por aquí, ¿no?

—¿Me estás interrogando? —Se giró hacia mí.

—No es mi intención —dije caminando hasta la encimera, donde estaba ella. Apoyé la cadera quedándome cerca—. Solo es curiosidad y estaba intentando entablar conversación.

—Lo siento. —Centró la vista en la cafetera, apartándola de mí.

Destensó el cuerpo, detalle que no me pasó desapercibido. Observé el perfil de su cara detenidamente, sin importarme que se pusiera nerviosa con la cápsula de café que se le resistió al colocarla en su sitio. Algo tan simple le costó. Me moví desplazando su cuerpo un poco y puse la mano sobre la suya. Obvié su mirada desconcertada, me concentré en levantar su mano, en colocar con la otra mía bien la cápsula y en bajar la tapa con nuestras manos unidas hasta que todo estuvo en su lugar.

—Gracias —susurró.

Alejado de su contacto, pero no de donde estaba, me giré en el mismo sitio y nos quedamos muy cerca, demasiado para mis sentidos.

—No me gusta lo que detecto en ti, Lena —susurré.

—¿A qué te refieres? —habló en tono muy bajo y tragó saliva.

—Los nervios, la inseguridad, el recelo, el miedo, la inquietud… Puedo seguir, pero sabes de sobra a qué me he referido sin tener que especificarlo. ¿Qué te sucede? No estoy tranquilo con lo que me transmites. No nos conocemos, pero solo estoy intentando llegar a ti.

—Ya te he dicho que soy muy asustadiza. —Bajó la mirada a la encimera.

—¿Solo?

—¿Qué?

—Que si tomas el café solo o con leche.

—Con leche —susurró.

Asentí y me separé de ella, yendo hacia la nevera. Saqué el brik y se lo dejé al lado. Le di espacio caminando hacia una de las ventanas de la cocina y observé el exterior, pensativo. Vi varias veces pasar a Nala por delante, ir de un lado al otro, hasta que Lena se puso a mi lado.

—Tu taza. —La miré cogiéndola.

—Gracias.

—¿Quieres tomártelo aquí o en el salón?

—Fuera mejor, hace buen día.

—Sí —sonrió un poco.

Al salir al porche se sentó en el balancín y yo fui hacia la barandilla, quedándome frente a ella, pero de lado, observando la calma que daba el lugar.

—¿Desde que llegaste no has encendido la chimenea? —le pregunté antes de darle un sorbo al café.

—Con la calefacción tengo bastante.

—No sabes —afirmé mirándola de reojo.

—No. —Rio nerviosa.

—Antes de irme te la dejo encendida y te enseño cómo hacerlo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta.

—Más lo harás en los momentos en los que te sientes frente al fuego.

Nos quedamos en silencio. Lena al cabo de un rato empezó a mover despacio el balancín, Nala venía para que le diéramos atenciones y volvía a irse. Me separé de la barandilla y le pedí que no se moviera. Llevé la taza vacía a la cocina y bajé las escaleras del porche. Noté cómo me siguió con la mirada, hasta que me perdí entre los árboles con Nala siguiéndome de cerca, animada por acompañarme.

Me dediqué a cargar troncos de madera de diferentes tamaños, como también ramas que servirían para que el fuego prendiera con más intensidad. Di varios viajes amontonándolos en el porche, negándome a su ayuda cada vez que llegaba junto a ella. Cuando me di por satisfecho, al regresar con la última carga, ya no quedaba casi nada en el porche.

Lena se encargó de entrarlo en la casa, al igual que de sacar el macetero vacío que ocupaba hasta hacía poco el hueco de la chimenea. Le pedí si tenía cerillas y cuando me trajo una caja me acuclillé enfrente.

—Fíjate bien —le pedí mientras colocaba los troncos en posición para que el fuego no se ahogara. Dirigí la llama de la cerilla a varias ramas y una piña y empezaron a arder con facilidad.

Me entretuve en acomodar la leña con su atención puesta en mí y en lo que hacía. Soplé para avivar el fuego y al cabo de pocos minutos me levanté.

—Si se te resiste solo tienes que insistir. Con la práctica lo conseguirás rápido.

—Gracias —me sonrió.

—No hay de qué —asentí levemente—. Ha llegado el momento de irme —dije con los ojos fijos en los suyos.

—Vale —susurró.

No se esperó el movimiento que hice. Pasé por alto su tensión y su desconcierto, y que contuviera la respiración cuando alargué el brazo para rodearle la cintura. La pegué a mi cuerpo y bajé la cabeza para besarle la mejilla, despacio, sin ninguna prisa de ponerle fin.

Cuando me puse recto me encontré con sus ojos más cerca de lo que los había tenido nunca.

—¿Si te doy mi número de teléfono me llamarás si lo necesitas? —La voz me salió un poco ronca.

—Claro —susurró.

No la creí, pero aun así… Me aparté dando varios pasos hacia atrás y esperé a que fuera a por su teléfono y lo desbloqueara.

—Ya está —me confirmó al grabarlo.

Le di la espalda y caminé hasta la puerta, por la que salí bajando las escaleras del porche. Silbé hacia Nala, la que atendió rápido mi llamada. Me despedí de ella con varias caricias y empecé a andar directo al camino de tierra que llevaba hasta las afueras del pueblo.

Bastante lejos y a cubierto, en una zona rodeado de árboles donde no era visible para Lena, me paré y observé hacia la casa. Ella continuaba en el porche, de pie junto a la baranda. Llevó la vista alrededor varias veces, hasta que al cabo de unos minutos Nala salió corriendo y entró junto a ella en la casa.

Cogí una bocanada de aire con muchos pensamientos rondándome la cabeza y volví a caminar mientras sacaba el teléfono. Marqué el número de la persona con la que necesitaba hablar. Descolgó al cuarto tono.

—Pero bueno, el mismísimo Kyan llamándome —dijo Diana, risueña—. ¿A qué debo tal honor? —negué divertido.

—¿Tú sabes lo que le pasa a tu amiga Lena? —La dejé callada de golpe, yendo directo al asunto que me interesaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Está bien? —Su preocupación fue muy esclarecedora.

Si todo estuviera normal la elección de sus preguntas hubieran sido: «¿Qué dices? ¿Por qué tiene que pasarle algo?»

—Lo segundo creo que sí, y lo primero tú debes saberlo mejor que yo.

—No sé nada, Kyan. —En su tono de voz detecté nerviosismo, pero también resignación. No identifiqué que fuera mentira.

—Te creo, pero ten claro que hay ciertas reacciones de ambas que no me han pasado desapercibidas, las que te harían rectificar la respuesta.

—¿La has visto? —Esquivó mi comentario.

—Sí, acabo de salir de su casa.

—¿Has ido? —Se sorprendió.

—Esa información se encargará Lena de dártela. Te llamo para que hagas algo por ella.

—¿El qué?

—Necesita ir al pueblo a comprar cosas para su nueva compañera, quiero que la llames y vengas a buscarla para acompañarla.

—Claro, en cuanto te cuelgue voy para ahí —aceptó rápido.

—Diana…

—Si pasara algo te llamaré al momento —me cortó sabiendo perfectamente lo que le iba a decir.

—Espero que sea así. Hablamos.

—Cuenta con ello.

Guardé el móvil y el pensamiento se me fue a dos detalles que llamaron mi atención y no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. A la expresión de Diana cuando se agachó con Lena en la terraza de la cafetería, después de que a la última se le cayera la mochila al suelo. Y a la forma en la que Lena se había aferrado a la misma mochila cuando la había asustado en la calle con mi presencia repentina. No podía borrar de la mente su mano dentro de ella, como preparada para sacar algo.

Sacudí la cabeza porque si lo sumaba todo…

En cuanto llegué al pueblo me dirigí hacia la frutería de la que vi salir a Lena. Entré saludando a Tomás, el dependiente que conocía muy bien.

—Hola, Kyan. ¿Qué tal? —me saludó sonriendo.

—Como siempre. —Le hice un guiño.

—¿Te pongo algo? —Salió de detrás del mostrador.

—Sí, ¿tienes de todo? —Llevé la mirada hacia los expositores de verdura y fruta, comprobando que no había ningún hueco vacío.

—Por ahora sí, esta tarde será diferente —asentí serio.

Le dije las verduras que iba a llevarme, no porque las necesitara, pero sí para que mi presencia fuera lo más normal. Acababa de confirmar de buena mano que la explicación de Lena de que entró y no encontró lo que buscaba no era verdad, como ya sabía de antemano.

—¿Cómo va el día? —le pregunté como muchas veces hacía.

—A ratos muy liado y en otros como ahora, tranquilo —respondió mientras llenaba la primera bolsa.

—Pensaba que ibas a contarme algo más interesante, como te enteras de gran parte de los cotilleos del pueblo… —hablé divertido y despreocupado.

—¿Desde cuándo te interesan? —Rio.

—No lo hacen, pero hoy me ha dado por preguntarte sin que seas tú el primero en hablar. —Le apreté un hombro.

—No tengo novedades, aunque sí que me ha pasado algo raro esta mañana —dijo pensativo. Lo miré de reojo.

—¿El qué? ¿Problemas al recibir la mercancía?

—No, con eso todo bien. Es que ha entrado a la frutería un tío bastante raro, al menos mi percepción ha sido esa. Me he sentido intimidado.

—¿No era de aquí? —negó— ¿Qué ha pasado? —Fruncí el ceño.

—En sí nada, pero se ha puesto a hacerme muchas preguntas.

—¿Cómo cuáles?

—Si sabía si al pueblo había llegado gente nueva, si era común ver caras desconocidas… Yo qué sé, ahora mismo no me acuerdo bien. Le he dicho que era muy común que siempre hubiera turistas. Me ha puesto nervioso porque su actitud era como desafiante y me miraba de una forma... El tema es que antes de irse me ha dado las características de una mujer, por lo que he

deducido que la estaba buscando. ¿Está bien así? —Levantó la bolsa llena.

—Sí —afirmé en tono bajo—, perfecto. Si vuelve a aparecer llámame.

—¿Sabes quién es?

—No, pero en este pueblo no tiene cabida todo el que llegue intimidando y con malas formas. —Le dejé claro.

—Vale —sonrió—. Gracias, tío.

—No hay de qué. —Volví a apretarle el hombro.

Lo dejé trabajar y me despedí de él cargando con dos bolsas. En tensión por la nueva información y con una rabia impresionante, caminé por la calle directo al coche que había dejado estacionado cerca.

Capítulo 13

Lena

—Dan…

—Joder, Lena, estoy en un sinvivir desde que hemos hablado hace rato —dijo con voz preocupada.

—Lo siento mucho, estoy bien.

—Pues a mí me ha faltado muy poco para que me dé algo. —Bufó—. Explícame qué ha pasado.

Solté un suspiro y con la mirada fija en el fuego que consumía los troncos de madera, le conté bien el motivo de mis llamadas y lo que sucedió después, por lo que no pude terminar la conversación ante la presencia inesperada de Kyan. Le expliqué que era amigo de Diana, de la que ya le había hablado en varias ocasiones, como también las veces que había coincidido con él, desde el principio.

—Menuda casualidad que los que te pararon de madrugada, cuando ibas hacia el pueblo, sean amigos de Diana.

—Sí, ya ves —sonreí un poco—. Kyan se acaba de ir, se ha empeñado en traerme a casa y la verdad, aunque hacia él he mostrado otra reacción, lo he agradecido. Sobre todo, su interrupción. No he podido llamarte hasta ahora.

—Vale, no sabes lo que me alegro de que ese sea el motivo. —Hizo una pausa—. Pero lo que te has encontrado en la frutería no puede ser, Lena —habló pensativo—. Es imposible, seguro que el tipo ese que ha comentado el dependiente y el otro que lo esperaba fuera buscaban a otra mujer.

—No tengo ni idea, en ningún momento ha dicho las características de la chica por la que le ha preguntado y no he llegado a saber si le dijo algún nombre. —Me acomodé en el sofá.

—Por precaución no vayas al pueblo durante varios días.

—Es lo que voy a hacer, bueno…

—¿Qué?

—Tengo que comprar lo que necesita Nala, al final entre unas cosas y otras, he venido a la casa con las manos vacías y había salido para eso.

—Ve directa y regresas rápido, ¿me oyes? Es mejor que te mantengas sin mostrarte durante un tiempo.

—Vale. —Dejé salir el aire despacio—. Después de ir a la tienda, hasta el viernes por la tarde no tengo que volver. He cogido hora en el veterinario, aunque según cómo me encuentre y cómo lo vea, puedo retrasarlo un poco más. —Miré a Nala.

Sonreí al verla tumbada en la alfombra mullida, cerca del fuego. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que no estaba dormida.

—Iremos hablando durante la semana, ya lo decidimos.

—De acuerdo.

—¿Qué haces ahora?

—Estoy sentada en el sofá, frente al fuego. Kyan ha encendido la chimenea antes de irse.

—Eres capaz de mantener el fuego vivo las veinticuatro horas —dijo divertido.

—Ya te digo. —Reímos—. Encenderlo parece fácil, pero ya te lo diré.

—Aprenderás, como también más de una vez te desesperarás.

—Suerte de que hay calefacción. Dentro de un rato me pondré con la comida. ¿Cómo llevas el día?

—Muy liado, pero todavía me quedan unos minutos para estar contigo —sonreí—. No me has dicho como ha aparecido Nala.

Le conté la breve historia de cuando me la encontré el día anterior.

—Así que esa señorita te ha elegido.

—Parece que sí —dije contenta— y lo más sorprendente es que para no haber tenido dueño, o al menos eso creemos Diana y yo, me hace caso en todo y se porta muy bien. Sin contar las veces que me han desparecido las zapatillas desde ayer. —Reímos.

—Era consciente de la falta que tenía y ahora se ha visto como una reina contigo, es normal que se desviva por ti porque te ve como su salvadora.

—Puede ser.

—Estoy tranquilo, te hace compañía. Una muy buena.

—Sí, no soy la única salvadora —susurré.

—Lo sé… Ahora sí que tengo que colgar, ya me están llamando.

—Vale, que no te agobien mucho y ten cuidado.

—Creo que vas a escuchar mis gritos desde ahí. —Reímos—. Igualmente, preciosa. Si no hablamos antes, te llamo a la noche.

Colgué y me quedé un rato en el sofá. Nala vino hasta mí y se tumbó al lado. Cerré los ojos acariciándole el pelo. Me sentía cansada por los nervios que había pasado, tanto por la situación que había vivido como por la presencia de Kyan.

Era consciente de que no había querido irse al traerme, al intuir que todavía no estaba bien. «Quién sabe, quizás se ha abierto una pequeña puerta para que nuestros encuentros a partir de ahora sean diferentes, un poco más cercanos y cordiales», me dije. Así me lo había transmitido al final.

Sin darme cuenta, con el recuerdo de Kyan en la mente, fui adormeciéndome por el calor que desprendía la chimenea. Me acomodé en el sofá tumbándome de lado y curvé los labios cuando Nala se arrastró hasta ponerse pegada a mí.

✣ ✣ ✣

Nala ladró antes de que escuchara un coche acercándose. Me asomé por una de las ventanas de la cocina y sonreí al ver el de Diana.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté desde la puerta, cuando se bajó.

—Estaba cansada de trabajar. —Rio y negué divertida.

—Me parece que desde que llegué soy mala influencia para ti. —Nos dimos un beso.

—Todo lo contrario, estás consiguiendo que desconecte y es muy bueno. —Me hizo un guiño.

Saludó a Nala que daba vueltas alrededor de ella y me aparté para que entraran.

—Estás haciendo la comida. —Olisqueó haciéndome reír.

—Sí.

—Vaya, iba a proponerte comer en el pueblo.

—Pues lo hacemos aquí —dije entrando en la cocina.

—Vale, otro día será —comentó y asentí.

—Sírvete tú misma. —Le señalé la nevera, mientras removía el contenido de la olla.

Sacó dos refrescos y me dejó uno al lado.

—¿Cómo ha ido la mañana? —Se interesó.

—Bien y rara.

—¿Y eso? ¿Has comprado todo lo que tenías pensado? ¿Has dado con la tienda de animales? Al enviarte a ella y no llamarme he dado por hecho que sí. —Miró por la cocina, buscando los cuencos para Nala.

—Al final no he ido. —Carraspeé.

—¿Por qué? Estabas decidida.

—A esto le faltan unos minutos. —Bajé el fuego—. ¿Salimos al porche?

—Claro —me sonrió.

Nos sentamos en el balancín a tomarnos los refrescos, Nala aprovechó para tumbarse en la hierba cerca de nosotras.

—Aún no ha brotado nada —dijo mirando los maceteros.

—Es pronto, ¿no? Eso, o lo hice mal y no lo saldrá ninguna flor.

—Ni idea. —Reímos—. Ya le preguntaré a mi madre, ella es la entendida y la que mantiene las plantas de casa. Le he hablado de ti a mis padres, les he dicho que tengo una nueva amiga.

—¿Sí? —asintió.

—Me han pedido que te invite a comer el fin de semana. ¿Qué te parece?

—No sé. —Miré hacia delante.

—Va anímate. —Chocó el hombro con el mío.

—Vale —acepté sonriendo y brindamos con las latas.

—Entonces… ¿Cuándo quieres ir a por lo de Nala?

—Tendría que ir hoy. —Dejé salir el aire lentamente—. Es que me he encontrado a Kyan en la calle y…

—Y se te ha girado la cabeza y te has olvidado de todo —dijo con humor, mirándome con curiosidad.

—Tampoco te pases. —Reí.

—¿No ha sido así?

—Bueno… —solté un suspiro provocando que soltara una carcajada— Diana, me ha pasado algo en el pueblo. —Bajé el tono de voz. Su expresión cambió de golpe—. No me preguntes el qué, ¿vale? Por favor. —Giré la cabeza hacia ella. Asintió despacio, seria.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, ya me ves —le sonreí.

—De acuerdo. —Soltó el aire de golpe.

—Después de lo último, ha sido cuando me he encontrado con Kyan. —Me concentré en la lata—. Yo estaba nerviosa, él se ha dado cuenta y se ha empeñado en acompañarme hasta aquí.

—Perfecto —dijo conforme con su actitud.

—A mí no me lo ha parecido tanto, me ha puesto más nerviosa.

—Pero no hace falta aclarar que, de una forma muy diferente, ¿no? —sonrió pícara.

—Son nervios igual. —Me encogí de hombros—. Por eso, entre unas cosas y otras, pues no he ido a la tienda de animales. Al veterinario sí, tengo hora para el viernes por la tarde.

—Guay, y por lo primero no te preocupes. Comemos, descansamos un poco para hacer tiempo a que abran y vamos juntas.

—¿Me acompañas?

—Claro. —Me hizo un guiño.

—Gracias.

—No me las des porque vas a salir de la tienda quejándote. —Soltó una carcajada—. Su tía le va a comprar muchas cosas para que esté divina.

—Lo mismo es mejor que me esperes fuera. —Apreté los labios.

—Ah, no, y lo que voy a disfrutar ¿qué? —Reímos.

—Pues ya tenemos plan para la tarde —susurré.

—Sí. Mañana si quieres vienes a la cafetería sobre el mediodía y vamos a comer.

—No tengo intención de ir al pueblo durante varios días —murmuré.

Se quedó en silencio. Agradecí que no hiciera ningún comentario al respecto. Lo que sí noté fue su mirada de reojo mientras movía el balancín con los pies.

—Pues tendrás que acogerme como hoy, vendré a comer o a cenar, según cómo se presenten los días —comentó.

—Perfecto —sonreí un poco observando hacia delante, hacia la arboleda.

Estuvimos un buen rato bebiendo los refrescos en el exterior, hasta que llegó la hora de entrar. Más que nada para no quedarnos sin comida.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo al notar el calor de la chimenea.

—Sí. Kyan me ha hecho el favor de encenderla. Para ser más exacta lo ha decidido él.

—Interesante…

—¿El qué?

—No sé, a ver, no me entiendas mal. Kyan es tu hombre genial, formidable, increíble…

—Vale, me ha quedado claro con el primer adjetivo —negué divertida y rio.

—Lo que decía que es todo eso y más, si necesitas ayuda ten por seguro que estará ahí para ti, pero a lo que me refiero con lo de interesante es que nunca se acerca tanto a alguien que no conozca bien, y mucho menos con el poco tiempo que hace que llegaste aquí y los breves encuentros que habéis tenido. Eso es lo interesante.

—Sabe que somos amigas y a ti te conoce perfectamente —dije quitándole importancia.

—Sí, pero también lo son varias personas más, y nunca lo verás actuar de la misma forma. Al menos hasta ahora nunca se ha dado. —Se encogió de hombros.

—Pues así me habrá visto en la calle —negué con una mueca.

—Eh… —Me frotó la espalda—. Todo está bien. Venga, vamos a hacer una lista de las cosas que vamos a comprarle a Nala. —Sacó el móvil para apuntarla.

Nala llegó corriendo al escuchar el ruido del plato en el suelo. Se puso a comer y mientras servía nuestra comida, fuimos alternándonos en decir lo que pensábamos que era urgente. Yo terminé rápido de añadir lo que me vino a la cabeza, pero cuando nos sentamos en la mesa del salón para comer, mis ojos estaban agrandados por la variedad que continuaba anotando Diana, en la que yo ni había pensado.

—Es muy larga —dije refiriéndome a la lista.

—Bah, solo es el comienzo.

—¿Comienzo? —Me asombré más provocando que soltara una carcajada.

Comimos entre risas y animadas, cuando terminamos nos sentamos en el sofá para descansar un poco. Sobre las cinco de la tarde nos montamos en su coche. Se empeñó en que fuéramos juntas, repitiéndome varias veces que igualmente tenía que regresar junto a mí para ayudarme a descargar el coche.

En la tienda entendí perfectamente el comentario que me hizo de que cada vez que salía a comprar, su tarjeta temblaba y se volvía loca. Metió de todo en las cestas que llevábamos cada una. Salimos cargadas con una cama grande y acolchada, varios sacos de pienso y cuatro bolsas grandes llenas a rebosar.

Diana estuvo eufórica y nerviosa, yo no podía dejar de reír en muchos momentos porque no era para menos. Llegamos a la casa y no solo me ayudó a entrarlo, sino que se quedó un buen rato acomodando todas las cosas. Nala iba de unas a otras, olisqueándolas. A lo primero que le dio uso fue a la cama, en la que se tumbó rápido.

Nos despedimos hasta el día siguiente, aunque me dijo que por la noche me escribiría un mensaje. Al quedarme sola fui hacia la chimenea y metí varios troncos, por suerte no se había apagado. Satisfecha cuando el fuego se avivó fui a darme una ducha para ponerme cómoda.

Cuando me bajé del coche de Diana en el pueblo, no pude evitar hacerlo con un poco de miedo. Fui mirando hacia los lados disimuladamente, pendiente de todas las personas que había en la calle. Por suerte todo fue bien y como el coche quedó aparcado cerca de la tienda, todo se dio rápido.

«Se terminó el ir al pueblo por unos días», me dije mientras el agua caía sobre mi cabeza.

Abrí los ojos de golpe, fijando la mirada en las baldosas de enfrente. Tragué saliva y me rodeé el cuerpo con los brazos, al presentir que algo iba a cambiar. No puedo explicar qué fue y a qué se debió, pero los nervios se apoderaron de mí y tuve que sentarme en la bañera al notar las

piernas temblorosas.

Capítulo 14

Kyan

Protegido por el espesor del bosque, tenía la atención puesta en la casa de Lena. Eran las ocho de la tarde y llevaba observándola durante media hora, aproximadamente. Había salido a correr y como cada día desde el lunes, era una parada obligatoria. Después de hablar con Tomás, el dependiente de la frutería, me quedé más intranquilo de lo que ya estaba.

Desde aquel momento todos los pensamientos que me venían a la cabeza no eran nada buenos. Lena no se había alejado de la casa desde que regresó con Diana de comprar en la tienda de animales. En los días transcurridos había hablado varias veces con Diana, por eso lo sabía, no es que estuviera constantemente pendiente de Lena.

Otra cosa es que no pudiera quitármela de la cabeza. Era jueves, Robin me había preguntado durante la semana qué me sucedía porque en muchos momentos me aislaba metido en todas las hipótesis que había creado, pero no había querido abrirme en un tema que no tenía ni idea por dónde coger y qué dirección hacer que tomara. En los ratos que estaba como ahora, parado y oculto a metros de distancia de la casa, no había habido ni una sola vez que no hubiera tenido que contenerme para retener los impulsos de acercarme y llamar a su puerta.

No sería raro, como ya he comentado en alguna ocasión, con anterioridad a saber que ella estaba en esta zona, pasaba mucho por aquí. Pero claro, Lena no lo sabía y presentarme después de que me guiara hasta su casa dejaría en evidencia mi presencia, una muy intencionada.

Llevé la vista a la puerta. Como cada tarde sobre esta hora se abrió. Nala salió disparada hacia la hierba, Lena repitió lo que siempre hacía. Se sentó en el balancín con una taza y lo balanceó observando cómo Nala jugaba. Esta era la peor parte, en la que me recorría de todo por el cuerpo al verla.

Si en el exterior no había nadie tenía el control absoluto sobre mí, pero una vez que se hacía visible… Llevaba la misma chaqueta gruesa de lana y el pelo semirrecogido en un moño, del que caían mechones de pelo. No sabía lo que me sucedía con ella, la situación me tenía intranquilo.

Le había dado muchas vueltas al asunto, incluso me aferré a que todo era por la incertidumbre

que la rodeaba y lo que había descubierto. Claro que esa parte tenía peso, pero no podía negarme a mí mismo que algo en Lena me atraía de una forma en la que no había sentido hasta que la conocí.

Mis reacciones tendrían que haberme hecho saltar todas las alarmas. Por el momento continuaba de la misma forma, necesitaba mantenerme al margen porque si daba un paso más hacia ella… Ni puñetera idea de lo que sucedería. La sentí temblar cuando la rodeé con un brazo para despedirme dentro de la casa, como también había notado su nerviosismo y su respiración irregular al quedarse pegada a mi cuerpo mientras le daba un beso en la mejilla.

Fue nuestro primer contacto cercano, hasta ese momento no se había dado entre nosotros, ni siquiera cuando Diana me la presentó en el *pub* de Paula. Con estrecharnos las manos fue suficiente esa noche, en aquel momento fui reacio a algo más por las sensaciones que me provocaba. Era muy consciente de lo que me sucedía, a pesar de no haberlo experimentado nunca no había margen de error. Y me jodía, mucho, porque la veía tan inaccesible…

Se levantó del balancín y se apoyó en la barandilla. Escuché su voz hablándole a Nala, con los ladridos de respuesta de la perra, la que subió y bajó varias veces, haciendo reír a Lena. «Si supiera que estoy aquí, observándola…», pensé, como también en la respuesta porque la tenía clara.

Hasta que no entraron a la casa no me moví. Esperé a que la puerta estuviera cerrada para darle la espalda a la casa. Recorrí el camino andando, ya había corrido bastante por este día. Me llevé las manos a la cabeza varias veces, pasándome las manos por el pelo. Me sentía agobiado, no estaba acostumbrado a esa sensación que no desaparecía ni de día ni de noche.

Para mi mala suerte, tenía que incluir las noches. Entre el estado en el que me encontraba que no me dejaba dormir todas las horas que necesitaba, y que cuando conseguía cerrar los ojos, en más ocasiones de las que quiero reconocer, Lena acaparaba mis sueños. No entendía cómo se me había metido tan dentro.

Al principio me dije que era porque la veía desprotegida, así me lo habían transmitido sus reacciones porque las veces que me había dicho que era asustadiza… No la creí, como en muchas otras cosas. Tenía un pequeño detector para las mentiras y con ella parecía que se me había activado al máximo.

Al llegar al pueblo y al empezar a recorrer las calles vi a lo lejos a Diana. Silbé para llamar su atención, obteniendo que se parara y girara. No es que lo hiciera con todos, el mío lo reconocía rápido porque no era habitual.

—Hola —me saludó cuando llegué frente a ella.

—¿Te vas para casa ya?

—Sí, salgo ahora de la cafetería —soltó un suspiro—. Me he quedado un rato limpiando.

—Sola, ¿no? —La miré de reojo cuando empezamos a andar.

—Sí. Prefiero hacerlo así, estoy más tranquila. —Se encogió de hombros—. Vienes de correr —dijo lo obvio.

—Para terminar el día.

Miró hacia atrás, hacia la dirección por la que había venido.

—Has ido otra vez —afirmó refiriéndose a la zona en la que había estado. Días atrás le dije que iría de vez en cuando.

—Sí, pero igualmente es un recorrido que siempre hago. —Le quité importancia.

—Ya… Lo único que ahora vas más motivado, ¿no? —habló con tono divertido.

Giré la cabeza hacia ella, con una ceja levantada.

—Correr siempre me motiva.

—Claro —asintió varias veces.

—Olvídalo, que coges carrerilla y no hay quien te frene —le advertí, provocando que riera.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Has notado algo raro?

—No, todo estaba bien.

—Vale —soltó un suspiro.

—Diana…

—No sé nada Kyan, de verdad. Y aunque lo supiera, sabes que no te lo diría.

—Pero sí que me facilitarías por dónde ir si intuyeras que va a pasar algo grave.

—Por ella, sí —asentí serio—. Este mediodía he ido a comer a su casa.

—No quiere salir —afirmé lo que intuía.

—Prefiere quedarse unos días tranquila allí —dijo bajando el tono de voz.

—Me parece bien.

Fue todo lo que dije antes de quedarnos en silencio. De esa forma recorrimos las calles y la acompañé hasta la puerta de su casa.

—Te estás volviendo muy protector —dijo divertida.

—¿Kyan protector? ¿Te sorprendes? Me haces dudar de que lo conozcas de tantos años. —Escuchamos la voz de su padre, Mario.

Lo buscamos con la mirada, encontrándolo asomado por la ventana. Diana soltó una carcajada, yo curvé los labios y me centré en la puerta porque no iba a tardar en abrirse. Así fue.

—Hola, papá. —Diana se acercó y le dio un beso. Mario le correspondió rodeándole los hombros con un brazo.

—Buenas noches, Mario.

—Buenas noche, Kyan —sonrió—. ¿Quieres entrar?

—Te lo agradezco, pero necesito llegar a casa. —Me señalé la camiseta.

Ya no estaba mojada de sudor porque con el tiempo que había estado parado y el que me había llevado llegar hasta el pueblo y a su casa… Pero quedaban evidencias de ello.

—Nos vemos, Kyan. —Se despidió Diana, acercándose a darme un beso en la mejilla.

—¿Todo bien? —Dirigí la mirada a Mario.

Su pregunta se debía a que me había quedado pensativo viendo cómo Diana entraba en la casa.

—Sí —asentí.

—¿Seguro? —insistió, observándome con atención.

—Me voy que ya he tenido bastante con una García —sonreí de medio lado.

Mario soltó una carcajada al referirme a su hija, Diana. Nos despedimos y tomé la dirección de mi casa. Por la hora que era, había pocas personas en la calle. Fui saludando a quiénes me encontré, sin pararme y en cuanto entré en casa fui directo al baño. Dejé encima del mueble el móvil y activé la pantalla, comprobando que no tenía ninguna notificación. Me desvestí y me metí en la bañera.

—El mejor momento del día —susurré mientras el agua me caía por la cabeza.

Me tomé mi tiempo y al salir y ponerme el pantalón del pijama fui al salón. Dejé el móvil en la mesa y entré en la cocina.

No iba a entretenerme con la cena, más que nada porque no tenía ningunas ganas de estar más de pie. Saqué del congelador una *pizza*, esa sería mi comida rápida. Estaba metiéndola en el horno cuando sonó una llamada. Cogí el móvil de la mesa viendo que era Eric.

—¿Qué tal? —dije al descolgar, regresando a la cocina.

—Eh, ¿te pillo en buen momento?

—Sí, dime. —Cerré el horno y lo encendí.

—Ya tengo la información que me pediste, todos los datos que especificaste.

—Perfecto. —Dejé salir el aire lentamente—. Pásamelo todo por correo electrónico.

—Ahora mismo.

—Puedes hacerlo mañana.

—Tranquilo, todavía estoy en la oficina.

—¿Me va a costar caro?

—No. —Rio y sonreí—. Con que me invites a un café mañana queda saldada la deuda.

—Cuenta con ello.

Los dos sabíamos que estábamos de broma, lo que no quitaba que igualmente lo invitara al día siguiente, y no solo a un café.

—Listo, ya lo tienes. Me largo ya.

—Gracias, Eric. Nos vemos mañana, descansa.

—No hay de qué, tío. Hasta mañana, igualmente.

Con el teléfono en la mano fui a por una cerveza a la nevera y regresé al salón. Me senté en el sofá y le di un trago antes de acceder al correo que me había enviado. En la pantalla aparecieron todos los detalles y los amplié para leerlos con detenimiento. Me centré en los que me interesaban porque había muchos.

Cuando terminé, después de media hora releyéndolo todo varias veces, fijé la vista en el televisor apagado, pensativo.

—Por ahora ya tengo una parte de lo que quería… —susurré.

Así era, el primer paso ya estaba dado, quedaban los más importantes. Me levanté del sofá apurando la cerveza del botellín y fui hacia la cocina. Lo lancé a la basura y saqué la *pizza*. En veinte minutos ya estaba recogiendo lo poco que había ensuciado y con el estómago lleno.

Apagué todas las luces y me dirigí hacia la habitación, en la que me tumbé en la cama cerrando los ojos. Me sentía agotado, no descansaba bien por las noches y no paraba en ningún momento. Ni siquiera el deporte conseguía que cayera rápido en un sueño profundo. Los párpados se me abrieron y enfoqué la vista en el techo, sin ver nada en realidad.

La oscuridad lo cubría todo. Eso mismo hice yo, cubrirme la cara con un brazo con la esperanza de conseguir frenar la mente. De lo siguiente de lo que fui consciente después de ese momento fue de sentirme incómodo en la cama. Abrí los ojos despacio, me había dormido sin darme cuenta. Comprobé en el reloj de la mesita de noche la hora que era, las cuatro y media de la madrugada.

—Mierda. —Bufé bajándome la sábana hasta medio pecho.

El poco peso que suponía se había convertido en un suplicio para mi erección. Esa es la incomodidad que me había despertado, lo excitado que estaba y el roce de la ropa.

Intenté dormirme de nuevo, me moví de un lado al otro sin encontrar una buena postura, pero es que con lo duro que estaba…

Dejé salir el aire lentamente cuando decidí ponerle remedio. Colé la mano por debajo de la cinturilla elástica del pantalón del pijama y me rodeé el miembro. Entreabrí los labios, por el gusto que sentí al presionármelo, bajando y subiendo lentamente por todo el largo. Arrastré las gotas de placer, justo en el instante en el que los ojos se me abrieron en medio de la oscuridad.

Apreté la mandíbula por el recuerdo en forma de imagen que vino a mi mente, lo que provocó que lo que empezó con movimientos pausados y calmados, en cuestión de segundos tomara mucha intensidad. En tensión y sintiendo un placer inmenso, me masturbé sin descanso.

No era la primera vez que me sucedía, en más de una ocasión me excitaba sin venir a cuento. Al principio me negué a tocarme por lo que suponía, pero llevaba unas cuántas en las que no había podido frenar el deseo que me consumía. Era eso o pasearme por la casa con una erección tremenda, a la espera de que bajara por sí sola. Difícil, ya os lo digo, porque lo había intentado sin buenos resultados.

Aceleré el ritmo, mi mano se movió rodeándome desesperada. La respiración se me descontroló, los jadeos continuos me indicaban que como siguiera tan fuerte no tardaría en correrme. Más aumenté la velocidad sintiéndome al límite de mi control, pero negándome a la vez a dejarme ir por todas las sensaciones placenteras que me recorrían.

Aparté la ropa de cama con los pies sin parar los movimientos, a la vez que bajaba más el pantalón. Gemí cuando al cabo de unos minutos me liberé sobre mi abdomen.

—Joder… —dije casi sin respiración.

Durante unos minutos no pude dejar de balancear la mano, alargando el disfrute.

—Estupendo, jodidamente estupendo. —Me incorporé cabreado para ir al baño.

Por la hora que era, sabía que ya no haría más intentos en dormirme, por lo que maldecí mientras me aseaba.

Capítulo 15



Cuatro días después…

Lena

Me incorporé de golpe en la cama, quedándome sentada.

—¿Qué…? —dije desorientada.

Unos golpes sonaron en la puerta principal, los mismos que se escucharon por segunda vez. Por eso me había despertado.

Miré hacia la ventana, la claridad se colaba por las rendijas de la persiana que no estaba bajada del todo. Al oírlos de nuevo me moví rápido y cogí el móvil de la mesita de noche. Eran nueve y media, me quedé descolocada y la presión en el pecho no tardó en aparecer por lo que podía suponer que alguien inesperado estuviera al otro lado de la puerta. No esperaba a nadie y mucho menos tan temprano. Lamenté el haberme quedado dormida a las seis, después de desvelarme en mitad de la noche.

Me levanté con cuidado agarrando el arma de la mesita de noche. Nala estaba frente a la puerta cerrada, esperando a que la abriera, muy pendiente de ella. Caminé hasta llegar a su lado y le susurré que quería que se quedara dentro de la habitación. Al abrir intentó salir, pero la dejé en el interior por miedo a que le sucediera algo.

Descalza y sin hacer ruido enfoqué el cañón hacia la puerta principal, mientras caminaba despacio hacia ella. Me faltó la respiración, pero me negué a dejarme vencer por el miedo. No podía permitirlo en esta situación. Volvieron a golpear con los nudillos en la madera y me puse más nerviosa, sin atreverme a preguntar quién era.

Todo se quedó en silencio, por unos instantes no se escuchó nada. Hasta que mis ojos se encontraron con otros. Agrandé los míos, soltando un jadeo al reconocer a Kyan en el exterior de la casa. Estaba asomado por la cristalera del salón, agachado, casi tumbado en el suelo porque la persiana estaba levantada solo dos palmos del suelo.

—Mierda. —Empecé a temblar al escuchar cómo maldecía en voz alta.

Me había visto empuñar el arma, apuntando hacia la puerta. Ya no podía evitar, ni esquivar nada de lo que me preguntara ni dijera. Tragué saliva y di un pequeño grito cuando volvió a llamar a la puerta, con más insistencia. Sin importarme nada porque no tenía que darle explicaciones de mi vida y de mi situación, caminé ligera a abrir.

En cuanto lo hice su imagen de cuerpo entero se hizo visible. Sus ojos no se apartaron de la mano con la que agarraba el arma. La mantuve hacia abajo, ya daba igual esconderla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté en un susurro.

Sin decir nada entró apartándome y cerró de golpe.

—¿Qué mierda haces tú Lena?

—Has venido sin avisar y has insistido en llamar a estas horas, poniéndome nerviosa. Estoy en mi casa, lo que me da la gana. —Entrecerré los ojos—. ¿Qué quieres?

—Quería asegurarme de que todo estaba bien por aquí, pero por lo que veo no tenía de qué preocuparme —habló en tensión.

—¿Qué…? —Agrandé los ojos—. No te entiendo. —Tragué saliva dejando el arma encima de la mesa, sin apartar la vista de él.

—Diana me ha llamado hace un rato, después de hacer unas cosas he venido volando por lo que me ha dicho. —Hizo una pausa larga. Me agarré con una mano al respaldo de una silla—. El mismo tío que fue a la frutería a preguntar por una chica, ha estado en la cafetería y ha hecho exactamente lo mismo. Sé que cuando te encontré en la calle ese fue el motivo por el que saliste de la frutería nerviosa y sin nada, tuviste que escuchar algo y te alarmaste.

Bajé la mirada al suelo sin poderla mantener hacia él, dándole la respuesta.

—No te buscaba a ti, quédate tranquila. —Lo miré desconcertada.

—¿Cómo…? ¿Cómo lo sabes?

—Por suerte ha ido directo a Diana. Le ha preguntado por una tal Marie.

—Marie… —repetí dejando salir el aire despacio.

Tuve que sentarme porque se me aflojó todo el cuerpo por los nervios. Me froté la frente.

—Se han largado del pueblo por la carretera de curvas—continuó—. Eran dos y los he seguido con el coche sin que se dieran cuenta. He querido asegurarme de que era así porque no me gusta lo que han provocado en el pueblo. Igualmente he venido aquí para verte.

—Te has preocupado por mí —susurré.

—No tengo ni puñetera idea de lo que haces con un arma, Lena, pero tus actitudes nunca las he visto normales. Sé que pasa algo y uniendo la poca información que he deducido…

Me levanté despacio, quedándome de pie frente a él.

—No quiero hablar de eso.

—Claro, cómo no —negó contrariado.

Cuando sus ojos recorrieron por unos segundos mi cuerpo me di cuenta de cómo había salido a abrir la puerta. Noté el calor en las mejillas al instante. Llevaba una camiseta ancha que terminaba un poco por encima del final de la braga. Era visible y estiré de la tela de la camiseta hacia abajo, pero fue peor porque los pechos sin sujetador se me marcaron.

—Voy un momento a… —Tragué saliva cuando dio varios pasos hacia mí.

—Estás perfecta así —dijo con voz ronca.

—Yo, es que no he pensado…

—A veces es lo mejor, no pensar, simplemente actuar.

Solté el aire despacio cuando se paró enfrente. Levanté la cabeza hacia la suya, por la diferencia de altura.

—¿Qué haces? —murmuré.

—Lo que quiero y deseo desde hace muchos días. —Me rodeó la nuca con una mano, acercándome a él.

—Kyan…

—Dime que también lo quieres y deseas. Si tu respuesta es negativa saldré rápido por la puerta y no volveré —susurró acariciándome con los dedos, provocando que el vello se me erizara.

—No quiero que te vayas. —Me pegué a él, sin dejar ninguna separación entre nosotros cuando mi pechó tocó el suyo.

Me miraba con tanta intensidad que me perdí en sus ojos. Fuimos los dos los que nos movimos para ir al encuentro del otro. Nuestros labios se buscaron con deseo, uno que me dejó sin respiración. Gemí cuando me agarró de las nalgas, apretándome a su cuerpo mientras tomaba el control de la situación. Me dio la sensación de que lo que estaba sucediendo no era real porque sentirlo como había imaginado varias veces desde que lo conocía, me desconcertó.

Le rodeé el cuello con los brazos haciendo que su erección se clavara en mi estómago. De su garganta salió un pequeño gruñido. Dio varios pasos hacia delante, yo hacia atrás, hasta que chocamos con el filo de la mesa. Me subió a ella y se apartó. Me quedé sentada con él entre mis piernas, las que acarició deslizando las manos de arriba abajo, hasta dejarlas quietas en mis ingles.

—¿Por qué yo? —me dio por preguntar.

—¿Qué quieres decir? —Contuve la respiración cuando uno de sus dedos se coló por la goma de la braga.

Cerré los ojos con fuerza cuando paró el movimiento, quedándose muy cerca de mi zona íntima.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta? —insistió.

—Tienes a todas las mujeres del pueblo revolucionadas, puedes estar con cualquiera de ellas —murmuré.

—Pero da la casualidad de que solo quiero estar con una. —Me agarró de la nuca pegando nuestros pechos de nuevo. Me mordisqueé el labio inferior al sentir su dedo adentrarse más—. No hay un porqué, Lena —susurró echándome la cabeza hacia atrás.

Jadeé cuando sus labios besaron mi cuello y su lengua lo lamió, recorriéndolo entero. Me removí inquieta cuando su dedo resbaló por mi sexo, mojándose con el placer que me había provocado.

—Lo único importante es lo que me interesa. —Me besó con fuerza—. Todo lo demás queda fuera de aquí, de nosotros.

Su dedo me presionó el clítoris y lo frotó. Gemí ante la sensación, gemido que quedó amortiguado en su boca porque volvió a besarme.

—No vuelvas a mencionar a ninguna mujer cuando estoy contigo, ni individualmente ni en general. —Apoyó la frente en la mía.

—Solo era una duda. —Entreabrí los labios.

—Pues aclarada queda. Solo me interesa esto. —Recorrió mi sexo con varios dedos, coló uno más. Jadeé cuando metió uno en mi interior sin que el otro se apartara de mi punto de placer—. Esto y tú. ¿Te ha quedado claro?

—Sí —murmuré con necesidad de abrirme más para él.

Como si lo supiera, separó su contacto. Me acarició los labios con los dedos que me habían tocado y me besó con fuerza, soltando un gruñido al degustarme de esa forma. De un

movimiento rápido me sacó la camiseta, dejándome solo con la braga.

Sus ojos bajaron hacia mis pechos. Los rodeó con las manos sin apartar la atención de lo que hacía. Despacio, dejé caer la espalda sobre la mesa, con sus manos deslizándose hacia abajo. Apretó la mandíbula al verme tumbada.

Me juntó las piernas, para sacarme la braga, para después abrírmelas. Se colocó en medio de ellas, con mi cuerpo desnudo y expuesto por completo frente a él. Mi excitación aumentó al ver cómo me observaba, mientras pasaba la yema de los dedos por cada zona visible de mi piel.

—Kyan… —susurré moviéndome en la mesa.

—Estás tan caliente y mojada —gruñó arrastrando con varios dedos mi humedad.

—Sí. —Jadeé.

—¿Por qué tienes un arma, Lena?

—¿Qué? —Tragué saliva cuando movió los dedos rápido sobre el clítoris.

—¿De qué tienes miedo?

Gemí cuando tiró con fuerzas de mi cuerpo. Me quedé con el trasero fuera, pegada a su pantalón.

—En algún momento me lo dirás —dijo en tensión.

—En algún momento. —Jadeé cuando se agachó y me cubrió el sexo con la boca.

Me pegó a su cara mientras mis piernas quedaban apoyadas en sus hombros. Fue tanta la intensidad de sus besos, succiones… Su lengua sin parar de recorrerlo todo, pero acertando en los puntos exactos que me volvieron loca de deseo.

No me dio descanso, tampoco lo necesité. Lo único que quería era llegar al final y se afanó para conseguirlo. Me dejé llevar con varios gemidos fuertes, los que continuaron con menos intensidad al continuar atendiendo la zona. Cuando se incorporó se desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera.

Con los ojos fijos en esa zona, dejé salir el aire lentamente cuando liberó su erección.

—No tienes ni idea de cuántas veces me he masturbado imaginando este momento. —Jadeé por sus palabras y al sentir la suavidad de la punta de su miembro acariciándome el sexo.

—No. —Me removí inquieta, necesitándolo de nuevo.

—Muchas, Lena. Y cada una de ellas no puedo borrarlas de la cabeza —gruñó cuando entró

un poco dentro de mí—. Dime que tomas anticonceptivos, no he traído protección —gruñó.

—Sí —gemí cuando entró con fuerza dentro de mí.

—Joder —gruñó en tensión, llenándome por completo.

Salió y entró varias veces despacio, desesperándome. No tuvo ninguna prisa al principio, lo que cambió después de unos minutos. El empuje con el que empezó a ir a mi encuentro me dejó sin respiración, mientras hacía presión en mis piernas, separándolas, utilizándolas de apoyo para guiarse dentro de mí.

El salón se llenó de jadeos y gemidos desesperados. Me corrí por el ritmo frenético que tomó, a la vez que sus dedos me frotaban el clítoris. Difícil retener el orgasmo sintiendo todas mis zonas cubiertas. Continuó sin darme tregua, con movimientos cada vez más desesperados. Me llenaba tan bien, cada vez que salía y perdía la presión y su calor necesitaba que volviera a entrar en mi interior.

No quise que terminara porque no sabía lo que representaba entre los dos lo que estaba sucediendo. Me excitó ver su cuerpo en movimiento y sus ojos fijos en cómo su miembro desaparecía en mi cuerpo. No apartó la mirada de esa zona, hasta que se dejó llevar con gemidos y gruñidos fuertes.

Cuando se apartó lamenté que lo hiciera. Dio un paso hacia atrás alejándose de mí. Su miembro dejó de llenarme y sentí un poco de miedo porque entre nosotros todo hubiera llegado al final. Era lo que conocía de él, según Diana nunca repetía el tener sexo con una mujer. Tenía que ser realista, era lo que había pasado en el salón de la casa.

Me incorporé despacio notando el exceso de humedad en la parte baja de mi cuerpo. Al quedarme sentada encima de la mesa hizo algo que me dejó sorprendida. No tuvo importancia en sí, pero fue por el mimo con el que lo hizo, acariciándome la piel conforme me colocaba la camiseta y me cubría con ella. Me quedé sin palabras y sin saber qué pensar.

Me apartó el pelo hacia atrás y me acarició el cuello con los dedos. No supe lo que pasó por su cabeza en ese instante, pero recibir el beso que me dio me tranquilizó y calmó mi interior.

—Tengo que irme —susurró sobre mis labios.

—Vale —solté un suspiro.

—A trabajar —me aclaró y asentí—. Guarda lo que tienes al lado y por tu bien espero que la próxima vez que nos veamos, me digas que sabes utilizarla —se refirió al arma que estaba al lado de mi cuerpo.

Metió su miembro en el bóxer y se acomodó el pantalón. Me dio un último beso y caminó hacia la entrada.

—Tienes mi número de teléfono, utilízalo —dijo sin volverse, con la puerta abierta.

—¿De verdad?

Idiota, me dije en cuanto pronuncié la pregunta. Joder, es que estaba como en una nube de placer todavía y no sabía lo que decía.

No comentó nada más. Su reacción fue girar la cabeza hacia mí con una ceja levantada, pero sustituyó ese gesto por una pequeña sonrisa de medio lado. Se fue negando, me pareció que divertido.

—Madre mía. —Me froté el pecho.

Me iba a costar recomponerme de lo que había pasado. Con lo mal que había empezado al recibirlo… Pues mejor no había podido darse entre nosotros.

Me bajé de un salto de la mesa, con una sonrisa tonta en los labios y con la braga en una mano y el arma en la otra, fui hacia la habitación. Nala me recibió contenta y reí cuando me siguió al baño.

Capítulo 16



Dos días después…

Me senté en la cama sintiéndome desganada con todo. Hacía unos días desde que Kyan vino, tuvimos sexo y se fue. No lo había vuelto a ver, ni tampoco le había escrito en ningún momento. Por falta de ganas no había sido, pero la tarde anterior me pasé por la cafetería de Diana y lo que me dijo me dejó pensativa y con dudas. En aquel momento…

—Hola —la saludé al entrar, estaba al otro lado de la barra.

—Lena —me sonrió—. No me habías dicho que venías. —Se inclinó y nos dimos un beso.

—Es que no tenía pensado hacerlo, pero me he agobiado un poco en casa y aquí estoy.

—Me encanta. —Me hizo un guiño—. ¿Qué quieres tomar?

—Un té.

—Marchando —dijo dando una palmada en la barra.

Cuando volvió junto a mí lo hizo con dos tazas, diciéndome que fuéramos a una mesa. Ocupamos una del interior, quedaba al fondo, en la esquina que daba a la cristalera.

—¿Cómo va? Hace varios días que no nos vemos —dijo animada—. Aquí han terminado cerca del mediodía la obra del almacén, por fin soy libre. —Me hizo un guiño.

—¿Ha quedado bien?

—Sí, luego te lo enseño. Ahora ya puedo estar tranquila —comentó satisfecha.

—Me alegro. Hoy es el primer día que salgo, desde la tarde del viernes que fui al veterinario.

—¿Has estado tranquila? A mí me han tenido muy liada… Me han hecho ir de un lado para el otro y casi no hemos hablado. —Hizo una mueca.

—Sí. No te preocupes, es normal —sonreí fijando la vista en el té.

—¿Y esa sonrisilla?

—Es que lo más interesante que me ha pasado en los últimos días no lo sabes, y eso que no he salido de casa —dije antes de beber un poco.

—Uy, uyyy… —Me observó con curiosidad—. Estoy esperando a que sigas hablando, por si no te has dado cuenta. —Reímos.

—Al principio empezó como algo negativo —negué retrocediendo al momento en el que me desperté por los golpes en la puerta.

—¿Qué pasó? —se preocupó.

Le expliqué todo, desde cómo me desperté y el motivo por el que lo hice, como el momento en el que Kyan me vio con el arma. Para finalizar le conté lo bien que terminamos, en esto último no entré en muchos detalles, solo los necesarios y más esclarecedores. Me escuchó atenta y con la boca abierta, conforme fui avanzando exageró más el gesto.

—¿Qué me dices? —Jadeó sorprendida.

—Sé que es raro, pero…

—No iba por ahí —me interrumpió moviendo las manos en el aire—. ¿Raro? Para nada. Sabes que desde el inicio vi algo en vosotros dos, llamaba la atención. No me extraña lo que ha pasado, pero sí que Kyan se haya dejado llevar tanto.

—Bueno… —Me removí en la silla—. Pues lo ha hecho.

—Y es muy significativo —sonrió de medio lado—. Te lo digo yo que lo conozco muy bien. —Aplaudió—. Ay, que no puedo de la emoción. —Soltó una carcajada. Me la contagió.

—Fue un encuentro aislado —negué—. No quiero pensar más allá de eso. —Me encogí de hombros—. Me dijo que lo llamara o que le escribiera, no con estas palabras, pero el caso es que al final no he hecho ni una cosa ni la otra —susurré las últimas palabras.

—¿Por qué?

—No lo sé. Al principio me dije que era muy pronto, no quise agobiarlo. Y después, ni idea. El tiempo ha pasado y como tampoco sé nada de él…

—Ni lo sabrás en unos días si no os ponéis en contacto por teléfono.

—¿Por algún motivo concreto? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Se fue ayer por la tarde del pueblo.

—¿Se ha ido? —No me esperaba escuchar eso. Asintió.

—Escuché cuando mi padre se lo decía a mi madre, por lo visto se reunió con Kyan y estará unos días fuera. Solo puedo decirte eso, no le he preguntado a mi padre, me mantiene al margen de su trabajo todo lo que puede. Yo lo vi normal porque en más de una ocasión sucede, me refiero a que él o Robin se alejan por unos días.

—Un momento, ¿tu padre y Kyan…? ¿Quieres decir que…?

—¿No te lo he dicho nunca? —negué varias veces, con expresión de asombro.

—Ups, pues se me ha pasado. —Rio—. Robin no es el único policía que conoces en el pueblo —dijo con un guiño.

—¿Qué me dices? —Solté un pequeño jadeo. Me incliné sobre la mesa—. ¿Kyan es policía? —susurré.

—Sí. —Soltó una carcajada por cómo me había quedado.

—Joder. —Me froté la cara.

—Mejor, ¿no?

—¿Mejor para qué?

—Ah, no sé. —Ladeó un poco la cabeza—. Es algo que aún mantienes para ti, yo solo intuyo cosas.

Fijé la vista en la taza. La agarré rodeándola con las manos.

—Con lo que he dicho no te estoy pidiendo que me lo cuentes, Lena.

—Ya lo sé —sonreí un poco, sin mirarla—. Es que no me esperaba… Me ha sorprendido saber a qué se dedica Kyan. Cuando lo vi la primera vez di por hecho que era amigo de Robin y por eso lo acompañaba en el coche. Iba vestido sin uniforme y como las siguientes ocasiones continuó siendo así…

—Muchas veces se hacen compañía cuando uno de los dos acaba su jornada de trabajo, sobre todo durante las largas horas de la noche —me aclaro y asentí. Bebí un sorbo de té—. Nunca verás a Kyan con uniforme.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Le tiene como una alergia especial. —Rio—. Solo lo vi con él durante el primer año que

empezó a trabajar a las órdenes de mi padre. En realidad, tampoco, fueron muy pocos meses. Aquí todos lo conocen e independientemente de eso, el trabajo que realiza no implica que tenga que ir vestido de policía. Ya te digo que en muchos momentos va mejor que su apariencia no tenga nada que ver con el trabajo que realiza.

—Ah… Entonces no está —dije pensativa.

—Así es. Sabiendo lo que me has contado puedo interrogar a mi padre para conseguir más datos. Créeme, se me da muy bien —dijo divertida—. Tanto que no se dará cuenta hasta que ya lo haya liado.

—Te lo agradezco, pero no hace falta —le sonreí.

—¿Seguro?

—Sí.

Hasta ahí llegó nuestra conversación sobre Kyan, después pasamos a otros temas. De vuelta al presente, en mi habitación… Dirigí la mirada hacia la ventana. Estaba lloviendo, no mucho, el agua caía fina y sin fuerza. Me levanté de la cama y me acerqué para ver el exterior.

Estaba oscuro, eran cerca de las nueve de la noche. Le acaricié la cabeza a Nala cuando se pegó a mis piernas y bajé la mirada sonriendo, encontrándome con sus ojos.

—Hoy no hace buen tiempo para que salgas mucho rato —le hablé. Se sentó sobre las piernas traseras—. No me mires así, es que te vas a ensuciar. Lleva toda la tarde lloviendo. —Hice una mueca.

Reí y negué cuando soltó como un lamento, entendiéndome perfectamente, pero sin importarle el resultado si abría la puerta de la casa.

—Así no hay manera, haces conmigo lo que quieres. —Puse los ojos en blanco.

Ladró y volví a reír. Salimos de la habitación y me puse la chaqueta de lana gruesa que dejé en el respaldo de una silla del salón. Sobra decir que Nala se emocionó al instante. Se puso a girar sobre sí misma, nerviosa.

—No puedes alejarte mucho, ¿vale? Y será breve. Solo para que te desahogues. Después te limpio y hasta el día siguiente. El calor de la chimenea nos esperaba para acurrucarnos en el sofá. —Ladró de nuevo, haciéndome sonreír.

A estas alturas no se me daba nada mal encender el fuego. Desde hacía unos días, porque los primeros fue una aventura cada vez que me agachaba frente a la chimenea. Le había cogido el punto y ya no se me resistía tanto. Antes de salir, eché un tronco para que el fuego se avivara y fui hacia la puerta, en la que ya me esperaba Nala moviendo el rabo de un lado al otro.

Me quedé en el porche y me tapé bien con la chaqueta, cubriéndome el cuello. La temperatura había bajado bastante y la humedad que hacía, más de la habitual por la lluvia, empeoraba la sensación. Seguí a Nala con la vista cuando bajó corriendo los escalones y sonreí cuando se quedó abajo de donde yo estaba. Olisqueó la hierba mojada y se apartó muy poco para hacer sus necesidades.

Llevé la vista hacia la oscuridad que nos rodeaba, más concretamente hacia delante. Lo único que se escuchaba era el agua caer. Todo estaba bien, en calma, hasta que algo la perturbó cambiando la sensación. Apreté con fuerza los bordes de la chaqueta que agarraba, dando varios pasos hacia atrás. Me puse en alerta al instante, atenta y sin apartar la vista de lo que había captado mi atención en medio de tanta negrura.

Las luces de varias linternas aparecieron en mi campo de visión, entre la arboleda. Sabía dónde empezaba y estaba sin necesidad de luz, tenía memorizados hasta los pasos que había hasta llegar a ella. Retrocedí más, dirigiéndome hacia la puerta. Todavía estaban bastantes lejos, pero la casa no tardaría en ser visible para quien estuviera en el bosque, ¿en una noche como esta? No tenía lógica que algún lugareño estuviera paseando bajo la lluvia, y menos alumbrados por linternas porque tenía claro que los focos de luces eran eso o algo similar.

—Nala —susurré tragando saliva—. ¡Nala! —insistí elevando un poco la voz, pero no mucho.

Se asomó por la escalera.

—Se acabó, vamos dentro —le dije.

Dejé salir el aire lentamente cuando me hizo caso al instante, aunque pocas veces se hacía la remolona con alguna orden que le diera. En cuanto entramos cerré la puerta con llave y eché el cerrojo. Apagué la luz del salón y fui rápida a bajar la persiana de la cristalera del salón.

Entorné la puerta de la cocina para que la poca luz que desprendía el fuego no se viera por las ventanas y corrí para apagarlo. El humo que salía por el conducto de la chimenea hacia el exterior dejaría en evidencia de que había alguien dentro.

Volví a correr, estaba vez por la casa. Protegí todas las ventanas, impidiendo que fuera visible cualquier parte de la vivienda.

Al hacerlo en mi habitación abrí el cajón de la mesita de noche y cogí el arma, nerviosa.

—La gente tiene unas costumbres muy raras. Sí, eso es, seguro —susurré intentando calmarme.

Me referí a que, aunque yo no le encontraba la lógica a que nadie estuviera a la intemperie en una noche como esta, cabía la posibilidad de que fuese eso exactamente lo que sucedía.

Con el arma enfocada hacia el suelo salí al pasillo, mirando hacia los dos lados. El silencio que agradecía muchas veces me puso el vello de punta. Con Nala siguiéndome sin hacer ningún

ruido, fui a asegurarme de que la puerta de la parte trasera estaba bien cerrada. Así fue, tenía echados los dos cerrojos y la llave.

Fuimos hacia el salón y le pedí a Nala que se quedara en la alfombra. Al principio ignoró mi petición y no se separó de mí cuando caminé. Su mirada transmitía preocupación e inquietud, no sé si estoy en lo cierto, pero me lo pareció y que no quisiera separarse de mí…

—Ahora vuelvo, no hagas ningún ruido. —Me agaché frente a ella—. Ve a la alfombra o al sofá, enseguida estoy contigo —susurré dándole un beso en la cabeza.

Cuando me incorporé dejé salir el aire de golpe viendo cómo reaccionaba a mi orden. Se sacudió la poca agua que tenía en el pelaje y se subió al sofá. Deje de mirarla cuando se tumbó y apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras. Encaré la puerta de la cocina y entré, yendo directa a las dos únicas ventanas que no tenían persianas.

La que quedaba en la pared lateral de la casa sí tenía y casi siempre la mantenía bajada porque por las otras dos que daban a la parte delantera entraba mucha claridad. Estas últimas tenían unas cortinas un poco tupidas, pero desde las que se podía intuir el interior si había claridad dentro.

Dejé la puerta de nuevo entornada y apoyé la espalda en la pared. Todo estaba oscuro, eso es lo que se vería si alguien se asomaba. Pegada a la pared, sin separarme de ella, llegué a la primera ventana. Me asomé por el lateral, muy despacio. Contuve la respiración al ver las luces de las linternas mucho más cerca.

—Mierda. —Me pegué el arma al pecho, cerrando los ojos por unos segundos.

Se estaban acercando, dos cuerpos venían hacia aquí. Era la poco que había podido diferenciar. Rogué interiormente para que ya no hubiera rastro de humo saliendo hacia el exterior.

—No puede ser, no puede ser… —susurré respirando irregularmente.

Abrí los párpados de golpe y volví a asomarme. Tragué saliva cuando los dos cuerpos quedaron a corta distancia de la casa. No pude ver las caras de ninguna de las dos personas porque las luces que llevaban apuntaban hacia la vivienda. Aparté rápido la cabeza de la ventana y me puse rígida en la pared de la cocina, con el cuerpo haciendo fuerza contra ella y los ojos abiertos al máximo cuando, después de pocos minutos, escuché pasos en el suelo de madera del porche.

Miré de reojo hacia la puerta de la cocina, rezando para que Nala no la abriera o emitiera algún sonido. Por suerte no sucedió. Contuve la respiración cuando un foco de luz entró a través de la ventana a la que yo estaba pegada. Los segundos se me hicieron interminables, el tiempo pareció ralentizarse.

«Fuera de aquí, largo…», repetí incansablemente en mi cabeza, a gritos por los nervios que

me recorrían. Empuñé bien el arma, con el dedo puesto en el gatillo, a falta de muy poco para dispararla si sucedía algo. La luz se vio de nuevo por la segunda ventana. Agradecí inmensamente no haber dejado el coche donde siempre, delante de la casa hacia un lateral.

Al estar lloviendo desde primera hora de la tarde y con bastante más fuerza que la que lo hacía ahora, decidí sacarlo de la zona por el barro que se formó alrededor de las ruedas. Fue mucho, por lo que, precavida, lo llevé hasta apartarlo lejos de la casa, por la parte trasera, a un lugar donde había piedras en el suelo y quedaba protegido por árboles que tenían mucho espesor en sus copas.

Era difícil que lo encontraran y más en medio de la oscuridad, porque si no sabías donde se encontraba…

Cerré los ojos con fuerza cuando volví a oír pasos, pero esta vez para mi tranquilidad, alejándose. El silencio regresó, señal de que quien había subido al porche ya había bajado de él. Cogí una gran bocanada de aire porque llevaba un buen rato sin respirar. Esperé unos largos minutos para moverme, no pude por la tensión y la rigidez.

Cuando lo hice, asomé muy poco la cabeza por la ventana, solo lo justo para poder ver el exterior. Ya no había rastro de luces ni de las sombras de ninguna persona.

—Joder —susurré tapándome la cara con las manos. Me sentía tan indispuesta…

Resbalé la espalda por la pared y me quedé sentada en el suelo, con mucha fatiga. No supe cuánto tiempo pasé en esa postura sin poder moverme, hasta que me incorporé con torpeza y conseguí dar pasos sin caerme al suelo. Las piernas me obedecieron para caminar la distancia que me separaba de la puerta para salir. La abrí y cerré rápido, pasando al otro lado, al salón. Esta vez la dejé bien cerrada. Me recibió más oscuridad por la falta del fuego, demasiada para cómo me encontraba.

Apreté los labios retirándome varias lágrimas de las mejillas, distinguiendo el cuerpo de Nala frente a la entrada. La observé con semblante triste. No había emitido ningún sonido, pero su postura era de ataque. Tenía el pelo del lomo erizado, las orejas levantadas al igual que el rabo, y los ojos fijos en la puerta principal. No varió la posición hasta que llegué a su lado y me arrodillé, abrazándola.

—Buena chica, te has portado muy bien —murmuré sin poder dejar de llorar—. Ya está. Sigue sin hacer ruido, vamos al sofá.

Me lamió las manos y la cara, y apoyó la cabeza en mi hombro. Se la acaricié para que se tranquilizara, antes de ponerme de pie con dificultad. Me temblaba todo el cuerpo.

Fuimos al sofá y me acurruqué en él, colocando el arma al lado de mis piernas. Nala se subió de un salto y apoyó su cuerpo contra el mío, quedándose sentada. Fue consciente en todo momento de que necesitaba su contacto. Volví a abrazarla y me pegué todo lo que pude a ella,

uniendo los lados de nuestras cabezas.

Nos quedamos mirando fijamente el hueco de la chimenea, por mi parte sin poder quitarme el miedo que había sentido y el que continuaba teniendo.

Capítulo 17



«Un nuevo día, una nueva oportunidad…», me dije.

No lo supe porque fuese evidente, la casa continuaba a oscuras. Fue porque encendí la pantalla del móvil y vi la hora, como tantas veces había hecho a lo largo de la noche. No había cerrado los ojos en ningún momento, necesitando estar en alerta constante por si había errado en mi suposición de que quién se hubiera acercado a la casa, queriendo encontrar algo, no se hubiera ido, haciéndome creer que sí.

Bajé la mirada hacia Nala y sonreí un poco. Estaba dormida con la cabeza apoyada en mis piernas. Se la acaricié despacio, agradeciendo el tenerla conmigo.

Eran las ocho y media de la mañana y no me atrevía a hacer ningún movimiento, ni mucho menos a subir las persianas para que la claridad lo cubriera todo. Tragué con dificultad y pensé, pensé mucho. Cerré los ojos recostando la cabeza en el respaldo del sofá, analizando mi situación.

Lo que pasó la noche anterior no tenía sentido, a no ser que se estuviera en mi situación, claro está. ¿Quién se asomaba a una casa con la intención para ver algo dentro? ¿Y la privacidad? ¿Y con las condiciones que hacía? Porque si hubieran llegado en coche, pero no, caminaron por el bosque hasta llegar a la casa. Aunque de una forma u otra el resultado era lo importante.

Las únicas personas que conocía habrían tocado a la puerta porque sabían que sí o sí, estaría dentro. Eran las pocas que aceptaba que se asomaran por si se preocupaban, como hizo Kyan por la cristalera del salón.

Los párpados se me abrieron de golpe al tomar una decisión. Noté las lágrimas resbalarme por la cara y me las aparté con rabia, sabiendo que de nuevo iba a cambiar todo. No era justo, pero no veía ninguna salida viable.

—Nala —le susurré.

Entreabrió los ojos llevándolos hacia arriba, sin mover el cuerpo.

—Yo… —No pude continuar, no quería alejarme de ella. Simplemente no podía porque había estado a punto de decir en alto que… Daba igual, lo descarté al instante—. Vamos a activarnos, ¿vale?

Se incorporó y se bajó del sofá. Con el cuerpo entumecido me levanté y estiré, notando dolor en todos los músculos. Demasiados nervios y rigidez que me pasarían factura.

Fuimos a la habitación y lo primero que hice, después de encender la luz, fue ir al armario para coger ropa. Me vestí abrigándome bien y entré en el baño para asearme.

—Necesitas salir, ¿verdad? —Me dirigí a Nala—. Estás inquieta. —Hice una mueca—. Vale —solté un suspiro—, dame unos minutos.

Me recogí el pelo en un moño desenfadado, me puse la chaqueta de lana gruesa y me siguió hasta la cocina. Me preparé rápido un café y en el salón, cogí el móvil y el arma que había dejado en el sofá. Los metí en los bolsillos, pero de uno de ellos no saqué la mano.

Me paré frente a la puerta, con la vista fija en el cerrojo.

—¿Cómo lo ves? ¿Sientes algo? —le pregunté a Nala.

La miré de reojo para ver su reacción. Estaba tranquila, dentro de los nervios que tenía por salir de la casa. No detecté ningún cambio negativo en ella, así que, cogiendo una gran bocanada de aire, saqué la mano del bolsillo, giré la llave y quité el cerrojo. Empujé la puerta despacio con la mano con la que sujetaba la taza, mientras la otra regresaba al bolsillo.

Acariciando la empuñadura del arma, el exterior se hizo visible. Nala salió corriendo a la hierba húmeda, yo di varios pasos. Me quedé en medio del porche, recorriendo con la vista toda la zona. Estaba en calma, pero yo no la sentí de esa forma. No podía encontrar la tranquilidad de cada mañana al salir.

Caminé hasta el balancín y me senté despacio, sin apartar la vista de delante. Nala corrió de un lado al otro, hizo sus necesidades y continuó feliz durante un rato más. Bebí un poco de café, despacio, calentándome las manos. Hacía mucho frío. Era una suerte que la casa tuviera calefacción porque era lo que nos había calentado durante la noche. No tuve la intención de encender de nuevo el fuego de la chimenea, ni siquiera cuando pasaron las horas.

Pensé en Dan. Tenía que llamarlo, pero lo dejé para un poco más tarde. No quería mostrarme nerviosa y era lo que sucedería si me escuchaba ahora. Pasados unos largos minutos centré la mirada en Nala y sonreí al ver lo contenta que estaba. No fue una sonrisa de alegría porque pensé en si lo que iba a hacer a ella la iba a perjudicar.

—Lo importante es que nos mantengamos juntas —susurré.

Moví los pies y empecé a balancearme, mientras me tomaba el café. Tenía el estómago vacío, ya que lo que sucedió la noche anterior, pasó antes de que hiciera la cena. Moví rápido la cabeza,

al escuchar un silbido. Me levanté con la atención puesta en la persona que apareció andando por el estrecho camino de tierra que llevaba hasta el pueblo.

Me acerqué a la baranda del porche, soltando un largo suspiro, al ver a Robin. Conforme se fue acercando diferencié que sonreía hacia mí.

—Hola, Lena —me saludó parándose a mi altura, pero en la hierba.

Nala corrió hacia él y empezó a rodearle las piernas. Robin rio y se agachó para saludarla con caricias.

—Y esta preciosidad es Nala —dijo.

Entendí que Diana o Kyan le habían hablado de ella porque Robin hasta este momento ni se había acercado a la casa, ni la había visto nunca.

—Hola. —Le correspondí al saludo—. Sí —le confirmé lo que era obvio—. ¿Qué haces aquí?

—Hoy tengo el día libre y me he animado a pasear —dijo y levanté una ceja—. No ha colado, ¿verdad? —Rio cuando negué—. Kyan me pidió que me pasara de vez en cuando, ya sabes, por eso de que estáis solas en medio de la nada, aunque en realidad no estéis muy apartadas del pueblo.

—¿Te lo pidió? —asintió sonriendo.

—Después del día de ayer, y al no tener que trabajar, pues aquí estoy. —Abrió los brazos acompañando a sus palabras.

—Gracias —susurré.

—No es nada. —Me hizo un guiño.

—¿Quieres un café? —Levanté la taza.

—No estaría mal. Te lo agradezco.

—Vale —dije llevando la vista hacia el bosque.

—¿Todo bien? —me preguntó al quedarme un poco ida observándolo.

—Sí, claro —sonreí—. Ahora salgo, voy a hacértelo.

—Perfecto, gracias.

Lo dejé jugando con Nala. Preparé dos cafés porque apuré lo que quedaba del mío. Una sonrisa apareció en mis labios, al saber que Kyan, antes de irse y sin poderlo hacer él, le pidió a

su amigo que viniera. Se había ido, pero teniéndonos muy presente, ese pensamiento provocó que mi sonrisa desapareciera.

Me giré para ir a preguntarle a Robin si quería un café solo o le gustaba con leche, pero me sobresalté tontamente al encontrármelo cerca. No lo había escuchado entrar en la cocina.

—Perdona, no quería asustarte. —Me observó con curiosidad—. Espero que no te moleste. —Se refirió a que estaba dentro de la casa.

—No te preocupes, es que soy muy asustadiza.

—Algo me han dicho, sí. —Me sonrojé por lo que significaba.

—No me molesta —susurré—. Iba a preguntarte si lo querías solo o con leche.

—Por eso he entrado. —Me hizo un guiño—. Con leche, por favor.

Asentí y fui hacia la nevera. Vertí la leche en las dos tazas y las llevé al microondas. Cuando estuvieron calientes, me acerqué a él y le di la suya. Salimos al porche.

—¿Cómo va? —Se interesó apoyándose en la barandilla. Yo me senté en el balancín otra vez.

—Bien —sonreí un poco—. ¿Y a ti? ¿Solo tienes hoy libre?

—Igual. Hoy y mañana, así enlazo con el fin de semana. No gasto los días de descanso y se me acumulan, de vez en cuando elijo algunos sueltos. Dejo la gran mayoría para unirlos a las semanas que cojo de vacaciones, así que, hasta el lunes no me incorporo al trabajo.

—Vas a tener un buen fin de semana, largo.

—Sí, ese es el plan. —Me hizo un guiño.

—Kyan… —Bajé la mirada a la taza.

—¿Sabes que se ha ido por unos días? —asentí— Tardará un poquito en regresar.

—Vale.

—Si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo. Para lo que sea.

—Te lo agradezco —sonreí y asintió de la misma forma.

—¿Dónde tienes el coche?

—Eh, un poco lejos de aquí.

—¿Y eso? —Arrugó el ceño.

—Es que ayer por la tarde llovió mucho y las ruedas empezaron a quedarse cubiertas por el barro.

—Entiendo.

—Iba a ir a por él cuando me terminara el café.

—Va, nos los terminamos y te acompaño.

—No hace falta.

—Quiero hacerlo y no sabes si vas a necesitar mi ayuda cuando lleguemos a él.

—Está bien. Lo dejé debajo de unos árboles espesos a bastantes metros desde la parte trasera de la casa. En esa zona hay piedras, no solo tierra. Espero poder sacarlo bien.

—Seguro que sí. Hiciste bien, con el peso se habría quedado encajado y ahora estaríamos embarrados nosotros. —Rio y sonreí.

Nos tomamos los cafés en silencio, viendo cómo Nala iba de un lado al otro. Por suerte no se le ocurrió en ningún momento revolcarse por el suelo.

—Kyan me comentó cómo la encontraste. —Me dejó claro quién le había hablado de ella.

—El veterinario me dijo que no tenía chip.

—No es extraño que aparezcan abandonados —negó serio—. De un tiempo a esta parte, son varios los que hemos tenido que llevar al veterinario para que se encarguen de ellos. Este pueblo no es pequeño, pero tampoco tan grande, nadie ha abierto un refugio para los animales. En las manos del veterinario están seguros, se encarga personalmente de buscarles un hogar.

—Nala lo buscó por su cuenta al llegar aquí —dije sin dejar de sonreír.

La presencia de Robin y la conversación que me daba me sentó muy bien, tanto, que conseguí relajarme, en cierta forma. Entré en la cocina para dejar las tazas y salí con la llave del coche. Dando un paseo, al que Nala se apuntó, fuimos a buscarlo.

Cuando llegamos junto a él vi satisfecha que estaba perfecto, las piedras debajo de las ruedas habían hecho su trabajo.

—¡Joder! —se quejó Robin de repente, sacudiéndose el pelo.

Soltamos fuertes carcajadas al mismo tiempo. Acababa de caerle agua en la cabeza de una de las ramas de los árboles.

—Menudo recibimiento —negó divertido cuando subimos los tres en el coche, Nala se tumbó en los asientos traseros.

—¿Está fría? —Lo miré de reojo, conteniendo la diversión.

Me respondió con la mueca que hizo y volvimos a reír. Conduje con cuidado, evitando las peores zonas y dejé el coche estacionado cerca de la casa, pero un poco más alejado de donde siempre lo ponía.

—Aquí estará bien —dijo Robin—. Según el pronóstico no volverá a llover y ha dejado de hacerlo en mitad de la noche.

—Sí, ya lo acercaré cuando la tierra absorba toda el agua.

Fuimos al inicio del porche, Nala se sentó en las escaleras, pasando la mirada de uno a otro.

—Me voy ya, Lena —me dijo Robin.

—¿Quieres secarte el pelo?

—No, pero te lo agradezco. Lo dicho, no tengas reparo en ponerte en contacto conmigo, ¿vale? Te digo mi número para que lo tengas a mano, aunque para cualquier cosa llamando a la central, estemos o no, si preguntas por Kyan o por mí nos traspasarán la llamada.

—Vale, gracias —dije sacando el móvil del bolsillo.

Lo anoté y lo guardé, antes de que nos diéramos un beso en la mejilla como despedida. Se fue como vino, caminando tranquilo, yendo directo hacia el camino estrecho de tierra. Subí al porche y lo seguí con la vista hasta que desapareció entre los árboles.

—Todo va a estar bien —susurré hacia Nala, acariciándole la cabeza.

Solté un suspiro y entré en la casa, seguida por ella. En cuanto cerré fui a la habitación para hacer lo que tenía en mente. Me tragué toda la tristeza, el desánimo y los sentimientos que provocaron que los ojos se me aguaran.

Capítulo 18



—Dan —dije en cuanto descolgó.

—Eh, ¿cómo va?

Mi silencio fue muy significativo para él. Lo alargó.

—¿Lena? ¿Hay algo que no me hayas dicho?

—Sí —susurré frotando la palma de la mano en la pierna.

Estaba sentada en el sofá, su llamada era lo último que me quedaba por hacer antes de montarme en el coche.

—¿Qué pasa? —Quiso saber con voz preocupada.

—Anoche sucedió algo que no me ha dejado descansar y…

—¿Qué mierda fue? —habló alterado— ¿Y por qué narices me lo estás diciendo ahora?

—Tranquilízate porque si no, cuelgo hasta que se pueda hablar contigo. Soy la primera que está nerviosa, pero no me ayudas mucho si te pones así —le pedí.

—Joder. —Bufó—. Vale, perdona. Cuéntamelo a tu ritmo. Me callo —sonreí un poco, con tristeza.

Eso hice, explicarle al detalle lo que había vivido desde la noche anterior. Se contuvo para no interrumpirme hasta el último momento, hasta que le dije que ya había terminado.

—Mierda, Lena. Lárgate de ahí —me pidió asustado.

—Es lo que voy a hacer —susurré—. Ya tengo el coche cargado. —Me froté la frente—. He desconectado todo en la casa, solo me falta bajar la persiana del salón y salir asegurando la puerta.

—Bien. ¿Por qué no vienes hacia aquí? Regresa.

—No. —Tragué con dificultad.

—Joder, ya te has dado cuenta de que da igual dónde estés. —Lloré en silencio—. Cariño, al menos estaríamos juntos, necesito protegerte como pueda. Los dos creímos que era imposible que dieran contigo a tantos kilómetros de distancia. Estabas incomunicada por todas las vías que pueden rastrearse. No me explico cómo ha sucedido, pero a la vista está que nos hemos equivocado. Lena…

—No voy a volver, no lo haré hasta que todo haya terminado —murmuré.

—Mierda. —Bufó varias veces.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato.

—¿Qué vas a hacer con Nala?

—Se viene conmigo. —La busqué con la mirada, estaba jugando con un juguete de plástico que Diana le compró en la tienda.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. —Me retiré las lágrimas de la cara—. A algún lugar lejos de aquí. No puedo estar tranquila después de lo que pasó anoche.

—Cuantos más kilómetros pongas de por medio mejor, ¿me oyes?

—Sí…

—Te duele dejar atrás a las personas que has conocido.

—Mucho. —Lloré haciéndolo notar, sin poder contenerme.

—Lena…

—No pasa nada.

—¿Y una mierda no pasa nada? —habló con rabia.

—¿No se sabe nada nuevo?

—No, estamos igual que al principio. —Cerré los ojos con fuerza.

—Me voy ya, no quiero perder más tiempo. Seguramente tenga que conducir lo que queda de día y la noche.

—¿Tienes dinero en efectivo de sobra?

—Sí, me llevé una gran cantidad.

—Vale. —Cogió una bocanada de aire—. No le des más vueltas, solo actúa pensando en ti. Algún día sé que podrás regresar al pueblo y reunirte con todos los que te duele dejar atrás, Lena.

—Sí —susurré con dolor en el pecho.

—Te quiero y no sabes lo que me jode no poder estar a tu lado.

—Te quiero.

Nos despedimos y colgué después de quedar en llamarlo dentro de un tiempo, cuando llevara recorridos bastantes kilómetros. Me levanté del sofá con pesadez, mucha. Volví a tragarme todas las emociones y bajé la persiana de la cristalera del salón. Caminé hasta la puerta llamando a Nala. Se puso a mi lado con su juguete en la boca.

Desconecté los interruptores del cuadro de la luz, dejando el interior completamente oscuro al estar todo cerrado. Solté un gran suspiro y salí, dejando la puerta asegurada.

—Nos vamos —dije decidida, pero con inquietud por lo que nos esperaba allá adónde llegáramos.

Aseguré a Nala en los asientos traseros y me puse frente al volante. Viendo nublado arranqué y eché marcha atrás, hasta que giré el volante. La casa desapareció de mi vista al tomar el camino de tierra que llevaba hasta la carretera asfaltada, me negué a observarla por los espejos retrovisores. Llevaba el coche más cargado que cuando llegué. El maletero estaba lleno con mi equipaje, con bolsas de toda la comida que no necesitaba frío y con las cosas de Nala.

—¿Bien? —le pregunté girando un poco la cabeza.

Ladró como respuesta y sonreí. Claro que estaba todo bien, y mejor estaría en cuanto llegáramos a nuestro siguiente destino. ¿Cuál sería? Ni puñetera idea porque no pensaba quitar la llave del contacto definitivamente, hasta que no me sintiera segura por la distancia que habría recorrido.

Al llegar a la carretera asfaltada me incorporé y tomé la dirección contraria al pueblo. Se acabó, me dije. Esta vez sí que observé por los espejos para asegurarme de que no había nadie cerca de mí que llamara mi atención.

✣ ✣ ✣

Miré de reojo hacia el teléfono que estaba encima de la parka, en el asiento del copiloto.

Tragué saliva al ver quién me llamaba, el nombre de Diana ocupaba parte de la pantalla. Varias veces intenté ponerme en contacto con ella, pero terminé descartando cada una de ellas. No encontré las fuerzas para decirle lo que había hecho, ni mucho menos sin que nos hubiéramos despedido.

La llamada se cortó, pero a los pocos segundos volvió a sonar. Me armé de valor para descolgar porque sabía que no se daría por vencida.

—Hola.

—Lena, ¿dónde estás? Estoy en la casa, no hay nadie. —Apreté el volante con mucha fuerza.

—Me he ido —dije en tono bajo.

—Ya, es evidente porque está todo cerrado. —Rio sin darle el significado real. Hasta que reaccionó—. Un momento, ¿qué quieres decir con lo de que te has ido? ¿Al pueblo?

—No, Diana. Me he ido, he dejado la casa. —Tragué saliva.

—¿Qué me estás diciendo? —Jadeó—. No puedes estar hablando en serio, Lena, por favor.

—Lo siento. Si todo hubiera sido diferente no me habría ido sin despedirme, te lo aseguro.

—Espera, ¿estás muy lejos?

—Sí, a unos trescientos kilómetros.

—Joder. —Bufó—. Pero ¿qué ha pasado? Antes de ayer viniste a la cafetería y ayer por la tarde hablamos por teléfono. Todo estaba bien.

—Me asusté por la noche, solo puedo decirte eso. Diana, sé que desde que nos conocimos nunca he podido hablar claro contigo, sobre lo que me sucede, pero créeme que he dado este paso porque me urgía. Anoche sucedió algo demasiado raro como para no tenerlo en cuenta.

—Podrías haberme llamado, venirte a mi casa o irnos las dos a la de mis padres. Allí te habrías sentido segura y a salvo. He respetado tu silencio en eso que dices, pero joder, me dejas muy preocupada. Estás huyendo y no sé de qué mierda lo haces. ¿Y si lo que sea te encuentra y estás sola? Lena…

—Me protegeré como hasta ahora.

—Mierda, esa no es la respuesta —se quejó nerviosa.

—Lo siento —susurré retirándome las lágrimas de la cara, con rabia.

—Te has llevado a Nala —afirmó.

—Sí. No podía dejarla atrás, pensé en llevarla a la cafetería o a la policía con el encargo de que te la llevaran, pero no he podido.

—Está bien así, te hará compañía. Os necesitáis las dos —susurró—. ¿Adónde vas?

—No lo sé.

—Lena.

—Lo digo en serio, no tengo ni idea. Solo quiero alejarme.

—Joder. —Noté cómo le temblaba la voz.

—Diana, si alguien pregunta por una chica e intuyes que puedo ser yo…

—No hace falta que me lo digas, mi boca está cerrada —me interrumpió—. El tío que vino a la cafetería hace días no te buscaba a ti, Lena. Quizás te has asustado sin motivo. Me gustaría tanto saber qué te sucede para actuar así. —Bajó el tono de voz—. Voy a estar en un sinvivir a partir de ahora.

—Te llamaré, lo prometo. Seguiremos en contacto.

—Vale —soltó un suspiro—. Pobre de ti que no descuelgues el teléfono cuando te llame, o que no me escribas al poco de que lo haga yo. Si no quieres que me dé algo… Venía a invitarte a cenar a casa de mis padres, al final no fuimos el fin de semana que te lo dije y me preguntan a menudo por ti.

—Lo siento.

—Lena…

—¿Sí?

—¿Algún día volveremos a vernos?

—Si puedo decidir, ten por seguro que sí.

—Mierda, ¿eso qué significa?

—Voy a parar en una gasolinera para llenar el depósito. No te preocupes, ¿vale?

—Que no me preocupe dice… —Bufó.

—¿Te llamo cuando avance un poco más?

—Sí, estaré esperándolo.

—De acuerdo, ya he llegado a la gasolinera. Diana…

—¿Qué?

—Gracias por todo, eres una gran amiga.

—No vuelvas a decir eso, ha sonado a despedida. —Se enfadó.

—Pero es que es verdad, ni despedida ni nada. Quería decírtelo porque desde que nos conocemos me has puesto las cosas muy fáciles, sin juzgarme, sin hacerme preguntas… Solo es eso, ¿vale?

—Está bien, te lo acepto, pero con una vez hay suficiente.

—Te llamo dentro de un rato.

—Aquí estaré, al otro lado del teléfono —sonreí con tristeza.

—Lo sé.

—Cuídate, Lena.

—Siempre lo intento y por ahora lo estoy consiguiendo.

—Pues que no cambie por tu bien porque como te encuentre te las verás conmigo. No sé a quién mierda le temes, pero te aseguro que yo puedo ser peor como me lo proponga. —Apreté los labios, conteniendo la diversión.

A pesar de la situación no pude evitarlo. Colgamos y me bajé del coche, diciéndole a Nala que enseguida regresaba. Entré para que me abrieran el surtidor y le pagué al chico que me atendió. Cuando llené el depósito moví el coche hacia un lateral y salí de nuevo, para sacar del maletero una botella de agua.

—¿Tienes sed? —le pregunté a Nala abriendo la puerta trasera.

Ladró y desabroché la sujeción que la mantenía sujeta al asiento. Cómo agradecí que Diana se empeñara en comprarla. Llené uno de sus cuencos y lo puse en el suelo. Me apoyé en el coche, observando cómo bebía. Llevé la vista alrededor. Había una gran explanada a unos metros de distancia y cuando terminó de beber, dejé el coche cerrado y enganché la cuerda a su collar.

Por suerte se desahogó rápido y pudimos regresar al coche para continuar avanzando. Montadas de nuevo, busqué la carretera y me incorporé. Solté varios suspiros. La siguiente parada sería en algún lugar para comer, ya era bastante tarde, pero así aprovecharía para no tener que parar por la noche. Para cenar, con picotear varias cosas que había guardado de las que había en la casa, tendría de sobra.

Tal y como lo pensé, lo hice. Dos horas después, paramos en un restaurante de carretera y ocupé una mesa en la terraza, con Nala tumbada a mis pies. Ella ya había comido, al estacionar le llené un cuenco con pienso. No me retrasé mucho, comí rápido y emprendimos la marcha otra vez.

La noche se nos echó encima. Miré el indicador de los kilómetros, viendo satisfecha que habíamos recorrido unos setecientos. Aún quedaban, tenía la intención de estar conduciendo hasta que el cansancio me venciera. Teniendo en cuenta de que no dormí la noche anterior…

Sobre las cuatro de la madrugada vi el desvío de un pueblo y lo tomé. Cansada y después de frotarme los ojos varias veces, con la ventanilla bajada para que el frío no me dejara dormirme, decidí que había llegado el momento de parar. Al llegar al pueblo circulé por las calles solitarias, hasta que vi un hostal. Estacioné el coche con la esperanza de que dejaran entrar a Nala y nos bajamos.

—Buenas noches. —Me dirigí al chico que salió por una puerta para recibirme.

—Buenas noches —me sonrió.

—¿Sería posible alojarme aquí? Estoy de paso.

—Por supuesto —asintió.

—¿Aceptan animales? —Nala hizo un sonido y el chico se inclinó sobre el mostrador, para verla.

—No hay problema —sonrió y solté un suspiro de alivio—. Tendrá que rellenarme una ficha extra por si ocasiona algún desperfecto, pero por lo demás, podréis descansar cómodas.

—Muchas gracias, lo que haga falta. Se porta muy bien.

—Es el protocolo —asentí.

Me dio el papel que tenía que rellenar, a la vez que me preguntaba mis datos. Por unos segundos me quedé bloqueada por lo que representaba, pero como iba a pagar en efectivo… Busqué en el bolso el carné de identidad y se lo di. Yo me entretuve completando la información sobre Nala.

Cuando dejó la llave en el mostrador le dije que enseguida regresaba, que iba a por la maleta. Volví rápido tirando de ella y me despedí del chico. Subimos a la primera planta, directas a la habitación que nos había dado.

Nala se acomodó en la cama al entrar, yo abrí la maleta y cogí el pijama para ponérmelo después de la ducha. Me sentó genial y tumbada en la cama por fin, junto a Nala, cerré los ojos sintiéndome realmente agotada, tanto física como mentalmente.

—Mañana encontraremos un lugar donde quedarnos más días —susurré entre la seminconsciencia.

Capítulo 19

Kyan

Apoyado en el capó del coche observaba la calle, mientras tomaba un sorbo del café que había comprado para llevar. El día estaba soleado, me encontraba en una zona bastante concurrida y me entretuve en ver a la gente caminar, yendo de un lado al otro. Fijé la vista en el edificio al que accedería en algún instante, pero no hoy. Solo había venido para asegurarme de una cosa.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo al sentir la vibración de una llamada. Era Robin.

—Eh, ¿cómo va? —me preguntó.

—Bien por ahora, preguntármelo más tarde.

—Joder, menudas expectativas me das —dijo divertido.

—Las que tengo por el momento. ¿Qué tal por ahí?

—Bien también, estoy llegando al pueblo. Vengo de estar con Lena y Nala, me he acercado a la casa dando un paseo.

—¿Cómo está? —Centré la vista en el coche estacionado que estaba delante de mí.

—Estupendamente, me he tomado un café con ella. He estado un buen rato y la he acompañado a por el coche.

—¿Dónde lo tenía? —Fruncí el ceño, hasta que me dijo el dónde y el motivo por el que lo alejó—. Vale.

—Ayer llovió mucho, hacía tiempo que no descargaba con tanta fuerza.

—Se avecina cambio de tiempo.

—Sí.

—Entonces la has visto bien. —Quise asegurarme.

—Quédate tranquilo, todo está en orden.

—Perfecto. —Cogí una bocanada de aire.

—¿Crees que lo de ahí te retrasará mucho?

—No —respondí seguro de ello—. Solo voy a hacer una primera toma de contacto desde lejos.

—De acuerdo. Ya he llegado al pueblo, voy directo a casa.

—Disfruta de los días libres.

—Esa es la intención, pienso salir lo justo y necesario. El fin de semana largo me lo voy a tomar de descanso total.

—¿Me echas de menos? —sonreí de medio lado.

—Según Mario, el jefe, somos como un matrimonio. Así que… —Reímos—. Ten cuidado cuando regreses, avísame ¿sí?

—Cuenta con ello.

Nos despedimos y guardé el móvil. Apuré lo que quedaba del café y estuve a la espera de ver lo que necesitaba. Pasaron diez minutos hasta que entró en mi campo de visión. Seguí con la vista a la persona que caminaba por la acera contraria a la que estaba yo, iba directa al edificio que llevaba observando desde que estacioné.

Se paró a hablar con otra. No había duda de que era a quien buscaba. Después de una conversación breve entró en el edificio y desapareció. Igualmente me quedé un tiempo sin moverme, haciendo un recorrido visual por la fachada.

Lancé el vaso a una papelera que había cerca y me monté en el coche. Ya tenía suficiente por hoy. Arranqué y tomé la dirección del hotel, para seguir trabajando desde él. Me hubiera gustado reservar en uno que quedara más cerca para no moverme en coche, pero las opciones fueron limitadas cuando llegué.

En veinte minutos estacioné en el parquin privado del hotel y subí en el ascensor a la planta principal. El que daba acceso a él era independiente. Cuando salí, opté por subir hasta la habitación, en la segunda planta, por las escaleras.

Una vez dentro fui hacia la pequeña mesa de escritorio y me senté, abriendo el portátil. Disponía de varios datos que Mario me había facilitado, los que me llevarían a la información que necesitaba saber, o al menos eso esperaba. Siempre me quedaría obtenerla de primera mano,

por lo que no me preocupaba porque de una forma u otra la conseguiría.

Entré en el programa y tecleé todas las contraseñas de acceso, hasta que pude moverme libremente. Mientras esperaba a que se cargara lo que había marcado, repiqueteé los dedos en la mesa. En la pantalla aparecieron muchos nombres y datos. Me incliné hacia delante, teniendo por primera vez delante de mí parte de lo que me interesaba. Hasta este momento no había podido acceder porque después de reunirme con Mario, él había tenido que pedir favores para facilitarme el trabajo. Los trámites se habían demorado más del tiempo del que me había llevado llegar hasta aquí.

Le habían dado carta verde, pero no en todo lo que necesitaba. Había información clasificada y me jodió no tenerla al alcance. Me centré en el nombre que era el comienzo de todo y accedí a todos los datos que estaban detallados. Los memoricé releyéndolos varias veces, hasta que llegué a la parte que realmente me interesaba.

Recosté la espalda en la silla, pensativo. Necesitaba entrar en la carpeta que estaba encriptada. Dejé salir el aire lentamente, pensativo. Tomé algunas anotaciones en el móvil, datos concretos que me servirían más adelante. Apagué el ordenador al comprobar que eran las dos y cuarto del mediodía. No me había dado cuenta de las horas que llevaba frente a la pantalla. Me levanté para salir a comer, con un pensamiento claro que llevaría a cabo esta misma tarde.

✣ ✣ ✣

Llevaba acomodado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, unos diez minutos. Eran las cuatro y media de la tarde. Cogí el móvil de la mesita de noche y le envié varios mensajes a Mario, mi jefe. No me contestaría al momento, por lo que me quedé observando la pantalla.

Lena no se había puesto en contacto conmigo, y no sabía lo que significaba. Después de nuestro encuentro íntimo, cuando fui a su casa, había esperado que se animara a escribirme un mensaje, aunque fuera breve. En la conversación por la mañana con Robin, no había salido el tema de si le había dicho a Lena que yo estaba de viaje. Daba por hecho que sí, por su presencia inesperada para ella en su casa, en vez de ser yo.

En la pantalla apareció una llamada y curvé los labios al ver el nombre de Diana.

—Hola —dije al descolgar.

—Hola, Kyan. —Entrecerré los ojos al notarla desanimada. Raro en Diana.

—¿Todo está bien?

—No.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Puedes ser más clara y darme detalles? —Me incorporé quedándome sentado en el borde de la cama.

—Hasta hace poco todo iba como siempre, pero ahora… —dijo en tono bajo—. Acabo de llegar a casa, he estado en la de Lena y me he quedado allí durante un tiempo. He ido con la idea de invitarla a la de mis padres para cenar.

—¿Y? Eso no sale de lo normal, vas muchas veces.

—Ya, pero es que he estado sola, sentada en el porche. No había nadie en la casa, ni siquiera Nala.

—¿Has esperado el tiempo suficiente para que llegaran? Estarían dando un paseo. Robin ha estado con ellas esta mañana, temprano.

—Kyan, se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —Me levanté nervioso.

—Que lo ha cargado todo en el coche y se ha largado, ya no está.

El significado de sus palabras y la tristeza que me transmitió…

—No puede ser…

—Al no encontrarla en la casa la he llamado. Estaba a muchos kilómetros de distancia.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Hipó y maldije empezando a moverme por la habitación—. Solo puedo decirte lo que me ha dicho.

—¿El qué?

—Que anoche se asustó, no sé el motivo concreto. Lo único que me ha comentado es que sucedió algo demasiado extraño como para que no lo tuviera en cuenta. Ni idea a lo que se ha referido, pero eso es por lo que se ha ido, alejándose de todo.

—Extraño… —susurré pensativo.

—Sí.

—¿Cuándo la has llamado dónde estaba exactamente?

—No me lo ha dicho.

—Mierda. —Me pasé la mano varias veces por el pelo—. Vale —dije para mí, intentando tranquilizarme.

—¿Cuándo regresas?

—Mañana —aseguré, cambiando los planes de golpe.

—Vale.

—Quédate tranquila, todo se va a solucionar.

—¿De verdad lo crees? Kyan estoy asustada, tengo miedo por ella… Ahora está sola con Nala y no sé a qué le teme.

—Te lo aseguro. Da igual el tiempo que tarde, pero te aseguro que regresará al pueblo, lo quiera o no.

—Lo vas a tener difícil.

—Para nada.

Nos despedimos y en cuanto colgué marqué el número de Robin, impotente por no estar allí.

—Si que me echas de menos —dijo divertido.

—Robin, te necesito.

—¿Qué pasa? —Se puso serio, al diferenciar mi tono de voz.

—Lena se ha ido del pueblo.

—¿Qué…? Pero si he estado…

—Pues ya no está, habrá esperado a que te fueras.

—Joder.

—Quiero que rastrees por el pueblo a todo aquel que no conozcas y que no sea habitual. No te centres en los que llaman la atención como senderistas, ves más allá. Asegúrate preguntando en todos los alojamientos, ya sean hoteles o hostales, como también en las viviendas de alquiler. Necesito saber las reservas de última hora, como mucho anticípate a varios días atrás.

—Claro, cuenta con ello.

—Gracias. Mañana vuelvo.

—En cuanto me lo has dicho he dado por hecho que no te retrasarías. Ten cuidado a la vuelta, tío.

—No te preocupes. Llámame en cuanto hayas ido a varios sitios.

—Tranquilo. Voy a vestirme y salgo.

—De acuerdo.

—¿Por qué no vienes ya?

—Tengo que hacer algo importante. —Apreté la mandíbula.

—Está bien. Hablamos.

Me puse el abrigo y cogí todo lo que necesitaba. Salí de la habitación dando un portazo, cabreado y con un humor que tenía que controlar porque si no…

Salí del parquin del hotel tomando la dirección que ya conocía. Me llevó menos tiempo llegar. Estacioné y fui directo al edificio.

—Buenas tardes, necesito ver a Dan Marín —hablé hacia el hombre que estaba detrás del mostrador de la recepción.

—¿Su identificación? —me preguntó.

—Se la daré a él personalmente. —Levantó una ceja—. Solo dígale que quiero hablarle sobre una persona que conoce muy bien, créame que correrá. —Repiqueteé los dedos en la madera.

—Un momento.

Sin apartar la atención de él, vi cómo marcaba una extensión y hablaba con la misma persona que había visto por la mañana desde la distancia acceder al edificio, resguardado por el anonimato de que no me conocía.

—Ahora viene —dijo al colgar y asentí.

—Perfecto.

Me alejé unos pasos. Con las manos metidas en los bolsillos observé el lugar. Solo tuve que esperar unos minutos, pocos, para escuchar una voz a mi espalda. Me giré despacio. Dan, el amigo de Lena y propietario de la casa del pueblo se presentó ante mí con gesto contrariado.

—Yo soy Dan Marín. Me han dicho que me buscas y sobre el tema que es, aunque me quedan dudas de que sea el mismo que he pensado. ¿Quién eres?

—No sé si en algún momento Lena te ha hablado de mí, soy Kyan. Vivo en el pueblo en el que tienes la casa de propiedad, en la que vive ella. —Le ofrecí una mano, aclarándole las dudas.

—Kyan… —La aceptó sorprendido por mi presencia—. Sí, sé quién eres —asentí satisfecho porque algo de importancia tenía para Lena si le había hablado a su amigo de mí.

—¿Podemos salir? —Señalé la calle con un gesto de la cabeza.

—Claro. —Empezó a caminar y lo seguí.

Nos alejamos del edificio. Apartados hacia un lateral volví a hablar.

—Soy policía, igual que tú —dije y vi el asombro en su expresión. Ese detalle no lo conocía —. Necesito saber dónde está Lena.

—¿A qué te refieres? —Desvió la mirada, centrándola en la carretera.

—Sé que sabes que se ha ido. —Me arriesgué a decir y no me equivoqué cuando me observó de reojo—. Como también debes conocer el motivo real de que lo haya hecho.

—No voy a decirte nada. No puedo.

—Tengo la información de que está implicada en algo. —Entrecerró los ojos—. He hecho mi trabajo, pero aún no me ha dado tiempo a terminar para saber todos los detalles. Hay alguna barrera, pero terminaré saltándola. Solo te estoy pidiendo que me digas adónde mierda se dirige. —Apreté la mandíbula.

—Vamos a la cafetería. —Señaló la terraza de una que quedaba al final de la calle.

En silencio caminamos por la acera, hasta que ocupamos una mesa apartada. La verdad, es que no hacía falta porque por el momento solo había una persona más.

Capítulo 20



—Como te he dicho, no puedo darte los detalles. Llevo personalmente el caso de Lena y aparte, es mi mejor amiga, como una hermana. No voy a traicionarla.

—Si es tan grave como lo supongo, ¿eres consciente de que ahora está sola?

—Por desgracia lleva mucho tiempo así, se ha alejado hasta de mí —negó con semblante serio —. Tendría que estar protegida, pero hizo todo lo posible para esquivarlo. Me advirtió, fui consciente de que lo llevaría a cabo, pero no pude retenerla. Cuando le di las llaves de la casa los dos pensamos que era la solución, al menos durante un largo tiempo. Todo se ha ido a la mierda y estoy intentando averiguar cómo y por qué.

—¿Qué le pasó anoche? —Por cómo me miró continué rápido—. Diana, su amiga, que también es la mía, ha hablado con ella después de irse. Por eso te he hecho esa pregunta, algo sucedió, Lena es lo único que le ha dicho como excusa de su huida. No te estoy pidiendo los detalles de la investigación, solo ese dato y el del lugar al que se dirige.

—No tiene ningún destino fijo, se quedará en el primer sitio en el que se sienta que está segura. A muchos kilómetros. Cuando llegue me llamará para decírmelo. Sobre esto es lo único que puedo decirte.

Nos quedamos en silencio cuando se acercó el camarero. Le pedimos dos cafés con leche y continuamos sin hablar porque sabíamos que no tardaría en regresar. Así fue, se los dejamos pagados para no tener más interrupciones.

—Cuando sepas la ubicación exacta te pido por favor que me la digas.

Se tomó unos segundos largos para contestar, mientras me miraba fijamente, analizándome.

—¿Qué interés tienes en ella?

—Personalmente más del que te imaginas, por lo que veo.

—Entiendo. —Recostó la espalda en la silla, sin apartar la atención de mí.

—¿Qué sucedió anoche para que se asustara y saliera huyendo? —insistí apoyando los brazos en la mesa.

—Tuvo una visita inesperada. —Entrecerré los ojos.

—Sé más claro.

Me explicó al detalle lo que le contó Lena, antes de montarse en el coche e irse de la casa. En tensión, lo escuché sin interrumpirlo en ningún momento.

—Tiene miedo, está asustada.

—Por eso voy a encontrarla —aseguré.

—No sé si en algún momento te ha dado la impresión de que Lena es temerosa y vulnerable, pero créeme que no se corresponde con la realidad. Es una de las personas más fuertes que conozco, tanto, que prefiere estar sola ante las consecuencias que pueda conllevar ese hecho.

—No lo he pensado nunca, siempre he sabido que escondía algo. Sus reacciones no eran normales —asintió.

—Lo ha perdido todo —bajó la vista a la mesa—, pero lo recuperará, me cueste lo que cueste. El coche que tiene es mío también, es uno secundario que no utilizo casi nunca. El móvil es de prepago y lo pagué al contado, al igual que ella compra las recargas. Cuando me ha llamado… No logro comprender cómo ha sucedido esto. Hace todos sus pagos en efectivo, lo que ha dificultado dejar algún tipo de evidencia.

—Solo hay que conocer la unión que tenéis y sacar conclusiones. —Levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—No sé el trasfondo de la situación, pero si alguien ha llegado a la información que os vincula, ha podido tirar por ahí.

—Me he asegurado de que no sea así. —Entrecerró los ojos.

—¿Quién está implicado en lo que le pasa tiene algún tipo de poder? —asintió— ¿Te fías de los que trabajan contigo?

—Nadie me ha dado motivos para no hacerlo, pero igualmente desde que todo se fue a la mierda me he cubierto bien las espaldas. Nadie ha escuchado de mis labios el nombre de Lena, ni mucho menos decir algo referente a ella.

—Pero por todos es sabido vuestra amistad.

—Ya, pero…

—Da igual, ahora lo importante es dar con ella —lo interrumpí al verlo agobiado y pensativo —. Anota mi número de teléfono para estar en contacto. Tú estás más lejos de Lena, yo no, y te aseguro que me tendrá frente a ella de nuevo.

Asintió mientras sacaba el teléfono. Cuando lo grabó buscó mi mirada que no se había apartado de él.

—Tanto interés… Lo que he entendido sobre lo de que es personal y más de lo que me imagino… ¿Habéis tenido algo? ¿Te has enamorado de ella?

—Veo que ese detalle no le ha dado tiempo decírtelo —comenté antes de beber un sorbo de café. Me lo confirmó negando—. Sí, entre nosotros ha sucedido algo y no me he planteado lo último —hablé con sinceridad—. Tampoco voy a ponerle nombre a lo que siento, soy de actuar y de dejarme llevar.

—Te has enamorado —sonrió de medio lado, negando.

—¿Sería raro? —Levanté una ceja.

—En absoluto, Lena es una mujer impresionante y eso que no la conoces como realmente es. La situación no es favorable para que lo hagas.

—Para mí es suficiente —dije convencido, provocando que ampliara la sonrisa.

—Sabrás el lugar exacto que me diga, pero antes quiero ver tu identificación de policía.

Quiso asegurarse, lo que me pareció genial porque podía haberle dicho una mentira. Saqué la placa y la puse en la mesa. La deslicé hacia él y anotó el número para comprobarlo en la base de datos. No conforme con eso, me abrí el abrigo mostrándole el arma que tenía en el costado. Asintió conforme.

—¿Lena conoce la realidad de que eres policía?

—Por mí no, ni idea si Diana le ha comentado algo.

—Solo se siente segura conmigo.

—Hasta ahora —dije y levantó las dos cejas, mostrando diversión.

—Lo único que voy a decirte sobre su caso es que no les tiene mucho aprecio a los miembros de las autoridades competentes. Una amiga suya murió hace unos meses por una falta muy grave de dos agentes. —Apreté la mandíbula.

—¿Está relacionado directamente con el motivo por el que se esconde?

—Sí —respondió pensativo—. Yo no pude hacer nada, en aquella época estaba metido de lleno en otro caso y tuve que alejarme. Ese no fue el inicio para mí, Lena se calló hasta que ya no pudo hacerlo más, al ver su vida peligrar. Desde que lo sé, es algo personal en lo que trabajo día y noche, pero todavía no he conseguido dar con la tecla para que toda esta mierda termine.

—Podemos ayudarte, aunque sea extraoficialmente. Robin y yo. También es policía y mi amigo de toda la vida. Puedes confiar en nosotros. Nuestro jefe nos respaldará en todo.

—No sé…

—Medítalo, no me des una respuesta precipitada. Hay mucho en juego —asintió serio—. Tenía pensado irme mañana, pero saldré dirección al pueblo en cuanto llegue al hotel —dije viendo que empezaba a anochecer—. Cuanto antes esté allí mejor.

—Te agradezco tu preocupación por Lena, que hayas viajado hasta aquí por su desaparición y que hayas dado conmigo a través de la casa. —Busqué sus ojos—. Es una tranquilidad que hacía tiempo no tenía, y más sabiendo que eres policía —asentí—. Encuéntrala y protégela por mí. No puedo alejarme del trabajo porque avanzo poco, pero ese poco es primordial para ayudarla.

—No tienes que pedírmelo —dije con la mandíbula apretada, cabreado con la situación—. Y hay un fallo en lo que has dicho.

—¿En qué? —Frunció el ceño.

—Hasta hace una hora no he sabido que Lena se había ido.

—Entonces… ¿Para qué has venido hasta aquí?

—Para tener las respuestas a muchas de las preguntas que no podía conseguir con ella. No he querido agobiarla, ya tenía bastante. Como tampoco que se cerrara en banda y me alejara por miedo.

—Pues doblemente gracias —asintió.

—No hace falta, estaba preocupado.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Estás enamorado —sonrió de medio lado. Imité su gesto.

—Quién sabe… —Lo dejé en el aire, haciéndole reír.

Nos tomamos los cafés y al terminar, volvimos sobre nuestros pasos. Parados junto a mi coche nos despedimos quedando en que me llamaría a la hora que fuera. Me dejó claro que pasaría

bastante tiempo, para que no me desesperara. Igualmente, él también me dio su número de teléfono, por si lo quería llamar para cualquier cosa.

Lo seguí con la vista viéndolo cruzar la calle y desaparecer en el interior del edificio. Satisfecho por cómo se había dado el encuentro, en el que en un principio no tuve muchas esperanzas, me monté en el coche y me dirigí al hotel, dispuesto a dejarlo para llegar cuanto antes al pueblo. Lo haría de madrugada.

✣ ✣ ✣

Accedí al desvió del camino de tierra y avancé despacio. Eran las dos de la madrugada, acababa de llegar al pueblo. No me había demorado en ir a mi casa, sino que decidí venir directo a la que, hasta hacía poco, había sido la de Lena. Bajé la ventanilla para escuchar el exterior, no se diferenciaba nada que no fuera el motor de mi coche y el avance de él.

Paré frente a las escaleras del porche, con la vista fija en la fachada iluminada por los faros. Quité la llave del contacto y salí. Llevé la mirada hacia toda la zona de alrededor, intentando recrear lo que sucedió exactamente en el mismo lugar con horas de diferencia, con la ayuda de lo que me había explicado Dan. Antes de ir hacia la entrada principal rodeé la vivienda. Todas las persianas estaban bajadas, la puerta trasera bloqueada.

El móvil me vibró en el bolsillo del abrigo y lo saqué cuando subía las escaleras del porche.

—¿Cómo va?

—¿Te has quedado despierto esperando a que llegara? —le pregunté a Robin.

—He intentado cerrar los ojos, tío, pero no he podido. Estoy agobiado.

Durante el trayecto habíamos hablado varias veces. Me había informado de que había ido a todas las alternativas que ofrecía el pueblo de alojamiento, incluso a las oficinas donde gestionaban los alquileres de las viviendas independientes. No había tenido problema para que le dieran los datos que quería comprobar, aun yendo a ciegas en lo que buscaba.

Solo había dado con tres personas que hicieron la reserva varios días atrás, dos de ellas ya se habían ido, la otra continuaría por la zona durante una semana más, con lo cual esta última quedaba descartada. Le pedí que investigara sobre las dos que se habían largado antes de tiempo, porque según la reserva no tendrían que haberlo hecho hasta pasados varios días. Esas eran las que me interesaban y a las que quería seguirles el rastro porque eran dos hombres. Robin se encargaría de todo, mientras yo me dedicaba a encontrar a Lena.

Por mi parte, le expliqué al detalle el encuentro que tuve con Dan, el amigo de Lena. Estábamos al día de todo.

—Deja de pensar por ahora —le pedí.

—Claro, como si tú lo fueras a hacer. —Bufó—. ¿Ya estás aquí?

—Sí. He venido directo a la casa de Lena, acabo de bajar del coche.

—Lo que yo diga y me pides a mí que desconecte. —Volvió a bufar—. ¿Qué quieres encontrar? Ahí no hay nada ya.

—Nunca se sabe —dije pensativo, observando la oscuridad, con la vista enfocada en la arboleda.

Había luna llena, se veía bastante bien, al menos el inicio de ella porque la oscuridad profunda por los árboles obstaculizaba ver más allá.

—Te dejo, no quiero retrasarme mucho.

—Vale, descansa cuando llegues a casa.

—Sí, haz lo mismo.

Me guardé el teléfono y caminé hasta la puerta. Fui al coche y del maletero cogí lo que necesitaba para desbloquearla. Después de forcejear un poco con la cerradura la abrí sin dañarla. Iluminándome con el móvil subí los interruptores del cuadro de luces y encendí las del salón.

Estaba todo recogido, al igual que en la cocina. Si no fuera porque no había polvo y por las plantas naturales que decoraban una esquina del salón, no daba la sensación de que hubiera estado habitada. Me acerqué a la chimenea. Era lo único que destacaba porque había bastante ceniza y troncos a medio quemar.

Intenté meterme en la cabeza de Lena ante la situación que vivió, para saber cómo había actuado. El motivo de su miedo lo tenía claro, después de saber lo que pasó: alguien había estado fuera de la casa y se sintió amenazada. Fijé la vista en la chimenea, la había apagado precipitadamente para que no fuera evidente que había alguien dentro, el humo del conducto la habría delatado.

Con la mandíbula apretada y en tensión, fui hacia el pasillo y entré en todas las habitaciones. No encontré nada que me llamara la atención en ellas. Me paré en el centro de la que di por hecho que había sido la suya. Lo único que destacaba era la cama hecha, los muebles estaban vacíos. Caminé hasta el armario y lo abrí, encontrándome con lo mismo.

Regresé al salón y me senté en el sofá, pensativo. Me llevé las manos a la cabeza, frotándome el pelo, agobiado al imaginar el miedo que habría pasado. Había sentido una amenaza muy real, demasiado cerca, estando sola.

Según Robin la noche que sucedió no dejó de llover. Como es lógico los lugareños no

caminaban bajo la lluvia en medio de la noche, sin sentido, ni mucho menos se habrían acercado a la vivienda. Llevé la vista a la puerta y me levanté. No tenía sentido estar aquí, todo estaba en perfecto orden, demasiado.

Salí cerrando de golpe la puerta. Se quedó encajada aparentando estar cerrada con llave. Di varios pasos en el porche y metí las manos en los bolsillos del pantalón, haciendo otro recorrido visual por los alrededores. Si las dos personas que habían adelantado su partida del pueblo eran los culpables, los que Robin iba a rastrear al día siguiente, ya no tenía sentido esperar algo, porque estarían lejos. Al menos, eso quise pensar para cuando trajera de vuelta a Lena y a Nala.

Comprobé el móvil. No tenía ningún mensaje de Dan. El último era de hacía menos de una hora, en él me informó de que Lena todavía no se había puesto en contacto con él. Mientras guardaba el teléfono bajé la mirada al suelo, fue un acto reflejo. Con el gesto fruncido me agaché junto a varias pisadas de un número de pie grande. Seguí con la vista el rastro evidente que habían dejado porque el barro estaba seco.

Llegaban a la altura de las dos ventanas de la cocina, en las que había bastantes más. El recorrido iba desde los escalones directamente hacia ellas, de ida y vuelta. Saqué el teléfono de nuevo y le escribí un mensaje a Robin, sabiendo que no estaría dormido todavía.

Kyan: *¿Cuándo estuviste por la mañana en la casa de Lena, en algún momento te acercaste a las ventanas de la cocina por el porche?*

Robin: *No, estuvimos los dos hacia el otro extremo, donde está el balancín. Solo estuve en esa parte y en la de la puerta principal porque entré un momento en la casa.*

Me levanté despacio, en tensión, sin poder apartar la vista del camino marcado de huellas.

Capítulo 21

Lena

Dentro del coche observaba a la gente caminar por las calles del nuevo destino al que acababa de llegar. Había estacionado en una de las calles más céntricas, al menos eso me pareció por el movimiento de las personas y la gran cantidad de ellas.

—¿Qué te parece Nala? Creo que hemos llegado al sitio perfecto —comenté pensativa.

Me había alejado mucho, tanto, que desde hacía tiempo dejé atrás las zonas de montaña. Estaba en una ciudad, de mucha más amplitud que el pueblo donde Dan tenía la casa. Dejé salir el aire despacio, al pensar que en un lugar como este me iba a costar encontrar un sitio donde quedarnos por un módico precio. Si no entraba dentro de mis posibilidades no me quedaría otra que estar unos días y continuar hacia otro destino que fuera más asequible.

Sonreí cuando Nala asomó la cabeza entre los asientos. Se la acaricié antes de decidirme a bajar.

—Vamos a dar una vuelta, lo necesitas —dije dándole un beso en la cabeza.

Salí y le abrí la puerta. Enseguida saltó fuera y la aseguré con la correa. En cuanto vi la placa identificativa del nombre de la calle lo apunté en el móvil, al igual que el número del portal que estaba más próximo al coche. Si nos alejábamos mucho después a ver quién lo encontraba…

Nos mezclamos con la gente y llegamos a una calle peatonal amplia. Había muchas tiendas, bares, restaurantes y tiendas de alimentación. Antes de ponerme a preguntar por algún alojamiento y después de caminar durante veinte minutos, me dirigí a un restaurante que estaba a la entrada de un parque. En él, Nala podría correr más tarde tranquila, había muy pocas personas.

Ocupé una mesa de la terraza y me ajusté la parka al cuerpo. Corría aire frío, pero preferí esta opción a encerrarme en algún sitio, sobre todo por Nala. La acaricié cuando se sentó junto a la silla, en la que dejé liada la correa.

—¿Te gusta? —dije mientras la mirada de las dos estaba puesta en el parque en el que

destacaba el verde intenso.

Sonreí cuando soltó un pequeño ladrido, conforme. Si por ella hubiera sido habría salido corriendo a revolcarse por la hierba.

—Ahora iremos, ¿vale? —Apoyó la cabeza en mi pierna, mirándome con los ojitos hacia arriba.

—Buenas tardes. —Levanté la mirada hacia un chico.

—Buenas tardes, quería comer.

—Por supuesto, ahora regreso con la carta —asentí y esperé cuando se fue por mi espalda—. Aquí tiene. —Me la ofreció.

—Gracias.

—Le tomo nota de la bebida para que la mire con calma.

—Una botella de agua.

—Perfecto.

Al quedarme de nuevo sola me centré en la carta. Descarté los platos más caros, a partir de ahora tenía que mirar mucho por el dinero porque no tendría el deshago de no pagar por un lugar en el que quedarme. Gracias a Dan así había sido hasta hacía poco.

Llamé la atención del camarero.

—Dígame —me pidió sonriente.

—Este plato de pasta. —Lo señalé en la carta.

—Perfecto, ¿algo más?

—No.

—Hace bien, se quedará saciada. Es completo, una ración bastante grande.

—Pues entonces he elegido bien —sonreí.

—¿Quiere algo para su acompañante? —Bajó la mirada a Nala.

—Se llama Nala. ¿Podría ser?

—Claro. —Me hizo un guiño—. Es una preciosidad. —Se agachó para acariciarla.

—No sé, no me gusta darle según qué comida.

—Lo entiendo, yo también tengo un perro. Puedo traerle un arroz que está hecho con una salsa muy suave. Siempre que me lo llevo cuando sobra el mío se relame por varios días. —Reímos.

—Está bien, muchas gracias.

—Pues ya está todo —asintió.

—¿Has visto qué amable? —Me dirigí a Nala cuando nos dejó solas—. También vas a poder comer —gruñó un poco, con una cara de felicidad… Reí—. Todavía es pronto, no hace mucho que te puse pienso. Te vas a salir con la tuya —le hablé divertida y deslizó la cabeza más arriba de mi pierna.

Al cabo de unos minutos el camarero volvió con dos platos, uno para cada una diferenciándolos en uno de mesa para mí y en un cuenco para Nala. Ante mi sorpresa también trajo otro con agua.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, has ido a dar con un apasionado de los animales —dijo sonriente, dejando el formalismo al dirigirse a mí.

—Entiendo que no es habitual por aquí.

—No —rio—, pero aparte de ser uno de los chicos que sirven las mesas, también soy el dueño del restaurante y hago lo que me da la gana para que mis clientes se sientan a gusto. —Me hizo un guiño.

—Vaya, pues que sepas que ya me has ganado —dije con una pequeña sonrisa—. Mientras esté aquí siempre que salga a la calle a comer, vendré.

—Muchas gracias —asintió satisfecho—. ¿Has venido de vacaciones?

—Eh, sí, por varias semanas. No sé, quizás un poco más.

—Es un lugar bonito para visitar y ofrece muchas alternativas.

—No lo conozco, la verdad es que he llegado a la aventura.

—¿En serio? —asentí.

—Si necesitas algún consejo para empezar puedes preguntarme sin problema.

—Un buen inicio sería saber dónde puedo encontrar alojamiento, a poder ser alguno con un

coste no muy alto. No sé cuál es el precio medio.

—Alojamientos hay muchos y más en esta época del año, pero la gran mayoría tienen precios bastante elevados. —Hice una mueca—. Come tranquila, voy a hacer una llamada. Tengo un amigo que es dueño de un hotel, a ver si hay suerte.

—Muchas gracias, eres muy amable.

—Me he ganado dos clientas, ¡qué puedo decir! —Rio y sonreí.

Nala ya había empezado a comer, o más bien estaba terminando porque no tardó en ir al cuenco en cuanto el hombre se lo puso al lado. Me dediqué a comer con la esperanza de haber tenido suerte nada más llegar. La cantidad de pasta que había en el plato era para dos personas como mínimo. Comí hasta donde pude, quedándome llena.

—¿Estaba rico? —le pregunté a Nala y reí cuando soltó un pequeño ladrido, confirmándomelo.

—¿Qué tal? —Se acercó el mismo hombre.

—Muy bien, la pasta estaba muy buena.

—Me alegro. ¿Puedo? —Señaló una silla. Asentí—. No he querido molestarte hasta que terminaras, hace un rato que he hablado con mi amigo. Antes de continuar me presento, mi nombre es Damián.

—Lena —le sonreí.

—Mira, Lena. —Puso una libreta pequeña encima de la mesa—. Si te interesa tiene una habitación doble disponible, le he pedido que me hiciera buen precio. Sé diferenciar cuándo es necesario —me sonrió amable cuando me ruboricé un poco.

—Gracias, yo…

—No tienes que decirme nada. Todos tenemos altos y bajos, créeme, soy consciente de ello. Yo también necesité ayuda durante un tiempo al llegar a esta ciudad, por aquel entonces tuve la suerte de conocer a este amigo del que te hablo.

»Me ofreció una mano y la acepté muy agradecido. La vida se trata de eso, lo que un día tienes al otro puede desaparecer teniendo que empezar de cero. No pasa nada, siempre se remonta, mírame a mí. —Señaló el restaurante—. Por eso he visto en ti lo que yo viví.

—No sabes cómo me alegro de haber elegido este restaurante nada más llegar.

—Y a mí me alegra poder ayudarte. Le he explicado, a mi forma, que necesitas un lugar muy asequible, comentándole que estás con Nala. Por ella no hay problema, en el hotel aceptan animales. ¿Qué te parece pagar por semana cuarenta euros?

—¿Tan poco? —Agrandé los ojos, provocando que riera.

—Sí, precio de amiga. —Me hizo un guiño—. Sus palabras textuales han sido: «Dile que le dejo la habitación por cuarenta euros semanales, para que pueda remontar rápido. Igualmente, si acepta hablaré personalmente con ella, por si en algún momento se ve apurada y no llega».

—No sé qué decir. —Noté los ojos aguados.

—Que vas a ir encantada —sonrió.

—Damián, no sé cómo agradecértelo, de verdad.

—Pues cuando te diga que estás invitada a la comida… —Rio.

—No, voy a pagarte.

—Esta vez no. —Impidió que sacara de la mochila en monedero—. Por favor, Lena. La próxima vez que vengas no me opondré, te lo prometo, pero ahora no, y menos viendo cómo te has emocionado porque dabas por hecho que lo ibas a tener muy complicado aquí. Conozco perfectamente el malestar que provoca la incertidumbre y el miedo por la realidad, a veces.

—Gracias. —Me retiré las lágrimas que resbalaron por mis mejillas.

—Si lloras de alegría está bien. Es un nuevo comienzo que sé que vas a aprovechar —asentí.

—Si consigo algún trabajo le diré que me suba el precio.

—Tranquila, no hay prisa. Tú céntrate en ti, lo demás llegará solo. Pues solo me falta decirte dónde está el hotel.

Escuché su explicación mientras anotaba los datos en la libreta. Cuando terminó arrancó la hoja en la que había escrito y me la dio.

—No tiene pérdida, está bastante próximo a esta zona.

—Gracias —dije de nuevo, susurrando—. Iré en coche para dejarlo lo más cerca posible.

—Espera, pues entonces varío las calles por las que tienes que ir, algunas que te he puesto son contra dirección conduciendo.

Me hizo un pequeño mapa y me devolvió la hoja.

—Ya está, ahora tienes las dos opciones, tanto caminando como yendo en vehículo.

—Déjame pagarte la comida.

—No —se negó de nuevo, divertido—. Ya te he dicho que invita la casa, o sea yo. —Me hizo un guiño—. Me encontrarás siempre aquí, en el restaurante, menos los domingos por la tarde que está cerrado. De todos modos, puedes localizarme a través de Lucas, así se llama mi amigo. Por si necesitas algo y esas cosas.

—Ya has hecho demasiado por mí, los dos lo habéis hecho.

—Es un placer ayudarte, Lena. No sabes lo tranquilo que me voy a ir esta noche a la cama —sonrió—. No te he invitado a mi casa porque sería pasarme. —Reímos—. No nos conocemos, aunque te aseguro que no habría ningún problema porque llamaras a mi puerta.

—La oportunidad que me has ofrecido es un mundo, Damián, pero te lo agradezco nuevamente.

—¿Quieres algo más? ¿Café?

—No, porque no me lo vas a cobrar. —Soltó una carcajada.

—Si te apetece eso, sí que te dejo pagarlo.

—Ahora mismo no, me he quedado muy llena.

—Ya lo veo. —Fijó la vista en el plato.

—Había mucho. —Me excusé.

—Lo sé, a exagerado no me gana nadie —rio—. ¿Vas a ir ahora para el hotel?

—Quiero que Nala corra un poco por el parque, después sí.

—Perfecto, estáis en la mejor zona. —Se levantó—. Ha sido un placer, Lena. Nos volveremos a ver. —Me ofreció una mano, la que acepté encantada y emocionada, a partes iguales.

—Igualmente, Damián. Cuenta con ello.

Después de despedirse de Nala con varias caricias, se alejó de nosotras.

—Hay personas muy buenas en el mundo, Nala —susurré y sonreí cuando se frotó en mi pierna—. Vamos. —Me incorporé con una sensación de felicidad que no esperaba sentir, pero que era muy tranquilizadora y muy bien recibida.

Estuvimos un poco más de media hora en el parque, yo sentada en un banco, Nala corriendo de un lado al otro, pero sin alejarse mucho de mí. Cuando nos montamos en el coche seguí las indicaciones del mapa que me había hecho Damián, llegando en menos de diez minutos al hotel. Pasé por delante varias veces, buscando apartamiento, hasta que conseguí estacionar a una calle de distancia.

Iba a tener trabajo para descargarlo, haciendo varios viajes, pero no me importaba, continuaba feliz por la oportunidad que me habían brindado Damián y Lucas. Saqué la maleta y la mochila de viaje del maletero y varias bolsas.

—Buenas tardes. —Me dirigí a la recepcionista al entrar—. Mi nombre es Lena, no sé si tengo una reserva hecha. Vengo de parte de un amigo del dueño del hotel.

—Un momento, la estábamos esperando —me dijo amable.

—Gracias.

Me aparté un poco cuando cogió el teléfono, observando el interior. Era muy bonito, moderno. Más sorprendida me quedé al estar allí, por el poco dinero que me iba a costar la estancia.

—¿Lena? —Escuché la voz de un hombre a la espalda y me giré.

—Sí. ¿Lucas? —asintió sonriendo.

—Bienvenida. Encantado. —Me ofreció una mano.

—Gracias. Igualmente. Te agradezco mucho la oportunidad que me has ofrecido.

—No hay de qué. Bienvenida a ti también. —Se inclinó para acariciar a Nala en la cabeza. Le dije su nombre—. Vamos al mostrador a por la llave y os acompaño.

La chica le dio la llave a él y me deseó buena estancia antes de alejarnos.

—La habitación está en la segunda planta —me dijo mientras esperábamos el ascensor—. Es muy completa.

Asombrada me quedé cuando me dio paso. ¿Completa? Era inmensa. Tenía una cama muy grande, hacia el otro extremo un pequeño sofá con una mesa frente a él, y debajo de una de las dos ventanas que había, una mesa de escritorio decoraba ese rincón. El baño era amplio y una cucada, con todo tipo de detalles. El armario era muy espacioso.

—Me encanta —dije nerviosa.

—Me alegro. Te quería proponer algo…

—¿El qué? —Fruncí un poco el ceño.

—No pienses que es nada raro. —Rio—. Después de hablar con Damián lo he pensado. Acabas de llegar, ¿no? —asentí— Por lo tanto, no tienes trabajo —negué—. ¿Qué te parecería si echas unas horas en la cocina del restaurante? Te ayudará económicamente.

—¿De verdad? —Agrandé los ojos—. ¿De dónde habéis salido Damián y tú? —La pregunta me salió espontánea. Soltó una fuerte carcajada.

—Todos empezamos de cero, Lena, algunos en más de una ocasión.

—Me encantaría poder trabajar esas horas —comenté emocionada.

—No tocarás nada con lo que puedas hacerte daño, con que estés al mando del fregadero será suficiente. ¿Bien entonces?

—Genial —dije con una gran sonrisa.

—Perfecto, pues te dejo descansar y a tu aire. Mañana por la mañana pregunta por mí en la recepción, te indicarán dónde está mi despacho. Concretaremos todo.

—Gracias, Lucas.

—A ti, disfruta de la estancia. ¿Quieres algo para Nala?

—No, tengo el coche cargado con sus cosas.

—Muy bien, si necesitas ayuda pídesela a la chica de la recepción. Un trabajador te acompañará con un carro.

—Con el carro tengo suficiente, si es posible.

—Claro, ahora la aviso para cuando bajes. —Me hizo un guiño.

En cuanto me quedé sola me dejé caer en la cama, sentada, sin creerme lo que me estaba sucediendo. Nala empezó a dar vueltas sobre sí misma, como si celebrara nuestra gran suerte.

Capítulo 22

—Hola —saludé nada más entrar a la zona de la cocina del restaurante—. Soy Lena.

—Oh, adelante. Lucas me ha puesto al día. Soy Amalia —habló una mujer de unos cincuenta años. Solo estaba ella. El lugar era como una habitación pequeña, imaginé que daba paso a la zona de trabajo. Caminó hacia mí—. Encantada, Lena. —Me sorprendió abrazándome.

—Gracias, igualmente —le sonreí cuando nos separamos.

—Ven conmigo. Lo primero que tienes que saber es que soy la reina de este pequeño lugar —habló con humor.

—Vale —respondí de la misma forma.

—Chicos, ella es Lena. Nos acompañará por unas horas cada día. Será la encargada de dejar todo reluciente. —Me presentó al llegar a una gran cocina.

Dos hombres y dos chicas se acercaron para saludarme y darme la bienvenida. Después de que me dijeran sus nombres y de intercambiar varios comentarios volvieron a sus trabajos.

—Aquí está tu rincón. —Señaló el fregadero Amalia—. Cualquier cosa que necesites o te ocurra dímelo en confianza, ¿vale?

—Sí, gracias.

—Todo tuyo. —Me hizo un guiño y se alejó frente a los fuegos.

—Vamos a ello —susurré remangándome.

Había bastante acumulado, el comedor llevaba abierto una hora, pero, según Lucas, yo tenía que presentarme cada día como hoy, para no estar parada. Dos horas fregando sin descanso, cuando me quedaba poco para dejar el fregadero vacío traían más ollas, utensilios de cocina y platos que recogían al terminar de comer los clientes. Estos últimos iban directos a dos lavavajillas grandes, después de quitarles los restos de comida.

Durante el tiempo que estuve sin despegar la vista de lo que hacía me sentí observada. Otra cosa no, pero eso había conseguido detectarlo rápido cuando sucedía. Sabía los ojos que estuvieron pendientes de mí. Aroa se llama la chica que, en más de una ocasión, al moverme, había visto de reojo que tenía la atención puesta en mí. A saber, si era por mera curiosidad o por algún motivo desconocido al que era ajena.

No le di importancia, me dediqué a hacer mi trabajo casi sin hablar con nadie. De vez en cuando Amalia se acercaba para preguntarme que tal me iba.

—Lena, ya está —me avisó.

—Se acabó. —Me giré hacia ella, secándome las manos con un trapo.

—¿Bien? —Se apoyó en la encimera.

—Sí y cuando coma aún mejor —sonreí.

—¿No has comido? Cuando has aparecido he dado por hecho que sí —habló sorprendida.

—Era muy pronto, no pasa nada.

—Pero ahora ya es muy tarde. —Me encogí de hombros—. Siéntate en un taburete. —Señaló una mesa alta en la que se paraban a tomar café o lo que les apeteciera—. Voy a servirte comida.

—No hace falta, puedo…

—Ah, no, soy la cocinera aquí y como ya te he comentado al conocernos, la reina. Así que, siéntate sin rechistar. —Me señaló con un cucharón de madera.

—Vale. —Reí.

Me hizo compañía mientras comía. Me sentó muy bien echarle algo al estómago, mientras la escuchaba hablar. Me explicó que llevaba muchos años casada y que su marido también trabajaba de cocinero en otro restaurante. No tenían hijos. Amalia llevaba en el hotel unos quince años y, según sus palabras, estaba encantada. Lucas tenía mucho que ver en esa actitud, la entendí perfectamente cuando me explicó lo que la ayudaba siempre que lo necesitaba.

—Es un gran hombre —dije pensativa.

—Totalmente. ¿Has estado a gusto el primer día?

—Mucho, me lo habéis puesto más fácil de lo que es el trabajo —sonreí.

—No incluyas a todos. —Levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Aroa no se ha acercado en ningún momento a ti, lo ha evitado. Parece que no me entero de nada, pero no se me escapa ni el más mínimo detalle.

—No pasa nada.

—Es un poco especial, no se lo tengas en cuenta.

—No lo haré, con hacer mi trabajo bien ya estoy contenta y con la compañía en general.

—¿Te ha gustado? —Quiso saber cuándo el plato quedó vacío.

—Estaba riquísimo. ¿Si te pido la receta me la darás?

—Mmm… No sé —habló divertida—. Puedo hacer una excepción. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos hasta el día siguiente y en cuanto salí de la cocina y recorrí el comedor, me dirigí al despacho de Lucas, donde me reuní con él a primera hora de la mañana. Golpeé con los nudillos varias veces en la puerta y me dio paso.

—Lena, ¿cómo ha ido el primer día?

—Muy bien, estoy contenta.

—Me alegro —asintió satisfecho—. Amalia es de las personas que, cuando las tienes al lado, parece que te conozca de toda la vida.

—Sí, es de agradecer

—Esto es tuyo —dijo después de abrir un cajón. Puso un sobre encima de la mesa.

—Gracias. —Lo cogí sonriendo.

—Como hemos hablado lo haremos así, te pagaré al día.

—De acuerdo. Me voy ya. Nala estará agobiada en la habitación, necesita salir a la calle.

—Tranquila, no te entretengo más. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Lucas.

Salí de su despacho y caminé ligera hacia las escaleras. Las subí rápido sin pararme a esperar el ascensor. Al abrir la puerta de la habitación me esperaba sentada al otro lado. Reí cuando se lanzó a mí, contenta.

—Hora de comer —dije mientras caminaba hacia el rincón donde tenía el saco de pienso.

Le llené el cuenco y entré en el baño. De nuevo en la habitación y al ver que había terminado, le enganché la correa para dar un largo paseo.

—Como te has portado tan bien mientras no estaba, vamos al parque de ayer, ¿qué te parece? —Ladró y reí.

Siguiendo las indicaciones del mapa que me hizo Damián, el dueño del restaurante al que fui a comer nada más llegar a la ciudad y mi primer salvador, caminamos por las calles que marcó al principio pensándose que iría al hotel caminando. Llegamos bastante rápido, se acortaba mucho andando. Me senté en un banco cuando liberé a Nala, que enseguida corrió por la hierba.

El día estaba soleado. Levanté la cabeza cerrando los ojos. Así estuve durante unos minutos, pocos, hasta que el móvil sonó dentro de la mochila. Sonreí al ver que era Dan. Ya había hablado con él, explicándole dónde estaba y lo bien que me habían tratado las dos personas que tuve la suerte de conocer desde el principio.

—Hola —dije al descolgar.

—Joder, qué alegría escucharte tan animada. Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Desde que estoy aquí me está saliendo todo tan bien… —solté un suspiro— Aunque me sigue costando por lo que voy acumulando y dejando atrás… —susurré.

—Ya lo sé, Lena —dijo serio—. No te pongas triste. ¿Cómo va el día?

—Muy bien, he estado fregando platos durante dos horas intensas en un ambiente agradable, he cobrado por el trabajo y ahora he traído a Nala al parque. Está corriendo… ¿Dónde está? —Me levanté de golpe.

—¿No la ves? No pierdas los nervios, nunca se aleja mucho.

—Por eso mismo Dan, no la veo. —Giré sobre mí misma varias veces, maldiciendo en voz alta—. ¿Nala? —grité moviéndome.

Conforme caminaba, nerviosa, miré hacia todo lo que era visible del parque. Una gran parte de él era abierta, con muchos metros de distancia hacia cada lado, imposible que se hubiera despistado jugando, adentrándose entre los árboles que quedaban muy apartados. Tragué saliva repitiendo su nombre, yendo de un lado al otro, cambiando de rumbo. Ignoré todo lo que me decía Dan al otro lado del teléfono, centrada solo en encontrarla.

—¡Nala! ¡Nala! —insistí alzando la voz todo lo que podía— Mierda Dan…

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Antes de que llamaras solo he cerrado los ojos unos minutos, muy pocos —respondí agobiada—. Ya está, la veo. —Jadeé.

El «menos mal» que dijo Dan lo escuché lejano porque me aparté el teléfono de la oreja. Corrí hacia ella, venía de la misma forma hacia mí.

—¿Dónde has estado? —Me arrodillé.

Sonreí cuando me lamió y se lanzó sobre mí. De la fuerza me quedé sentada en la hierba.

—Dan, está bien. —Reí cuando se tumbó encima.

—Me alegro. Debo tener una conversación seria con esa señorita, no puede darnos estos sustos —dijo divertido.

—Suerte con eso. —Reí contenta.

—Perdona, estás queriendo decir que no tengo autoridad sobre ella —habló indignado, en broma.

—Primero tiene que conocerte. No sé por qué se ha alejado tanto, desde que está conmigo nunca lo ha hecho, ni siquiera en la casa del pueblo.

—Vete a saber, si consigues una respuesta clara me lo dices. —Reímos.

—Se acabó el juego. —Me dirigí a Nala.

Se sentó sobre las patas traseras y ladeó la cabeza.

—No vuelvas a hacerlo más, si te dejo suelta no es para que desaparezcas ¿me oyes? —dije seria.

Contuve la diversión cuando escondió la lengua en la boca y la cerró, inclinando un poco la cabeza hacia abajo, pero mirándome con los ojos hacia arriba.

—Así me gusta, que sepas que no has actuado bien. —le acaricié la cabeza mientras me levantaba—. Dan nos vamos al hotel, quiero descansar un poco.

—¿Os quedaréis en él?

—Sí, no sé si me apetecerá salir a cenar cuando llegue la hora.

Enganché la correa al collar y empezamos a caminar por el parque, para salir de él.

—Dentro o fuera, pero cena.

—Que sí. Ahora voy a echarme un poco en la cama, cuando me levante me daré una ducha y a ver cómo se plantea el resto de la tarde.

—Con el dinero que has cobrado hoy ya cubres la mitad de la estancia que tienes que pagar por semana, ¿no?

—Sí —sonreí—, mañana ya tendré el resto. Con lo que Lucas me dé de los días restantes de la semana quiero reservarlo para dentro de unas semanas darle más por lo que ha hecho por mí. El dinero que traía conmigo ha bajado muy poco y si no lo gasto en el hotel me queda para una larga temporada.

—¿Cuánto tiempo calculas?

—En mi situación de ahora para más de cuatro meses.

—De acuerdo, pues ya iremos viendo cómo lo hacemos, aunque espero encontrarme contigo mucho antes.

—Ojalá —solté un suspiro.

—Confía, Lena.

—No he dejado de hacerlo —murmuré—. ¿Cómo va tu día?

—Liado, pero me gustaría estarlo más.

—No lo dices en serio —dije divertida.

—Creo que no, es lo primero que me ha venido a la cabeza. —Reímos.

Me acompañó al otro lado del teléfono hasta que llegamos al hotel. Nos despedimos hasta la noche, en la que nos escribiríamos para finalizar el día. Al entrar en la habitación, Nala fue directa a su cama acolchada y yo después de entrar al baño y colocarme ropa cómoda, me tumbé en la cama.

Tuve ganas de hablar con Diana, la echaba mucho de menos, pero me contuve porque cada vez que escuchaba su voz me ponía mal. No podía evitar venirme abajo porque tener contacto con ella me recordaba a Kyan, y peor me sentía.

Me acomodé de lado, mirando hacia la ventana. El tiempo pasó con la vista fija en ella y como solía sucederme, por muy cansada que estuviera me costó conciliar el sueño. Cerré los ojos queriendo que el día terminara ya. Intentaba aparentar una normalidad que era ficticia, una que me pesaba en los momentos de soledad.

Esos eran los mejores y peores momentos. Mejores porque no tenía que fingir ante nadie, podía sentirme triste y mostrarlo sin tener de dar explicaciones inventadas. Peores, por al estado emocional al que me llevaban.

Solté varios suspiros y curvé un poco los labios cuando noté a Nala cerca de mis pies. Ahí se

mantendría, tumbada al final de la cama, hasta que yo saliera de ella.

Y por fin me venció el agotamiento, más mental que físico. Dejé de percibir el exterior para entrar en un mundo ideal, uno que mi mente siempre recreaba recordándome lo que un día tuve y dejó de existir, desapareciendo, como si nunca hubiera sido real.

Capítulo 23



Kyan

—¿Sabes algo de Lena? —le pregunté a Diana en cuanto descolgó la llamada.

—No, voy a escribirle un poco más tarde. Se me ha complicado el día en la cafetería —habló desanimada.

—Está bien.

—¿Y tú?

—No se ha puesto en contacto conmigo, si no lo hizo estando en el pueblo, no lo hará ahora.

—Ya… ¿Dónde estás?

—Terminando de comer.

—Vale. Robin se ha pasado esta mañana temprano por la cafetería.

—Le he dado trabajo que hacer en sus días libres, a estas horas estará lejos del pueblo.

—¿Adónde ha ido?

—Está siguiendo el rastro de algo de lo que queremos asegurarnos.

—¿Solo?

—No necesita ayuda, se vale solito. —Curvé un poco los labios por su preocupación.

—Eso ya lo sé, pero ¿y si da con ese algo?

—Solo tiene que localizarlo, Diana. Quédate tranquila, no hará ninguna tontería, al menos, no sin avisarme antes.

—Eso no es muy tranquilizador. —Bufó—. ¿Has hablado con él? ¿Te ha dicho si lo ha conseguido?

—Por el momento no. Tenemos todos los datos necesarios, pero tendrá que moverse mucho.

Así era, gracias a las cámaras del hotel en el que estuvieron los dos hombres, y que dejaron antes de tiempo, disponíamos de la matrícula del coche en el que se fueron y de los detalles del vehículo. Desde la central iban informando a Robin si algún radar lo había detectado en el recorrido de las dos únicas carreteras a las que se podía acceder desde el pueblo.

—Parece difícil —soltó un suspiro.

—Lo sé, pero no imposible.

—¿Quieres que te pase a mi padre? Estoy llegando a la casa. Estaré un rato antes de ir a la mía.

—No hace falta, hemos hablado hace unos minutos.

—Vale.

—Desconecta y anímate, ya verás como todo cambia antes de lo que te imaginas.

—Si tú lo dices…

—Efectivamente.

Después de varios comentarios más, colgamos. Centré la atención en el plato y me dediqué a comer, mientras miraba de vez en cuando hacia la calle. Me bebí el agua que quedaba en el vaso y me levanté para ir a la barra a pagar.

En la calle, después de colocarme las gafas de sol decidí dar un paseo. Era temprano y por la información que tenía... Empecé a caminar sin prisa y calmado mientras pensaba en todas las preguntas que no tardaría en hacer, de las que esperaba obtener respuestas.

Casi cuarenta minutos más tarde me paré frente a un edificio. Apoyé la espalda en una de las fachadas que quedaban frente a él, en la acera contraria. Miré la hora en el reloj de muñeca, eran las cinco y veinte de la tarde. Buena hora, me dije. Aun así, esperé un poco más observando los alrededores.

Quince minutos aguanté, dando por finalizada la espera. Crucé la calle y me dirigí al edificio. Por suerte nadie me paró ni preguntó al entrar. En la recepción había bastantes personas esperando a que las atendieran y con el jaleo de ellas y de sus voces, me escabullí sin llamar la atención, como si mi presencia fuera habitual. Fui directo a las escaleras y las subí hasta llegar a la planta en la que sabía que encontraría lo que estaba buscando, o más bien, a quién.

Parado en la puerta la golpeé con los nudillos varias veces. Metí las manos en los bolsillos del pantalón, impaciente, a la espera de que se abriera y de ver la reacción de la persona que lo haría.

—Voy. —Escuché. Me mantuve callado.

Me quedé con una ceja levantada cuando la puerta se cerró de golpe, cerca de mi cara, por suerte no me moví librándome del impacto. Lena había abierto mostrando expresión de asombro y desconcierto. Se quedó paralizada, pero duró pocos segundos, los mismos que tardé en dejar de verla. La cerró muy rápido quedándose al otro lado.

Al cabo de unos minutos negué con la cabeza y volví a golpear la puerta porque no hizo el intento de abrir de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —Alzó la voz sin darme paso.

—¿Serías tan amable de abrir para que pueda entrar sin dañar nada? La otra opción es que lo haga yo. Después puedes hacerme las preguntas que quieras, pero te advierto que no serás la única.

La escuché maldecir y contuve la diversión cuando asomó la cabeza por la pequeña apertura que dejó. Apoyé la mano en la madera y la empujé, provocando que su cuerpo se desplazara con el movimiento. Observé la habitación cuando me quedé en el centro. Era muy espaciosa y agradable.

Nala no tardó en correr hacia mí. Subió las patas a mi pecho y la miré sonriendo, mientras le acariciaba la cabeza. Contenta se puso a dar vueltas a mi alrededor. Por lo visto era la única que lo estaba por mi aparición, porque su dueña…

Me giré hacia Lena, quedándome frente a ella. Tenía la vista fija en mí, sin separarse de la puerta.

—No es el recibimiento que esperaba.

—¿Esperabas? —Jadeó— Me has asustado, eras la última persona que… ¿Cómo sabías dónde estaba? ¿Qué haces aquí Kyan? Por Dios, ¡has venido a mi habitación! ¿Y por qué motivo? —Frunció el ceño, en tensión.

—Claro, se me había olvidado de que eres asustadiza… ¿No? —Levanté una ceja.

Desvió la vista por unos segundos, fijándola en el suelo. Sus mejillas se cubrieron de rubor.

—Sí —susurró.

—No cuela, Lena. Nunca me lo he creído, pero hoy día esa posibilidad está aniquilada por completo. Te lo digo para dejes apartada esa palabra que das como excusa, definitivamente.

—¿Qué quieres decir?

—Muchas cosas que se darán a su tiempo. Por ahora solo quiero saber cómo estás.

—Eh, bien. —Tragó saliva.

—¿Qué te ha traído hasta esta ciudad?

—Nada —murmuró.

—Vuelve a intentarlo. —Metí las manos en los bolsillos.

—No tengo que darte explicaciones. —Cuando me miró directamente vi el reflejo de la decisión en ella. Eso sin contar que modificó el tono de voz a más enérgico—. Cuando llegué al pueblo sabía que solo estaría por un tiempo.

—Ajá, claro, y en tu decisión no tiene nada que ver con que has huido al sentirte amenazada.

—¿Qué dices? —Jadeó agrandando los ojos.

—Llama a tu amigo Dan.

—¿Cómo? —Se sorprendió más.

—Que lo llames si necesitas saber qué hago aquí, después te explicaré mi versión.

Le di la espalda y caminé hacia la ventana. Con las manos en los bolsillos vi de reojo cómo se acercaba a la mesita de noche y se sentaba en el borde de la cama, con el móvil en las manos. Solo lo sujetó, no hizo el intento de desbloquearlo para hacer la llamada. Me mantuve en silencio el tiempo que necesitó para volver a hablar.

—¿Qué tienes que ver con Dan? —preguntó en tono bajo— Quiero saberlo primero por ti.

—Fui a buscarlo —dije apoyando el hombro en la pared, cerca de la ventana.

Nala iba de uno a otro, sin decidir dónde pararse, hasta que se subió a la cama y se tumbó al lado de Lena.

—A buscarlo… —repitió desconcertada y asentí— ¿Con qué fin? ¿Por qué? ¿Cómo sabías quién era y dónde encontrarlo? Sé que eres policía. —Hizo una pausa—. Has dado con él por lo que te expliqué del dueño de la casa… —se respondió la última pregunta ella misma, llegando a la conclusión.

—¿Te lo dijo Diana? —Me referí a que conocía a lo que me dedicaba.

—Sí. —Centró la vista en Nala. La acarició.

—La afirmación que has hecho es correcta, después de eso fue muy fácil dar con él con la información que puedo manejar en mi trabajo. —Me miró de reojo—. Mi única finalidad, cuando viajé hasta donde vive y trabaja tu amigo, era obtener respuestas de él, las que tú no dabas. Desde el primer instante que te vi, supe que algo te pasaba.

»La madrugada que Robin te paró en la carretera de montaña que llevaba hasta el pueblo, fue evidente en tus ojos que habías llorado, como también tu nerviosismo. Si uno esa visión, a tu comportamiento conduciendo, más tu actitud cuando te asustaste en la calle, después de salir de la frutería…

»No hace falta ser policía y tener un radar interno para saber que algo grave, para ti, sucedía. Estando en la ciudad a la que fui a buscar a tu amigo, antes de acercarme a él, Diana me dijo que te habías ido del pueblo y que estabas lejos.

—¿Has estado con Dan?

—Sí, como también he hablado con él. Me ha dicho todo lo que podía.

—Lo sabes todo. —Tragó saliva.

—Casi, me falta lo más importante, pero conseguiré aclararlo.

—No voy a volver al pueblo —negó.

—Sí, lo vas a hacer. —Le dejé claro.

—He dicho que no. —Se levantó.

—Me da exactamente igual lo que digas, no vas a estar sola. —Levanté una ceja.

—Así me va bien.

—Claro, perfecto ¿no?

—Pue sí. He tenido la gran suerte de que nada más llegar a esta ciudad me he encontrado con buenas personas que me han ayudado muchísimo. Aquí estoy perfectamente, no voy a irme —volvió a negar.

—¿Por qué? ¿Por qué la zona es más grande y difícil de rastrear? —Levanté una ceja.

—Sí, y porque no quiero estar cerca de nadie a quien quiero. —Bajó el tono de voz.

—¿Cuál es el motivo?

—No me preguntes, ya sabes demasiado —susurró colocando el móvil en la mesita de noche.

Contuvo la respiración cuando me puse a su espalda. Le retiré el pelo de un lado, hacia atrás.

—Solo quiero ayudarte, Lena. ¿Lo entiendes? No estás sola, nunca lo has estado, aunque te has empeñado en conseguirlo. Sea lo que sea lo que sucede, a lo que te enfrentas y el trasfondo que tenga, no voy a permitir que pases por ese mal trago en soledad. Robin y yo podemos protegerte, mientras tu amigo Dan hace su trabajo desde la distancia, con la misma finalidad.

»Vas a regresar junto a mí, no hay otra opción, porque en mi cabeza no entra otra posibilidad. He venido hasta aquí, recorriendo muchos kilómetros de distancia casi sin descanso, solo con ese fin y créeme que lo voy a conseguir. Si tengo que llevarte a la fuerza lo haré, en algún momento entrarás en razón.

—No. —Continuó tozuda.

—No te pusiste en contacto conmigo. —Cambié de estrategia.

—¿Qué? —Noté erizado el vello de su piel, al cubrir un poco su cuello con la mano.

—Antes de irme de tu casa te hice entender que quería que te comunicaras conmigo de alguna forma. ¿Por qué no?

—No lo sé —murmuró.

Cerró los ojos cuando la acerqué a mí. Su cabeza quedó apoyada en mi hombro.

—Dime la verdad —susurré en su oreja.

—Pensé… Pensé que te agobiaría si te escribía pronto y después pasaron cosas.

—¿Agobiarme? ¿Te piensas que voy dando mi número de teléfono a la gente? Si tú lo tienes es por algo muy significativo, Lena.

—¿Por qué?

—Porque no voy a dejar pasar la oportunidad de estar conmigo, de la forma que sea. Cada vez que me acuerdo lo que sucedió en tu casa me enciendo, me excito. Tengo memorizado el sabor de tu sexo —jadeó cuando coloqué una mano por encima de él, al límite—, el tacto suave y resbaladizo por el que pasé la lengua y los labios. Dime ¿lo recuerdas tú?

—Sí —susurró.

Contuvo la respiración cuando colé la mano por debajo de la cinturilla del pantalón de deporte que llevaba.

—Eso, unido a la visión de mi miembro entrando frenéticamente dentro de ti, lo mojado que salía por nuestra humedad mezclada y lo fácil que entraba hasta el fondo, el calor, la presión y el gusto que me provocó la situación… No te imaginas cómo me pongo al recrear aquel momento, cómo me toco por el deseo de volver a repetirlo. Es pensar en ti y me nace una erección que no puedo controlar.

Se pegó más a mí cuando la rocé por encima de su punto de placer, acariciando la zona por debajo de la braga, quedándome al límite. Notó perfectamente lo duro que estaba ya, haciendo real mis palabras. Mi miembro se clavó en el inicio de su trasero. Entreabrió los labios soltando un pequeño jadeo con los ojos cerrados. Le separé las piernas con un pie y deslicé la mano por todo su sexo, acariciándolo en ambos sentidos.

Apreté la mandíbula cuando hice contacto con sus primeros fluidos, estaba tan caliente… Resbalé los dedos mojando toda la zona, preparándola a conciencia. Su humedad fue en aumento al centrarme en rozarle el clítoris y colar varios dedos en su interior.

—Kyan…

—No vuelvas a ignorarme cuando te diga que quiero saber de ti —solté un pequeño gruñido al colar un dedo completamente en su orificio.

—Fue solo sexo —gimió al apresarle el clítoris, a la vez que la agarraba de la mandíbula para girarle la cara hacia mí.

—No. En ningún momento fue solo sexo por placer, Lena —hablé con voz ronca, pero tajante, mirándola fijamente a corta distancia a los ojos.

Capítulo 24

Lena

Aún no me creía lo que estaba pasando. Cuando tocaron a la puerta pensé que sería… Pues yo qué mierda sé, lo único que tenía claro es que cualquier persona menos Kyan. Me había quedado tan descolocada al verlo cuando abrí, tanto, que cerré de un portazo, como si la vista me hubiera jugado una mala pasada.

No solo me había desconcertado su presencia, sino también todo lo que había dicho en poco tiempo. Localizó a Dan, viajó para verlo y conocerlo solo con el propósito de saber lo que yo escondía, o al menos una parte, porque mi amigo no le hablaría abiertamente de mi vida, de buenas a primeras. Si Dan había decidido contarle algo, por mínimo que fuera, es porque se había sentido seguro para hacerlo, sabiendo que Kyan podía ayudarme al estar él lejos.

Igualmente se iba a enterar, no iba a quedarme callada. Joder, podría haberme hecho algún comentario para no llevarme este impacto. Aún no había salido de él, pero siendo sincera, el cambio que había dado Kyan con su acercamiento y sus caricias estaba consiguiendo que mi mente solo se centrara en el deseo y el placer. Me sentía tan excitada…

Me frotaba el clítoris entre sus dedos, mientras nuestras miradas no se apartaban del otro.

—¿Qué significado tiene para ti que no fue solo sexo por placer? —Jadeé cuando movió los dedos más rápido— Pensé… Tú siempre…

—¿Yo siempre qué? —Me acercó la cara a la suya—. Dilo.

—Solo buscas eso y según Diana: Robin y tú sois los hombres de oro del pueblo. Todas quieren acercarse a vosotros. Mierda… —Cerré los ojos con fuerza por la electricidad que me recorrió.

—¿Los hombres de oro? ¿En serio? —Noté un poco de diversión en su voz—. No nos consideramos de esa forma, pero sí es cierto que tanto Robin como yo solo buscábamos divertirnos y pasar buenos ratos cuando surgían. Nunca nos hemos ocultado, siendo sinceros desde el inicio.

—Hablas en pasado… —susurré.

—Así lo siento, para todo hay un antes y un después.

No pude decir nada más porque me besó. Sus labios buscaron los míos dejándome sin aliento, mientras nuestras lenguas iban al encuentro. Gemí en su boca cuando igualó la intensidad con sus dedos.

—Nala… —susurré jadeando, casi sin respiración cuando nos separamos.

Este hombre conseguía lo impensable, que me olvidara de todo. Ni siquiera me había acordado de que ella estaba cerca y seguramente pendiente de nosotros, de lo que hacíamos. Giró el cuerpo llevándome con él, sin apartar la mano de mi sexo. Nos la encontramos tumbada sobre la alfombra, con la cabeza apoyada en las patas y los ojos fijos en nuestra dirección.

—¿Te has ruborizado? —me preguntó divertido, al ver mi reacción.

—No te burles. —Bufé provocando que soltara una carcajada.

El calor de su mano me abandonó cuando la sacó. Me mordí el labio inferior cuando se llevó los dedos a la boca. Los lamió y chupó, alterándome más de lo que estaba al saborearme de esa forma, sin apartar los ojos de los míos.

Caminó por la habitación llamando a Nala. Se levantó al momento y lo siguió moviendo el rabo. Kyan cogió varios de sus juguetes y su cama y lo colocó todo dentro del baño.

—Pórtate bien, ¿vale? Cuando abra la puerta saldremos a dar un paseo ¿qué te parece? —Ladró una sola vez—. Buena chica.

Cerró dejándola dentro. Antes de que lo hiciera la vi tumbarse con su juguete preferido, mordisqueándolo.

—Se va a sentir sola —dije en tono bajo, viendo su avance hacia mí.

—Es a ti a la que le preocupa que esté aquí con nosotros, a mí me da igual —sonrió de medio lado.

—Kyan, tenemos que hablar…

—Por supuesto, de muchas cosas, pero ahora mismo no. Lo que tienes que hacer es desnudarte, o me encargo yo —conforme lo dijo se quitó el abrigo y lo dejó caer encima del arcón decorativo que había a los pies de la cama—. Me has hecho esperar demasiado, Lena.

En silencio continuó quitándose la ropa, capa a capa fue quedándose desnudo. Lo primero que salió por su cabeza fue el jersey, a lo que le siguió el pantalón que se desabrochó despacio, sin apartar la atención de mí. Era la primera vez que lo veía de esta forma, cuando tuvimos sexo en

mi casa solo sacó lo esencial de él: su miembro.

Me senté despacio en la cama, suerte de que di con ella y no me caí al suelo porque me recreé en él. No pude apartar la vista del espectáculo que era verlo desvestirse, conociendo por primera vez todas las zonas de su cuerpo que quedaron expuestas ante mí.

—Ya estamos en igualdad de vernos —habló con voz ronca cuando terminó, caminando hacia mí despacio—. Creo que te sobra algo. —Levantó una ceja.

Me incorporé quedándome frente a él. Antes de que pudiera empezar, me agarró de la nuca y unió nuestros labios de nuevo. Gruñó por el roce de mi cuerpo directamente sobre su erección. Me aparté un poco, sin dejar de besarlo y de seguirle el ritmo, para tener espacio para lo que quería hacer.

Intensificó el beso cuando rodeé su miembro con la mano. Acariciando su suavidad y dureza noté su desesperación cuando me centré en el glande. Se lo presioné arrastrando las primeras gotas de excitación, las que me ayudaron a deslizarme hacia abajo y a volver a subir por todo el largo. Gruñó en mi boca cuando aumenté la velocidad, convirtiendo el beso en uno más ardiente. Jadeé cuando me agarró de las nalgas y pegó nuestros cuerpos, dejando mi mano entre los dos.

Sin poder continuar con lo que le hacía, fue él el que se encargó de mover la pelvis marcando la intensidad, provocando que su erección se deslizara en la sujeción de mi mano. Por unos minutos lo hizo tan duro y fuerte… Hasta que se apartó dando varios pasos hacia atrás.

Me quitó la sudadera de un movimiento rápido. Sus ojos bajaron a mis pechos desnudos, en los que colocó las manos, amasándolos y frotándome los pezones. Dejé salir el aire despacio, removiéndome incómoda por lo excitada que estaba, apurada porque necesitaba ponerle solución.

Me empujó hacia atrás y caí de espaldas en la cama. Sin demorarse, tiró de mi pantalón y se deshizo de él junto con la braga. Recorrió mi cuerpo con la vista. Me acarició los muslos antes de agarrarme de ellos. Al levantármelos gemí cuando mi trasero quedó elevado en el aire y su boca se apoderó de mi sexo. Lamió, succionó y arrastró mi humedad, sin dejarse ninguna zona por recorrer.

Me ayudó a mantener la postura colocando las manos en las nalgas, las que apretó y abrió, teniendo más amplitud al quedarme expuesta. Grité removiéndome en la cama, sintiendo que el orgasmo estaba próximo. El movimiento de su lengua se aceleró llevándome a la locura. Entre jadeos, gemidos y gritando su nombre, me corrí desesperada.

Con la respiración alterada me cogió de los brazos y me incorporó para besarme. Me sentí desfallecer cuando volvió a tocarme el sexo, esta vez con la mano. Cuando nos separamos me dio la vuelta y me guio para dejarme de rodillas en la cama, colocándolas en el borde, mientras apoyaba las manos en ella.

Lo miré por encima del hombro, deseando que llegara el instante en el que me llenara. Se entretuvo con mis nalgas y en arrastrar mi humedad. Coló un dedo en mi interior y cerré los ojos con fuerza cuando al sacarlo, se dirigió a la zona que nadie me había tocado. La acarició humedeciéndola varias veces y cuando hizo presión, contuve la respiración apoyando la frente en la cama.

—Kyan… —Jadeé nerviosa, inquieta porque se atreviera a…

—Lo quiero todo, Lena —gruñó elevándome la cadera—, pero ahora no, estás muy cerrada.

—¿Qué quieres? Esa zona nunca…

—¿Nunca?

—No. —Cerré los ojos cuando volvió a acariciarme el exterior, ayudado al recoger el exceso de mi humedad.

Volví a mirarlo por encima del hombro. Tenía la vista enfocada hacia abajo, en lo que hacía. Me abrió más las nalgas, con fuerza, y jadeé al sentir el calor y la suavidad del glande acariciarme. Se frotó mojándose de mí, hasta que de mi garganta salió un grito. Entró de un solo movimiento, fuerte y profundo, dejándonos encajados perfectamente.

—Sí… —gemí moviéndome, necesitando mucho más.

Me lo dio, agarrándome de las caderas empezó a deslizarse en mi interior, tomando una velocidad que me dejó sin respiración. Me aferré con las manos al nórdico, yendo a su encuentro en cada embiste.

—Joder, Lena… —gruñó acelerado, poniéndole más ímpetu.

Su ritmo se volvió frenético, mientras nuestros gemidos y jadeos se acompasaban con el sonido de nuestros cuerpos chocando. Se inclinó sobre mí, sin parar de moverse, para agarrar mis pechos que caían hacia abajo.

—Ahhh… Síií… —grité cuando una de sus manos me apresó un pezón y la otra se dirigió a mi clítoris.

Me volví loca de deseo, por el placer tan inmenso que me recorrió al sentirlo por todas las zonas importantes. Me corrí de nuevo, sin remedio, soltando gemidos en forma de gritos que me dejaron desmadejada en la cama. Se incorporó para aumentar la intensidad con la que entraba y salía de mi interior, sin que sus dedos abandonaran el clítoris inflamado y sensible.

Me removí inquieta nuevamente. Tuve que agarrarme con más fuerza cuando por el impulso que ejercía en mí, mi cuerpo se desplazaba hacia delante.

—Se siente tan jodidamente bien —gruñó unos minutos antes de que se dejara llevar.

Notar cómo terminaba y gemía, estremeciéndose, como se balanceaba alargando la sensación… Fue un deleite. Sin apartarse de mí, llenándome todavía, se inclinó para besarme la espalda. Dejó un camino de besos húmedos desde la nuca hasta el inicio de las nalgas, las que acarició con las manos con una delicadeza…

Lamenté perder el calor de su miembro cuando se alejó. Sin su agarre, las piernas me vencieron y caí en la cama, sin fuerzas. Me movió hasta colocarme en la posición correcta debajo de la ropa de cama, mientras me daba besos cortos por toda la cara.

Con los ojos entreabiertos vi cómo caminaba hacia el baño y abría la puerta. Nala que estaría esperando nerviosa detrás de ella, por los sonidos que había escuchado, a los que no estaba acostumbrada, salió corriendo y vino hacia mí.

Se subió a la cama de un salto y se tumbó a mis pies. Sonreí al ver en su expresión que no la íbamos a mover. Kyan también se unió a nosotras. Se tumbó al otro lado y cuando apoyó la cabeza en la almohada, la giró hacia mí. Este momento, con los dos desnudos en una cama juntos, con nuestras miradas fijas en el otro, me pareció mucho más íntimo e importante que el sexo placentero que acabábamos de disfrutar.

Curvó los labios de medio lado al mismo tiempo que levantaba el brazo, invitándome a que me acercara. Lo hice sin dudar. Necesitaba sentirlo de nuevo, continuar haciéndolo.

—Descansa un poco —susurró sobre mi cabeza, antes de darme un beso—. Dentro de un rato saldremos a dar un paseo y a cenar.

Como respuesta le rodeé el pecho con un brazo y apoyé la mejilla, cerrando los ojos ante las sensaciones tan agradables que me hacía sentir. Poco a poco dejé de ser consciente de lo que me rodeaba y de dónde estaba, centrada solo en su respiración pausada y en el movimiento de su pecho, escuchando los latidos de su corazón.

Capítulo 25



Kyan

Llevaba inmóvil en la cama más de media hora. Al tumbarme lo hice con la intención de estar cerca de Lena, no con el pensamiento de dormirme, aunque al final había sucedido. Como digo, me había despertado y todavía no me había movido.

Lena seguía echada a mi lado, con el cuerpo caído sobre mi costado. Una de sus piernas estaba encima de la mía y su cara seguía apoyada en mi pecho, pero bastante más abajo de donde se había colocado al principio. Se había removido inquieta en algunos momentos, lo único que pude hacer estando consciente fue apretarla a mí. Pareció que conseguí el propósito de calmarla, pero a la vista estaba que sucedió más veces en las que no me di cuenta al quedarme dormido.

Le retiré con cuidado varios mechones de pelo que le tapaban parte de la cara. Con la nueva posición no tenía que hacer ninguna postura rara ni inclinarme para observarla, únicamente dirigir los ojos hacia ella, como hacía en este momento. Se la veía tan tranquila, serena, en calma… Por mucho que me pusiera en su situación, sin saber a ciencia cierta cuál era, no podía imaginar por lo que había pasado y continuaba pasando.

Era increíble que hasta hacía poco se hubiera mantenido sola. No me refiero en el sentido económico, sino al emocional y todo lo que conlleva estar asustada y en constante alerta. ¿Cuánto tiempo llevaría sintiendo miedo? Me faltaba tanta información, cómo me gustaría que se abriera a mí y me contara por sí misma lo que había vivido hasta hoy día, pero, sobre todo, lo que provocó su circunstancia.

«Tiempo al tiempo», me dije. Iba a poner todo de mi parte para que se sintiera segura y confiada. Necesitaba llegar hasta ella más allá del sexo, avanzar hacia la parte más profunda de su interior y conocer realmente lo que escondía. Aunque no lo aparentaba hacia fuera, me sentía inquieto por ella. Era una carga demasiado pesada como para soportarla sin que tuviera consecuencias.

Era de admirar el aguante que tenía, la forma en la que enfrentaba el miedo porque si algo tenía claro, es que vivía constantemente con él. No le daba tregua desde hacía meses, como me dejó entrever su amigo Dan en uno de los mensajes que me envió.

Cuando llegué a mi casa, después de haber estado comprobando el interior en la que vivió Lena, tal y como entré por la puerta me eché en el sofá. No me paré ni a ponerme cómodo por si recibía el mensaje que esperaba con ansias, el que me aclararía el lugar al que había llegado, eligiéndolo para quedarse.

Me adormecí sin dejar de estar pendiente del móvil. De esa forma pasé la noche. Cerca del mediodía del día siguiente fue cuando supe de Dan. Me llamó directamente, comunicándome que Lena se había puesto en contacto con él cuando tomó un desvió que la llevaba a una ciudad. Me dijo el nombre y no esperé más tiempo para ir a buscarla. Con todo el tiempo que pasó, tuve suficiente para hacer una mochila de viaje, en la que metí cosas básicas y esenciales para varios días.

Desde el principio, mis intenciones fueron las de encontrarme con ella, hacerla entrar en razón, de alguna forma, para que entendiera que no podía estar sola en su situación. Demasiado se había arriesgado hasta la fecha. Y, sobre todo, el regresar junto a ella al pueblo porque no me movería de su lado hasta que aceptara lo que había.

Esos fueron mis objetivos, los que había mantenido hasta hacía muy poco. Pero ahora, observándola desde que me había despertado, viendo lo relajada que estaba, me había preguntado varias veces si era lo más acertado. Claro que quería que regresáramos, pero quizás no hacía falta hacerlo precipitadamente si en este lugar había encontrado un poco de paz. Una muy necesaria para no colapsar y para recargar las energías que se le iban consumiendo sin darse cuenta.

La Lena desafiante de la primera noche que la vi en el interior de su coche, mientras la lluvia caía sobre mí en la carretera de montaña, nada tenía que ver con la de ahora. El agotamiento psicológico es algo que no se ve, pero que puede llevar a un final que no queríamos comprobar ninguno de los que estamos unidos a ella.

Su actitud y miradas de aquella noche, de mi primer recuerdo de ella, a estas alturas eran diferentes. Había ido perdiendo fuerza sin ser consciente, y a pesar de ello se mantenía al frente de su situación sin bajar la guardia. ¿Por cuánto tiempo más? Esa era la pregunta que quería eliminar de mi cabeza, aniquilarla para no tener respuesta.

Era consciente de que, en un ambiente como este, alejados de todo y de todos, siendo solo nosotros dos, me sería más fácil llegar a ella tal y como quería y necesitaba. En ese pack estaba incluida Nala, lógicamente. La busqué con la mirada y sonreí de medio lado.

No se había separado de los pies de Lena desde que se subió a la cama. También estaba dormida, o, al menos, eso aparentaba al tener los ojos cerrados. Solo necesitaría decir su nombre en alto para que se activara rápido.

Lena se removió inquieta de nuevo. Apreté la mandíbula al ver su gesto contraído, como si luchara en sueños con algo malo a lo que quería resistirse. Le acaricié la piel de la espalda con la yema de los dedos, con la intención de tranquilizarla. Obtuve más que eso, abrió los ojos de

golpe y por unos instantes se mantuvo quieta, como si necesitara analizar el lugar para recordar dónde estaba y lo que había sucedido conmigo.

Levantó la cabeza despacio, sin apartarse. No iba a sacar el tema de cómo se ponía mientras dormía. Opté por la mejor opción en este instante, la de que no fuera consciente porque no vi ningún rastro de que se acordara de lo que había soñado al abrir los ojos, y hacia donde su subconsciente la había llevado.

—Hola, dormilona —hablé en tono bajo, lo más pausado que pude.

—Hola. ¿He dormido mucho? —Agrandó los ojos.

—Pues… —Miré la hora en el reloj de muñeca—. Cerca de dos horas.

—¿En serio?

—Es lo que necesitabas, no hay problema.

—¿Tú has dormido?

—Sí, me he despertado hace poco.

—Vale —soltó un suspiro—. Ya está oscuro —dijo al fijarse en la ventana.

—Solo son las ocho y cuarto. Vamos a vestirnos, damos un paseo para que Nala se desahogue y nos paramos a cenar en cualquier bar o restaurante.

—Esta noche me va a costar dormir. —Hizo una mueca incorporándose. Se quedó sentada, dándome la espalda.

—¡Qué más da!

—No me gusta pasar la noche en vela —susurró.

Me incorporé a su lado.

—Puedo agotarte tanto que lo que estás pensando ahora mismo no sucederá. —Levanté una ceja, con muchas cosas en mente con tal de que no se agobiara por nada.

—¿Esa es tu solución? —preguntó divertida y un poco sonrojada.

—Pues sí, y ya te digo que es la mejor —susurré sobre sus labios.

Le di un beso rápido, pero una vez que acorté la distancia me costó separarme. Lo de rápido se volvió largo y pausado, hasta que poco a poco tomó intensidad. Nos separamos al notar la presencia de Nala. Soltamos una carcajada a la vez cuando nos la encontramos sentada frente a

nosotros, observándonos con curiosidad y con ganas de lanzarse a los dos.

Lena fue la primera en levantarse de la cama. Recogió su ropa de donde la dejé al quitársela y se colocó la sudadera que le cubrió hasta el inicio de los muslos. La seguí con la vista, caminó hasta el armario. Cogió ropa limpia y antes de encerrarse en el baño, medio giró hacia mí, con una sonrisa.

Se la devolví. Me quedé como un tonto mirando la puerta cerrada. Sacudí la cabeza y me levanté. Me vestí rápido y cuando estuve preparado para irnos fui hacia la ventana para esperarla. El hotel estaba en una gran avenida y me dediqué a verla iluminada. Estaba deseando que Lena me dijera a quién había conocido en esta ciudad, los que según ella eran buenas personas y la habían ayudado mucho nada más llegar.

—Ya estoy. —Escuché su voz.

La había oído salir, pero me había metido tanto en mis pensamientos…

—Perfecto —dije girándome hacia ella.

El pelo se lo había recogido en un moño desenfadado. Llevaba puesto un pantalón vaquero, un jersey abrigado y unos botines planos. Complementó la ropa poniéndose el abrigo y colgándose la mochila a la espalda. Caminé hasta el arcón y me puse el mío.

✣ ✣ ✣

Nala vino corriendo hacia nosotros cuando Lena la llamó. Había estado corriendo en un parque pequeño, yendo a su aire. Por suerte lo encontramos a dos calles del hotel. Cuando la aseguró con la correa volvimos a caminar, sin rumbo fijo. Recorrimos calles por las que según me dijo no le había dado tiempo a pasar. Solo había hecho una ruta, eso me explicaba en este instante.

—Con el poco tiempo que llevas aquí, ¿a quién has conocido? —pregunté con la atención puesta hacia delante.

—A Damián y a Lucas —dijo animada y giré la cabeza hacia ella.

—¿Dónde coincidiste con ellos?

—Fue una sorpresa —habló sonriendo—. Cuando llegué aquí busqué un lugar en el que poder comer y en el que Nala se sintiera a gusto. Elegí sentarme en la terraza de un restaurante, en él conocí a Damián. Me atendió, es el dueño. La verdad es que todo se dio tan normal entre nosotros… De una conversación pasamos a otra y al final supo que acababa de llegar y que no tenía donde quedarme. Le pregunté por los alojamientos y tuve mucha suerte porque su amigo es Lucas, el dueño del hotel en el que estoy.

»Desde el inicio se portó genial conmigo, mostrándose cercano y comprensivo. No quiso cobrarme, intenté negarme, pero sin éxito. Hasta le puso comida y agua a Nala. Me sorprendió cuando habló con su amigo y me dijo que me dejaba una habitación por un precio increíble. Me cobrará semanalmente cuarenta euros por la estancia, únicamente eso y ya has visto cómo es el hotel y la habitación.

»Cuando lo escuché no podía creérmelo —negó—. Y no solo eso, Lucas me recibió al llegar y me acompañó amablemente a la habitación, ¿y sabes qué me propuso? —Levanté una ceja, negando. Rio, al parecer ella tuvo una reacción parecida a la mía en aquel momento—. Si quería trabajar en la cocina unas horas, para conseguir un poco de dinero.

—¿De verdad?

—Sí, son de esas cosas que hasta que no te pasan… —soltó un suspiro— Hoy ha sido el primer día que he trabajado, solo lo haré los mediodías durante dos horas. Todos me han acogido muy bien, les estoy muy agradecida, sobre todo a Damián y a Lucas.

—¿Dónde queda el restaurante del primero?

—Pues… —Se paró observando la calle—. Creo que por ahí. —Señaló hacia la izquierda—. Para ir del restaurante al hotel tengo este plano que me hizo Damián. —Me lo enseñó cuando lo sacó de la mochila.

—Sí, creo que es la dirección correcta. —Me giré llevándola conmigo, para cambiar el sentido —. No nos hemos alejado mucho. Vamos.

—¿Quieres ir allí?

—Por supuesto, tengo que agradecerle personalmente lo que ha hecho por ti.

Me guardé para mí lo más importante, que necesitaba ver al tal Damián de cerca para comprobar por mí mismo que Lena podía continuar confiando en él. La acerqué a mí rodeándola por los hombros, mientras Nala caminaba feliz junto a ella. Al mirarla de reojo vi sus mejillas sonrojadas. Centré la vista hacia delante, con una media sonrisa.

No tardamos mucho en llegar. Elegimos una mesa de la terraza. La temperatura no acompañaba, pero para Nala era más cómodo que estar encerrada. Cuando me senté fijé la vista en el parque que quedó delante de nosotros, al menos en las partes que se veían iluminadas por las farolas.

—A Nala le gusta mucho —dijo al darse cuenta hacia donde tenía la atención puesta—. Fuimos cuando terminamos de comer —continuó—. También hemos estado hoy, pero me ha dado un susto… —dijo bajando el tono de voz.

—¿Y eso?

—Por unos minutos que se me han hecho interminables no la veía, se ha alejado tanto de mí que ha desaparecido. —Hizo una mueca—. Desde que está conmigo nunca lo había hecho y he pasado miedo.

—Lo siento.

—No pasa nada, por suerte ha regresado antes de que me diera algo.

—No, me refiero a que lo siento porque el motivo por el que has dejado de verla es porque ha venido en mi busca. —Carraspeé.

—¿Cómo? —Me miró con cara de sorpresa.

—En cuanto Dan me dijo dónde estabas, es decir, en esta ciudad, salí rápido hacia aquí. En el camino me envió un mensaje con el nombre del hotel y el número de habitación. Vine directo y aparqué por la zona. Cuando estaba acercándome dio la casualidad de que os vi salir y os seguí de cerca, pero manteniendo la distancia. Por eso estaba en el mismo parque y se despistó cuando me localizó. Le ordené que fuera en tu busca y vi vuestro reencuentro. Me alejé para ir a comer cuando entrasteis al hotel, para dejar pasar el tiempo.

—No me lo puedo creer, ¡casi me da un infarto! —Se frotó la frente.

—No era el momento de aparecer ante ti, tenía otros planes.

—¿Cómo el dejarme sin respiración y atontada al llamar a la puerta de la habitación?

—Más o menos. —Hice una mueca divertida—. Lo único que como comenté, no esperaba el recibimiento que me has dado. —Le hice un guiño.

Nos quedamos en silencio cuando un hombre vino a nuestra mesa. Supe que se trataba de Damián por la gran sonrisa que se dedicaron los dos. Lena nos presentó y después de una breve conversación en la que ella le comentó las últimas novedades, y de cómo nos atendió durante todo el rato que estuvimos en su restaurante, incluyendo a Nala porque volvió a ponerle comida y agua, puedo decir que sí, me quedé muy tranquilo al conocerlo de cerca.

Capítulo 26



Lena

—¿Y esa cara de felicidad? Has aparecido con ella y en ningún momento la has variado —me preguntó Amalia poniéndose a mi lado.

Quedaban pocos minutos para que las dos horas que llevaba trabajando finalizaran.

—Me siento bien —respondí sonriendo.

—No hace falta que lo digas, tu expresión y ánimo hablan por ti. No creo que sea por fregar platos y ollas.

—No. —Reímos—. Sé que Lucas te comentó por encima que estaba sola con mi perra, pero eso ha cambiado desde ayer por la tarde.

—¿Sí? —asentí sonriendo— Me alegro mucho, Lena. A la vista está lo bien que te ha sentado.

—Gracias. —Fijé la mirada en las manos mojadas—. Inesperadamente así ha sido.

—¿Y a quién hay que agradecerle el cambio? ¿A una amiga? ¿A algún noviete? —preguntó divertida.

—A Kyan, pero no tenemos una relación.

—Tampoco has dicho que seáis solo amigos —sonrió pícara.

—No. —Reí nerviosa.

—Sea lo que sea, es positivo para ti y con eso nos quedamos, ¿no? —asentí—. Sécate las manos, por hoy has terminado.

—Aún quedan unos minutos.

—No intentes discutir con la reina, o sea yo, porque tienes la batalla perdida de ante mano.

—Te lo aseguro —intervino Rodrigo, uno de los hombres con los que trabajaba.

Todos reímos, incluso Aroa que continuaba marcando las distancias conmigo, sonrió un poco sin apartar la atención de lo que hacía.

—Lo has dejado todo reluciente, Lena —continuó Amalia—. Si queda algo nos encargamos el resto, venga, sal de aquí que te están esperando. —Me hizo un guiño.

—Vale, gracias.

Cogí el trapo, me sequé y me despedí de todos hasta el día siguiente. Justo cuando llegaba a la zona principal, donde estaba la recepción, Kyan y Nala aparecieron. Venían de la calle, Kyan la había sacado para dar un largo paseo mientras yo estaba ocupada.

—Hola —lo saludé y me encantó que me correspondiera con un beso en los labios, en los que me susurró su respuesta, acariciándome con los suyos.

Las muestras de afecto le salían tan naturales…

—¿Bien? —Se interesó.

—Sí, genial.

—Perfecto. ¿Vamos a comer?

Era tarde, pero se había empeñado en esperarme. Por eso, nada más entrar en la cocina le advertí a Amalia que no me quedaría a comer, porque me lo insinuó nada más verme. Hacía pocos minutos que había entendido el motivo de mi negación.

—Tengo que ir un momento al despacho de Lucas, me paga cada día al finalizar las horas trabajadas. Y después necesito subir a la habitación.

—Claro, te acompaño.

—No hace falta, podéis subir a… —Puse los ojos en blanco al ver sus dos cejas levantadas.

Lo dejé estar, dándolo por imposible, porque cuando reaccionaba de esa forma no había manera de que consiguiera hacerlo cambiar de opinión. Recorrimos el pasillo hasta que me paré frente a la puerta del despacho. La golpeé con los nudillos y enseguida me dio paso.

—Hola —nos saludó cuando entramos. Miró con curiosidad a Kyan por unos segundos— ¿Qué tal ha ido? —Se centró en mí, mientras le acariciaba la cabeza a Nala que se acercó para llamar su atención.

—Muy bien, como ayer —respondí sonriendo.

—Yo diría que mejor, ¿no? —Curvó de medio lado los labios.

—Sí. —Me ruboricé un poco—. Lucas, él es Kyan. Ha venido a verme.

Kyan no hizo ningún comentario para corregirme ni para añadir nada. Aceptó la mano que le ofreció Lucas y se saludaron personalmente.

—Encantado —dijeron mutuamente.

—Te quería preguntar…

—¿Sí?

—No sé si hay algún problema con que en la habitación ahora seamos tres.

—¿Problema? Para nada, Lena. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Todo lo contrario, me alegro de que tengas compañía.

—Muchas gracias.

—Aquí tienes el sobre de hoy. —Lo cogió de la mesa—. Si necesitas algún día libre para que disfrutéis de la ciudad durante el tiempo que estéis juntos, tampoco pasa nada si no vas a la cocina. Dímelo con antelación para avisar a Amalia y ya está.

—No tengo intención de irme —intervino Kyan.

Lucas lo observó divertido, hasta que asintió.

—Me alegra escuchar eso. —Terminó diciendo.

—Vamos a comer, es tarde —comenté.

—Es verdad, perdonad. Nos veremos en otro momento.

Nos despedimos y tomamos la dirección de la habitación. En silencio desde que salimos del despacho, accedimos a las escaleras.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a Kyan, mirándolo de reojo— Es muy buen hombre —añadí al verlo pensativo.

—Lo que ha hecho por ti habla por sí solo, Lena. Pero estoy de acuerdo, es lo que transmite, aunque no está de más continuar viéndolo para afianzar la deducción.

Negué divertida por su contestación. En la habitación entré un momento en el baño y cuando terminé nos fuimos a comer. No nos alejamos mucho, recorrimos tres calles hasta que llegamos a una plaza pequeña en la que había varios restaurantes. Elegimos uno de ellos al azar y ocupamos

una mesa en la terraza.

—Entonces, ¿te vas a quedar conmigo? —pregunté en tono bajo, por lo que le había dicho a Lucas.

—Sí. —Recostó la espalda en la silla—. Pensaba que estaba claro, al igual que cuando me vaya lo haré contigo. —Levantó una ceja.

—Kyan…

—Escúchame, Lena. —Apoyó los brazos en la mesa—. No hay prisa, ¿vale? He hablado con Mario, mi jefe, y le he explicado la situación.

—¿El padre de Diana? —asintió confirmándomelo.

—No voy a separarme de ti. Vas a tenerme pegado aquí y al regresar, sea cuando sea. Soy consciente de que ahora mismo te sientes a gusto en esta ciudad, por eso he cambiado la idea con la que viajé.

—¿La de llevarme a la fuerza si era necesario?

—Sí. —Apretó los labios, conteniendo la diversión por la expresión que puse—. El ambiente en el que estás ahora mismo te beneficia, de ahí mi cambio. No te estoy diciendo que lo alargaremos mucho, pero sí que puedes estar el tiempo que tú creas oportuno.

—No quiero volver, Kyan —susurré.

Bajé la mirada a la mesa, pero enseguida la centré en Nala que, al diferenciar el tono de mi voz, colocó la cabeza sobre mi pierna. Se la acaricié.

Kyan no dijo nada al respecto porque un camarero se acercó para tomarnos nota. Pedimos dos copas de vino y una botella de agua para empezar. Cuando nos quedamos solos nos entretuvimos en mirar la carta y nos decidimos por una carne a la brasa que parecía tener muy buena pinta, acompañada con verduras y patatas, más una ensalada completa de la casa para compartir. El camarero regresó con la bebida y le dijimos lo que queríamos comer.

—Se trata de lo que debes hacer, Lena —continuó con nuestra conversación—. Según tú, evitas estar cerca de nadie a quien quieres, por miedo, pero lo que no entiendes es que para esas personas que apartas de tu vida es esencial que te tengan al lado, que seas accesible. Espero que algún día puedas hablarme con sinceridad y explicarme lo que te sucedió para estar en esta situación, pero me da exactamente igual no saber a lo que me enfrento. Vas a volver conmigo al pueblo, no vas a estar sola.

—No puedo volver a la casa. —Tragué saliva.

—¿Quién ha dicho que lo hagas? No te pido eso, solo que aceptes la realidad de que no

puedes deambular sola.

—Puedo ir a un hotel… —comenté pensando en esa posibilidad.

—No. —Levanté la cabeza encontrándome con su mirada—. Tienes a tu disposición mi casa, la de Diana, la de sus padres, incluso la de Robin. Y si lo necesitas para no estar mucho tiempo en un mismo lugar, puedes optar por mantenerte unos días en cada una de ellas e ir rotando. Todos estaremos encantados, te lo aseguro, aunque mi realidad es que me gustaría que eligieras únicamente la mía.

—Kyan…

—No digas nada, no quiero que lo decidas ahora. Piénsalo y medítalo, como te he dicho, podemos quedarnos aquí un tiempo.

—Y si sucede lo mismo… —Tragué saliva.

—Eso no va a pasar, créeme. Cuéntame qué viviste la noche que provocó que te fueras, cómo la afrontaste. Dan me lo explicó según tu versión, pero quiero escucharte a ti.

Me removí inquieta en la silla antes de empezar. Esperó paciente y agradecí la intervención del camarero al aparecer con la comida. Sin insistirme, cuando nos quedamos solos, se dedicó a aliñar la ensalada y a servirla en dos platos.

—Empieza a comer que es muy tarde —me pidió.

Cogí el tenedor y pinché un poco de ensalada. Al tragar fue cuando me decidí a explicarle lo que sucedió la última noche que estuve en el pueblo. Desde que vi los focos de luz entre la arboleda en medio de la oscuridad, mientras Nala se desahogaba, como también todo lo que hice en el interior de la casa y el miedo que pasé cuando alguien desde el exterior dirigió un foco de luz hacia la cocina, para mirar dentro.

Finalicé con la decisión que tomé durante la noche en la que no pude cerrar los ojos, la de irme a primera hora del día, incluyendo la visita de Robin que fue por lo que lo pospuse. Me escuchó con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, cuando terminé estuvo durante unos largos minutos pensativo.

—Daremos con ellos, Lena. Puedes estar tranquila cuando volvamos, Robin ha rastreado todo el pueblo y hoy en día no ha encontrado a nadie que le llame la atención. Todos los que no son lugareños están controlados e igualmente estaremos más pendientes que nunca de todo el que llegue. Robin se ha encargado de avisar a todos los alojamientos de que lo mantengan informado de las nuevas reservas, tanto en hoteles como en viviendas individuales que están gestionadas por oficinas.

—No sé… —susurré centrando la vista en el plato.

—Yo sí.

—Dan no me ha llamado.

—Sabe que estás conmigo, lo hará en cualquier momento.

—Sí, tenía pensado llamarlo yo más tarde —asintió.

—¿Confías en mí?

—¿Por qué me preguntas eso? —Lo miré extrañada.

—Según tu amigo solo te sientes segura con él. —Repiqueteó los dedos en la mesa.

—Hasta hace poco así ha sido.

—¿Y ahora?

—Ha cambiado —asintió satisfecho.

—¿Quieres hablar de lo que le sucedió a tu amiga? —preguntó en tono bajo.

—¿Dan te lo ha contado? —Agrandé los ojos.

—Muy por encima, solo el resultado final provocado por una falta muy grave de varios agentes. —Tragué saliva.

—No quiero hablar de eso —negué frotándome las manos en el pantalón.

—Eh. Lena, mírame. —Me costó un poco hacerlo. Su cara reflejaba comprensión—. No he dicho nada, ¿de acuerdo? Olvídalo, todo está bien. He metido la pata al querer saber más, no era el momento. Pero es que solo quiero llegar a ti y ayudarte para protegerte. Vamos a comer que la carne fría no vale nada.

—Sí. —Corté un trozo y me llevé a la boca, saboreando la salsa que le habían echado por encima—. Kyan…

—¿Sí?

—En otro momento, hoy no quiero recordarlo tan vívidamente.

—No tengo ninguna prisa.

—Gracias —sonreí un poco, pero no pude ocultar la tristeza.

Me centré en comer y, sobre todo, en tragar porque me costó por el nudo que se me formó en

la garganta. Por cada bocado que tragaba tenía que beber vino o agua para pasarlo. No tuve fuerzas para hablarle de Julia, de la amiga por la que me había preguntado.

Como le había dicho, confiaba en él, pero no pude retroceder en el tiempo porque eso suponía revivir con mucha intensidad lo que pasó y me costó tanto superar. Siendo sincera, todavía no lo había hecho, imposible después de cómo se dio todo y de la unión que tenía con Julia. Cerré los ojos por unos segundos, al venirme a la mente su imagen.

Kyan llamó mi atención al darse cuenta de mi estado. Cogió mi copa y me la dio, diciéndome que me la bebiera entera si lo necesitaba. Sonreí un poco forzada, de lo que se dio cuenta, pero terminé haciéndolo. Quería que la mente se me nublara, con la única finalidad de olvidar por un breve tiempo todo.

Capítulo 27

Seis días después…

Kyan

Tumbado en la cama tenía la vista fija en la ventana. Hacía casi dos horas que nos habíamos despertado, pero se nos habían pegado las sábanas después del sexo, porque no había faltado, como cada mañana o cada vez que me lo proponía. Me incorporé quedándome sentado por el lateral que daba a la ventana.

Desvié la mirada y la centré en la puerta del baño. Lena hacía unos minutos que había entrado a ducharse, yo en principio la seguiría cuando terminara, pero cambié de opinión. Me levanté y después de hacerle varias caricias a Nala que estaba tumbada en la alfombra con los ojos adormilados, caminé hacia el baño.

Nos dejé encerrados en él. Ver de nuevo el cuerpo desnudo de Lena, mientras el agua resbalaba por él, me encendió de nuevo. No se había dado cuenta de que había entrado. Apoyé la cadera en el mueble y me crucé de brazos, admirando cómo empezó a enjabonarse la cabeza. Sus pechos se movieron y se pusieron más tensos al elevar los brazos. Tenía los pezones erectos apuntando hacia delante.

Mi miembro estuvo de acuerdo conmigo, se tensó y saltó libremente. Estaba desnudo.

—Gírate —hablé con voz ronca, alzando la voz.

—¡Joder! —Se asustó parando los movimientos—. No te he oído —dijo con un pequeño jadeo.

—Me he dado cuenta y era mi intención —sonreí de medio lado—. Gírate —insistí.

—¿Para qué?

Me encantó ver en sus ojos el deseo. Recorrió mi cuerpo varias veces, hasta que los dejó fijos en mi erección. Se movió despacio hasta quedarse frente a mí.

—No bajes los brazos. Continúa enjabonándote, todo el cuerpo —especifiqué.

—¿Vas a entrar? —preguntó mordisqueándose el labio inferior.

—¿A ti qué te parece? —Levanté una ceja.

—¿Y por qué no lo haces ya? —Volvió a frotarse la cabeza.

Los ojos se me fueron a sus pechos de nuevo, teniendo una panorámica perfecta de ellos.

—Porque quiero ver cómo te tocas. Abre la mampara. —Carraspeé para aclararme la voz—. Lávate con las manos, acariciándote, no utilices la esponja.

—¿Te has despertado mandón?

—Ya te darás cuenta de que lo soy siempre en lo que me interesa. —Curvé los labios de medio lado.

Negó con expresión divertida, mientras abría la hoja de la mampara. Se puso debajo del agua para enjuagarse la cabeza, la que resbaló en cascada por sus piernas y goteaba desde su zona íntima, en la que me concentré sin poder apartar la vista. De mi garganta salió un pequeño gruñido cuando me dio la espalda y se inclinó hacia delante, para coger el bote de gel. Exageró el movimiento a propósito, bajando la parte alta de su cuerpo para dejar expuesto ante mi vista el trasero y parte de su sexo, el que vi perfectamente porque abrió las piernas para que lo hiciera.

Cuando se incorporó cerró el grifo y se frotó las manos, llenándoselas de espuma. Seguí con la mirada cada uno de los movimientos que hizo. Descrucé los brazos para bajar uno. Me agarré el miembro, haciendo presión en él, justo cuando se acariciaba y se manoseaba los pechos y los pezones, muy despacio, atenta a lo que yo hacía.

Empecé a deslizar la mano por todo el largo de mi erección que más dura no podía estar. Después de demorarse en los pechos, se frotó la barriga resbalando las manos hacia el pubis. En esa parte aumenté la velocidad con la que me tocaba, en tensión. Apoyó la espalda en las baldosas, sin mover las piernas, las que abrió antes de pasar la mano por su zona íntima.

Con el primer roce jadeó dejándome ver lo excitada que estaba.

—Límpiate bien, inclina más la cadera hacia mí y abre las piernas para que pueda verte bien —gruñí.

—¿Así? —Entreabrió los labios.

—Perfecto —respondí teniendo una visión directa de su sexo y de cómo se lo acariciaba—. ¿Estás húmeda y preparada?

—Sí. —Jadeó cerrando los ojos, mientras se frotaba el clítoris.

—No dejes de mirarme —exigí—. Ábrete los labios con la otra mano.

Paré los movimientos de la mía, apretándome con fuerza. Con un último deslizamiento me acaricié el glande, retirando y esparciendo las gotas de semen.

—¿Te gusta? —le pregunté porque tenía los ojos fijos en cómo me tocaba.

—Sí —gimió.

—No te puedes imaginar lo que me gusta a mí, la sensación y el ver cómo te masturbas. Acelera los movimientos. —Apreté la mandíbula cuando lo hizo.

Su cara reflejaba el placer que sentía, la mía no tenía ni idea, pero debía ser muy parecida porque no podía apartar la atención de su sexo abierto por varios dedos, mientras que con los de la otra mano, se acariciaba para mí.

—Kyan… —Jadeó.

—Para.

—¿Qué? No…

—Oh, sí. —Me acerqué despacio—. No vas a correrte todavía. Recoge la humedad y arrástrala, recorre cada parte, por mínima que sea.

—Mierda. —Cerró los ojos con fuerza.

—Hazlo. —Bufó.

Rígido completamente, observé cómo se sentó en el poyete que había hasta la pared, el mismo en el que en una esquina estaba el bote de gel y champú. Con el trasero apoyado abrió las piernas al máximo. De mi garganta salió un sonido de placer. Ahora sí, me dije al quedarse expuesta completamente.

—¿De esta forma? —Se mordisqueó el labio inferior cuando deslizó los dedos por todo su sexo.

Podía ver lo excitada y abierta que estaba, todo un deleite para la vista y mis sentidos. Volví a mover la mano con fuerza en mi miembro, con movimientos enérgicos.

—Sí, más rápido… —susurré viéndolo brillante y no por el agua precisamente.

Acorté aún más la distancia, hasta que toqué con las rodillas la bañera. Sin dejar de observarla descolgué la alcachofa de la ducha y abrí el grifo.

—No —le advertí ante su gesto de querer cogerla, al alargar el brazo hacia mí—. Yo me

encargo.

Dejé que el agua cayera desde sus hombros hacia abajo, retirándole todo el exceso de jabón.

—Continua así de abierta, no apartes los dedos de los labios.

Me arrodillé fuera de la bañera. Mi cabeza quedó a la altura perfecta para lanzarme a devorarla, pero me contuve para más tarde. En cambio, enfoqué los chorros de agua directamente sobre su sexo y pasé la otra mano apartando cada pliegue a conciencia, haciendo desaparecer el jabón acumulado.

—Vuelve a abrirte con los dedos —le pedí porque por el placer los había soltado.

En cuanto lo hizo dirigí el agua sobre su clítoris. Se removió inquieta, curvando la espalda y dejando el trasero al límite del poyete. Abrí el grifo al máximo, lo había dejado a la mitad, por lo que los chorros salieron con más fuerza impactando con su punto de placer. Gimió y se puso en tensión. Vi el momento exacto en el que no pudo aguantar más. Su cuerpo se tensó y se corrió.

Solté la alcachofa de golpe y me lancé a saborearla y a terminar que terminara con la ayuda de mi lengua. Gritó agarrándome del pelo, mientras me afanaba en mi trabajo. Se deshizo en mi boca y al apartarme dio un respingo al sentir mis dedos sobre el clítoris.

—¿Bien? —hablé con voz ronca.

—Mmm… Sí… —Soltó el aire de golpe.

Me llené los dedos con sus fluidos y lo puse sobre sus pezones. Gimió cuando me llevé el primero a la boca, succionándolo y limpiándolo a conciencia. Repetí lo mismo en el otro, saboreándola de nuevo. Después de mordisqueárselo y de pegar un último tirón, me separé viendo con satisfacción lo sonrojada que estaba por el sofoco.

Me incorporé rápido y entré. En el centro de la bañera, con ella todavía sentada en el borde, me agarré el miembro y deslicé la mano con fuerza. Gemí por el gusto que me provoqué, el que llevaba demasiado esperando. Paré el movimiento cuando se inclinó hacia mí. Con la vista levantada hacia mí y con mi mano sujetándome, pasó la punta de la lengua por el glande, retirando mi excitación.

Gruñí cuando se relamió los labios. Bajé la mano hasta la base, ofreciéndome a ella. Con un movimiento rápido, mi erección desapareció dentro de su boca, haciendo presión entorno a ella.

—Joder —siseé apoyando una mano en las baldosas, sin poder dejar de mirar cómo retrocedía y volvía a acogerme.

Me dio lo que necesitaba, yendo a mi encuentro rápido, mientras mi mano se movía en la base. Ver sus labios abultados por el exceso que tenía en la boca… La agarré del pelo mojado y la guie en los movimientos, haciéndome con el control y llevándola hasta donde quería y

necesitaba, porque la urgencia pudo conmigo.

Gimió y jadeó con mi miembro dentro. Mi cadera se impulsaba sin descanso, sin llegar a perder el control pendiente de ella.

—Tira de los pezones —le pedí rígido, aguantando todas las sensaciones que me recorrían, sin parar los embistes.

Jadeó haciendo presión entorno a mi miembro cuando hizo lo que le pedí, varias veces.

—Tócate el clítoris otra vez.

Gimió desesperada cuando sus dedos tomaron velocidad sobre él. Con la mirada entre ver desaparecer mi dureza en su boca y en cómo se daba placer de nuevo, alargué el momento todos los minutos que pude, hasta que me aparté de golpe. Le acaricié los labios con los dedos, retirándole mi excitación, la que chupó y lamió, provocando que mi miembro diera una sacudida.

—Levántate. —La ayudé a hacerlo, girándola.

Me quedé a su espalda y le retiré el pelo, liberándole un hombro. Se lo besé haciendo un camino ascendente hasta su cuello. El vello se le erizó. Me llené las manos con sus pechos y los amasé clavándome entre sus nalgas. Contuvo la respiración cuando me agaché un poco, solo lo necesario para que mi erección entrara donde quería.

Se quedó entre sus piernas, cerca de su entrada trasera, la que tanteé el primer día que llegué.

—Kyan… —Se removió nerviosa.

—Todavía no. —Le giré la cara y la besé en los labios, con intensidad—. Ya llegará.

No dijo nada, pero supe perfectamente el significado de su expresión. Vino a decir que: «lo dudo, no creo que suceda nunca». Intenté ocultar la diversión. Le lamí los labios antes de separarme.

—Pon las manos en el poyete —le pedí.

Jadeó cuando le empujé la espalda suavemente hacia abajo para que lo hiciera, mientras utilizaba la otra mano para colarla entre sus piernas. Su sexo estaba tan jodidamente resbaladizo. No pude esperar más para sentirlo. En cuanto apoyó las manos, le separé las piernas, le subí la cadera abriéndole las nalgas y me posicioné, entrando de un movimiento fuerte y duro, llegando hasta el fondo.

—Mierda, Lena. —Jadeé con fuerza, ella gimió al sentirse llena—. Estás tan caliente —gruñí —. Agárrate fuerte.

Hasta que no lo hizo, no empecé el baile que nos llevó a la locura, al igual que fue la

intensidad con la que me perdía en su interior. Las embestidas eran profundas y certeras, constantes, con un ritmo frenético. Tuvo que apoyar una mano en las baldosas para controlar el movimiento de su cuerpo, para no chocar con ellas.

Con la vista enfocada hacia abajo, me deleité viendo cómo su sexo me acogía una y otra vez. Le abrí las nalgas y le acaricié el orificio trasero. Dio un respingo por la sensación, pero no dijo nada al respecto.

—Tócate —le pedí. Mi voz salió en forma de gruñido.

Lo hizo rápido con la necesidad recorriéndola de nuevo. Al tenerla distraída y excitada al máximo, sin aflojar mis embistes, volví a acariciarle el orificio. Ella aceleró los movimientos de sus dedos, gimiendo y removiéndose desesperada. Yo me dediqué a entrar y salir de su interior, sin descanso, mientras colaba la punta del dedo en su orificio.

—Kyan… —gritó justo en el momento en el que se dejó llevar.

La sujeté de la cintura cuando perdió las fuerzas en las piernas y la moví a mi antojo. Varios minutos después, en los que mi fuerza aumentó, me corrí también.

Nuestras respiraciones desacompasadas fue lo único que se escuchó a nuestro alrededor por largos minutos. La ayudé a incorporarse y la llevé conmigo cuando me senté en la bañera. Se quedó entre mis piernas, con la espalda apoyada en mi pecho y la cabeza en mi hombro.

Cogí la alcachofa de ducha y abrí el grifo. Gimió dando un respingo cuando enfoqué el agua en su sexo. Le abrí las piernas con las mías, teniendo libre acceso a él y pasé la otra mano acariciándoselo despacio, limpiándolo.

—No quiero que vayas hoy a trabajar —susurré en su oído.

—Tengo que ir —soltó un suspiro con los ojos cerrados, tensándose cuando le rodeé el clítoris.

—Puedo continuar hasta que cambies de opinión.

—Y yo puedo salir de la bañera rápido.

—Créeme, no llegarías muy lejos y entonces no me importará que los ojos inocentes de Nala vean las cosas que siempre evitas —gimió ante mi amenaza—. Lucas te lo dijo, que no pasaba nada si algún día no ibas.

—Está bien, pero tengo que avisarlo.

Giró la cabeza hacia mí, buscando mis labios.

—Perfecto —sonreí de medio lado, provocando que pusiera los ojos en blanco al salirme con

la mía—. No te vas a arrepentir —susurré sobre su boca, antes de besarla yo.

Capítulo 28



Lena

Giré la cabeza hacia Kyan. Iba conduciendo, concentrado en la carretera, aun así, notó que lo miraba y buscó mis ojos por unos segundos. Me sonrió al ver el mismo gesto en mis labios. Habíamos pasado un día precioso, eran las nueve de la noche y estábamos a punto de llegar a la ciudad.

Por la mañana, cuando salimos de la bañera y nos preparamos, nos fuimos dispuestos a aprovechar el día. Antes de dejar el hotel nos dirigimos al despacho de Lucas.

—Hola —nos sonrió cuando abrí la puerta.

—Hola, Lucas. —Contuve a Nala para que se quedara a mi lado.

—¿Todo bien? —Pasó la mirada de uno a otro.

—Sí —respondió Kyan.

—Venía a decirte con tiempo que hoy no iré a la cocina, espero que no suponga ningún problema.

—Claro que no. —Se levantó de la silla—. Ya te dije que solo tenías que avisarme para poder hablar con Amalia. Ya la conoces, es capaz de poner el hotel patas arriba si no apareces, si no sabe nada. —Reímos, Kyan sonrió.

—Muchas gracias, pues nos vemos mañana.

—Estupendo, disfrutad.

—Gracias. —Se dirigió a él Kyan.

Esa fue la breve conversación que mantuvimos. Al irnos del hotel caminamos hasta el coche de Kyan y nos montamos. Nos habíamos dedicado durante toda la mañana a desplazarnos de un

lado al otro, descubriendo nuevas zonas. Quedamos encantados con algunas de ellas, las que llamaron más nuestra atención. También nos movimos mucho caminando por las calles, parándonos a tomar unos cafés, como también conforme las horas fueron pasando nos sentamos en la terraza de un bar para bebernos dos cervezas.

Antes de alejarnos de la ciudad estuvimos en un mirador que nos recomendó visitar el camarero del bar. La verdad es que la experiencia mereció la pena. Llegamos a una zona verde rodeada por árboles en la que Nala disfrutó mucho correteando de un lado al otro, mientras nosotros observábamos la panorámica de la ciudad desde bastante altura.

Kyan se puso a mi espalda y me abrazó durante todo el tiempo que estuve apoyada en la barandilla de madera que limitaba la zona. No solo se podía ver la ciudad, también más allá de ella. La vista se perdía en las montañas que quedaban bastante apartadas.

—¿Echas de menos estar en el pueblo? —le pregunté susurrando.

—No.

—¿Seguro?

—No voy a negar que a veces me siento extraño. Es normal, llevo adaptado a un único entorno toda la vida, uno que dista mucho de este. Para mí es vital la naturaleza, sentirme rodeado por ella, por lo que me transmite y lo que me hace sentir.

»Pero estoy como de vacaciones, porque no te creas que a mi edad no he salido nunca del pueblo. He viajado bastante con Robin. Nos gusta hacerlo siempre que podemos, aunque la verdad es que llevamos varias temporadas que no nos tomamos uno de esos descansos para desconectar.

—Quizás ha llegado la hora de regresar —susurré sin estar muy convencida.

Quería hacerlo por él, no porque me hiciera una ilusión especial por lo que viví. No me entendáis mal, estaba deseando que llegara el momento de juntarme con Diana de nuevo, pero para mí primaba más el rechazo por mi situación. Pero como he dicho, mis palabras eran motivadas por Kyan. Llevábamos un tiempo aquí, gracias a él había conseguido tranquilizarme y con todo lo que había hecho por mí…

—¿Lo dices en serio? ¿Estás convencida? —Apoyó la barbilla sobre mi cabeza, pegándome a su cuerpo al hacer fuerza con los brazos con los que me abrazaba.

—Sí, y no las tengo todas conmigo.

—Vale. No he preguntado nada, no vaya a ser que cambies de parecer —dijo serio y reí—. ¿Cuándo quieres irte?

—No necesito mucho tiempo para recoger mis cosas, no tengo mucho equipaje.

—¿Mañana?

—Te has animado, ¿eh? —hablé divertida.

—Cuando surge la oportunidad hay que aprovecharla rápido —susurró en mi oído, poniéndome el vello de punta al sentir el contraste de temperatura por su aliento caliente, y por su cercanía.

—Mañana está bien —confirmé—. Si no es muy tarde cuando lleguemos preguntaré si Lucas está para despedirme, o lo dejaré para el día siguiente, ya veré. Quiero agradecerle de nuevo todo lo que ha hecho por mí. También me gustaría…

—Esta noche iremos a cenar al restaurante de Damián —me interrumpió sabiendo a lo que me refería.

—Gracias.

—No me las des, Lena. —Se apartó y me hizo girar. Me quedé frente a él.

Apoyó las manos en la baranda de madera, a cada lado de mí, dejándome dentro del hueco de sus brazos.

—Todo va a ir bien, ¿me oyes? —habló en tono bajo.

Si había una conclusión clara a la que había llegado con Kyan, es que siempre que disminuía el timbre de su voz era con el propósito de tranquilizarme, para que no me alterara.

—No lo podemos saber ninguno de los dos —susurré apoyando las manos en su abrigo. Le acaricié por encima.

—Quiero que te sientas a salvo y protegida en todo momento, Lena. Si en algún momento cuando volvamos sientes miedo, ansiedad, o notas algo raro a tu alrededor que sale de lo común, quiero que me lo digas, que no te lo calles. ¿De acuerdo? Necesito estar seguro de que te abrirás a mí en ese sentido, antes de que te entre el pánico y salgas huyendo de nuevo. Porque si eso sucede, tomarás un riesgo innecesario.

—Intentaré ser clara —solté un suspiro.

—En esa frase hay varios matices. —Levantó una ceja.

—No me presiones, he aceptado regresar. —Puse los ojos en blanco.

—No tenías más remedio que hacerlo —sonrió de medio lado.

—¿Estás seguro? —Me crucé de brazos.

—Segurísimo, no me has visto todavía en acción. —Acompañó a sus palabras con un guiño —. Haciendo referencia a lo que estamos hablando, porque en otras situaciones conoces muy bien mis movimientos. —Levantó las dos cejas, de forma divertida.

Se inclinó hacia mí y buscó mis labios, los que lo recibieron con ganas. Durante unos minutos nos besamos rodeados de silencio, hasta que Nala ladró al llegar corriendo y llamó nuestra atención. Regresamos al coche y Kyan tomó la dirección del pueblo más cercano a la ciudad, el que quedaba hacia el otro lado del que vinimos los dos.

Llegamos a la hora perfecta para ir a un restaurante a comer. En el centro del pueblo había muchos y me hizo elegir. La verdad es que acerté porque todo lo que pedimos y las cosas extras que nos pusieron estaban riquísimas. Aunque seguramente habríamos tenido el mismo resultado con cualquiera de los demás.

Había una plaza bastante grande, con mucho movimiento de personas. Disfrutamos del buen día que hacía y cuando terminamos, recorrimos las calles del pueblo. Nos gustó y nos sentimos muy a gusto. Noté un cambio en Kyan, se mostró mucho más relajado que en la ciudad, lo que me hizo reafirmarme en la decisión que había tomado de regresar.

Lo último que hicimos antes de ir al coche, fue sentarnos en una cafetería. Él optó por un capuchino, mientras que yo lo hice por un chocolate caliente. Nala también se lo pasó genial, feliz por estar todo el día al aire libre.

Y aquí estábamos, en el interior del coche, a falta de menos de quince minutos para entrar en la ciudad.

Kyan estaba centrado de nuevo en la carretera y en la conducción, mientras mi cabeza continuaba girada hacia él. Sin mirarme colocó la mano derecha sobre mi muslo, indicándome que sabía que seguía mirándolo.

—¿Todo bien?

—Sí, con ganas de llegar.

—¿Por algún motivo en especial? —Quiso saber con una sonrisa de medio lado.

—No es lo que estás pensando. —Le di un golpecito en la mano.

—¡Qué decepción! —Jadeó haciéndose el sorprendido—. Pensaba que estabas imaginando lo que te espera en cuanto entremos a la habitación.

—No te adelantes, todavía queda para eso.

—Podemos cambiar los planes e ir directos a encerrarnos en ella. —Rio.

—No, quiero ir a cenar al restaurante de Damián. Y esta vez pagaré yo.

—Estaba de broma, sé que para ti es importante ir. —Me presionó la pierna—. Ya puedes quitarte de la cabeza lo último que has dicho. —Me miró de reojo.

—No estoy gastando nada.

—Mejor para ti. —Se encogió un poco de hombros.

Me quedé callada porque no valía de nada insistir. «Ya actuaré cuando llegue el momento», me dije convencida de que me adelantaría a él. Tomó el desvió a la ciudad y cinco minutos después estacionó cerca de la zona del restaurante de Damián.

Solo tuvimos que caminar un poco y llegamos a él. Me ajusté el abrigo al cuerpo cuando ocupamos una mesa de la terraza.

—Podemos ir dentro.

—Lo sé —le sonreí—, pero Nala está más cómoda aquí —asintió.

—Pero bueno. —Escuchamos la voz de Damián y giramos las cabezas hacia él—. Mi pareja favorita, ¿qué tal? —nos sonrió.

—Muy bien —respondió Kyan.

—Me alegro —asintió satisfecho mientras acariciaba a Nala—. Sí, ya sé que no te he dicho nada, preciosa. Tranquila que te vas a relamer —le habló divertido, viendo que pedía su atención —. Para empezar ¿qué queréis beber? —Se dirigió a nosotros.

—Tráenos una botella de vino. ¿Qué elija él? —me preguntó Kyan, y asentí sonriendo, manteniéndome en silencio

—Muy bien, en nada vuelvo —habló haciéndonos un guiño.

Nala se quedó sentada siguiéndolo con la mirada. Sabía que cuando apareciera de nuevo traería algo rico para ella. Así fue, llegó con otro camarero. Mientras Damián colocaba las copas en la mesa y abría la botella para servirnos, el otro chico le puso en el suelo un cuenco con agua junto a otro lleno del mismo arroz que comió la primera vez que estuvimos en el restaurante.

—¿Puedes quedarte un momento? —le pedí.

—Claro —respondió mirándome con curiosidad—. Hacedle el pedido a Carlos.

Así lo hicimos, lo teníamos claro porque lo habíamos hablado en el coche. Carlos se fue y Damián se quedó de pie intrigado.

—Verás, mañana nos vamos. —Fui directa.

—¿En serio? —Pasó la mirada de uno a otro.

—Sí —solté un suspiro.

Kyan me cogió una mano y me la presionó un poco.

—Quería agradecerte de nuevo todo lo que hiciste por mí desde el principio, Damián. Sin saberlo me salvaste. —La última parte la pronuncié en un tono muy bajo.

—No fue nada, Lena. Actué cómo me pidió el corazón.

—Igualmente es de agradecer —intervino Kyan—. Por mi parte también te doy las gracias.

—Por lo que veo os habéis puesto de acuerdo —negó divertido.

—No me gustaría perder el contacto, quién sabe cuándo pueda volver aquí. Espero que tu restaurante continué en el mismo lugar como hasta ahora, pero…

—Por la cuenta que me trae también lo espero. —Me hizo un guiño—. Me agradaría tener noticias de mi amiga la forastera, claro que sí.

Me pidió que anotara su número de teléfono y lo hice al instante. Lo llamé para que tuviera el mío y se lo grabó.

—Ya nos tenemos. —Levantó el móvil.

—Sí —sonreí alegre.

—Me alegro de que te todo se haya arreglado, Lena. Esta noche tu expresión es tan diferente a la que te vi el día que llegaste hasta aquí…

—La vida, que da sorpresas y por suerte en esta ocasión una buena —dije sonrojada.

—Pues toca disfrutarlo al máximo. —Me hizo un guiño.

Estuvimos un rato hablando los tres, hasta que tuvo que entrar para continuar con su trabajo. Quedamos en que saldría para despedirnos.

—No le has rectificado cuando ha dicho «pareja».

—¿Cómo? —Kyan se hizo el despistado a propósito.

—Que cuando nos ha visto ha dicho: «mi pareja favorita» —aclaré sin tener necesidad de hacerlo porque sabía de sobra a qué me estaba refiriendo.

Cogió la copa y se la llevó a los labios, bebiendo un poco de vino.

—¿Qué tengo que rectificar ante esa afirmación? —Levantó una ceja.

—Eh, bueno, no sé… —Me puse nerviosa.

—Lena —negó tirando de mi silla hacia él, hasta que estuvimos muy juntos—. ¿Aún no te ha quedado claro que lo nuestro no es solo sexo? —susurró colocándome el pelo detrás de la oreja.

—Nunca hemos hablado de ello —dije sonrojada.

—Las palabras sobran cuando los hechos hablan por sí mismos. Al menos yo lo veo de esa forma —sonrió de medio lado—. ¿Quieres que te pida salir? ¿Qué te pregunte si quieres ser mi novia?

—No. —Reí nerviosa.

—Si es lo que necesitas lo hago, ¿eh?

—Que no, que no. —Moví las manos, nerviosa.

—Pues ahí tienes la respuesta del motivo por el que no lo he corregido al referirse a nosotros como pareja. Es lo que quiero, lo que más deseo.

—¿De verdad?

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Es que cuando te conocí…

—Ya, «los hombres de oro», según Diana. —Levantó una ceja.

—No es ninguna mentira —hablé divertida.

—Pues que sepas que, este hombre de oro ha encontrado a la mujer que ha modificado su vida de un plumazo. Solo quiero estar contigo, ¿te queda claro?

—Cristalino.

—Perfecto. —Cogió la copa otra vez y la levantó, esperando a que yo hiciera lo mismo—. Por nosotros, por lo que empezó en una noche tormentosa sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello.

Chocamos las copas y bebimos, yo sin poder quitarme la sonrisa tonta de los labios. Kyan terminó riendo y yo me quejé porque se burlara en broma de mí.

Pasamos una buena velada, tuvimos un cierre perfecto del día fuera del hotel, porque dentro de él aún nos esperaba el broche de oro. Como siempre, la comida estuvo deliciosa. Cuando

terminamos, Kyan me dijo que iba un momento al baño y yo me quedé haciéndole caricias a Nala. Volvió con Damián y para mi sorpresa con la cuenta pagada, por lo que maldecí por haberme despistado, haciéndolos reír a los dos.

Damián nos deseó que todo nos fuera bien y nos despedimos de él con abrazos, yo añadí un beso en la mejilla porque así lo sentí. Quedamos en llamarnos y conforme nos alejábamos del restaurante, tuve la agradable sensación de que se convertiría en un gran amigo, aunque estuviéramos separados por muchos kilómetros.

Capítulo 29

Kyan

Miré de reojo a Lena. Tenía la cabeza echada sobre el abrigo, el que estaba apoyado en la ventanilla. Se había quedado dormida hacía un rato. Llevábamos dentro del coche más de siete horas en las que habíamos hecho pequeños descansos para estirar las piernas, llenar el depósito de gasolina, tomar un café rápido y para comer un bocadillo cuando llegó el mediodía. No quería que nos retrasáramos mucho, solo lo justo y necesario. Aún quedaban kilómetros para llegar.

Había sido muy consciente de que apenas había dormido y descansado durante la noche. No pudo, los nervios la asaltaron por lo que representaba ir de nuevo al pueblo. Durante bastante rato me mantuve con los ojos abiertos, pero al final cerré los párpados apretándola a mi cuerpo. De esa forma me aseguré de que se quedaba inmóvil. No se removió más, al no querer despertarme.

Yo tampoco había dormido, estuve pendiente de ella, de sus reacciones y de sus suspiros largos y profundos, los que se repitieron a lo largo de las horas. Cuando supuestamente aparentamos que acabábamos de despertarnos, pasamos por el baño rápido. Yo fui el primero por un motivo concreto. Le comenté que quería preguntar una cosa en la recepción. Al darle encuentro ya estaba preparada para irnos. Dejamos la habitación cargando con el equipaje de los dos y con todas las cosas de Nala.

En la planta principal nos separamos, ella se dirigió hacia el despacho de Lucas porque la noche anterior llegamos bastante tarde y dio por hecho que no estaría, y yo fui hacia la recepción con Nala. Le pregunté a la chica que había detrás del mostrador si podía dejar el coche un momento en la puerta del hotel, en la zona reservada para uso privado. Con una sonrisa me contestó que no había ningún problema.

Con su confirmación fui con Nala a buscarlo y al estacionar delante, hice varios viajes para cargarlo todo. Lo dejé cerrado, con Nala dentro porque no quiso moverse después de acomodarse en los asientos. Se quedó adormilada, igualmente, no la perdí de vista desde muy pocos metros de distancia.

Esperé a Lena en la entrada del hotel, distrayéndome con el ir y venir de las personas que

caminaban por la calle. Lena no lo supo hasta que no se lo encontró, pero no iba a conducir su coche, como ya sabéis. Me encargué personalmente de solucionar el tema. Cuando se reunió conmigo contuve la diversión, hice muchos esfuerzos para no reír. Se plantó delante de mí indignada.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Yo? ¿De qué hablas? —La miré sorprendido.

—Kyan, cuando he entrado en el baño me has dicho que ibas a la recepción, pero se te ha olvidado decirme que ibas a ver a Lucas. —Bufó—. Le has querido pagar la estancia por el precio normal de la habitación.

—No lo ha aceptado, solo la mitad. —Me encogí de hombros.

—Iba a hacerlo yo. He ahorrado todo el dinero que me ha pagado y el resto saldría de mío.

—Pues mira qué mala suerte, me he adelantado. —Le hice un guiño y terminé soltando una carcajada por la mueca y el gesto que hizo—. Me ha costado que cogiera el dinero, Lena. ¿Qué más da quién lo haya pagado?

—¿Qué más da? —Agrandó los ojos.

Se cruzó de brazos, visiblemente enfadada. Poco me importó, la verdad. No es que me gustara verla así, pero su tozudez me divirtió. Hasta que se dio por vencida al ver mi actitud pasota sobre el tema del dinero. Sí, cuando salí de la habitación fui directamente en busca de Lucas. Quise agradecerle de corazón todo lo que había hecho por Lena, pero como he dicho, él no había permitido que le diera todo el dinero. Suerte que había aceptado la mitad, porque también se había resistido. En ese momento aproveché para despedirme de él.

—¿Has visto a Amalia? —Cambié la dirección de la conversación.

—Sí. —En sus labios apareció una gran sonrisa—. Lucas me ha dicho que estaba en un pequeño despacho que tiene, en el que se encierra para cuadrar los nuevos menús.

—Perfecto, pues ya está.

—¿Y Nala?

—En el coche. —Lo señalé con un gesto de la cabeza.

Se movió empezando a caminar hacia él, pero se paró al darse cuenta de que yo no la acompañaba.

—¿Qué haces?

—Esperar —sonreí de medio lado.

—¿A quién?

—¡A mí! ¡Ya llego! —gritó una voz conocida para los dos.

Lena agrandó los ojos al saber quién había hablado. Me aparté de la entrada, haciendo visible a Robin.

—Así no puede empezarse la mañana, sin café ni nada —se quejó divertido y reí dándonos un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Lena, acercándose unos pasos, sin salir del asombro.

—Nuestro amigo… —habló refiriéndose a mí, apretándome un hombro—. Perdón, para ti es algo más, lo de amigo ha sido una tontería. —Rio al ver el sonrojo en las mejillas de Lena—. He venido a por tu coche —le aclaró directamente, con un guiño, mientras bajábamos los pocos escalones que había hasta la acera.

—¿Cómo?

—Llegó anoche. Ha viajado hasta aquí para llevar tu coche, así no tenemos que ir por separado.

—Pero… ¿Y el tuyo? —Se dirigió a él.

—Eso es lo más gracioso. —Bufó Robin—. Llegué en un autocar que hace la ruta entre los pueblos y pasa por esta ciudad. No te digo nada cómo terminó mi culo.

Él y yo reímos, Lena no conseguía salir de la incredulidad.

—¿Le has hecho venir?

—Solo se lo comenté.

—Y yo como buen amigo le dije que no se preocupara, que me encargaba de estar en el mismo hotel antes de esta hora. He llegado de madrugada. Hola, preciosa. —Se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla. Lena le correspondió—. Eso es la amistad, al menos así la concebimos los dos.

Después de la sorpresa ocupamos cada uno nuestro lugar en los coches y nos pusimos en marcha, tomando la dirección de la carretera que nos llevaría hasta el mismo pueblo.

✣ ✣ ✣

—Eh —le hablé cuando entreabrió los ojos, con la cabeza girada hacia mí.

—Hola —susurró—. No soy buena compañía, me he dormido. —Se sentó recta, haciendo una mueca.

—Lo necesitabas —negué—. Ha sido poco tiempo.

—¿Por dónde vamos ya?

—Quedan unos cincuenta kilómetros.

—¿Solo? —Se sorprendió—. Has dicho que he dormido poco —sonreí de medio lado.

Miró por el espejo retrovisor para buscar las luces de su coche.

—Robin está detrás —le confirmé lo que comprobó—. Se me ha olvidado preguntarte si has hablado con Diana.

—Para decirle que íbamos a viajar, no. Desde que tomé la decisión no nos hemos llamado.

—Normal, fue anoche.

—Un poquito antes, anoche te lo dije. —Carraspeó.

—Ya veo… —La miré de reojo, pensado en las vueltas que le habría dado al asunto, hasta que se decidió a hablarlo conmigo—. Le vas a dar una gran sorpresa y alegría.

—Tengo muchas ganas de verla —sonrió mirando hacia delante.

—Cuando te vea mañana aparecer por la cafetería tienes que hacer mucho ruido antes de acercarte a ella, no vaya a ser que le dé algo. —Reímos.

—A lo mejor Robin se lo comentó antes de ir hacia la ciudad.

—Ya te digo que no.

—Vale —soltó un suspiro.

—¿Por qué no duermes un poco más?

—Estamos cerca y… ha empezado a llover.

—Bienvenida de nuevo a la zona —sonreí de medio lado.

Tardamos un poco más de tiempo del que calculé mentalmente porque aminoré la velocidad cuando el agua empezó a caer con fuerza. «Por fin en casa», me dije sin exteriorizarlo, al llegar a

las afueras del pueblo. Recorrimos las calles hasta pararnos en la mía. Antes de encarar el coche para meterlo en el garaje me mantuve en el carril para esperar a que Robin se pusiera en paralelo.

—Llévate el coche hasta casa, mañana lo traigo —le pedí para que no se mojara caminando las pocas calles que nos separaban.

—Hecho —asintió—. Que descanséis después de la paliza —nos sonrió.

—Gracias, igualmente —le habló Lena.

Aceleró y se alejó de nosotros. Yo giré el volante a la vez que abría el portón con el mando.

—Mañana, si quieres, puedes dejar el tuyo aquí dentro —dije mientras observaba por el espejo retrovisor cómo se cerraba el portón.

—No pasa nada.

—Lo mismo te digo por el mío, mañana vemos qué hacemos —comenté antes de abrir la puerta para bajar.

Lo de «mañana vemos que hacemos» era un decir porque tenía muy claro lo que yo haría en cuanto fuera a buscar su coche. Abrí el maletero mientras Lena liberaba a Nala de la sujeción que cambiamos de su coche al mío, al ser el que habíamos utilizado para movernos por la ciudad y los alrededores.

Cargando con los equipajes y las cosas básicas de Nala, accedimos a la casa dejando en el coche lo que no necesitábamos. Eran cerca de las cuatro de la madrugada, ya habría tiempo al día siguiente de vaciar el coche con el resto de las cosas de Nala.

Encendí la luz del salón. Lena lo miró con atención, la misma que le puso la perra olisqueando todo lo que fue encontrando.

—Es muy bonito.

—Gracias. —Caminé hacia el lateral en el que estaba el sofá y coloqué la cama acolchada de Nala en el hueco perfecto—. Mañana te la enseño y la descubres por ti misma, ahora vamos directos a descansar. —Me dirigí al pasillo.

—Tienes que estar agotado, no me has dejado conducir en ninguna parte del recorrido.

—Estoy acostumbrado a pasarme muchas horas dentro de un coche, Lena. Me encuentro bien, aunque sí, un poco agotado. Dentro de lo normal y no más que tú.

—¡Ostras!, tu habitación es gigante. —Se sorprendió cuando la hice visible.

—Me gusta perderme en ella —dije haciéndole un guiño—. Tiene baño privado, está detrás

de esa puerta. —Señalé la de la derecha—. La otra da al vestidor.

—No le falta ningún detalle —dijo recorriéndola con la vista.

—Cuando compré la vivienda no estaba así. De hecho, amplié la construcción hacia la parte trasera. Ahora las dimensiones son el doble de lo que eran.

—Pues lo que he visto hasta ahora es una pasada.

—Ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa. ¿De acuerdo? No se te ocurra decirme voy aquí o allá, ni a pedirme permiso para nada. Tú misma, investiga lo que quieras, para lo que necesites.

—Gracias, Kyan. —Levanté una ceja por su agradecimiento, provocando que pusiera los ojos en blanco.

Divertido llevé los equipajes hacia la esquina en la que había un sofá de dos plazas y los subí a él. Abrimos cada uno el nuestro. Lena cogió el pijama y el neceser, y entró en el baño. Yo salí de la habitación para encender la calefacción. Cuando regresé me desvestí y me puse cómodo. La ducha esperaría para el día siguiente, como que no tenía ganas de dármela a estas horas, ni de eso ni de nada.

Lo único que tenía en mente era tumbarme en la cama, en blando. Y así lo hice, esperando a Lena cubierto por el nórdico. Solté un pequeño suspiro cuando me acomodé. La puerta del baño se abrió y sonreí al verla con el pijama puesto. Corrió hasta la cama por lo fría que estaba la casa y se lanzó al abrirle el nórdico.

Reímos porque por el salto que dio me movió.

—Ven aquí —dije acercándola a mí.

La rodeé con un brazo y le acaricié la espalda por encima de la ropa. Ella me abrazó apoyando la mejilla en mi pecho. Se quedó bien pegada a mí.

—No tardarás en entrar en calor —susurré apagando la luz del cabecero—. Cuando nos despertemos la casa tendrá una buena temperatura.

—Ahora estoy genial —susurró.

—Descansa, preciosa. —Le di un beso en la cabeza, al notar su tono de voz más pausado de lo normal.

Deseé que fuera verdad, que esta noche el sueño la venciera rápido y que no se despertara en ningún momento. Por suerte así fue, enseguida noté su respiración calmada y floja sobre mi pecho. Le acaricié el pelo y no se movió. Me mantuve con los ojos cerrados, pero despierto durante unos minutos, los máximos que pude para asegurarme de que su sueño iba bien.

Hasta que dejé de ser consciente de todo. Me dormí con una sensación muy agradable al sentir el calor de su cuerpo.

Capítulo 30



Lena

En cuanto abrí los ojos, el olor a tostadas se me metió en la nariz. Estaba sola en la cama y por unos instantes más me hice la remolona, alargando el momento de activarme. Al cabo de unos minutos me incorporé quedándome sentada en la cama.

La poca claridad que había en la habitación se colaba por la puerta. Estaba un poco abierta, a falta de varios dedos para encajar en el marco. Me encantó poner los pies en el suelo y poco me faltó para lanzarme a él y quedarme tumbada. Estaba caliente, la calefacción salía a través de él. Como me adelantó Kyan, la casa tenía la temperatura perfecta, no tuve nada de frío.

Caminé hasta la ventana y subí la persiana. Continuaba lloviendo y me quedé observando la intensidad con la que caía el agua.

—Buenos días. —Me giré hacia la voz de Kyan.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa en los labios.

—Buenos días. —La imité.

—¿Has descansado bien?

—Sí, creo que no me he movido en toda la noche —asintió.

—El desayuno ya está preparado.

—¿Por qué no me has despertado cuando lo has hecho tú? —dije yendo al baño.

—Porque necesitabas descansar hasta que te despertaras por ti misma, y yo quería que lo hicieras.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media pasadas.

—Joder, ¿tan tarde? —Abrí los ojos al máximo.

—Demasiado pronto diría yo, teniendo en cuenta a la hora que nos dormimos. —Levantó una ceja.

—Es verdad —solté un suspiro.

—No hay ninguna prisa, Lena. Desayunamos y nos lo tomamos con calma, a ver si afloja un poco el temporal para ir a la cafetería.

—Sí —sonreí emocionada, la misma emoción que se reflejó en su expresión al verme.

—Te espero en la cocina. No hay pérdida, sigue el rastro con el olfato. —Rio desde el pasillo.

Entré en el baño y lo primero en lo que me fijé al mirarme en el espejo fue en la sonrisa tonta que continuaba teniendo. Negué al abrir el grifo y me lavé la cara para terminar de espabilarme. Poco más hice aparte de lo esencial, antes de reunirme con Kyan y Nala en la cocina.

—¡Qué buena pinta! —dije al ver las tostadas.

También había en un plato embutido para acompañarlas, tomates, aceite y dos tarros de mermelada de diferentes sabores, junto a un envase de mantequilla. Caminé hacia él seguida por Nala, había puesto mi taza de café a su lado.

Antes de que me sentara en el taburete de la isla central, donde íbamos a desayunar, me agarró de la cintura y me acercó para besarme.

—Ahora sí que son buenos días —susurró sobre mis labios, dándome un último beso corto y rápido—. Hora de comer, ayer no lo hicimos bien.

—¿Tienes que ir a trabajar? —le pregunté haciéndole unas caricias a Nala, antes de sentarme.

Se apartó un poco de nosotros y se tumbó en el suelo. Sonreí divertida al ver la expresión que puso al hacer contacto con el suelo. Normal, la mía sería idéntica.

—Hoy no. Al despertarme le he enviado un mensaje a mi jefe, diciéndole a la hora que habíamos llegado. Aunque ya lo sabía por Robin porque ha hablado con él antes. Mañana nos reuniremos.

—¿Siempre has sido policía?

—Hasta los dieciocho años, no —dijo serio, pero soltó una carcajada por cómo lo miré.

—Muy gracioso —negué divertida.

—La respuesta es: sí. Tuve claro a lo que quería dedicarme desde bien pequeño.

—Eres de ideas claras.

—No lo sabes bien —negó antes de darle un sorbo al café.

Cogí una tostada y la unté con mantequilla y mermelada de fresa. Le di un bocado que me supo delicioso, tenía el estómago más vacío de lo que era habitual por las mañanas.

—La cocina también es muy bonita y amplia —dije fijándome bien en ella.

—Diseñé la casa yo mismo, a mi gusto.

—¿En serio? ¿También eres arquitecto?

—No —negó riendo—. Como has deducido, soy de ideas claras y fijas, y tenía muy claro cómo quería que fuera la casa en la que iba a vivir. Disponía del espacio suficiente y me enamoré de lo básico de ella cuando vi el interior por primera vez. Las obras duraron varios meses para que pudiera venir definitivamente.

—Pues tienes muy buen gusto —dije observando todos los detalles.

—A la vista está. —Carraspeó y lo miré de reojo.

En cuanto me di cuenta de que lo había dicho por mí, al estar mirándome directamente, sentí calor en las mejillas.

—Ahora te daré una llave extra que tengo, para que entres y salgas libremente —comentó mordiendo una tostada que preparó.

—Gracias, Kyan.

—Deja de dármelas. Nala ya hace un rato que ha comido —asentí.

Nos dedicamos a hacerlo nosotros en silencio, con miradas cómplices. Me sentía feliz, estar de esta forma con él me daba paz y me provocaba un remolino de emociones intenso, pero todo muy bien recibido. Cuando terminamos, él fregó lo que habíamos utilizado y yo guardé lo que sobró en la nevera y en el armario que me indicó.

Me enseñó toda la casa. La parte principal se componía por el gran salón y la cocina que quedaba a la derecha, separada solo por un arco. En el pasillo había seis puertas, una era un baño, cuatro eran habitaciones: la suya, en la que habíamos dormido, otra doble con cama de matrimonio, seguida por una con cama individual, pero de muy buenas proporciones en las que podía caber perfectamente una de matrimonio y sobraría mucho espacio, y la última que se dividía en dos espacios. Hacia un extremo había una mesa de escritorio y un librero en la parte de atrás, y hacia el lado opuesto tenía montado como un pequeño gimnasio.

La casa era impresionante, muy espaciosa; me encantó. Pero de lo que me enamoré fue de la parte trasera. En cuanto abrió la sexta puerta se mostró un patio inmenso, con gran parte de él al aire libre. Los primeros metros estaban cubiertos, como un porche. Hacia la izquierda había una mesa larga con sillas alrededor y varios sillones cómodos a la derecha, protegido todo de la lluvia en este día. En el resto predominaba el verde intenso del césped, con una piscina mediana decorando un lateral del jardín.

—Es increíble, Kyan. Me encanta —dije observándolo todo al detalle.

—Me alegro. En verano en esa zona coloco un cenador amplio y varias hamacas. Cuando se va el buen tiempo lo recojo porque no tiene sentido mantenerlo expuesto. Está guardado en esa caseta de madera, es la que utilizo de pequeño almacén. —Señaló hacia la esquina izquierda.

—¿Pequeña? —Lo miré de reojo.

—En comparación con la casa sí, ¿no? —Rio.

—Hombre, si lo miras así.

—Anda, vamos dentro. Hace frío. —Me agarró de una mano y tiró de mí.

Dejó la puerta trasera cerrada con llave y fuimos al salón. Nala nos esperaba tumbada sobre su cama. Me pidió que me sentara en el sofá, mientras él encendía el fuego de la chimenea.

—¿Le cogiste el truco a hacerlo desde que te enseñé? —preguntó colocando los troncos de madera.

—Sí, espero que sea de esas cosas que una vez aprendidas no se olvidan nunca.

—Siempre te quedará soplar y soplar… —habló divertido.

—Pues tú no soplas mucho —dije cuando se incorporó, con la vista fija en las primera llamas.

—Con los años que llevo haciéndolo… Pero tiene que ver mucho con el tipo de madera que quemes. Algunas se resisten y son más duras.

Se sentó a mi lado, ofreciéndome una manta para que me tapara las piernas. Nos las cubrí a los dos y me acurruqué en él cuando levantó un brazo para que lo hiciera.

—No tiene pinta de que vaya a aflojar —dije mirando la lluvia por el ventanal.

—Creo que no, parece que se mantendrá así todo el día o incluso empeorará.

—No hace falta que vayas a por mi coche hoy.

—Ya está en el garaje.

—¿Has ido nada más levantarte?

—No —sonrió de medio lado—. Robin lo ha traído por su cuenta y nos hemos tomado un café rápido, antes de que regresara a su casa para encerrarse en ella todo el día. Hoy se lo toma libre, como yo.

—No habéis descansado casi, y conducir durante tantas horas agota.

—Menos lo hemos hecho en más de una ocasión, pero el día acompaña y más para mí, teniéndote a mi lado. —Me acarició el costado.

Nos quedamos callados observando cómo las llamas cada vez tenían más fuerza, creando un buen fuego.

—¿Quieres ver algo en la tele?

—Vale.

Se movió para coger el mando de la mesa baja que había frente al sofá y la encendió. Entró directo a un listado de películas y series, y durante un rato estuvimos decidiendo cuál ver. Nos acomodamos en el sofá. Media hora después Kyan puso en pausa la película. Nala empezó a estar inquieta y la acompañamos a la parte trasera. Poco más podíamos ofrecerle con el día que hacía. Como había anticipado Kyan, el tiempo había empeorado. Nosotros dos nos quedamos protegidos en el porche, ella se dedicó a aventurarse bajo el agua. Lo hacía corriendo rápido y volviendo a la parte en la que estábamos.

Cuando se desahogó, al cabo de unos minutos, la llevamos directamente al baño que había en el pasillo. Kyan le quitó el exceso de agua con una toalla y terminó de secarse cerca del fuego. Volvimos a retomar la película.

Al mediodía preparamos la comida. Tenía un recipiente con caldo congelado y la verdad fue lo que más me apeteció. En el interior de la casa se escuchaba el agua con fuerza, era una sensación relajante. Kyan puso un poco de música suave, la que también nos acompañó mientras nos tomábamos una copa de vino y nos coordinábamos para hacer cada uno una cosa.

Una hora después, estábamos sentados a la mesa, con un buen plato de sopa y una carne guisada que olía de maravilla. Era receta de la madre de Kyan.

—Dale la enhorabuena, está deliciosa —dije después de tragar el primer bocado de carne.

—No puedo, murió hace años junto a mi padre.

—Yo… Lo siento —dije apurada.

—No te preocupes, Lena. Es algo que tuve que superar a la fuerza porque fue inesperado, pero como he dicho, hace años, más concretamente diez. A mis veinte años, por aquella época, no fue

nada fácil. Pero el tiempo hace su trabajo siempre, y cuando te das cuenta, con el paso de él, parece que la nueva normalidad se asienta.

»Robin y los padres de Diana fueron mis pilares para que no terminara de desmoronarme, incluyendo a Diana que con su forma de ser hacia todo lo posible para ver una sonrisa en mi cara, aunque durante un largo tiempo fue triste. Siempre los tengo muy presentes, eso no variará nunca, pero la realidad es que la vida continúa.

—Sí. Allá donde estén, se sentirán muy orgullosos de ti. —Tragué saliva, conteniendo la emoción.

Me sonrió agradecido. El siguiente comentario que hizo fue hacia otro tema, variando la dirección de la conversación. Dejamos la cocina limpia y recogida cuando terminamos.

—Voy a esmerarme para que se te quite la cara que se te ha quedado. —Jadeé por la sorpresa.

Me cogió en brazos sin esperarlo y le rodeé la cintura con las piernas.

—¿Mucho? —Le besé el cuello, mientras me llevaba a su habitación.

—Estás a punto de comprobarlo. —Me presionó las nalgas, por donde me tenía agarrada.

Escuchamos varios lamentos de Nala y reímos. Siempre que la dejábamos fuera de nuestros momentos íntimos se quejaba para que supiéramos que no le gustaba. No se movió, se mantuvo en su cama en el salón, cerca del fuego que continuaba intenso.

—Los recuerdo con añoranza —se refirió a sus padres cuando me hizo resbalar por su cuerpo en el centro de la habitación—, no con tristeza.

—Creo que la que tiene que esmerarse soy yo. —Metí las manos por la cintura del pantalón de su pijama.

—Lo estoy deseando —gruñó al sentir mi mano rodeándole el miembro.

Nuestros labios se buscaron e igualamos la intensidad con la que nuestras lenguas fueron al encuentro del otro. Jadeé cuando coló las manos por mi pantalón, cogiéndome las nalgas por debajo de la braga. Me pegué más a él al sentir cómo me las separaba y sus dedos se quedaban demasiado cerca de mi sexo y del orificio que varias veces había tanteado.

Gemí en su boca cuando arrastró mi humedad, tensándome al rodear el orifico con ella.

—Será una locura cuando lo haga —habló con voz ronca, haciendo presión en él. Me removí inquieta entre sus brazos—. Y no solo para mí, Lena, te lo aseguro. —Apretó la mandíbula.

Capítulo 31



—Espera un poco para entrar —me susurró en el oído Kyan.

Estábamos cerca de la cafetería de Diana, él iba a aparecer primero.

—Sí —le sonreí cuando me dio un beso en la mejilla.

Lo vi caminar hacia la terraza y lo perdí de vista cuando accedió al interior. Miré la hora en el teléfono, las nueve y media de la mañana.

Por fin había dejado de llover, el día anterior no paró hasta bien entrada la madrugada. Era un nuevo día y me sentía nerviosa por el reencuentro con Diana. Esperé impaciente unos minutos, hasta que empecé a caminar. Sonreí al verla nada más traspasar la puerta. Estaba de espaldas a la barra preparando un café, imaginé que para Kyan por el gesto que me hizo.

Me acerqué a él pasando desapercibida y me puse a su lado.

—¿Me preparas otro para mí? —le pedí a Diana.

Se quedó parada al escuchar mi voz, inmóvil sin reaccionar.

—¿Qué…? —Se giró despacio—. Ay, ayyy… —Alzó la voz frente a nosotros, llevándose una mano en el pecho.

—Hola —dije con una gran sonrisa.

—Lena. —Se movió para salir de detrás de la barra—. ¡Lena! —repitió más efusiva cuando me abrazó.

Reí cuando se puso a dar saltos sin soltarme, hablando con una velocidad que gran parte de lo que dijo no lo entendimos ni Kyan ni yo.

—Pero ¿por qué no me habéis avisado? —se quejó agarrada a mí— La has traído de vuelta. —Se dirigió a Kyan.

—¿Lo dudabas? —Levantó una ceja él.

—Hombre, pues un poco sí. Esta mujer es muy cabezota. —Bufó.

—Era una sorpresa y la vuelta ha sido precipitada —comenté con un brazo rodeándole la cintura, igual que tenía ella el suyo en mí.

—Y bien grande. —Me dio un beso en la mejilla, emocionada—. Te veo muy bien. —Recorrió mi cuerpo con la vista—. Siempre que hemos hablado por teléfono me lo has dicho, pero me encanta comprobarlo.

—¿Tengo que hacerme yo el café? —preguntó Kyan con diversión.

—¿Tienes prisa?

—Me lo tomo rápido y me voy a ver a tu padre, así que sí. —Le hizo un guiño.

—Uy, pues no hagamos esperar a Mario que como se le crucen los cables. —Reímos los tres.

Fue hacia la cafetera de nuevo, y preparó tres cafés con leche. Nos dio uno a cada uno y fuimos a ocupar una mesa. Kyan no tardó en despedirse.

—Os dejo en la mejor compañía a ambas. —Se levantó después de darme un beso en los labios.

—Adiós guapetón, cuando la busques nos encontrarás juntas. Hoy me lo tomo de fiesta —dijo animada Diana.

—Haces bien —asintió.

—¡Qué pasada! —Fijé la mirada en Diana cuando habló, me quedé pendiente de la salida de Kyan.

—¿Cómo?

—Que… ¡Qué fuerte! —Reí intuyendo por donde iba—. No ha dejado de acariciarte la espalda muy pendiente de ti, y cómo te ha mirado… —Se abanicó. Más me reí.

—Ya te dije al poco de que viniera a buscarme a la ciudad lo que había pasado entre los dos —negué.

—Joder, pero no es lo mismo ser testigo directa. Os he visto muy bien —me sonrió con cariño, emocionada agarrándome una mano encima de la mesa.

—La verdad es que sí, Kyan me lo pone todo muy fácil —dije con la vista fija en la taza.

—Te lo mereces, Lena. Los dos os lo merecéis. En la vida pensé que vería a un Kyan enamorado. —Rio.

—No creo que sea tanto. —Carraspeé.

—Vale, el amor te ha nublado las neuronas —negó—. Lo que está claro es que tú lo estás.

—Sí —sonreí un poco—. Es complicado no enamorarse de Kyan. —Me encogí de hombros.

—Tienes razón, es un hombre de los pies a la cabeza. —Acompañó a sus palabras con un guiño—. No sabes cuánto me alegro, de verdad.

—Gracias.

—¿Te vas a quedar en la misma casa?

—No —respondí rápido, me observó con atención—. No quiero volver —susurré.

—¿Y dónde…?

—Con Kyan, en su casa.

—Madre mía, que me da algo. —Exageró la sorpresa y terminamos las dos riendo—. Pues más alegría para mi cuerpo porque ahora sí que me quedo súper tranquila —sonrió de oreja a oreja—. Menudo cambio con la primera vez que viniste, ¿eh?

—Ya te digo —negué—. Los días que pasamos en la ciudad fueron increíbles.

—Y continuarán siéndolos aquí, no me cabe la menor duda.

—Eso espero.

—Cuando Kyan me dijo que iba a por ti… Tenía todas las esperanzas puestas en que conseguiría que entraras en razón, pero a la vez pensaba que te resistirías hasta el final, incluso que volverías a huir, esta vez de él.

—Pues aquí estoy —sonreí un poco.

—Y no muy convencida por lo que veo. —Frunció un poco el ceño.

—Es complicado, Diana. No puedo evitar sentirme inquieta.

—Si Kyan te ha traído es porque está convencido de que estarás segura, Lena. Nunca se arriesgaría a ponerte en algún tipo de peligro.

—Lo sé, según él todo está bien —susurré.

—Quédate con eso, es muy buen policía y tiene muchísima intuición. —Me apretó la mano.

—¿Te vas a tomar el día libre por mí? —le pregunté por si había sido una broma hacia Kyan.

—Por supuesto, desde que te fuiste no he parado de trabajar. —Rio y sonreí—. Hoy es el día, y los siguientes ya veremos. ¿Dónde está Nala?

—Se ha quedado en la casa, revolcándose en el césped. El patio trasero de la casa es muy grande y tiene libertad para correr de un lado al otro. Es el lugar que más le gusta, junto con su cama al lado de la chimenea.

—No me extraña, es una vivienda increíble. He estado muchas veces, incluso algunas navidades Kyan nos invita para celebrarlas allí, a mis padres, a Robin y a mí. La gran mayoría de ellas terminamos todos en casa de mis padres.

—Tenéis mucha unión todos.

—Sí, y más después de una época muy crítica que vivió Kyan.

—Me ha hablado de la muerte de sus padres, ¿te refieres a eso?

—Sí. ¿En serio?

—¿Es raro?

—Kyan nunca habla de su vida personal con nadie, Lena, a no ser que sea de su círculo privado. Jamás lo verás hacer referencia a algo suyo hacia alguien más. Los que lo conocen fuera de ese entorno es por su trabajo y por su carácter, porque siempre tiene unas palabras para todo el que se para a hablar con él. Y no pienses que las mujeres con las que se liaban podían acceder a él de esa forma, eso eran solo líos de una noche. Punto final.

»Es muy reservado en su vida privada, incluso más de una vez, cuando Robin o mi padre han detectado que le pasaba algo, tienes que presionarlo e insistir para que se desahogue. Así que, sí, es raro y muy bueno porque que te haya explicado esa etapa de su vida, en la que sufrió mucho, habla por sí solo de lo que Kyan siente por ti. —Terminó de hablar con un guiño.

—Me gustaría algún día poder corresponderle de la misma forma —murmuré acariciando la taza.

—Lo harás, no te agobies con eso. El paso más importante ya está dado, solo necesitas darte cuenta de que puedes confiar en él para todo.

—Soy consciente de que es así, Diana. Me lo ha demostrado con creces, pero mi vida y mi situación son muy complicadas y no quiero…

—No quieres que le pase algo. —Acabó por mí y asentí con gesto triste.

—¿Quieres que te diga cómo lo veo?

—Sí.

—Por cómo lo he visto contigo, te puedo asegurar a que Kyan preferiría un millón de veces recibir un golpe duro con tal de que no te lo lleves tú. Hará todo lo que esté a su alcance para protegerte, sin tener en cuenta lo que implique. —Nos quedamos en silencio durante unos minutos en los que me acarició la mano para darme ánimos—. Ahora vengo, voy a decirle a los chicos que me voy. —Se levantó.

La seguí con la vista, parpadeando varias veces mientras interiorizaba lo que acababa de decir y asegurar al conocer a Kyan de toda la vida. Tragué saliva y no puede evitar que la tristeza y el miedo me asaltaran, por lo que representaban sus palabras. Noté los ojos aguados. Me los froté antes de que regresara e intenté apartar todas las sensaciones y emociones negativas que me recorrían.

Llevé la vista hacia la cristalera y solté un suspiro largo. Una vez más, como tantas veces me sucedía, me pregunté si había tomado la mejor decisión al regresar al pueblo con él. Me había dejado llevar por lo que deseaba y porque lo quería. Sí, Diana había dicho una gran verdad para mí, que estaba enamorada de Kyan. Me froté la frente, intranquila, cuando la pregunta: «¿será realmente verdad lo último que ha dicho?», me torturó al venirme muchas imágenes imaginarias a la mente. Ninguna buena, ya os lo digo.

—Ya estoy. —Dirigí la mirada hacia ella que se quedó de pie junto a la mesa—. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco, pero se me pasará. Parece que el día de ayer me pasó factura. —Me incorporé colgándome la mochila.

—¿Estáis aquí desde ayer? —me preguntó con curiosidad, mientras se agarraba a mi brazo.

—Sí, llegamos la madrugada de ayer. Nuestra intención era venir rápido a la cafetería, pero ya viste cómo descargó la tormenta —negué.

—No era buen día para salir de casa —asintió.

—Es que queríamos darte una sorpresa.

—No pasa nada, ni te preocupes. —Me dio varios golpecitos en el brazo—. Además, lo mismo os hubierais encontrado la cafetería cerrada y os habríais remojado para nada. Tuve que cerrar porque como es obvio, no había gente. Te invito a comer.

—Nunca me dejas pagar, parece que todos os ponéis de acuerdo en lo mismo —negué.

—Joder, ya me gustaría a mí que hiciera lo mismo. —Soltó una carcajada—. Y no lo digo por ti, quiero invitarte. Vamos a celebrar tu regreso y que volvemos a estar juntas.

—Acepto, si la próxima vez pago yo. —La miré de reojo, divertida.

—Hecho. —Aceptó rápido.

Caminamos por las calles sin prisa. Decidimos entrar en el restaurante en el que cenamos la noche en la salimos de fiesta y coincidimos con Kyan y Robin, en el *pub* de la amiga de Diana.

Casi dos horas después me acompañó hasta casa y se quedó conmigo un rato. Nala en cuanto la vio se lanzó a ella, emocionada, haciéndole una fiesta.

—Quiero ir a la casa —susurré pensativa frente al fuego de la chimenea.

—¿De la que te fuiste? —asentí— ¿Para qué?

—No sé, solo siento la necesidad de ir. Es de un amigo y quiero comprobar que todo está en orden.

—Robin ha ido de vez en cuando y al menos en el exterior todo está bien.

—¿Se ha pasado por allí?

—Sí, y por todo el pueblo, bastantes veces.

—Vale —solté un suspiro.

—Si te decides a ir dímelo. No quiero que vayas sola.

—Todo está bien, tú misma lo has dicho y me lo has remarcado.

—Igualmente avísame, así tengo excusa para no trabajar. —Puso una mueca graciosa y sonreí.

No hice ningún comentario sobre el tema. Centré la vista en Nala, estaba adormilada en su cama al calor del fuego. Diana estuvo con nosotras durante media hora, cuando nos despedimos quedamos en vernos al día siguiente.

Cuando cerré la puerta solté un suspiro y apoyé la frente en la madera, con los ojos cerrados.

—Todo va a estar bien —susurré varias veces, queriendo convencerme de ello.

Aunque había evitado mostrarlo, me había sentido inquieta recorriendo el pueblo. Era una sensación que no podía controlar, estaba en alerta constante. Eso precisamente echaba de menos de la ciudad, en ella me despreocupé de todo al no tener malas experiencias.

Me dirigí hacia la habitación para ponerme cómoda. Me quité la ropa de calle y me puse el pijama. Antes de salir de la casa, Kyan y yo nos habíamos duchado juntos, bueno no solo eso

porque me había vuelto a calentar y a dar placer con sus toques, roces y palabras, y ya cuando entró dentro de mí, llenándome…

Solo con el recuerdo me excité.

Capítulo 32



Cuatro días después…

Siguiendo a Nala con la mirada caminaba entre los árboles. Había meditado bastante el adentrarme en el bosque, quizás sin sentido, pero para mí era algo demasiado importante como para no tenerlo en cuenta. Me paré cuando Nala lo hizo a cierta distancia, se entretuvo con algo que encontró en su camino.

Observé todo lo que nos rodeaba. Solo se veía vegetación y la casa a unos cientos de metros de distancia. Estaba como la dejé, al menos lo que pude apreciar desde tan lejos. Continué caminando, dejando a Nala a su aire. Vendría corriendo hasta mí en cuanto viera que me alejaba.

Con las manos en los bolsillos me paré al salir de la arboleda, quedándome al inicio de la explanada que llevaba hasta la casa. Me giré para comprobar que Nala continuaba a mi espalda. Así fue, seguía entretenida con algo, seguramente con alguna piña porque le encantaba jugar con ellas.

Centré la vista en la casa. Tenía las dos manos en los bolsillos de la parka, con una de ellas movía la llave y con la otra acariciaba la empuñadura del arma. La había sacado de la mochila para tenerla al alcance.

Moví los pies y avancé.

—Nala, ven —la llamé. Me frené al ver que no lo hacía—. ¿Nala? —Levantó la cabeza hacia mí—. Juega por aquí —insistí con un gesto de la mano para que saliera de los árboles, para que se quedara cerca de la casa y la pudiera controlar.

Ladró como respuesta y agachó la cabeza para recoger su juguete improvisado. Le di la espalda de nuevo, escuchando cómo se acercaba corriendo y se quedaba detrás de mí. Llegué frente a la casa y subí despacio las escaleras del porche, con la vista fija en las ventanas de la cocina. Tragué saliva por el mal recuerdo que no conseguía borrar de mi mente.

Y así estaba bien, no quería que desapareciera porque tenerlo presente me servía para no bajar la guardia ni un segundo. Sonreí triste al ver las flores en los maceteros. Al final lo conseguí,

florecieron. Sacudí la cabeza para centrarme y saqué la llave. La metí en la cerradura, pero me lo podía haber ahorrado porque estaba desbloqueada.

Dejándola colocada di varios pasos hacia atrás, con el ceño fruncido.

—Yo la dejé asegurada —murmuré sacando el arma del bolsillo.

Apunté hacia la puerta, intentando escuchar si del interior salía algún sonido. Pasados unos minutos, inmóvil, observando de reojo el ventanal del salón y la puerta principal, agarré el pomo con una mano y la abrí de golpe, sin bajar el arma. Me ayudé con las dos manos para mantenerla firme y entré rápido en el salón, girándome hacia los lados.

Si había alguien ya me habría escuchado. Agradecí que Nala se quedara en la hierba. Caminé despacio, comprobando que todo estaba como lo dejé, tanto en el salón como en la cocina. Me dirigí al pasillo y me asomé a cada una de las habitaciones y al baño que continuaban con las puertas abiertas. Al llegar a la mía, a la que fui la última, bajé el arma en el pasillo, llevando la mirada hacia la entrada.

No había nadie, la casa estaba vacía e intacta, tal y como la recordada, hasta el más mínimo detalle. Sin guardar el arma entré en la habitación y me quedé en el centro durante unos minutos, hasta que no le encontré la lógica de mantenerme allí. No tenía ni idea de quién había entrado porque estaba claro que quien fuera, había forzado la cerradura sin dejar evidencias y no se iba a quedar fuera después de hacerlo.

Ya daba igual, con el tiempo que había pasado todo se mantenía bien. Dejé salir el aire despacio, intentando tomar el control sobre los nervios. No lo conseguí mucho, la verdad, pero al menos algo me tranquilicé. Salí al pasillo y caminé hacia la entrada principal, dispuesta a irme. Ya había hecho lo que necesitaba, venir, aunque hacerlo me había puesto inquieta al saber lo de la puerta.

En el porche observé toda la zona que quedaba delante. El día estaba muy nublado, pero todavía no había llovido. Fijé los ojos en Nala, le daba patadas a una piña desplazándola de un lado al otro. Por unos segundos levantó la cabeza hacia mí y sonreí un poco cuando volvió a jugar.

Me giré para dejar la puerta asegurada, como la dejé la última vez, pero no llegué a girar la llave que continuaba en la cerradura. Busqué a Nala al escuchar sus gruñidos, unos que nunca había oído hasta este instante.

—¿Nala? —La llamé sin entender su actitud.

Había corrido hacia el inicio de la arboleda, pero quedándose a unos metros de ella, sin acercarse. Se movía en círculos, dando saltos con los que se quedaba con el cuerpo hacia atrás y las patas de delante adelantadas.

—¡Nala! —volví a llamarla, bajando los escalones del porche para ir hacia ella—. ¿Qué pasa?

Le pregunté para que reaccionara de alguna forma, pero no lo hizo, continuó con lo mismo, sin dejar de gruñir.

—¡Ven aquí! —le pedí alzando más la voz, mientras apretaba la empuñadura del arma manteniéndola hacia abajo.

Continué acercándome, caminando cada vez más ligera. Dejé salir el aire de golpe cuando cogió algo del suelo y empezó a correr hacia mí. Pero me paré de repente, con el ceño fruncido, intentando identificar desde lejos qué llevaba en la boca. Parecía… Jadeé quedándome sin respiración cuando lo vi con claridad.

—No —susurré desconcertada, con el vello erizado.

Me quedé en *shock* sin poder ni saber reaccionar. Nala la soltó en la hierba. La observé con los ojos abiertos al máximo sin poder parpadear. Las piernas se me aflojaron y me caí de rodillas al suelo, mientras la vista nublada por las lágrimas me impedía enfocarla.

Nala se acercó a mí nerviosa. No lo supe porque la mirara, sino por los ruidos que empezó a hacer, mientras me lamía para que cambiara. Conseguí parpadear varias veces rápido y me levanté de golpe, levantando la mano del arma. Enfoqué hacia delante y hacia los lados, hacia todos porque giré sobre mí misma. Nala se alteró más por lo que le transmití, pero en este instante no pude estar por ella.

Corrí hasta la zona en la que había visto, en la misma que había encontrado lo que había traído hasta mí. Me paré afianzando el arma con fuerza, observando toda la zona de la arboleda. Al no ver ni escuchar nada que me llamara la atención durante varios minutos, con el silencio martilleándome la cabeza, bajé la mirada a la hierba, para después volver a correr, empezando a sortear los árboles.

Con la respiración alterada no me relajé. Nala me siguió de cerca, a mi lado, sin querer adelantarse como solía hacer siempre. Cuando llevaba muchos metros recorridos en varias direcciones me paré de golpe, casi sin poder respirar. No entendía una mierda, aunque la realidad era que me negaba a entenderlo porque si lo hacía…

Tragué saliva bajando el arma, perdiendo las pocas fuerzas que me quedaban a esas alturas, por la tensión, el miedo y el esfuerzo. Apoyé la espada en un árbol y cerré los ojos con fuerza, dejando salir las lágrimas de ellos.

—No pasa nada —susurré hacia Nala que se subió a mi cuerpo, apoyando las patas en mi barriga—. Tranquila. —Le acaricié la cabeza.

No conseguí que lo hiciera, era demasiado lista como para quedarse solo con mis palabras y lo que quise transmitirle.

—Cuando hemos llegado no estaba, ¿verdad? —le pregunté casi sin voz, como si pudiera darme la respuesta que necesitaba oír con urgencia— No, estoy segura de que no estaba, he pasado cerca de esa zona cuando iba hacia la casa y no había nada en la hierba —me respondí a mí misma.

Sin bajar la guardia y sin guardar el arma, después de darle un beso en la cabeza, caminé de regreso, directa a lo que me había alterado. Después de unos minutos, en los que no dejé de inspeccionar con la vista los alrededores, en tensión, llegué cerca y me paré. Los últimos pasos los di muy despacio y me puse de rodillas frente a una camiseta llena de sangre.

Alargué el brazo con movimientos muy lentos, hasta que la agarré con una mano. Con la otra me retiré las lágrimas de los ojos con rabia, sintiendo una impotencia tremenda y un miedo difícil de gestionar. Me llevé la camiseta al pecho y la arrugué contra mí, sollozando.

Nala se tumbó en la hierba llorando y apoyó la cabeza en mis piernas flexionadas, observándome con expresión de tristeza. No sé durante cuánto tiempo me mantuve de la misma forma, pero poco a poco fui tranquilizándome, controlando la respiración por la ansiedad que me entró y que con el llanto empeoró.

Cuando tuve el control sobre mí, me levanté con movimientos torpes y caminé hacia la casa. Entré junto a Nala que no se apartó de mí ni un segundo. Fui a la cocina y llené un vaso de agua. Me lo bebí de golpe, con la necesidad de que el nudo que tenía en la garganta se aflojara. Después de beber el segundo dejé el vaso en el fregadero y decidí echar otro vistazo a la casa, más detenidamente de lo que lo había hecho anteriormente.

Nerviosa todavía, sujetando la camiseta contra mí, paseé por todas las zonas observando hasta el más mínimo detalle. Hasta que me llevé otro impacto visual que no vi porque no llegué a entrar en el baño de mi habitación. Contuve la respiración apoyando la espalda en el marco de la puerta, sin poder apartar los ojos de un objeto que en sí pasaría desapercibido para cualquiera, menos para mí porque lo reconocí sin problema.

Lo había visto demasiadas veces como para no saber identificarlo, tanto, que era mío. Una pinza del pelo que creí perder hacía mucho tiempo, reposaba sobre el mármol. Era diferente a las comunes, me la regaló mi amiga Julia una tarde en la que salimos de compras. Me puse frente a ella, como si fuera la mayor amenaza que podía encontrarme.

Salí corriendo a la cocina y cogí de un armario varias bolsas. Con ellas regresé, metiendo en una la pinza, sin tocarla con los dedos, y en la otra la camiseta. Las dejé bien cerradas, de los nervios hice varios nudos fuertes dejándolas unidas las dos. Tuve que sentarme en el lavabo por el temblor de las piernas.

Bloqueada, sin poder pensar con claridad, me mantuve inmóvil con la vista fija en las bolsas. Desvié la atención centrándola en Nala. Se había sentado a mi lado y me observaba con atención.

—Todo vuelve a empezar —susurré notando los ojos aguados de nuevo—. Nunca va a

terminar. —Tragué saliva con dificultad.

Volvió a llorar y a subir las patas delanteras sobre mis piernas. Me lamió y colocó la cabeza en mi hombro, abrazándome a su manera. La apreté con los brazos, desahogándome porque una vez que me alejara de la casa, la Lena de los últimos días tenía que regresar.

No sabía cómo lo iba a hacer, no tenía ni puñetera idea de si lo conseguiría. Lo único que tenía claro es que no iba a meter a Kyan en esto, no más de lo que lo estaba ya. Me daba pánico que pudiera sucederle algo por mi culpa, porque si pasaba, nunca, jamás, podría perdonármelo ni superarlo.

—Ya está —susurré apartándome—. ¿Volvemos con Kyan? No tardará en llegar a la casa para comer —sonreí triste, acariciándola.

Soltó un lamento que no supe interpretar. Le di un beso en la cabeza y me incorporé teniendo que apoyarme en el mármol para encontrar estabilidad. Pasados unos minutos, con los ojos fijos de Nala puestos en mí, conseguí moverme sin caerme al suelo. Antes de salir, me guardé las bolsas por dentro de la parka, haciéndolas invisibles para el resto, al igual que el arma que regresó al bolsillo.

Esta vez sí, cerré con llave la puerta principal y no perdí el tiempo para largarme de allí, con la atención puesta en todo lo que me rodeaba. Al llegar a las primeras calles del pueblo continué en tensión y al pararme frente a la puerta de la casa de Kyan, tuve que hacer varias respiraciones profundas para intentar tranquilizarme porque se encontraba dentro, la luz de la cocina estaba encendida.

La excusa de que habíamos salido para dar un paseo porque Nala necesitaba desahogarse jugaba a mi favor. Metí la llave en la cerradura rezando para que no notara ningún cambio en mí. En ocasiones me sorprendía porque me lo encontraba observándome en silencio y pensativo, y si algo tenía Kyan, era mucha intuición.

Capítulo 33

Kyan

—Hola —saludé apoyado en el marco de la cocina, viendo cómo Lena y Nala entraban.

—Hola —me sonrió, pero detecté algo diferente en ese gesto. Mínimo, pero ahí estaba—. Te has adelantado.

—Un poco. Esta tarde también terminaré más pronto.

Caminó hacia mí y le rodeé la cintura con un brazo.

—¿Ha ido bien el paseo? —Recorrí con la vista sus facciones, detenidamente.

—Sí, por suerte no ha llovido.

—En cualquier momento lo hará. El último parte avisa de que esta tarde se complicará. Ve a quitarte la parka, la comida ya mismo está, estoy terminando de calentarla.

—Vale. —Se puso de puntillas para darme un beso corto y rápido en los labios.

La seguí con la mirada mientras le acariciaba la cabeza a Nala, hasta que entró en la habitación. Bajé la cabeza y me centré en la perra, pensativo. Se mantenía con el cuerpo pegado a mis piernas, hasta que corrió para ir con Lena.

Fruncí ligeramente el ceño porque sus cuencos llenos de agua y de comida la esperaban y ni siquiera hizo el intento de entrar en la cocina. Cada vez que regresaba de un paseo iba directa a ellos, primero al del agua. Siempre era así, y cuando digo siempre es porque nunca variaba su comportamiento.

Me quedé con la atención puesta en el pasillo durante unos minutos. Cuando las escuché moverse entré en la cocina para que Lena no me viera en el mismo sitio. Fui hacia la encimera y me puse frente a los fogones. Apagué el que estaba encendido.

—Voy a poner la mesa —dijo.

—Sí, solo queda servir los platos —hablé mirándola disimuladamente de reojo.

En silencio cogió todo lo necesario e hizo varios viajes para llevarlo al salón. Busqué a Nala con la mirada, se había quedado sentada entre la isla y la puerta de la cocina, observando lo que sucedía delante de ella, pero, sobre todo, a Lena. Desvié la atención hasta los cuencos, les daba la espalda y continuaban intactos.

Dirigí la atención a la olla y la abrí, pensativo. De esa forma llené los platos con un guiso que dejó hecho Lena por la mañana. Olía que alimentaba. Con los platos en las manos parar ir al salón fijé la vista en la ventana de la cocina. Empezaba a llover. Solté los platos en la isla y caminé hacia ella. Recorrí con la mirada el exterior, varias veces, pendiente de hasta el más mínimo movimiento de quién pasaba por la calle.

Nada me llamó la atención, todos los que vi eran conocidos. Aun así, puse la atención en cada uno de los coches que eran visibles y estaban estacionados, centrándome en el interior. Todo normal, estaban vacíos, menos el de una mujer que acababa de aparcar y sacaba a su hijo pequeño en brazos para correr hasta su casa. El agua empezó a caer con más fuerza.

Regresé a por los platos y me reuní con Lena, pasando por al lado de Nala que por fin estaba comiendo.

—Gracias —dijo cuando le coloqué el plato delante.

—¿Dónde habéis ido a dar el paseo? ¿Largo o corto? —Me interesé con una intención diferente al resto de días que le hacía las mismas preguntas.

—Primero por el pueblo, pero quería llevar a Nala al bosque. Allí se divierte más corriendo de un lado al otro y puede estar libremente.

La escuché llevándome el primer trozo de carne a la boca, lo mismo que hizo ella al terminar de hablar.

—¿Había mucha gente caminando? —Corté tres trozos de pan.

Uno se lo di a Nala cuando pasó por mi lado y se fue con él a su cama. Le encantaba.

—Nos hemos encontrado con dos o tres personas paseando —asentí.

—Está delicioso —la alabé por la comida, para no que sintiera que estaba centrado en el mismo tema.

—Gracias —sonrió un poco.

Nos quedamos en silencio y la fui observando, muy disimuladamente, sin que se diera cuenta.

Se centró en su plato y en comer, pero no me pasó desapercibido el pequeño temblor que tenía en las manos. Sujetaba el tenedor con más fuerza de la habitual, para que no fuera evidente.

Al terminar de recoger la cocina llegó la hora de irme.

—¿Qué planes tienes hasta que vuelva? —La abracé pegándola a mí.

—Ahora echarme en el sofá y descansar. —Apoyó la mejilla en mi pecho.

—Duerme un poco, te costó mucho dormir —susurré antes de darle un beso en la cabeza.

—En cuanto me acomode. —Me miró sonriendo—. ¿Sobre qué hora llegarás? Has dicho que antes de las seis. —Desde que habíamos vuelto no salía más tarde de las cinco y cuarenta del trabajo.

—Cuenta una hora y media como mucho, desde que salga por la puerta.

—Vale. —Nos besamos como despedida.

Salí de casa con el paraguas, dejando a Lena sentándose en el sofá y con Nala adormecida en su cama, cerca del fuego. Mientras Lena recogía la mesa lo encendí.

Caminé tranquilo por la calle, sin poder quitarme la inquietud por la sensación de que algo había cambiado. Me paré al final de la calle y llevé la vista a la casa y lo que la rodeaba, haciéndome muchas preguntas. Saqué el móvil del abrigo y marqué el número de Robin, sin moverme.

—¿Ya has llegado?

—No, en unos minutos. Voy de camino. ¿Y tú?

—Estoy saliendo de casa. ¿Cómo está Lena?

—No lo sé.

—¿Y eso? ¿No la has visto? ¿No estaba en casa? —Se extrañó—. Joder, no es la respuesta que esperaba oír. Todas las tardes cuando nos encontramos en la oficina te hago la misma pregunta y lo que respondes es diferente.

—Ha llegado al poco de hacerlo yo de dar un paseo con Nala. Tengo una mala sensación, Robin.

—¿Por qué? ¿Has visto algo raro? —Noté la preocupación en su voz.

—Yo no. —Centré la vista en los pocos coches que circulaban y pasaban por mi lado.

—Kyan, ¿qué pasa?

—Quizás nada, ni idea.

—¿Por qué me has dicho que no sabes cómo está Lena?

—Solo es una apreciación. —Empecé a caminar de nuevo, dándole la espalda a la casa.

—Voy hacia ti, estoy por delante.

—¿No podías esperar a verme en el trabajo? —sonreí de medio lado, al localizarlo.

—Me has puesto nervioso, tío. —Bufó.

Colgué y continué acortando la distancia con él.

—Ver tu cara es peor —negó poniéndose a mi lado—. ¿Qué mierda de sensación tienes? Del trabajo has salido bien al mediodía.

—La de que algo ha pasado —dije convencido.

—No estés paranoico.

—¿Desde cuándo me sucede eso? —Lo miré levantando una ceja.

—Joder, yo qué sé. ¿Nunca? Pero con el tema de Lena… Es una situación diferente para tener muy en cuenta y sé que te comes mucho la cabeza. Remarco que constantemente, no te creas que te veo bien por mucho que quieras aparentar normalidad.

—No tengo ni idea de nada, Robin y no sabes lo que me jode. —Me pasé una mano por el pelo.

—No tiene por qué haber cambiado algo, Kyan. No te agobies, quizás hoy no tiene buen día y se le ha girado el carácter. Lo digo por si la has visto rara.

—Ante mí se ha mostrado normal.

—¿Entonces?

—Ese es el problema, que ha querido disimular algo porque la he notado forzada.

—A lo mejor está triste, el día no acompaña —dijo cuando subíamos las escaleras de la central.

Cerramos los paraguas y entramos, en silencio porque no hice ningún comentario más al respecto. Nos separamos para ir cada uno a nuestra zona de trabajo. Nos separaban pocos metros,

pero con la suficiente distancia como para no poder hablar si no lo hacíamos alzando la voz.

Dejé el paraguas en un cubo y me senté en la silla, recostando la espalda en ella. Triste, me repetí mentalmente lo último que había dicho Robin. No, en absoluto. A estas alturas conocía muy bien a Lena, todas su actitudes y comportamientos. El de hoy no se correspondía a que se le hubiera el día por la tristeza.

Sí, la había detectado en ella, pero como también otras emociones, todo provocado por algo. ¿El qué? Era lo que tenía que averiguar porque por lo visto se le había olvidado mi petición de que me hiciera saber en todo momento si se sentía mal o le sucedía algo.

Repiqueteé los dedos en la mesa, pensativo. Esperaba que reaccionara callándose si le pasaba algo, lo tenía asumido porque contármelo suponía para ella demasiado. Aunque cuando le pedí que se abriera a mí si pasaba algo me hubiera respondido con un sí rotundo, confirmándome que lo haría, igualmente no la hubiera creído.

Dejé salir el aire despacio mientras sacaba el móvil del bolsillo del abrigo. Ni siquiera me lo había quitado al llegar. Lo desbloqueé y entré en la conversación que tenía con Dan, el amigo de Lena. Releí los últimos mensajes que nos enviamos el día anterior. Coloqué el teléfono encima de la mesa, con la conversación abierta.

Los minutos pasaron lentos y pesados. Ni media hora aguanté en el trabajo. Cansado y necesitando obtener unas respuestas que sabía que no se me darían como por arte de magia, recogí lo poco que había puesto sobre la mesa, me puse el abrigo guardándome el móvil y cogí el paraguas, dispuesto a largarme.

—¿Adónde vas? —me preguntó extrañado Robin, cuando me puse frente a su mesa. Me había visto acercarme.

—A dar un paseo y a casa. Ya te dije por la mañana que hoy me iría pronto.

—Pero solo han pasado veinte minutos desde que hemos llegado.

—Necesito despejarme. —Di como excusa, que mentira no era.

—Está bien —dijo con una mueca—. ¿Sabes lo que tendrías que hacer?

—Sorpréndeme —sonreí de medio lado, esperándome cualquier cosa.

—Hoy es viernes, tenemos el fin de semana encima. ¿Por qué no organizas una comida o cena en tu casa? Diana y yo fijo que vamos, también puedes invitar a sus padres, Mario y Elena. Estoy seguro de que estarán encantados y aceptarán. Todavía no conocen en persona a Lena.

—No estaría mal —hablé pensativo.

—Con eso le subirás el ánimo —dijo convencido.

—Cuenta con ello para mañana, mejor para la cena. Mario estará liado durante el día.

—Perfecto. Si quieres puedo llamar a Diana para decírselo y que avise a sus padres.

—Claro. —Contuve la diversión—. Pero ¿no sería más fácil levantarte de la silla, ir al despacho de Mario, el que te recuerdo que es nuestro jefe y el padre de Diana, e invitarlos directamente?

Desvió la mirada centrándola en la puerta del despacho.

—Tienes razón —negó levantándose.

—Ve y después llama a Diana, así lo haces completo —lo animé a ello.

—Sí —sonrió.

—Hasta mañana. —Chocamos las manos.

—Hasta mañana, cualquier cosa me dices.

—De acuerdo, tranquilo.

Me giré y caminé hacia la salida. No abrí el paraguas al ver que la lluvia había aflojado, en este momento chispeaba. Empecé a caminar mirando hacia el cielo. No se mantendría por mucho tiempo así, lo peor de la tormenta se estaba acercando.

Recorrí las calles con un destino fijo en mente. Dejé el pueblo atrás y accedí al camino de tierra que quedaba protegido por la arboleda espesa, el que iba directo hacia la explanada donde estaba la casa en la que vivió Lena. Cerca de ella me paré protegido por los árboles.

No se oía nada, como tampoco se veía otra cosa que la vivienda. Recorrí la zona con la vista, con las manos en los bolsillos. No me había hecho falta escuchar a Lena decir que había venido hasta aquí en el paseo con Nala, con el detalle de que habían estado el bosque tenía suficiente para saberlo con seguridad.

¿Su estado de ánimo y sus reacciones instintivas y espontáneas se debían a que había llegado hasta aquí? ¿Le había afectado hasta ese punto? ¿Por qué? No le encontraba la lógica, lo que me llevaba a afianzar mi suposición de que había sucedido algo en este mismo lugar hacia unas horas. ¿El qué? Ni puñetera idea y si algo no me gustaba, para nada, era ir a ciegas y no saber a lo que me enfrentaba.

Durante un poco más de media hora me mantuve inmóvil, atento a todo, con los ojos fijos en la casa. No hubo ningún cambio. Dejé salir el aire lentamente y caminé de regreso, yendo directo a mi casa. Durante el recorrido me mentalicé para seguir actuando delante de Lena con normalidad, al igual que lo había intentado ella.

No lo había conseguido, al menos para mí. Cualquier otra persona no habría detectado los detalles sutiles que habían captado mi atención desde el principio.

—Lo voy a saber muy pronto… —susurré.

Capítulo 34



Lena

Sonreí cuando Kyan subió el volumen de la música. Mi estado de ánimo estaba mejor, me sentó muy bien cuando me dijo que había organizado una cena para hoy. Eso y que llevábamos juntos desde que regresó del trabajo la tarde de ayer viernes.

Eran las ocho, estaba en la cocina terminando de preparar la bandeja de entremeses que sacaríamos antes de sentarnos a la mesa. Kyan se había encargado de la comida, no me había dejado acercarme a la cocina en ningún momento, hasta hacía poco.

—¿Cómo va? —Amplié la sonrisa cuando me abrazó por la espalda.

—Con este —hice una pausa—, se acabó —dije colocándolo en el último hueco.

—Bien. —Me dio un beso en la mejilla.

Se apartó para ir a la nevera. Sacó una botella de vino blanco y llenó dos de las copas que había en la isla.

—Toma. —Me la ofreció—. Por nosotros.

—Por nosotros. —Las chocamos.

Kyan bebió sin dejar de mirarme, lo sé porque yo tampoco aparté los ojos de él.

—Vamos al sofá, todavía quedan unos minutos para que empiecen a llegar.

Me agarró de una mano y lo seguí. Colocamos las copas en la mesa baja y nos sentamos, acomodándonos. Nala estaba entretenida en su cama, jugando con uno de sus juguetes preferidos.

—Pensaba que dejaría de llover.

—Tomó intensidad de madrugada —comentó atento al fuego—. Estará todo el fin de semana igual.

Me incliné hacia la mesa y cogí las copas. Le di la suya y bebimos en silencio.

—¿Estás cansado?

—No, ¿por qué?

—Es que no estás muy hablador.

—El fuego me relaja. —Puso una mano sobre mi pierna y movió los dedos, haciéndome caricias.

—A mí también —solté un suspiro.

—¿Has hablado con Dan?

—No. Tenía el pensamiento de llamarlo esta mañana, pero me has entretenido y liado, y se me ha pasado —sonrió de medio lado.

—¿Es una queja? —Giró la cabeza hacia mí, apoyándola en el sofá.

—Para nada, me encanta que me distraigas como lo has hecho.

Miramos a la vez hacia la puerta, al escuchar el timbre. Nos levantamos para recibir a los primeros en llegar, Nala se había levantado de un salto y esperaba frente a la puerta. Fue Robin. Yo lo saludé con un abrazo y un beso, Kyan presionándole el hombro.

—¡Qué bien huele!

—Hoy hemos puesto un ambientador nuevo —comentó divertido Kyan.

—Muy gracioso, sabes que me refería a la comida.

—No hace falta que digas ningún halago, la he hecho yo. —Rieron cuando Robin le dio un golpe en broma.

—¿Vino? —le pregunté.

—Claro —sonrió.

Fui hacia la cocina para sacar otra copa llena. Me reuní con ellos en el sofá.

—¿Cómo ha ido el día? —Quiso saber.

—Tranquilo, aquí —respondí bebiendo un sorbo.

—Yo tampoco he salido de casa hasta ahora, con el día que ha hecho…

—Si terminamos muy tarde, puedes quedarte a dormir —le propuso Kyan.

—Vivo solo a unas calles. —Rio.

—Según cómo termines puede que a última hora te parezcan más —habló divertido.

—También es verdad.

Rieron y sonreí. Me encantaba la unión que tenían, según me había comentado Kyan, el padre de Diana y jefe de ambos que estaba a punto de llegar, siempre les decía que parecían un matrimonio.

—Esta tarde se ha quedado sin paseo —comentó Robin, observando a Nala adormilada.

—Se ha tenido que conformar con el gran patio trasero. —Me encogí de hombros.

—Ha sido un visto y no visto, ha hecho sus necesidades y ha entrado rápido a la casa. Hoy no le ha apetecido mojarse —dijo Kyan.

Estuvimos unos minutos conversando y bebiendo, hasta que el timbre volvió a sonar. Esta vez solo se movió Kyan. Fue a recibir a Diana y a sus padres, llegaron juntos. Se abrazaron y se acercaron a nosotros. Robin y yo nos levantamos y él fue a saludarlos cariñosamente.

—Lena, es un placer conocerte por fin —dijo Mario, sonriente.

Era un hombre alto, de constitución fuerte, de apariencia imponente, pero su expresión amable suavizaba lo que transmitía. No me gustaría verlo enfadado nunca.

—Gracias, Mario. El placer es mío. —Le devolví el beso en la mejilla que me dio.

—¿Ves lo fuerte que es? —habló la madre de Diana, refiriéndose a su marido— Pues yo soy la mujer que lo domina. —Reímos todos—. Encantada Lena, soy Elena. —Me acarició una mejilla con cariño, antes de darme un beso en la mejilla.

—Me alegro de conocerte, a los dos. Diana me ha hablado mucho de vosotros.

—No voy a preguntar, da un poco de miedo hacerlo —dijo con humor Mario.

Volvimos a reír y más lo hicimos ante las quejas y protestas de Diana. Nala fue pasando de uno a otro de los nuevos invitados, presentándose a su forma y reclamando atenciones. Quedó encantada con las caricias que le hicieron y cuando se cansó, regresó a su cama. Nosotros nos acomodamos entre el sofá y los sillones, mientras Kyan iba a la cocina a por tres copas más y la

botella de vino.

Cuando volvió puso la bandeja en la mesa, en la que también traía los entremeses. Se sentó a mi lado.

—¿Te gusta el pueblo Lena? —me preguntó Elena, sonriente.

—Sí, me adapté rápido a él.

—Anda —intervino Diana. Supe que lo hizo para que no me hiciera hablar más del lugar.

—¿Qué? —me preguntó Robin.

—Me acabo de dar cuenta de que vuestros nombres solo se diferencian por una vocal. —Nos señaló a su madre y a mí, antes de soltar una carcajada.

Si hubierais visto como yo, la forma en la que la miró Robin… Diana no se dio cuenta. Kyan me frotó la espalda, estaba un poco más retrasado que yo. Giré la cabeza hacia él y me hizo un guiño, por el que le sonreí. Al mirar de nuevo hacia todos, me llamó la atención la que tenía puesta Mario en su hija y en Robin, a los que observaba disimuladamente.

Volví a mirar a Kyan, esta vez se encogió de hombros, mostrándose divertido. Después de que pasara media hora de terminarnos los entremeses y de que nos bebiéramos una botella y media de vino, nos trasladamos a la mesa para empezar a cenar. Entre Kyan y yo fuimos sirviéndoles la comida y al finalizar, con todos los platos llenos, ocupamos nuestro lugar junto al resto. Kyan presidió la mesa porque me negué cuando me dijo que lo hiciera yo.

Me senté a su lado, al otro mío estaba Diana seguida por Robin. Enfrente Elena y Mario. El último levantó la copa para hacer un brindis y todos lo imitamos.

—Por los nuevos comienzos, las nuevas posibilidades y porque los que estamos aquí reunidos podamos hacerlo siempre. Salud.

—Salud —repetimos antes de beber todos.

Pasamos una velada amena y divertida. Estaba claro que Diana era una copia exacta de sus padres, en el carácter. Tenía mezclado el de los dos. Salieron a relucir varias anécdotas de juventud de Kyan, Robin y Diana, con las que nos reímos, después de varias quejas divertidas por cada uno de ellos.

Cuando terminamos de cenar y después de que felicitaran a Kyan por lo rica que estaba la comida, dejamos la mesa para regresar al sofá y a los sillones. Kyan aprovechó para echar más leña en la chimenea, avivando el fuego al instante. Diana y yo nos apartamos un momento para ir a la cocina, después de preguntarles a cada uno lo que les apetecía beber.

—Está siendo una buena noche —comentó Diana, en tono bajo, mientras colocaba el hielo en

las copas.

—Sí —afirmé sonriendo—. Tus padres son encantadores y adorables.

—Ja, porque los estás viendo en uno de sus mejores momentos. A ver qué dices cuando los pilles queriendo tirarse las cosas a la cabeza. —Reímos.

—Exagerada —negué dejando las latas de refresco en la isla.

—Era broma —sonrió pícara—. Pero ten en cuenta que detrás de cada broma, por insignificante que sea, se enconde algo de realidad. —Volvimos a reír—. Sea como sea se adoran, ya los has visto —asentí.

—¿Cómo ha ido el día en la cafetería?

—Muy tranquilo, he cerrado tres horas antes. Con la que estaba cayendo no había nadie en la calle.

—Más tiempo para descansar.

—Pues sí, últimamente no duermo mucho.

—¿Y eso? —Fruncí el ceño—. No me habías dicho nada.

—No sé, me cuesta coger el sueño. —Se encogió de hombros.

—¿La cafetería va bien?

—Sí, como siempre. No pienses cosas raras. Me va por épocas, no es la primera vez que me sucede que me tiro un tiempo así. —Me hizo un guiño mientras yo vertía la bebida en las copas.

—Si te sirve de consuelo, yo anoche casi no dormí.

—¿Demasiada actividad nocturna? Chica, tú tienes mejor excusa que yo.

—No. —Reí negando divertida, abriendo la última lata para mezclarla en las dos copas que quedaron por mezclar con el alcohol—. Bueno un poco. —Rectifiqué provocando que soltara una carcajada.

—Así da gusto no dormir. —Me hizo un guiño—. Pero aparte de ese motivo, ¿hay alguno más?

—No. —Le di la espalda para ir a tirar las latas a la basura, en el momento exacto, para que no analizara mi expresión—. Todo está bien —comenté para dejarla tranquila.

—¿Seguro? —insistió cuando me puse a su lado.

Le di un beso en la mejilla como respuesta. No quería mentirle, demasiado lo hacía ya manteniéndome callada sobre lo que no quería sacar a relucir con nadie. Todos me importaban demasiado como para hacerlo. Me devolvió la sonrisa y colocamos las copas en la bandeja, de la que se encargó Diana diciéndome que ella tenía más práctica, que yo era capaz de tirarla al suelo.

Riendo, animadas, así aparecimos frente al resto. Me encontré con los ojos de Kyan, atentos a mí. En sus labios había una sonrisa, la que por cierto llevaba sin ver largas horas. Me acomodé a su lado ofreciéndole una copa, yo me quedé con otra en las manos.

—¿A qué te dedicas, Lena? —Se interesó Elena.

Me tensé, no pude controlar la reacción por la pregunta inesperada. Fue muy sutil, pero al estar tan cerca de Kyan, con nuestros cuerpos rozándose, él no tuvo problema en diferenciarlo.

—Es secreto de sumario —intervino él.

—Oh, ¿y eso? —Nos miró sonriente.

—A Lena no le gusta hablar mucho de su profesión, ni conmigo lo hace porque según ella, puedo utilizarlo en su contra. —Se mostró divertido al decir esa gran mentira.

Entre nosotros nunca había salido ese tema, él no sabía a qué me había dedicado, como tampoco me preguntó en ningún momento por ello, respetando mi silencio. Busqué sus ojos, agradecida. Me hizo un guiño, quitándole importancia.

—Interesante. —Rio Elena—. Di que sí, siempre hay que guardarse un as debajo de la manga —asintió animada.

—Sea lo que sea, seguro que lo hace perfectamente —añadió Mario—. ¿Tú te guardas algún as hacia mí? —Hizo la pregunta conteniéndose para no reír, mirando a su mujer.

—¿Yo? —Pareció hacerse la indignada. Hizo una pausa antes de continuar—. Ya te digo que sí. —Terminamos todos riendo.

Estuvimos dos horas conversando en un ambiente perfecto. En algún momento me quedé pensativa porque me faltaba Dan y en una reunión como esta, entre amigos, para mí era esencial tenerlo a mi lado. Gracias a Kyan, que parecía que siempre estaba pendiente de mí, conseguía regresar al salón, lo que le agradecí en silencio, con miradas.

Dos horas después todos se despidieron de Kyan y de mí, se fueron juntos. Mientras Kyan se despedía de Robin que fue el último, achispada por el alcohol porque me había bebido casi tres copas y aunque no estuvieran muy cargadas me habían afectado, me dirigí a la habitación sin que se diera cuenta, después de hacerle varias caricias a Nala y de darle un beso en la cabeza.

Me desvestí rápido, quedándome desnuda y sonreí cuando escuché cómo cerraba la puerta principal. Caminé hasta la de la habitación y asomé la cabeza para asegurarme de que ya

estábamos solos. Cuando lo confirmé salí al pasillo y di varios pasos por él. Kyan enseguida me localizó y me encantó ver el cambio evidente de dio todo su cuerpo. Su mirada desprendió intensidad y deseo, y reí cuando salió corriendo hacia mí.

Solté un grito cuando se agachó para cogerme. Me colocó sobre su hombro, bocabajo. Nala ni se inmutó ni se movió porque ya estaba acostumbrada a nuestros ruidos. Volví a reír cuando caminó rápido hacia la habitación, pero la risa se me cortó de golpe al separarme las piernas y colar una mano entre ellas.

La diversión se terminó para ser sustituida por jadeos y gemidos de placer, cuando recorrió mi sexo con los dedos, manteniéndome las piernas abiertas, con su boca mordisqueándome el costado.

Capítulo 35

Kyan

—No sé qué me gusta más, si escuchar tus risas o tus sonidos de placer —dije con voz ronca y profunda, cerrando la puerta de golpe con un pie—. Te gusta, ¿eh?

—Síií. —Jadeó cuando saqué el dedo de su interior, mojado por sus fluidos.

Acaricié toda la zona, haciendo fuerza en sus piernas con el brazo que la sujetaba, para que las mantuviera abiertas.

—Lo tienes tan inflamado. —Le froté el clítoris rápido, provocando que se removiera encima de mí. Lo cogí con varios dedos, intensificando su placer y nerviosismo.

—Kyan…. —gimió con fuerza.

—Solo estoy empezando, no te corras.

—No puedo controlarlo —dijo con la voz entrecortada.

—Por tu bien, hazlo, porque no te daré descanso el resto de la noche —gruñí antes de darle un beso húmedo en el lateral de la nalga, sin dejar de mover los dedos, los que estaba deseando sustituir por la lengua y mi miembro.

Solo de anticiparme a ese momento apreté la mandíbula por cómo se movió mi erección oprimida por la ropa, deseosa de liberarse. Me paré en el centro de la habitación, sin ninguna intención de bajarla por ahora. Continué excitándola, llevándola al límite…

—Ahhh… —gritó cuando arrastré sus fluidos hacia el orificio trasero, mojándoselo mientras lo masajeaba.

—¿Cómo lo ves?

—No lo sé…

Presioné hacia dentro cuando me agarró con las manos las nalgas y me las apretó. Igualé su insistencia en tocarme las nalgas, en hacerlo yo en esa parte prohibida para ella. Su cuerpo hablaba por ella sin necesidad de que se pronunciara. Comprobé de nuevo su humedad, estaba chorreando de fluidos, excitada al máximo al introducir dos dedos en su cavidad.

Gimió cuando los moví insistentemente en su interior, imaginándome que era mi miembro el que entraba y salía; caliente, mojado y resbaladizo con un ritmo frenético. Increíblemente mi dureza aumentó más, recreando esa imagen y sensación de placer.

—No puedo… Ahhh… Síií… —gritó desesperada.

Le abrí más las piernas, pero necesitaba más, mucho más. Aceleré los movimientos en todas las zonas que toqué, incluida otra vez su parte trasera. Me resbalaba tan jodidamente bien por todo, era un gustazo la facilidad con la que lo hacía. Caminé despacio hacia la cama, centrado solo en el clítoris.

Cuando noté que se tensaba y que estaba a nada de dejarse llevar, aparté la mano y mi contacto de ella.

—Nooo… Joder —se quejó lamentándose, al haberse quedado al límite.

Soltó un jadeo por la impresión, cuando me incliné dejándola caer encima del nórdico. Me quedé sobre su cuerpo, separado por muy poco de él, con las manos apoyadas a cada lado de su cabeza.

—No tengo ninguna prisa, Lena. Quiero volverte loca, llevarte todo lo al límite que pueda, hasta que me supliques que haga que te corras. No tienes ni idea de cómo tienes —gruñí cuando me apretó la erección por encima del pantalón—. ¿Lo notas? —Jadeé.

—Sí y quiero que sentirla directamente, para que lo haga en mi mano y en mi boca.

De mi garganta salió una especie de gemido y gruñido entremezclado, al imaginar mi miembro entre sus labios. Por el momento me conformé con unir los míos con los suyos, besándola desesperado. Me correspondió de la misma forma, sin apartar la mano de mi dureza. Me manoseó, apretándome todo el largo que resaltaba en esa zona.

Con la respiración desacompasada me aparté de golpe, incorporándome. Me molestaba y me sobraba todo lo que llevaba encima. Me desvestí rápido, en cuestión de segundos me quedé desnudo frente a ella.

—Mira lo que me haces —gruñí con los labios entreabiertos, agarrándome el miembro.

Se mordió el labio inferior, con la atención puesta en él y en mi mano que empezó a moverse por todo el largo a la vez que me acariciaba el glande, haciendo presión en él mientras arrastraba las gotas de excitación.

Me subí en la cama, quedándome con las rodillas a cada lado de sus piernas. Dejé salir el aire de golpe cuando me rodeó los testículos, masajeándomelos. En tensión, no pude evitar empezar a mover la mano con fuerza, sintiendo la electricidad del placer recorrerme.

Movió el cuerpo hacia un lado, con la intención de intercambiar las posiciones. Lo tuvo fácil porque me dejé caer de espaldas en la cama.

—Joder, Lena —gemí con fuerza cuando me apartó la mano y la sustituyó por su boca.

Cerré los ojos por unos segundos, excitado al máximo y con un gustazo tremendo mientras mi miembro desaparecía entre sus labios y lo acogía una y otra vez, sin dejar de mover la lengua por cada parte de él. Me succionó con fuerza el glande y deslizó la lengua por la punta.

La pegué a mí. La agarré de una pierna acercándola. Se le quedaron abiertas, ese había sido mi propósito porque tuve libre acceso a su sexo de nuevo.

Gimió con la boca llena de mí cuando le froté el clítoris con movimientos enérgicos. Era una puñetera locura lo fácil que se deslizaban mis dedos.

—Estoy deseando saborearlo —gruñí cuando aumento la velocidad con la que hacía desaparecer mi miembro en su boca.

La igualé abriéndole los labios inferiores, centrado solo en el clítoris. Se removió inquieta, desesperada haciendo fuerza sobre mis dedos. Los aparté en el momento justo en el que se tensó para liberarse. Sin vaciar su boca de mí se quejó más desesperada.

Deslicé los dedos por cada pliegue, separándole más la pierna con el brazo. coloqué toda la palma de la mano sobre su sexo, utilizándola por completo en su zona íntima. Se volvió loca succionándome, provocando un placer difícil de describir. Se me voló la cabeza por unos segundos, notando cada vez más próximo el orgasmo.

Mis dedos entraron en su interior equiparando su ritmo frenético, sin descanso.

—Kyan… —Jadeó sobre el glande, acariciándomelo con los labios al hablar.

Sin decir nada, aprovechando que me había soltado, la agarré de la nuca y la besé con todo el deseo y la impaciencia que me recorrían. Nuestras lenguas se acariciaron incansablemente, buscándose, mientras nuestros labios se movían al compás de los del otro.

Lena intensificó el beso, nerviosa, cuando coloqué la punta de un dedo en su orificio trasero. La subí encima de mí. Se quedó con las piernas a cada lado de mi cadera abierta completamente, que era lo que buscaba.

—Tócate —le pedí gruñendo.

Lo hizo al instante, llevó los dedos al clítoris y lo frotó con insistencia. Esperé un poco hasta

que estuviera donde necesitaba. Mientras lo hacía, acogí todo el exceso que pude de sus fluidos.

Gritó y gimió con fuerza, acelerando los movimientos incasables de sus dedos en su punto de placer. Justo en ese instante provoqué que volviera a gritar, cuando introduje más que la punta del dedo en su orificio trasero. Se echó hacia delante, apoyando la mano que tenía libre en mi pecho. Cada vez perdía más las fuerzas, pero sin dejar de tocarse llevándose a ella misma a la desesperación.

No pude apartar la puñetera vista de sus pechos cayendo hacia abajo delante de mis ojos, ni del movimiento que hacía al mover su cuerpo. Con el dedo por detrás quieto, moví la cadera para acariciarle el sexo con el glande. Jadeó y se retorció al arrastrarlo por toda la zona, hasta tocar sus propios dedos.

No permití que me agarrara, tenía otros planes y me urgía llevarlos a cabo. Posicioné la punta de mi erección y cogí impulso, entrando hasta el fondo de su interior, a la vez que el dedo que tenía en su parte trasera entraba hasta la mitad. Jadeamos a la vez por la unión y las sensaciones que nos provocó. Apreté la mandíbula cuando se movió desesperada encima de mí, con necesidad al sentirse llena por ambos lados.

—Kyan, no puedo… No puedo… —gimió.

—Ya lo tienes, cada vez falta menos —gruñí cuando después de haber parado los movimientos de sus dedos, volvió a tomar velocidad sobre su clítoris.

Era un puñetero deleite verla en acción, admirando la expresión de éxtasis que tenía en este instante. Su cuerpo empezó a moverse a la par que su mano. Mantuve el dedo en la parte trasera inmóvil por unos largos minutos, dejando que su cuerpo subiera y bajara sobre mi erección, acogiéndome incansablemente, cada vez más revolucionada.

Los gritos, jadeos y gemidos desesperados nos envolvieron, pero no fueron solo los suyos porque me tenía al límite de todo.

—Ahhh… Síií… —gritó cuando se corrió.

Aproveché ese momento para mover el dedo en su parte trasera, sacándolo y entrándolo muy despacio, varias veces, provocando que su orgasmo se alargara y fuera más intenso.

Cuando perdió las fuerzas la liberé de atrás y nos giré. Me quedé arriba, sin sacar el miembro de su interior. Retrocedí y entré con movimientos fuertes y certeros, profundos, provocando que volviera a removerse desesperada. Me incorporé quedando de rodillas y le subí las piernas, guiándola con ellas para ir a su encuentro incansablemente.

Los gemidos y jadeos regresaron, al igual que al cabo de unos minutos los orgasmos. Lena volvió a dejarse ir, quedándose desmadejada a mi merced. El choque de nuestros cuerpos me llevó a la locura, con la vista fija en su sexo brillante y en mi erección perdiéndose sin descanso

en su interior. Hasta que me corrí con un fuerte gruñido y en tensión. Pasé a balancearme, alargando la sensación.

Me alejé saliendo y gritó cuando me lancé a lamerla, recogiendo con la lengua los excesos de nuestros fluidos. Cuando me quedé satisfecho y después de dejarle empapada la zona de su punto de placer, me dediqué a mover la lengua y los labios en él.

—Kyan… Joder… —gritó agarrándome del pelo, recobrando las fuerzas para sujetarme con fuerza de él.

Su cuerpo volvió a tensarse, esa vez dejándose llevar en mi boca, la que acogió todo lo que me ofreció. Al terminar le solté las piernas despacio en la cama y me tumbé sobre ella, sujetándome con un brazo para no aplastarla. Busqué sus labios, los que me recibieron intensificando el beso.

—La noche va a ser muy larga —susurré sin apartarme—. Créeme que esta noche vas a dormir porque te voy a dejar agotada. —Volví a besarla cuando coloqué toda la mano sobre su sexo, haciendo presión en cada parte que abarqué.

Jadeó en mi boca, agarrándome con fuerza del cuello, por lo que la besé con más fuerza y desesperación. No terminé lo que inicié, la dejé a punto para el próximo asalto. Ante sus quejas me levanté y salí de la cama. La ayudé a meterse debajo del nórdico con la cabeza en la almohada. Cerró los ojos sin poderlos mantener abiertos y sonreí porque había conseguido mi propósito.

Me incliné para darle un beso en la frente del que no se enteró y salí de la habitación. Fui a la cocina a beber un vaso de agua y cuando salí, apagué el fuego de la chimenea. La dejé protegida y me agaché frente a Nala, entreabrió los ojos, más dormida que despierta. Le acaricié la cabeza y apagué la luz del salón, dejándolo todo a oscuras.

Al regresar a la habitación entré un momento en el baño para asearme y salí con el pensamiento de que a Lena no le hacía falta, me había encargado de dejarla perfectamente limpia y sin exceso de humedad. Me tumbé a su lado y la observé durante unos largos minutos dormir plácidamente.

Apagué la última luz de la casa, desde el cabecero y me acomodé acercándola a mí. Cansado cerré los ojos, pero sabiendo que, si se desvelaba, de lo que me enteraría a lo largo de la noche, no le daría descanso hasta que volviera a quedarse sin fuerzas, como le había anticipado.

No iba a despertarla para tener otra buena ración de sexo, lo que me interesaba es que pudiera descansar, cuantas más horas mejor.

Apreté su cuerpo al mío, notando sus pechos pegados a mi costado. Sonreí de medio lado cuando me rodeó el pecho con un brazo y pasó una pierna por encima de la mía.

Así quería estar siempre, con esta sensación de plenitud y tranquilidad. Ese fue mi último pensamiento consciente, antes de que el sueño me atrapara.

Capítulo 36



Cuatro días después…

Lena

Le di un sorbo al café con leche, calentándome las manos con la taza. Me había abrigado con la chaqueta de lana gruesa para tomármelo en el patio trasero. En él estaba, disfrutando del silencio porque la casa que quedaba más próxima a la de Kyan estaba separada por unos cientos de metros.

Nala olisqueaba la hierba, corriendo de un lado al otro, haciendo pausas para tumbarse frente a mí. Se quedaba muchos momentos observándome, como si se sintiera intranquila y necesitara asegurarse de que continuaba con ella.

Llevé la vista al móvil que estaba encima de la mesa. Lo había desbloqueado varias veces, con la intención de llamar a Dan, pero todavía no me había atrevido. Era consciente de que a él no podía ocultarle lo que me sucedió en su casa del pueblo, por lo que representaba para el caso.

Pero me estaba costando porque sabía cómo se pondría y las acciones que podía llevar a cabo, como también lo que me pediría llegado el momento, sobre todo lo último. Tragué saliva, notando un pequeño temblor en el cuerpo.

Bebí un poco más de café. Me costó tragarlo por el nudo que se me había formado en la garganta. No dejaba de meditar cuál era la mejor decisión que podía tomar, a pesar de que la respuesta la tenía muy presente, y no hacía falta ni que lo pensara. ¿El problema? Que era la primera vez que me sucedía el no querer dar el paso definitivo. Estaba tan bien con Kyan, con Diana, con todos…

Era consciente de que no podía continuar de esta forma porque desde que encontré lo que me dejó en *shock*, no me había atrevido a salir de la casa, ni siquiera para sacar a Nala recorriendo la calle de Kyan, sin alejarme. Me daba miedo salir de la protección de la vivienda.

Como también sabía que Kyan estaba demasiado pendiente de mí, por no decir que cada día trabajaba menos horas para regresar a mi lado. Había fracasado estrepitosamente ante él, sin

conseguir ocultarle mi malestar e intranquilidad, y no porque no hubiera puesto todo mi empeño en conseguirlo.

No le había hecho falta preguntarme. Estaba convencida que esperaba el momento en el que yo me sincerara con él. También dolía mucho porque por falta de ganas no era. Ni idea de cuánto tiempo más dispondría para continuar con el silencio, hasta que verbalizara todo lo que iba acumulando en su interior.

No quería que llegara porque me atormentaba mentirle. Si se daba esa situación era lo que iba a hacer. Apuré lo que quedaba de café y puse la taza en la mesa, al lado del móvil. Soltando un suspiro al cabo de unos minutos, lo recogí todo y me levanté despacio. Nala corrió hacia a mí.

—¿Te apetece entrar ya? —Le acaricié la cabeza al pegarla a mis piernas.

Su respuesta fue adelantarse y girarse en la puerta trasera, esperándome. Sonreí y entramos, cerré con llave y recorrimos el pasillo. Ella se dirigió directa al salón para tumbarse en la cama, mientras yo fui a la cocina. Lavé la taza, dejándola escurrir para recogerla más tarde y me entretuve en encender la chimenea porque era lo que estaba esperando que hiciera.

—Ya está. —Me puse de cuclillas frente a ella—. Como te gusta, ¿eh? —La acaricié.

Sonreí porque con el sonido que hizo lo confirmó. Al incorporarme fui a la habitación y abrí la puerta del vestidor. Dejé salir el aire despacio mientras me sentaba en un pequeño banco cómodo que quedaba en el centro. Fijé la vista en las hojas de madera que ocultaban mi maleta y la mochila de viaje. Estaban recogidas dentro, con toda mi ropa colocada bien en las estanterías.

Acaricié el móvil con los dedos, en el bolsillo de la chaqueta de lana. No podía quitarme de la cabeza lo que había escondido dentro de la maleta, las dos bolsas en las que metí lo que encontré fuera y dentro de la casa de Dan. Fruncí los labios, conteniendo las náuseas repentidas que me entraron.

Saqué el móvil despacio y lo desbloqueé, por unos segundos me quedé mirando la pantalla sin reaccionar. Hasta que entré en la aplicación de llamadas y pulsé el nombre de mi amigo. Al escuchar los tonos cerré los párpados con fuerza.

—Hola, preciosa. —Su voz alegre al otro lado de la línea me revolvió más el estómago. No tardaría en cambiar.

—Hola, Dan —intenté sonar lo más normal posible.

—¿Cómo va? Desde que regresaste con Kyan parece que me has sustituido, ¿eh? —habló con diversión.

—Eres muy tontito —negué con una pequeña sonrisa.

Si él supiera el motivo por el que no me había puesto en contacto tan a menudo como

siempre… Faltaba muy poco.

—Sabes que es broma, como también que estoy feliz porque estés con él. Ayer precisamente nos llamamos.

—¿Qué te dijo?

—Solo comentamos cómo me iba en el trabajo. No puedo hablarle claro sobre él, pero sí decirle si avanzo o no.

—¿Lo has hecho? ¿Ha habido algún cambio? —pregunté con esperanza.

—Por desgracia no puedo decirte nada nuevo, Lena. —Me desinflé al instante, y más al notar lo afectado que sonó por tener que darme esa respuesta negativa.

—Tranquilo.

Ya tenía demasiada frustración como para añadirle más.

—Lo conseguirás —intenté animarlo—. ¿Cómo va todo por la ciudad?

—Echándote de menos —sonreí con tristeza y cariño—. Y también cagándome en todo el que me toca los cojones. —Reímos—. ¿Cómo lo llevas tú?

—Dan…

—¿Sí? Espera. —Escuché de fondo cómo hablaba con alguien, algún compañero—. Ya.

—Hay algo importante que no te he contado. Sé que te vas a enfadar porque tendría que haberlo hecho al momento, cuando me sucedió, pero no pude… He necesitado dejar pasar los días y, aun así, cuesta demasiado.

—Ahora no. —Alzó la voz, pero no fue hacia mí, seguramente a otra persona que se le habría acercado—. Unos segundos, estoy saliendo del edificio.

—Vale —susurré.

Empecé a mover el pie, nerviosa. Miré hacia la puerta del vestidor, la había dejado abierta. No se escuchaba nada, Nala se habría quedado dormida junto al fuego. Solté varios suspiros y centré la vista en la madera que escondía la maleta.

—Ya estoy —me avisó—. Dime que no he oído bien lo que has dicho —me pidió con voz seria y fría.

—Lo has escuchado perfectamente —dije en tono bajo.

—Me cago… Joder, Lena. ¿Qué mierda ha pasado? ¿Me has mentido todas las veces que me has dicho que estabas bien? —Sonó muy enfadado.

Su reacción era por la situación y lo que estaba intuyendo, aunque también estaba molesto conmigo por el miedo. Los dos sabíamos que siempre teníamos que estar comunicados e informados el uno del otro. Fuera lo que fuera, doliera lo que doliera, por simple o complicado que fuera lo que pasaba, así era.

—No te he mentido porque desde que me pasó lo que te voy a decir no hemos hablado, Dan —susurré—. Hasta entonces todo estaba perfecto, lo notaste en mi ánimo.

—¿Qué cojones ha cambiado? Y por tu bien espero que me lo cuentes todo al detalle.

—Estoy intentándolo. Mierda, Dan, no es fácil para mí —hablé con rabia.

—Vale, vale. —Bufó haciendo una pausa—. ¿Estás con Kyan ahora?

—No, salió a trabajar hace un rato.

—¿Te sientes segura ahí?

—En la casa sí, llevo sin salir cinco días —susurré.

—Joder —siseó—. Habla ya.

—El viernes pasado decidí dar el paseo con Nala por el bosque. —Me quedé callada.

—Lena —me llamó en tono suave—, continúa con lo que sea.

—Todo iba bien, tranquilo. Llegué hasta tu casa porque quería comprobar que al estar deshabitada todo estaba bien en ella, dentro y fuera.

—Olvídate de la puñetera casa, ¿me oyes? Ya avisé a la mujer que iba a limpiar, para que retomara el trabajo.

—Si no me hubiera acercado no tendría conmigo lo que encontré. —Tragué saliva.

—¿De qué hablas?

—Dan… Me acerqué, la puerta principal estaba abierta, encajada en el marco, pero la cerradura estaba desbloqueada.

—¡No me digas que entraste porque me da algo! ¡Ni se te ocurra decirlo porque la tenemos, Lena!

—Pues será mejor que te sientes porque solo acabo de empezar. —Froté la mano libre en el

pantalón de deporte.

—Madre mía… Dame unos minutos, quiero alejarme más de aquí antes de que colapse.

—Te llamo más…

—No —me cortó—, ni se te ocurra colgar.

Escuché el sonido del cierre centralizado de su coche abrirse y el portazo que dio al montarse. Me mantuve en silencio, aun sabiendo que el bluetooth se habría activado y me escucharía por los altavoces del vehículo. Él tampoco hizo el intento de hablar. Lo agradecí, porque no le diría nada hasta que me asegurara de que no estaba conduciendo.

Diez minutos después continuamos.

—Lena, sigue —me pidió.

—¿Dónde estás?

—Frente al parque que está a las afueras.

—Vale. Sé que he actuado mal por no ser sincera contigo, pero compréndeme, por favor…

—No te he juzgado en ningún momento, ni lo haré. Puede que me cabreé en según qué situaciones y por las decisiones que tomes libremente, sin pararte a pensar en las consecuencias, pero Lena, es porque el pánico puede conmigo.

—Lo sé —sonreí triste.

—Cuéntamelo todo, desde que te acercaste a la casa.

—Como te he dicho todo iba bien, hasta que metí la llave en la cerradura. Sí, entré, lo siento, pero la adrenalina me impulsó a actuar de esa forma. Si te quedas tranquilo lo hice con el arma por delante.

—Todo un consuelo, sí —dijo con ironía.

—La vivienda estaba vacía, pero bien. Todo se encontraba como lo dejé, hasta la chimenea en la que apagué el fuego precipitadamente.

—¿Entonces?

—Hice un recorrido por toda ella y al quedarme tranquila, sin entender todavía por qué la cerradura estaba abierta, decidí irme. Cuando salí al porche estuve un rato observando los alrededores y a Nala. Se entretenía jugando con una piña, hasta que cambió. Cuando le di la espalda para asegurar la puerta, no llegué a hacerlo porque la escuché gruñir.

»Desde que está conmigo nunca lo había hecho, fue la primera vez que oí ese sonido de ella. La busqué con la vista, extrañada, y la localicé bastante más lejos de la piña. Algo llamó su atención a pocos pasos de la arboleda y al ver su reacción…

—¿Qué hacía?

—Rodeaba algo que había en la hierba, saltaba en círculos, como en tensión para lanzarse a ello… No lo sé explicar mejor.

—¿Qué mierda encontró? ¿Lena? —insistió porque no dije nada.

—Dan…

—Estoy contigo —susurró.

—Lo sé. —Me retiré la humedad de las mejillas—. Nala agarró algo con la boca y corrió hacia mí, después de haber estado llamándola preocupada. Me quedé en *shock* porque lo que dejó cerca de mis pies, lo identifiqué mucho antes de que llegara. —Tragué saliva.

—Joder, Lena, ¿qué era?

—Una camiseta mía…

—¿Qué cojones…? Te llevaste toda tu ropa cuando huiste de ahí.

—Sí, pero es que esa camiseta nunca la eché en el equipaje que hice a la carrera en mi piso, antes de abandonarlo.

—¿Cómo? Un momento… Me estás diciendo que esa jodida camiseta estaba aquí, en esta ciudad donde siempre hemos vivido, ¿y que no te la llevaste contigo?

—Correcto, pero es que hay más. —Me froté la frente.

—¿El qué?

—Que no la tenía yo. —Apreté los labios con fuerza.

—No lo entiendo, háblame más claro.

—Que era mía, pero desde hacía muchos meses no la tenía yo, Dan. Julia, mi amiga, se la puso una vez en mi piso y le encantó. Aquel día le dije en broma que se la dejaba por un tiempo indefinido, pero que la quería de vuelta.

—La tenía Julia —repitió susurrando.

—Sí —siseé.

—Una jodida camiseta tuya, la que se quedó aquí y para colmo no en tu piso, sino en el de Julia, ha aparecido por arte de magia en el exterior de la casa del pueblo y tú, hasta este momento, después de no sé cuántos días… ¡No me lo has dicho hasta ahora!

—No me grites porque puedo hacer lo mismo o peor. ¡Joder!

—Es que no entiendo una mierda, Lena. Huiste asustada después de pasar una noche horrible en la que dos personas se acercaron tanto a la casa que pensaste que todo había terminado, ¿y con esto no te han saltado las jodidas alarmas? Joder, que no es una prenda de ropa de cualquiera, es tuya y, para rematarlo, la tenía Julia. ¿Cuántos meses hace que ella murió? Es que no me entra en la jodida cabeza la reacción que has tenido esta vez. ¿Qué narices haces ahí todavía?

Capítulo 37

—No quiero irme. —Lloré, provocando que se quedara en silencio de golpe—. Estoy cansada de huir. —Hipé.

—No, no… Escúchame, Lena, por favor. No puedes rendirte, tienes que continuar alejándote a la mínima de cambio y los dos sabemos que esto que estamos hablando de mínimo tiene poco. No me hagas esto porque voy a por ti, me da igual exactamente donde, pero te aseguro que te traigo a rastras conmigo.

»Nunca he estado tranquilo con nuestra separación, pero me aferraba a la determinación que tenías de enfrentar lo que fuera, huyendo, corriendo hacia cualquier lugar si era necesario, apuntando con el arma a quien fuera si considerabas que estabas en peligro… Pero no me jodas ahora, así no, diciéndome que te has dejado vencer.

—Dan, me han encontrado y han estado en la casa después de irme de ella —susurré—. ¿Y sabes qué es lo peor?

—No fastidies que todavía no has terminado —dijo preocupado.

—La camiseta estaba llena de sangre —susurré y tragué con dificultad.

Silencio absoluto al otro lado de la línea, eso es lo que escuché por parte de Dan. Sabía que estaba interpretando lo que significaba y todo lo que abarcaba ese hecho, con su cabeza pensando a muchas revoluciones.

—Lena… Necesito esa camiseta.

—La tengo conmigo. La guardé en una bolsa, aunque tendrá babas de Nala. Yo también la toqué.

—No pasa nada. Ven para aquí, por favor. Tráemela tú.

—No sé qué hacer Dan. —Cerré los párpados con fuerza—. No sé nada. El choque que me llevé ha sido tan grande, tan significativo.

—Piensas que la sangre es de Julia —habló convencido.

—Sí —susurré llorando.

—Joder, joder. —Lo escuché maldecir y continuó haciéndolo. Salió del coche cerrando con otro portazo.

—Encontré otra cosa.

—No puede ser…

—En el interior de la vivienda solo había una que no tenía que estar.

—¿Por qué? ¿No era tuyo?

—Sí, es mío —dije con voz trémula—, pero tampoco lo traje conmigo.

—¿De qué se trata? —Quiso saber entre desesperado, asustado y cabreado.

No me hacía falta verlo ni tenerlo delante para adelantarme a todas sus reacciones y gestos.

—No lo vi la primera vez que entré en la casa porque solo observé la zona desde la puerta abierta, pero al ponerme nerviosa con lo de la camiseta y después de salir del *shock*, corrí al interior, asustada. Volví a recorrerla entera, pero con un interés diferente.

»Al llegar al baño de la habitación, al que ya te he dicho que no llegué a entrar, solo le eché un vistazo de lejos porque la puerta estaba abierta, me encontré con una pinza del pelo en el mármol del lavamanos. Era lo único que había encima de él. ¿Y sabes quién la tenía porque también le encantaba?

—Julia.

—Sí, hace mucho tiempo que pensaba que la había perdido, desde el mismo momento en el que una tarde en mi piso a Julia se le rompió la suya y se la ofrecí. Con la broma me dijo que tardaría en verla de nuevo. Sabes que nos intercambiábamos muchas cosas. Esa pinza me la regaló Julia una vez que salimos de compras, no es parecida a las comunes, destacaba.

—Lena, ¿te das cuenta de que las dos cosas eran tuyas y las tenía Julia?

—Sí —susurré.

—Te han lanzado un jodido mensaje. ¿La camiseta tenía rastro de haberse mojado por la lluvia?

—No, no está llena de barro ni de restos. La mancha de sangre no está difuminada ni se ha corrido.

—Tienes que irte de ahí. ¡Ya!

—Tengo mucho miedo, pero…

—Habla con Kyan, iros los dos. No dudo ni por un segundo que si le cuentas lo mismo que a mí te sacará volando del pueblo.

—No quiero ponerlo en peligro, no más de lo que está —murmuré—. No me perdonaría nunca que le pasara algo por mí.

—Tiene que estar informado, Lena, preparado para lo que pueda pasar.

—No hables con él sobre esto —hablé dejándole clara la súplica en mi petición.

—Lena…

—Por favor, Dan.

—Te respetaré hasta que pueda, te lo prometo.

—¿Eso qué significa?

—Que muy a mi pesar saltaré por encima de mi promesa si todo se descontrola y sé que tu vida está en un peligro inminente.

—Vale —murmuré.

—No te vengas abajo, por favor. Lena…

—Estoy bien.

—Claro, perfectamente.

—¿Cómo quieres que te haga llegar lo que encontré?

—Por agencia, pero no a mi casa. Anota la dirección que te voy a decir.

—Espera. —Entré en la aplicación de notas—. Ya.

Tecleé todos los datos que me dio y los dejé grabados.

—Me jode que tengas que salir de la casa para eso. ¿Por qué no se lo pides a Diana? Hazlo, mételo en una caja y la dejas precintada con la dirección escrita en ella.

—Verá raro que no lo haga yo —solté un suspiro.

—Y te preguntará…

—Sí.

—Normal. —Bufó.

—Aunque si la llamo diciéndole que no me encuentro bien…

—Sería una opción viable.

—Vale.

—No te sientas mal por mentirle.

—Duele mucho, Dan, todo.

Me levanté despacio y caminé hacia la puerta. La dejé cerrada y recorrí la habitación con la vista. Continuaba vacía y silenciosa.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Sentarme frente al fuego con Nala. —Salí al pasillo, directa al salón.

—Buen plan.

No dije nada. Me senté en el sofá viendo a Nala dormida. Subí las piernas y las flexioné rodeándomelas con un brazo.

—Te dejo, ya te he retrasado mucho.

—No digas tonterías —se quejó.

—Gracias por estar siempre. —Apoyé la frente en las rodillas.

—Siempre, nunca lo olvides. —Apreté los párpados, conteniendo las lágrimas—. Descansa un poco porque doy por hecho que no lo haces durante las noches.

—Algunas atrás sí que he dormido, Kyan se esmeró en que lo consiguiera.

—No quiero saber cómo, no me hacen falta los detalles. —Sonó divertido y curvé un poco los labios.

—No iba a decírtelo.

—Como si lo necesitara por todo lo que ha pasado por mi cabeza —continuó con el humor—. Colgamos ya, pero hablamos más tarde.

—Vale, ten cuidado.

—Soy yo el que tiene que decírtelo. No bajes la guardia, ahora menos que antes.

—No lo hago nunca —solté un suspiro.

Después de varios comentarios más de despedida, bloqueé el teléfono y lo dejé en la mesa baja. Me tumbé en el sofá, cubriéndome con la manta que reposaba en el brazo. Aferrada a ella, observé cómo las llamas consumían la madera y se alzaban.

—No rendirme, no flaquear, no perder la esperanza… —susurré repitiéndome las mismas palabras que tantas veces tenía que recordarme y que me habían servido de mantra.

Tragué saliva, con mucha tristeza, porque por primera vez no le encontré sentido a continuar para enfrentar lo que fuera. Desvié la mirada a Nala. Se levantó de su cama y de un salto se subió al sofá, acomodándose a mi lado. Sonreí acariciándole la cabeza, antes de abrazarla y pegarme a ella.

De esa forma los párpados se me cerraron poco a poco, hasta que dejé de ser consciente.

✣ ✣ ✣

Al notar algo raro me moví rápido. Fue un acto reflejo sin conseguir abrir todavía los párpados. Levanté un brazo y agarré con fuerza algo que estaba cerca de mí. Mis ojos se encontraron con los de Kyan. Lo que había agarrado era su mano, a muy poca distancia de tocarme la cara. Estaba sentado en la mesa baja.

—¿Qué hora es? —Me incorporé sentándome, ignorando cómo me observaba por mi reacción.

—Las doce.

—¿Ya has terminado de trabajar?

—Por hoy sí. —Apoyó los codos en las piernas, sin apartar la atención de mí.

—¿Vas por la tarde? —negó.

—Tengo que hacer varias cosas, pero puedo hacerlo desde aquí, en el despacho.

—Me gusta verte trabajar —sonreí en un intento de borrar el desconcierto de su cara.

—Sí, ¿eh? —sonrió de medio lado y asentí—. ¿A qué tipo de trabajo te estás refiriendo? —Levantó una ceja.

—Ahora mismo al de tu despacho —negué divertida.

Se levantó y se puso a mi lado en el sofá.

—¿Y Nala? —pregunté al darme cuenta de que no la veía.

—En el jardín, necesitaba salir. Ahora vamos a dar un paseo con ella.

—No hace falta, ya se habrá desahogado. —Sentí su mirada de reojo, duró poco tiempo.

—Como quieras. ¿Te encuentras bien?

—Sí, aunque rara. —Empecé con la mentira que necesitaba que fuera creíble, incluyendo a Diana porque al día siguiente tenía la intención de llamarla para que viniera a por la caja.

Sabía que Kyan guardaba en la caseta del patio algunas desmontadas para cuando las necesitaba. Y a mí me vendrían genial para lo que tenía que hacer.

—¿Y eso? —Giró el cuerpo hacia mí, con el ceño un poco fruncido.

—No sé, lo mismo estoy incubando un resfriado. —Me encogí de hombros.

No hizo ningún comentario al respecto, se mantuvo callado, observándome con detenimiento.

—Ven aquí. —Me acerqué y solté un suspiro cuando me rodeó con los brazos—. Ahora sacaré un recipiente de caldo del congelador, te sentará bien comer una sopa caliente. —Me dio un beso en la cabeza.

—Sí —susurré cerrando los ojos.

Nos quedamos abrazados, de esa forma nos encontró Nala cuando apareció en el salón. Sonreímos al verla dar varias vueltas frente a la chimenea, después vino hacia nosotros y se sentó.

—Creo que alguien está pidiendo comer —dijo divertido Kyan.

—Eso parece.

—No te muevas, ya voy yo. —Me dio un beso rápido en los labios y se levantó para ir a la cocina.

Nala lo siguió moviendo el rabo de un lado al otro, feliz. Me quedé observando el arco que separaba la zona, hasta que desvié la mirada y la centré en el fuego. Había dormido tan profundamente que no había escuchado la puerta abrirse, ni a Kyan moviéndose por la casa. Algo que no podía permitir que sucediera.

No por Kyan, pero sí enfocado a mi situación. Estaba tan cansada y agotada… Necesitaba ponerle solución porque había mucho en juego si no me despertaba ante el mínimo ruido.

Me cubrí el cuerpo con la manta, la verdad es que no era mentira del todo que tenía una sensación rara. Escuché a Kyan acercarse, pero no aparté la atención de la chimenea.

—¿Quieres ir al médico? —me preguntó sentado a mi lado.

—No, solo es una sensación. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Seguro?

—Sí —sonreí un poco—. ¿Mario no te dirá nada por estar tanto tiempo fuera del trabajo?

—¿A mí? —preguntó divertido— No, si sumamos todas las veces que ha tenido que echarme a empujones de la oficina o decirme por teléfono que me fuera para casa, ya te digo que podría cogerme mínimo un año de vacaciones —negó.

—Ah, pues ahora estará contento de verte salir tan pronto.

—Le falta poco para hacerme la ola, sí. —Reímos.

Encendió el televisor y nos acomodamos para ver la película que puso. Me hizo tumbarme con la cabeza apoyada en un pequeño cojín que colocó en sus piernas. Nala cuando terminó de comer ocupó su cama, satisfecha.

Me mantuve despierta durante todo el tiempo que duró y al finalizar, nos levantamos los dos para ir a la cocina. Kyan ya había sacado el caldo para que se descongelara, por lo que fue rápido al ponerlo al fuego. Al igual que calentar lo que quedó del día anterior de un guiso. Comimos en la mesa del salón.

—No friegues, más tarde lo hacemos —me pidió abrazándome desde atrás.

—Es un momento.

—Los necesito todos, vamos. —Me llevó con él, ignorando mis protestas.

Caminó sin soltarme hasta la habitación. Se desvistió poniéndose el pantalón de pijama y una camiseta fina. Nos metimos en la cama, pero con la única intención de descansar. Al ponerme de lado me abrazó de nuevo por la espalda y de esa forma, en silencio, sintiéndome segura junto a él, fui cerrando los ojos hasta que el sueño me atrapó.

Lo último que sentí fue el beso que me dio en la cabeza y el suspiro que salió de mis labios por la agradable sensación que era constante al tenerlo conmigo.

Capítulo 38

Kyan

Abrí los ojos cuando supe que Lena se había dormido. Yo estaba como para poder dormirme… Con la intranquilidad que tenía desde su reacción en el sofá…

Me había hecho el tonto, dejando que creyera que se me fue rápido lo extraño que me pareció su comportamiento. Nada más lejos de la realidad.

Necesitaba hablar con urgencia con Dan, su amigo, y no para tener las mismas conversaciones de siempre. Lo haría, pero lógicamente cuando estuviera fuera de la casa, sin tener a Lena cerca.

Si ella supiera que solo estaba centrado en cuidar de ella y protegerla. Si salía de casa hacia la oficina era para ultimar algunos detalles y hacer algunas investigaciones. Cuando me reuní con Mario, mi jefe y padre de Diana, al regresar con Lena de la ciudad, fue para ponerlo al día de lo que estaba sucediendo. De todo, sin dejarme nada.

Robin continuaba intentando localizar el coche de los dos hombres que se largaron de aquí de forma precipitada. Por el momento, no había tenido suerte; era como si el vehículo se hubiera evaporado. Pero claro, si no cometían alguna imprudencia era imposible rastrearlos con el margen que tuvieron para irse tranquilos de aquí.

No había sido la primera vez que le había propuesto a Lena el salir de casa. Desde el viernes que regresó estando yo dentro, de su paseo por el «bosque», no había vuelto a pisar la calle. Sus negativas para no hacerlo eran constantes, poniendo excusas varias que a simple vista parecían normales.

Para nada lo eran, al menos yo no me las tragaba. Cada vez me costaba más mantenerme al margen, no saltar para hablarle claro. En todo este tiempo no me había confiado ni un pequeño dato de lo que le sucedía y muchas veces me atormentaba pensando cuál era el motivo de ello. Sabía que confiaba en mí, pero me dolía el no poder llegar a la parte que escondía.

Muy a mi pesar estaba seguro de que, si sacaba el tema e insistía, se cerraría en banda. Si seguía haciéndome el tonto ante ella, en el sentido de hacerla creer que la creía en todo lo que me

decía, era porque necesitaba tenerla cerca, a poder ser como estábamos ahora, conmigo abrazándola. Eran los únicos momentos en los que encontraba algo de tranquilidad y paz, al estar encerrados en la casa.

Había regresado varias veces donde ella vivió, pero los resultados siempre eran los mismos: nada y encontrarla solitaria en medio de la naturaleza. Necesitaba destacar lo que escondía, pero ¿cómo mierda hacerlo sin que se apartara de mí? Ni puñetera idea.

Se removió entre mis brazos, intranquila. Centré los ojos en la parte posterior de su cabeza. La acerqué más a mi cuerpo. Por suerte al notarlo conseguí que se quedara inmóvil y continuara con un sueño tranquilo, al menos eso esperé.

Durmió durante una hora en la que estuve pendiente de ella cada segundo que fue pasando, sin poderle poner freno a todos los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

—Hola —susurró adormilada, girando hacia mí.

—Hola. —La besé en los labios.

—¿No has dormido?

—Me he despertado hace poco. —Una mentira muy necesaria porque provoqué que sus labios se curvaran.

—¿Por esto? —Deslizó la mano por encima de mi erección.

Sí, estaba duro desde hacía tiempo. ¿Qué queréis? Era el efecto del cuerpo de Lena junto al mío.

—He tenido un sueño húmedo y muy, pero que muy caliente contigo. —Le lamí los labios y le apresé el interior con un poco de fuerza cuando metió la mano por dentro.

—¿Cómo de húmedo? —Me acarició el glande, con movimientos lentos.

—Con tus piernas abiertas y tu sexo expuesto para mi disfrute. —Le retiré el pelo de la cara —. No te imaginas lo que te he hecho en sueños. —Le besé el cuello, mientras me acariciaba todo el largo de la erección.

—Demuéstramelo.

—Ahora no.

Se quedó descolocada cuando me moví rápido y me alejé para salir de la cama. Solté una carcajada al verla sentada, haciendo una mueca.

—Primero tengo que trabajar, después te haré todas las demostraciones que quieras. —Le hice

un guiño.

—Pues vaya. —Volví a reír entrando en el baño.

Me costó mucho esfuerzo tomar esa decisión, la de separarme de ella. Miré mi imagen en el espejo, acomodándome la erección por debajo del pantalón. Dejé salir el aire despacio y, duro todavía, salí al cabo de unos minutos.

—¿Te vas? ¿Así? —preguntó extrañada cuando me quité la ropa. Me quedé desnudo por completo, con el miembro apuntando hacia arriba. No apartó la vista de él.

—Ya te he dicho que no, pero después del trabajo quiero hacer deporte. —Levanté el pantalón del chándal que dejé el día anterior en una silla.

—Ah —sonrió con las mejillas sonrojadas.

Me lo puse rápido, al igual que una camiseta fina, antes de tirar por tierra la decisión. Me acerqué a la cama y me incliné agarrándola de la nuca.

—Créeme que continuará duro —susurré sobre sus labios—. Por tu culpa voy a tener que trabajar de esta forma. —La besé con fuerza.

Me separé incorporándome. Le hice un guiño antes de dirigirme hacia la puerta y la dejé sola.

—No te toques —grité desde el pasillo.

—Eres tú el que te has ido. —Igualó mi tono de voz.

—Sí —me asomé por el hueco de la puerta—, pero cuando dentro de un rato meta la mano entre tus piernas quiero encontrar tu sexo como lo tienes ahora. Si te has mojado tendrás que aguantar —sonreí de medio lado—. Nada de toques, ni de roces, como tampoco quiero que te limpies. Eso lo harán mis dedos, mi lengua y mi miembro.

—Vete ya, lo estás poniendo peor —se quejó y reí, dirigiéndome al despacho.

Me senté en el escritorio y levanté la pantalla del portátil. Mientras arrancaba llevé la vista al pasillo, viendo cómo Lena salía de la habitación. Me sonrió antes de desaparecer. Centré la vista en el ordenador y tecleé la clave.

Durante unos cuarenta minutos estuve concentrado en el trabajo, sin despegar la vista de la información. Tarea difícil porque a los veinte minutos Lena apareció y ocupó un sillón que había en un lateral. Me trajo un café con leche y se tomó el suyo haciéndome compañía en silencio.

Cuando terminé y dejé cerrado el ordenador, recosté la espalda en la silla, mirándola pensativo.

—¿Todo bien? —sonrió.

—Sí. —Me levanté despacio.

Me acerqué a ella y me incliné hacia delante, apoyando las manos en los brazos del sillón.

—Queda poco —susurré sobre sus labios.

—¿Todavía no?

Como respuesta reí poniéndome recto. Le hice un guiño y me dirigí hacia la máquina de pesas que había al fondo.

—Ahora vuelvo —dijo.

Asentí y empecé a hacer deporte, así continué hasta que apareció unos quince minutos después, en los que ya estaba sudando por el esfuerzo. Cerró la puerta y sin parar de subir y bajar pesas, la seguí con la vista con una ceja levantada. Caminó hasta la mesa y se sentó encima de ella, cerca del filo.

Ninguno de los dos dijo nada, ni falta que hizo. Ya no llevaba toda la ropa que hasta hacia poco cubría su cuerpo. El pantalón había desaparecido, como también su braga. Lo único que mantenía era el jersey ancho que le llegaba hasta por las ingles. Solté las pesas de golpe al ver su sexo perfectamente, libre de obstáculos.

Balanceó las piernas en el aire, como si no pasara nada, hasta que fue abriéndolas poco a poco, quedándose expuesta para mí. Mi miembro reaccionó rápido, como para no hacerlo. Se endureció y tensó ante el espectáculo de verla, como también por cómo se subió el jersey liberándolo del trasero. Quedó por encima de su cadera.

—Creo que ya puedo hacerlo, ¿no? —dijo mordisqueándose el labio inferior.

—Sí —confirmé cuando llevó varios dedos a su zona íntima y la recorrió entera con ellos.

Con los labios entreabiertos echó ligeramente la cabeza hacia atrás, junto a la parte alta de su cuerpo, sujetando su peso con la mano libre. La otra estaba muy entretenida acariciándose, dándose placer. Jadeó al primer roce intenso en el clítoris, el que rodeó insistentemente, mojándolo con la humedad que había arrastrado. Sus dedos se deslizaron tan rápido encima de él, provocando que respirara desacompasada y que de su garganta salieran gemidos por el placer que se daba.

Me presioné la erección por encima del pantalón, con necesidad. Dejó caer la espalda en la mesa, quedándose tumbada cerca del portátil y subió los pies, abriendo aún más las piernas.

—¿Te gusta lo que ves? —Jadeó abierta por completo ante mí. Podía ver perfectamente lo brillante que tenía la zona.

—Demasiado —hablé con voz ronca—. Más rápido.

—Síií… —gimió al hacerlo. Sus dedos tomaron más velocidad y su espalda se curvó hacia arriba.

—Para. Ahora despacio. —Jadeó como protesta ante mis palabras, pero lo hizo.

Arrastró los dedos mojados recorriendo cada pliegue, introduciendo uno de ellos en la cavidad que estaba seguro de que ya estaba preparada para acogerme: caliente, abierta y húmeda. Por ese pensamiento mi miembro, oculto, palpitó con fuerza y un escalofrío me recorrió al no atenderlo.

—Ábrete los labios. —Me levanté despacio, empezando a dar pasos cortos hacia ella, sin poder apartar los ojos.

Se los separó con los dedos de la otra mano, dejándome el camino libre, mientras se aceleraba al continuar atendiendo su punto de placer.

—Kyan… —gimió moviéndose sobre la mesa, haciendo fuerza con los pies en el filo.

—¿Qué quieres, Lena? ¿Por dónde empiezo? —Jadeó cuando introduje de golpe un dedo en su interior. Como ya daba por hecho, estaba perfecta para mí—. ¿Por aquí? —Lo moví en su interior, alterándola—. O tal vez prefieres esto. —Le retiré la mano con la que se tocaba para sustituir sus dedos por los míos, para frotarle el clítoris—. ¿Así, o prefieres mi lengua y mi boca lamiendo y succionando todo lo que me estás ofreciendo? ¿O quizás quieres a mi miembro deslizándose y mojándose por tu excitación que brilla? Dime, te aseguro que lo tienes listo para llenarte.

—Todo —gimió cuando aceleré el ritmo con el que la masturbaba.

—Mmm… Necesito muchas horas para ese «todo». ¿Estás segura?

—Sí, joder —gritó desesperada.

—Correcto, ese será el final. No dejes de abrirte los labios —le advertí antes de inclinarme hacia delante.

Mientras lo hacía y antes de que mi boca se posara sobre su clítoris, me bajé el pantalón de deporte de un tirón, liberándome por fin. Gruñí con la primera pasada que hice con la lengua sobre su punto excitado.

—Ohhh… Síií… Más…—gimió mientras le abría con las manos las piernas hasta el límite.

Me volví loco succionando, lamiendo, arrastrando sus fluidos que me supieron a gloria. La llevé al límite varias veces, desviándome del camino para que no se corriera todavía. Durante muchos minutos continúe de la misma forma, haciéndola desesperar con gritos de placer, gemidos y jadeos. Lamí su clítoris despacio, sin prisa. Me agarró del pelo con una mano,

pegándome a ella mientras impulsaba la cadera hacia mi boca, impaciente por llegar al final. Se lo di, dejé que se dejara llevar con dos dedos en su interior, lo que intensificó su orgasmo.

Sus gritos y sonidos fueron una dulce melodía, mientras perdía las fuerzas por unos segundos, degustando los efectos del éxtasis. Me incorporé para besarla, buscando sus labios superiores. Me correspondió con deseo, el que estaba a punto de volver a renacer en ella.

Cuando me separé me incorporé despacio, acariciándole las piernas de arriba abajo, hasta quedarme muy cerca de su sexo. Se removió inquieta, con los ojos puestos en lo que le hacía.

—¿Has tenido bastante? —Mi voz sonó mucho más ronca.

—No, te he dicho que lo quiero todo —sonreí de medio lado.

Tiré de su cuerpo con fuerza, hasta que su trasero quedó la mitad al aire. Guie con la mano a mi erección, acariciándola. La sensación resbaladiza me puso en tensión por el gusto que sentí. Estaba tan jodidamente caliente y mojada. El glande se empapó de sus fluidos, los que se mezclaron con los míos.

—Tú lo has pedido, preciosa.

—Sí. —Jadeó cuando introduje la punta en su interior, pero sin avanzar más.

—Me encanta este calor, es una locura —gruñí conteniéndome.

Capítulo 39

Lena

Me removí inquieta, intentando echarme hacia abajo para que terminara de entrar en mi interior. No me permitió hacerlo, me sujetó de las caderas con fuerza para continuar dentro de mí, pero solo un poco.

—Kyan… —dije desesperándome.

Contuve la respiración cuando se apartó y sus dedos entraron donde quería que lo hiciese su miembro. Los movió en mi interior y dejé salir el aire despacio, cerrando los párpados con fuerza. No encontré dónde agarrarme con las manos, hubiera necesitado hacer fuerza en algo.

Los abrí de golpe cuando arrastró mi humedad hacia atrás, hacia la zona que había tanteado varias veces. Jadeé más por los nervios esta vez, cuando me acarició el orificio trasero, dando vueltas entorno a él. Me quedé inmóvil completamente, no me arriesgué a que yo provocara algo.

—Ya veo hacia dónde tengo que ir para que te estés quieta. —Clavó su erección en mi pierna, haciendo presión. Estaba tan duro…

Ni hablé, nerviosa. Hizo presión hacia dentro y me tapé la cara con un brazo.

—Ahora vuelvo.

—¿Qué…? —Lo seguí con la mirada. Fue a la habitación.

Cuando regresó lo hizo con una caja pequeña. La colocó a mi lado, y la miré con curiosidad.

—Has dicho todo. —Carraspeó.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué es eso? —Agrandé los ojos cuando sacó un objeto de dentro.

—No hagas tantas preguntas. Solo tienes que saber que lo compré el otro día, todo lo que hay en la caja.

—¿Qué más hay?

No me respondió con expresión divertida. Me cubrió el cuerpo con el suyo, buscando mis labios.

Cuando nos apartamos lo hicimos casi sin respiración. Se incorporó, me levantó el jersey dejando al aire mis pechos y pasó la lengua por las puntas duras y erectas. Me tensé cuando dio varios tirones en ellos y después los masajeó con los dedos.

La pregunta de «¿qué es eso?» la había hecho por los nervios. Sabía muy bien lo que había cogido y más claro me quedó cuando sacó de la caja un bote de lubricante y dejó caer el contenido sobre el objeto. Lo impregnó mucho, acariciándolo con los dedos, mientras nuestros ojos no se apartaban del otro.

Era pequeño, pero, aun así, me pareció enorme. Di un respingo cuando colocó una mano sobre mi barriga, provocando que sonriera de medio lado.

—Kyan…

—Relájate, no voy a hacer nada que te haga daño.

—Lo sé, pero es que… —Bufé nerviosa.

—Ven. —Me agarró de un brazo incorporándome.

Me quedé sentada en la mesa, pero no por mucho tiempo. Me hizo bajar y darle la espalda. Me guio en el movimiento hasta que mi pecho tocó la madera. En esa nueva postura tocaba el suelo de puntillas, la mesa era bastante alta. Me puse rígida cuando me separó las nalgas, pero me relajé cuando arrastró el objeto por mi sexo.

Jadeé cuando activó la vibración sobre mi clítoris, ese detalle lo ignoraba. Cerré los párpados con fuerza, intentando agarrarme con las manos a algo, sin éxito.

—Ahhh… —gemí repetidamente con fuerza, cuando aceleró la velocidad sin apartarlo de mi botón inflamado y a estas alturas desesperado de nuevo.

—¿Te das cuenta? Solo está destinado para el placer, Lena.

—Sí. —Jadeé.

Lo separó para agarrarme de las nalgas de nuevo, deslizando mi cuerpo hacia abajo. Me quedé apoyada en la mesa hasta el ombligo. Contuve la respiración cuando entró dentro de mí de un solo movimiento profundo y certero, llenándome como deseaba.

—Más… —gemí intentando pegarme a él.

No hizo falta que le insistiera esta vez. Empezó un baile impulsándose hacia mí que me volvió loca, sintiendo cómo me llenaba una y otra vez, con movimientos duros y rápidos. Hasta que los ralentizó y me estremecí cuando me rodeó el clítoris con los dedos. Jadeé al frotármelo, momento en el que volvió a moverse en mi interior, igualando el ritmo de su mano.

—Síií… Kyan… —grité después de unos minutos, desesperada por liberarme.

No entraba en sus planes permitirlo. Excitada al máximo, abrí los ojos de par en par al sentir la punta del objeto en mi orificio trasero, con su miembro quieto en mi interior. Para mi tranquilidad lo presionó hacia dentro y se coló con más facilidad de lo que pensaba, aunque debo decir que el roce de sus dedos en mi clítoris me despistó porque no dejó de tocarme. Igualmente intenté no moverme por la intrusión inesperada, pero sorprendentemente nada molesta. Solo tuve una sensación rara.

—Ya está. —Me acarició las nalgas con las dos manos, dejando el objeto dentro de mí.

—Joder. —Solté un bufido, apoyando la frente en la madera.

—Relájate, no ha sido para tanto, ¿no?

—No, me da más susto pensarlo que lo que es —dije con la voz entrecortada, provocando que soltara una carcajada.

Retrocedió despacio y se impulsó con fuerza hacia mí. Contuve la respiración al repetirlo varias veces. Su mano volvió a mi punto de placer y sin parar sus embestidas. Cada vez que creía que me podría liberar porque no lo soportaba más, bajaba la intensidad. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando activó la vibración del objeto.

Vibró en mi zona trasera, erizándome el vello, sin que Kyan dejara de entrar en mí una y otra vez. Llena por los dos sitios, con sus dedos frotándome el clítoris me corrí desesperada con un orgasmo largo e intenso, que me dejó sin respiración durante unos segundos. Me separó las nalgas y se movió a un ritmo frenético, con la finalidad de llegar al final también.

Con la vibración constante todavía dentro de mí, volví a correrme porque parecía que Kyan no quería terminar. No lo pude resistir. Justo en ese momento retiró de un movimiento rápido el objeto de mi interior y se dejó ir él, con gruñidos y gemidos de placer.

Pegó su pecho a mi espalda y me besó en la mejilla.

—Al final te has salido con la tuya —solté un suspiro.

—¿Lo dudabas? No puedes decirme que no lo has disfrutado. —Me retiró el pelo de la cara, acariciándomela—. Tu cuerpo ha hablado por ti, gritando silencioso lo que deseaba.

—Pero solo eso va a entrar. —Me dio una palmada en una nalga, para frotarla después.

—Ya veremos… —Carraspeó.

Se separó de mí, sacando su miembro de mi interior. Dejé salir el aire despacio. Me ayudó a incorporarme y me giró, besándome con delicadeza.

—Voy a ducharme, ¿me acompañas? —me preguntó en tono bajo.

—No. —Reí, provocando que él también lo hiciera, aunque se mostró como indignado—. Que nos conocemos. Ve tú primero, cuando termines me ducho yo.

Salimos de la habitación y soltamos una carcajada al encontrarnos a Nala tumbada frente a la puerta. Se levantó rápido, moviendo el rabo. Kyan entró en la habitación y yo, como le dije, fui hacia la cocina para empezar a preparar la cena. Su comentario fue que él la terminaba de hacer cuando saliera del baño, cuando yo entrara.

En la cocina, caminé hacia una de las ventanas y me asomé por ella, mientras le acariciaba la cabeza a Nala. Recorrí varias veces con la vista la calle iluminada por las farolas. No había movimiento fuera.

—¿Qué miras?

Di un salto por el susto que me llevé al escuchar a Kyan.

—Joder. —Puse una mano en mi pecho—. Ya tenías que estar en la ducha. —Bufé.

—Tengo sed. —Se cruzó de brazos.

—Solo estaba observando la calle, sin ningún sentido. —Me encogí de hombros.

Me siguió con la mirada cuando fui hacia la nevera. Agradecí que se acercara al armario a por un vaso y que lo llenara de agua con la jarra que había en la encimera.

—¿Quieres?

—No, gracias.

—Ahora sí me voy a la ducha. —Me dio un beso rápido en los labios.

Dejé salir el aire despacio cuando desapareció por el pasillo. Me presioné la frente apoyándome en la isla, así continué durante unos segundos. Notaba mucha presión en la cabeza y esta vez era una gran verdad que empecé a no me encontrarme nada bien.

Me moví para entretenerme con la cena. Cogí una bolsa de panes de hamburguesas y saqué dos. Los coloqué abiertos en platos y me puse a cortar lechuga y tomate a rodajas. Saqué de la nevera el paquete de queso y la carne. El primero lo dejé al lado de lo que estaba preparando, la segunda la metí en la sartén sin encender el fuego, para que Kyan se encargara de hacer las

hamburguesas mientras me duchaba.

Pensando en él…

—¿Ya estás? —le pregunté sonriendo. Asintió.

—Ve tú. —Me dio un beso en la mejilla cuando se puso a mi lado.

—¿Quieres hacer patatas?

—No, vamos a lo rápido. Ahora saco unas de bolsa.

—Vale.

Salí de la cocina, viendo a Nala tumbada en su cama. Me duché rápido porque no tenía que lavarme el pelo, pero, aun así, me mantuve debajo del agua durante un buen rato. Me sentó bien, pero ni por esas conseguí que la cabeza dejara de dolerme.

Me sequé el cuerpo y me puse un pijama limpio. Me encantaba la sensación de recién puesto. Fui al encuentro de Kyan.

—Justo a tiempo —dijo cuando colocaba la última hamburguesa y la tapaba con el pan.

—Lo he olido —dije divertida, pero él no sonrió.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber con el ceño ligeramente fruncido.

—Me duele mucho la cabeza —solté un suspiro—. Cuando tenga el estómago lleno me tomo una pastilla.

—Vale. —Cogió los platos y pasó por mi lado.

Lo seguí hasta la mesa. Antes de sentarnos Nala nos pidió salir al patio trasero y Kyan fue a abrirle la puerta. Cuando volvió, aprovechó antes de sentarse para llenarle el cuenco de comida porque al entrar iría directa a él.

Comimos viendo una serie en la tele, al terminar me tomé la pastilla y nos acomodamos en el sofá para darle fin al día.

—No tienes buena cara, Lena —me dijo al cabo de un rato, con expresión preocupada.

—Se me pasará, todavía es pronto para el efecto de la medicación —sonreí con la cabeza apoyada en su pierna.

Era una postura que últimamente se repetía mucho, yo tumbada y él recostado en los cojines, con las piernas subidas a la mesa baja de enfrente.

—Vamos a la cama ya, necesitas cerrar los ojos.

—Puedo aguantar un poco más.

—No lo hagas por mí —me advirtió.

Nos despedimos de Nala que volvía a estar tumbada en su cama y fuimos hacia la habitación. Kyan fue apagando las luces, no tuvo que hacer nada en la chimenea porque hacía horas que habíamos dejado que se apagara el fuego. Entré un momento rápido al baño y me metí debajo del nórdico, soltando un suspiro de alivio.

Kyan no tardó en tumbarse a mi lado y como siempre, levantó el brazo que quedaba a mi lado para que fuera hacia él, para abrazarme.

—¿Se te ha aliviado algo?

—No —susurré.

—Avísame si empeoras.

—Vale. —Le di un beso en el pecho.

Este momento era uno de los que más me gustaban, notar su respiración pausada y el latido de su corazón, mientras me hacía pequeñas caricias en la espalda, pegándome a él. Alargó el otro brazo para apagar la luz del cabecero y en la oscuridad, cerré los ojos sintiendo mucha presión en ellos.

Dejé salir el aire despacio, varias veces, y me acomodé abrazándolo. Me encantaba el calor que desprendía, junto a su presencia me hacían sentirme segura y a salvo, como si nada pudiera sucederme.

Apreté los párpados intentando desviar el último pensamiento, porque si no el dolor de cabeza se intensificaría y ya era bastante insoportable. Curvé los labios cuando me dio un beso en la cabeza, ese fue mi último recuerdo de la noche porque sorprendentemente, me quedé dormida sin darme cuenta.

Hacía tanto tiempo que no me sucedía…

Capítulo 40



Apoyé la caja de cartón plegada en la mesa del porche trasero y la monté, dándole forma con la cinta adhesiva. Después de dejar la base reforzada entré en la casa para ir a la habitación. Lógicamente estaba sola, hacía media hora que Kyan se había ido hacia el trabajo.

Quería hacerlo rápido porque cada vez regresaba más pronto y no podía sorprenderme en lo que iba a hacer. Ya le había enviado un mensaje a Diana pidiéndole el favor de que viniera a recoger el paquete. Al final no necesitaba inventarme ningún malestar porque lo sentía de verdad.

Nada más abrir los ojos por la mañana me quejé por la claridad. Me había despertado con el mismo dolor de cabeza y el cuerpo solo me pedía estar tumbada y a oscuras, sobre todo lo último.

Abrí el armario del vestidor y saqué mi maleta. La abrí y por unos minutos me quedé paralizada al ver las dos bolsas unidas. Tragué saliva y las saqué rápido. Coloqué la maleta como había estado y caminé ligera hacia el patio trasero. Las metí en la caja y precinté la parte de arriba, dejándola bien cerrada y protegida.

Regresé el rollo de cinta adhesiva a su lugar en la caseta y entré en casa con la caja. Dejé la puerta abierta porque Nala continuaba jugando. En el salón cogí el móvil y busqué la nota en la que escribí la dirección que me dio Dan. La puse bien visible en la parte alta.

Con todo lo importante y urgente hecho, solo me faltaba esperar a que llegara Diana, que ya venía en camino. Me senté en el sofá cerrando los ojos, deseando terminar con eso para tumbarme en el sofá y olvidarme para centrarme solo en mí. Notaba todo el cuerpo pesado y la presión en la cabeza cada vez era más insoportable.

Pasados unos minutos sonó el timbre de la puerta y fui a abrir. Nala entró corriendo para saludarla, ganándose varias caricias y besos. Volvió a irse encantada, para seguir con su juego.

—¿Cómo te encuentras, cariño? ¿Se te ha pasado un poco?

—Pachucha. No. —Hice una mueca.

—¡Qué cara tienes! —Me frotó los brazos, preocupada.

—Me he tomado una pastilla después de desayunar, todavía es pronto, aunque la de anoche no me hizo nada —hablé en tono muy bajo porque me molestaba hasta mi propia voz.

—Dame la caja y me voy ya, te dejo descansar.

—Gracias por el favor —le sonreí.

—¿Qué dices? No es nada. —Le quitó importancia con un gesto de la mano.

Le di la espalda para ir hasta la mesa del salón, donde estaba la caja. La observé pensativa, hasta que la cogí.

—Ya es mía. Vale, está la dirección —dijo leyéndola.

—Sí, es para un amigo.

—Para quién sea, pero llegará pronto. —Acompañó a sus palabras con un guiño.

Agradecí que no me hiciera preguntas de a qué amigo me había referido. Nunca le había hablado de mi vida, más allá de lo que conocía del pueblo. Bueno, algunos detalles como ya sabéis los mantenía para mí, pero lo hacía por ella, para que estuviera a salvo y segura.

Nos dimos un beso en la mejilla y me dejó sola, diciéndome que más tarde me escribiría para saber cómo me encontraba. Eché la llave en la puerta y fui hacia la puerta trasera, para que Nala entrara antes de acomodarme. La llamé y corrió hacia mí. No iba a dormirme dejando la puerta abierta de par en par.

Nala fue a beber a la cocina, yo caminé hasta el sofá. Me tumbé tapándome con la manta y me acurruqué cerrando los ojos, pero los abrí al llegarme un mensaje.

Kyan: *Hola preciosa, ¿cómo te has levantado?*

Se fue estando yo dormida, todavía no lo había visto hoy.

Lena: *No muy bien, con el mismo dolor. Acabo de tumbarme en el sofá, no tengo fuerzas para nada más. Solo quiero cerrar los ojos.*

Kyan: *Es que no tienes que hacer nada más que descansar para recuperarte. No te muevas de ahí, en media hora salgo del trabajo.*

Lena: *No lo hagas por mí, tampoco soy buena compañía porque me cuesta hasta hablar.*

Kyan: *¿Quién ha dicho que vaya para hablar? Solo quiero estar contigo y cuidarte.*

Me salió una sonrisa tonta al leerlo.

Lena: *Vale, no sé si me encontrarás dormida.*

Kyan: *Quiero encontrarte así, por lo tanto, ya sabes… Cierra los ojos y descansa, no te enterarás cuando llegue.*

Lena: *Hasta ahora, Kyan.*

Kyan: *Cuando despiertes estaré ahí. Me pasaré por la farmacia para llegar con pastillas, no quedan muchas.*

Dejé el móvil en la mesa baja y volví a acomodarme en el sofá. Nala cuando salió de la cocina se subió en él y se acurrucó en mis pies, con la cabeza apoyada en ellos. Me presioné la frente al cerrar los ojos de nuevo, pero tuve que abrirlos para hacer una última cosa antes de que apareciera Kyan. Le escribí un mensaje rápido a Dan.

Lena: *Buenos días, espero que el día haya empezado bien. Diana se ha llevado el paquete, ya debe estar en la agencia para enviártelo. Dentro de poco, es todo tuyo.*

Por la hora que era no esperé a que me respondiera, tampoco pude mantener durante más tiempo los ojos abiertos. Esta vez sí, los cerré definitivamente y poco a poco me quedé dormida, acurrucada junto a Nala.

✣ ✣ ✣

Entreabrí los ojos despacio, desorienta porque había demasiada oscuridad. Lo primero que vi fue el fuego intenso de la chimenea. Busqué a Nala, no estaba en mis pies ni en su cama. Me moví haciendo una mueca, presionándome la frente.

La persiana de la cristalera del salón estaba bajada, las luces apagadas. Las persianas de las ventanas de la cocina estaban a medio bajar, impidiendo que entrara mucha claridad. Por eso supe que no era de noche. Miré hacia el pasillo, no se escuchaba nada.

Me incliné hacia delante para comprobar la hora en el teléfono, eran las dos y cuarto del mediodía. Me sorprendí por las horas que había estado dormida. Me puse de pie para buscar a Kyan, tenía que estar en la casa y Nala también, a no ser que… No, la había sacado a pasear. Lo supe cuando vi la puerta del patio entreabierta. Fui mirando hacia todas las habitaciones conforme avanzaba, sin encontrar a Kyan. Hasta que di con él, estaba sentado en la mesa que utilizaba como escritorio.

—Eh. —Se levantó al verme, hablando en tono muy bajo.

—Hola —le sonreí un poco.

—Hola. —Me acarició la cara cuando llegó a mí—. ¿Cómo te encuentras?

—He dormido mucho, pero el dolor sigue latente —solté un suspiro.

—Joder. —Apretó la mandíbula—. Necesitabas descansar.

—Por lo visto sí. —Lo abracé y me correspondió al instante.

—Vuelve al sofá o a la cama, lo que prefieras. Hasta hace poco he estado junto a ti, pero Nala me ha pedido salir y he aprovechado para mirar una documentación que Robin me ha enviado.

—No tengo más sueño. —Arrugué la nariz.

—Pues no duermas, pero allí no hay la claridad de aquí. Ven. —Me cogió de la mano y tiró de mí, llevándome con él.

—Puedo ayudarte en la cocina.

—Pero yo no quiero. —Me hizo un guiño.

Insistió en que me sentara en el sofá, o más bien, me obligó a hacerlo. Subí las piernas y me cubrí con la manta. A pesar de que la casa estaba a muy buena temperatura por la calefacción y de que la chimenea calentaba, me acurruqué pegándomela al pecho.

—En un rato vengo, voy a dejar haciéndose la comida. —Me dio un beso rápido en los labios, antes de dirigirse a ella.

Cogí de la mesa baja el móvil. Cuando activé la pantalla para ver la hora vi el mensaje de respuesta de Dan y a estas alturas debía estar preocupado. Llevé la vista hacia el arco que daba a la cocina y al no ver a Kyan desbloqueé el teléfono y entré a leer el mensaje completo. Bueno había varios.

Dan: *Hola, Lena. Perfecto, en dos días lo tendré. ¿Cómo has pasado la noche y se presenta el día?*

Veinte minutos después…

Dan: *Lena, ¿está todo bien? Dame alguna señal para que no me dé algo.*

Diez minutos más tarde…

Dan: *Joder, me estoy preocupando. Siempre respondes rápido y si no puedes me avisas para escribirme más tarde.*

Esos eran todos los mensajes que me había enviado, el último de hacía cuatro horas.

—¿Qué haces? —Me sobresalté al escuchar la voz de Kyan.

Salí de la conversación mientras lo miraba.

—Iba a escribirle a Dan.

—He hablado con él esta mañana. —Se sentó en el brazo del sofá.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha llamado porque no te localizaba —comentó mirándome fijamente.

—Ah, no he escuchado el móvil.

—Estaba preocupado y lo he tranquilizado diciéndole lo que te sucedía.

—Gracias —sonreí quedándome tranquila porque no estaría subiéndose por las paredes al no localizarme, o viniendo hacia aquí rápido.

Se levantó y se sentó a mi lado.

—Le he dicho que cuando te encontraras mejor lo llamarías.

—Claro.

—Ahora no. Todavía se nota en tu cara el dolor, Lena. No tendríamos ni que estar hablando nosotros —negó.

—No pasa nada. —Puse una mano sobre su pierna y apoyé la cabeza en su hombro—. ¿Has salido con Nala en algún momento?

—No he querido dejarte sola. —Me apretó a él.

—No me hubiera enterado.

—Da igual, el patio es lo suficientemente grande para que corra de un lado al otro. Estoy haciendo pasta, ¿te apetece? —asentí— En unos minutos estará.

—Solo comeré un poquito. No tengo nada de hambre, pero para tomarme la pastilla me vendrá bien —solté un suspiro.

—No hables tanto —me pidió casi susurrando.

Nos quedamos en silencio. Nala apareció caminando y se puso delante de mí. La acaricié y apoyó la cabeza en el sofá, para estar más cerca.

—Sabe que no estás bien. Cuando me ha pedido salir para desahogarse, antes de salir al patio, ha recorrido el pasillo en los dos sentidos varias veces, como si no quisiera dejarte sola. Cada vez que se acercaba a la puerta regresaba al salón, te observaba desde lejos y volvía a intentar salir.

—Es muy lista. —Le toqué detrás de las orejas y sonreímos los dos por la cara que puso. Le encantaba que lo hiciera—. Me voy a poner bien. —Me dirigí a ella.

Al escucharme hizo un sonido como un lamento. Di una palmada a mi lado en el sofá y subió de un salto, tumbándose.

—Voy a terminar en la cocina.

Lo seguí con la vista hasta que despareció en la cocina.

—Es muy bueno, ¿verdad? —Bajé la mirada hacia ella. Volvió a hacer el mismo ruido.

—Sé que lo sabes. —Dejé la mano encima de su cabeza y cerré los ojos apoyando la mía en el respaldo—. Me siento muy cansada, Nala —dije con un suspiro largo.

Kyan se encargó de poner la mesa y cuando sacó los platos de comida fui a sentarme junto a él. No encendió la tele, como solía hacer los mediodías. Cuando terminamos, después de tomarme otra pastilla, le dije que no me importaba que la encendiera. Sino estaba muy alta podía soportarlo, así que lo hizo cuando nos acomodamos en el sofá. Bajó el volumen al mínimo.

Con la cabeza apoyada en su pierna, sobre el cojín, y de espaldas a la luz de la pantalla del televisor, me adormecí mientras me acariciaba el pelo.

—Kyan… —susurré.

—¿Sí?

—Gracias por todo. —Tuve la necesidad de decirle.

—No me las des, Lena. Descansa.

Cerré los ojos y poco tiempo tardé en desconectar de todo lo que me rodeaba. Entré en un sueño profundo y reparador, al menos deseé que lo fuera.

Capítulo 41



Diez días después…

Saqué el cargador del arma y volví a colocarlo de un movimiento rápido, apuntando hacia delante. Un disparo, dos, tres, cuatro… Bajé la mano.

—Guau —silbó Diana, haciéndome sonreír—. Joder, tres han dado en la diana, menos mal que no te has confundido conmigo. —Reímos por el juego de palabras que hizo—. El cuarto se ha quedado muy cerca. Pues sí, tenías razón en que no debía preocuparme. —Me hizo un guiño caminando hacia mí.

—Mi turno. —Le di el arma y me aparté para que se pusiera en la línea que habíamos marcado con un pañuelo encima de la hierba.

Estábamos en el bosque, yo era el primer día que salía de casa después de no sé cuántos. Ya había perdido la cuenta y mejor no llevarla porque me ponía nerviosa. Conseguí encontrar un poco de paz al sentirme protegida en la casa de Kyan, aunque me había costado no estar pendiente de todas las personas con las que nos habíamos cruzado hasta acceder al bosque.

Era sábado, Kyan había tenido que trabajar junto a Robin. Diana, al saberlo, se había presentado a primera hora en la casa con unos dulces. Después de preparar los cafés desayunamos en la mesa del porche del patio trasero, sin prisa, mientras me contaba cómo le habían ido los días anteriores.

—No te he dicho la última novedad —comentó.

—¿Cuál?

—Hay un chico que viene cada mañana varias veces a la cafetería y que siempre me busca a mí para que le sirva.

—¿En serio? ¿Será porque haces el mejor café?

—Por supuesto, eso lo tenemos claro. —Reímos—. No sé, lo he pillado varias veces

mirándome de una forma…

—¿Lo conoces? ¿Es del pueblo?

—Si te digo la verdad me costó saber quién es.

—¿Y eso?

—Es que se fue hace años de aquí y por lo visto ha regresado, según él para quedarse. —Se encogió de hombros.

—¿Y cómo lo llevas tú? ¿Cómo te sientes?

—Halagada —me sonrió, pero fue una sonrisa triste.

—¿No te llama ni un poquito la atención? —Hizo una mueca—. Vale —solté un suspiro.

—A ver, es muy guapo, ¿eh? Pero es que yo soy muy especial para esas cosas.

—Ya, a no ser que su nombre empiece por erre y termine por ene, que sea moreno, alto, que tenga la profesión de policía… ¿Continuó? —Reí cuando me lanzó un cruasán de los que había traído para desayunar. Aproveché para comérmelo—. Menos mal que no te ha dado por comprar de los grandes. —Soltamos una carcajada.

—Sé que soy tonta y que no tiene sentido, pero…

—No sería la primera vez que te lías con alguien, o es que ves que él busca algo más.

—Creo que sí, noto mucho interés y no quiero hacerle daño.

—¿Te ha propuesto algo?

—No, porque siempre que he intuido que iba a hacer algún comentario me he inventado una excusa para apartarme unos minutos de él. Cuando regreso lo hago cambiando de tema y no vuelve a intentarlo.

—Si quieres mi consejo… Sé clara antes de que sus sentimientos vayan a más.

—Tienes razón. —Hizo una mueca—. Bueno cambiando de tema, ¿hoy va a ser el gran día en el que te saque a rastras de aquí? Porque no veas el gustazo que le has cogido a estar encerrada en la casa de Kyan. ¿Cuánto hace que no sales a la calle? Y no vale que me digas señalando esta zona: cada vez que me apetece vengo aquí y es como si estuviera en el exterior. —La última parte la dijo con retintín. Reí.

—No estaría mal salir un poco.

—¿En serio? Joder, venía preparada con mucha munición por si me ponías excusas a todo —dijo divertida—. Sé que la migraña te dejó muy tocada durante días intensos, como también que cuando pensabas que la tenías superada hizo el amago de regresar y volvió a fastidiarte. Pero ya hace mucho.

—Pues sí, espero no volver a tenerla en una larga temporada —solté un suspiro—. Pero si salgo, no me apetece agobiarme con la gente.

—Vamos al bosque a dar un paseo calmado con Nala, ¿qué te parece?

—Bien —sonreí.

Nala disfrutó mucho en cuanto la solté. Corrió de un lado al otro, mientras nosotras caminábamos, sin alejarnos mucho del pueblo.

—Ya que no te apetece ir de tiendas, porque supondría ver a muchas personas, y más hoy que es sábado… ¿Qué te parece si practicamos un poco de tiro?

—¿Cómo de tiro? —Levanté una ceja.

—Arma arriba, apunta y dispara. Así de sencillo. —Rio por cómo la miré.

—Pensaba que se te había quitado de la cabeza lo me dijiste hace tiempo —negué.

—No —habló cantarina—. Todavía espero quedarme tranquila al verte en acción. La llevas… —Señaló mi mochila. No hizo falta que le respondiera—. Vale, no he dicho nada. Pues claro. ¿Qué me dices? ¿Lo hacemos?

—Con Nala aquí no, me muero si le sucede algo.

—Tranquila, contaba con ello. Yo tampoco lo permitiría. Dentro de un rato volvemos a la casa porque con lo que está corriendo en cuanto entre, solo querrá tumbarse en su cama para descansar.

—¿Y después venimos otra vez? —dije observando la zona— Estamos muy cerca del pueblo, puede pasar cualquiera.

—Nos adentramos un poco más, sé dónde tenemos que ir.

—No sé por qué voy a decir esto, pero… Vale. Al final me has liado. —Bufé haciéndola reír.

Tal y como lo comentamos, lo hicimos. Estuvimos media hora más dejando que Nala se agotara porque no paró ni un momento, y regresamos a la casa. Le llené el cuenco con agua fresca, de la que bebió sedienta. Como anticipó Diana y yo ya sabía, enseguida estuvo tumbada en su cama. Nos despedimos de ella diciéndole que no tardaríamos y tomamos la dirección del bosque.

Me dejé guiar por Diana que parecía tener claro el mejor lugar para lo que íbamos a hacer. Aún no podía creer que hubiera aceptado, ni el motivo para hacerlo, pero si servía para que Diana se quedara tranquila al verme disparar un par de veces el arma, pues tampoco suponía tanto…

Llegamos a una explanada y sacó una libreta del bolso.

—La utilizaremos de diana. —Levantó la hoja que arrancó, moviéndola en el aire.

—Vale —solté un suspiro.

—¿Alguna vez la has utilizado?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—No tanto —asintió y agradecí que no continuara preguntando porque no iba a responder nada más sobre el tema.

Colocó la hoja a unos cientos de metros de distancia, dejándola en buena posición. Me sorprendió con la facilidad con la que hizo un pie con varias ramas. Las sujetó con un coletero.

Y aquí estábamos, yo acababa de disparar y Diana estaba a punto de hacerlo. Tenía el arma levantada y apuntaba hacia la hoja. Hizo los mismos disparos que yo y empezó a saltar cuando terminó. Riendo, así fui a recoger la hoja.

—Perfecto —dije enseñándosela cuando me acerqué.

—Menos mal que no he perdido práctica —dijo divertida—. Hacía mucho que no disparaba una. Esta es buena. —La observó con detenimiento.

—Sí —susurré.

Levantó la vista hacia mí y me la dio. La guardé rápido en el interior de la mochila.

—Si alguna vez sientes miedo para disparar, cierra los ojos y piensa en lo que te estás jugando si no lo haces. ¿Vale? —habló en tono bajo.

—Vale —respondí de la misma forma. Empezamos a caminar en dirección a la casa.

—Lena…

—Todo está bien.

—¿Qué no hayas salido durante tanto tiempo tiene algo que ver con ella? —se refirió al arma

— No he querido preguntarte, pero estaba preocupada.

—Simplemente no me ha apetecido —dije con la vista enfocada hacia delante.

Noté su mirada puesta en mí, pero no aparté la atención de lo que observaba.

—Podemos pedir la comida a domicilio —propuso cambiando la dirección de la conversación.

—Me parece perfecto —asentí.

Sonreí cuando me agarró de un brazo. De esa forma regresamos sobre nuestros pasos. Nala nos recibió contenta y no se separó de mí hasta que no le di una salchicha cocida. Hacía una fiesta cada vez que la conseguía.

—¿Kyan viene a comer? Aún es pronto, pero para pedir más cantidad.

—No me ha dicho nada y no he caído en preguntarle. Se ha ido temprano y estaba adormilada todavía —dije colgando el bolso en una silla del salón.

Me quité la parka y la coloqué encima. Diana hizo lo mismo ocupando otra silla. Saqué el móvil de la mochila, comprobando que no tenía mensajes por leer ni ninguna llamada perdida.

—¿Tú sabes algo por tu padre?

—Ni idea, desde el jueves no lo veo. —Se encogió de hombros.

—Voy a llamarlo para salir de dudas —dije y asintió.

Me llevé el teléfono al oído mientras entrábamos en la cocina. Hice una mueca porque escuché el mensaje que informaba de que no estaba operativo.

—Lo tiene apagado o está sin cobertura —comenté abriendo la nevera. Cogí dos latas de refrescos.

—Pues igualmente pedimos una ración más grande, así lo que quede os lo coméis esta noche o mañana, eso si no aparece dentro de un rato.

—Sí, es lo mejor —asentí.

Fuimos al salón con los refrescos y nos acomodamos en el sofá. Encendí la tele y estuvimos durante un rato viendo un programa que nos hizo reír. Cuando terminó y al no encontrar nada que nos gustara, buscamos una película para ver. Diana me dijo que se quedaría conmigo hasta que apareciera Kyan.

Dimos con una película que nos llamó la atención a las dos. El tiempo pasó sin apenas darnos

cuenta. De una pasamos a otra, dispuestas a hacer un maratón. Para la segunda saqué algo para picotear, dejándolo en la mesa baja.

Al acercarse la hora del mediodía intenté hablar de nuevo con Kyan. Tuve el mismo resultado y no sé por qué, pero empecé a preocuparme. Una sensación de intranquilidad se asentó en mí, la que intenté ocultar ante Diana. Ella se encargó de llamar a un restaurante para que nos trajeran la comida, una que disfrutamos sin movernos del sofá. Con los estómagos llenos nos acomodamos, tumbándonos una para cada lado, mientras empezábamos a ver otra película.

No solo no supe nada de Kyan, sino que a las ocho y media de la noche todavía no había llegado.

—Voy a llamar a Robin —dije nerviosa, a esas alturas sin poder controlar los nervios.

—A ver si hay suerte. Si no te responde llamo a mi padre —asentí.

—Mierda, tampoco no da señal. —Bufé.

—Espera. —Se levantó para ir hasta su bolso. Regresó llamando a su padre—. Papá, hola. —Hizo una pausa—. Estoy pasando el día con Lena. Ajá, sí. —Otra pausa, mientras me hacia un gesto dándome a entender que empezó a hablar de algún tema.

»¿Sabes algo de Kyan y Robin? —Por fin pudo preguntarle—. Es que los estamos llamando y ninguno de los dos coge el teléfono. —Se quedó callada escuchando la respuesta—. De acuerdo, ahora se lo digo a Lena. Sí, mañana voy a comer. Te quiero, un beso para mamá y para ti. —Colgó.

—¿Qué?

—Han tenido que ir a otro pueblo, me ha dicho que la cobertura era muy mala, casi inexistente.

—¿En serio? —Me sorprendió que Kyan no me hubiera avisado antes de dejar este pueblo.

Al menos me quedé tranquila por lo de la cobertura, porque era muy raro que no se hubiera puesto en contacto conmigo en algún momento del día.

—Sí. Habló con Robin hace un rato, llevaba tiempo intentándolo. Todo estaba bien, así que, cuando menos lo esperemos, Kyan aparecerá.

—No hace falta que te quedes conmigo —susurré.

—Si enciendes la chimenea me quedo toda la vida junto a ti. —Rio, haciéndome sonreír.

—¿Por qué no me lo has pedido antes? —Me levanté del sofá, negando.

—Me apetece ahora. Mientras tú te pones manos a la obra con la leña porque yo soy una

negada para eso, voy a hacer palomitas. —Me hizo un guiño.

—Vale.

Coloqué los troncos de madera dentro y me arrodillé frente a la chimenea metiendo una piña en el centro. Cogí la caja de cerillas y encendí una, prendiéndola al pasar el fósforo por el lateral. La cerilla se consumió casi entera sin utilizarla, me quedé observando la llama fijamente. Quemada la lancé dentro y encendí otra.

Esta vez sí la utilicé para que la piña ardiera. Cuando Diana apareció con una bandeja en la que traía bebida y el bol de palomitas, me levanté satisfecha, con un buen fuego empezando a arder.

Capítulo 42

Kyan

Llevaba todo el puñetero día intranquilo para nada, había que joderse. A las diez de la noche tenía un cabreo monumental.

—Por fin puedo cargar el móvil —comentó Robin cuando nos montamos en el coche. Hacía rato que se quedó sin batería—. Relájate.

—Para lo que sirve aquí. No toques el tema porque estoy que muerdo —le advertí.

—Teníamos que seguir la pista.

—Joder, ya lo sé, y es lo que hemos hecho, pero si llego a saber lo que nos íbamos a encontrar. —Apreté el volante con rabia—. Y para colmo no he podido hablar con Lena, no sé nada de ella. —Bufé.

—Tendrías que haberte alejado de aquí para al menos escribirle, y así avisarla.

—Para eso tendría que haberme recorrido un montón de kilómetros, Robin, y no te iba a dejar solo.

En el pueblo en el que llevábamos todo el día apenas había cobertura, la mínima rayita que desaparecía de golpe. Eso en el teléfono de Robin, en el mío era inexistente desde que empezamos a adentrarnos en la zona, como he dicho, desde bastante distancia.

—Me he quedado con cara de tonto cuando hemos localizado el coche, al ver quién lo conducía.

Ese era el motivo por el que nos habíamos desplazado hasta aquí, siguiendo el rastro del mismo vehículo que estuvo hacía tiempo en nuestro pueblo, en el que se fueron los dos hombres que adelantaron su partida del hotel en el que se quedaban. Por fin un radar había saltado detectándolo. Cuando Mario nos llamó a su despacho a primera hora y nos los dijo, tuve la esperanza de poner tener frente a mí a esas dos personas.

Nada más lejos de la realidad, Robin no era el único que se había quedado de esa forma que acaba de decir cuando vimos de cerca quién se bajó del vehículo después de estacionarlo haciendo muchas maniobras. Al volante iba una mujer muy mayor. Después del desconcierto pensé que quizás era la abuela de alguno de los que ocuparon el mismo coche.

Por los datos con los que estaba registrado al inicio, no pudimos saber qué relación tenía la dueña con los otros dos hombres. Y cuando digo dueña no me estoy refiriendo a la mujer que habíamos visto, sino a una mujer de unos treinta años. Ella constaba como la propietaria. Había llegado a relacionarla como la nieta de la señora, pero también fue un error porque desde la central nos confirmaron que no era posible al indagar en la vida de la chica.

Continuaba sin saber qué mierda vinculaba a los dos hombres con el vehículo, nos íbamos con las manos vacías después de estar todo el jodido día dando vueltas de un lado para el otro, rastreando todo el lugar para localizar al vehículo, me había tocado los cojones, y de qué manera, el no poder comunicarme con Lena.

Joder, ni siquiera la avisé que salía del pueblo para decirle que seguramente llegaría a última hora del día. Con las pocas horas que llevaba trabajando fuera de casa últimamente, estaría preocupada o asustada. Pensarlo me tenía alterado porque bastante tenía con su situación, la que continuaba muy presente entre los dos, aunque en un segundo plano, tercer, cuarto, o yo qué sabía… Pero que continuaba ahí constante, sí.

Cuando nos fuimos del pueblo era muy temprano y no quise llamarla para despertarla porque estaba convencido de que volvió a quedarse dormida después de decirme adiós adormilada. Creo que ni fue consciente de ello. En el dichoso pueblo en el que habíamos estado parecía que no llegaban las señales telefónicas, lo que me tocó la moral.

Ni siquiera habíamos parado un momento a comer, una vez hecho, solo queríamos terminar cuanto antes para largarnos de la zona. El remate había sido localizar el coche en movimiento, para encontrarnos a la mujer al volante. La seguimos de cerca, ilógicamente, pero lo hicimos cerciorándonos de que la matrícula se correspondía con la que captaron las imágenes de la cámara del hotel.

Vimos lo que le costó estacionar, como he comentado, y la seguimos con la vista cruzar la calle despacio, directa a la entrada de una casa.

—¿Tú crees que se lo habrán vendido y ella lo compró a ciegas para poder moverse por el pueblo? Porque dudo de que salga de aquí.

—No tengo ni idea, pero es imposible que no hayan hecho el cambio de nombre —negué.

—Quizás la han estafado y la mujer no se ha enterado si no sabe cómo va el tema. Capaz de haber pagado el coche al contado si le han hecho una muy buena oferta para quitárselo de encima.

—Mañana seguiré con el hilo de la dueña verdadera, de la chica. A ver si me lleva a alguna parte.

—Olvídate, mañana no salgas de casa. Yo me encargo.

—Puedo hacerlo desde el despacho sin moverme.

—Déjalo, te lo digo en serio. Mañana dedícate a estar con Lena.

—Gracias. —Solté el aire de golpe.

—Pisa el acelerador, te prometo que no me voy a quejar, ni mucho menos te voy a multar. —Reímos.

Dicho y hecho, después de pasar por las curvas más complicadas y de dejarlas atrás, aceleré con ganas de llegar a casa de una vez por todas. Una hora y media después paré frente a la de Robin.

—Nos llamamos —asentí.

—Cualquier cosa…

—Que sí —negó divertido—. Joder, estoy deseando tumbarme. Mierda de día —resopló bajando del coche.

—Descansa.

—Igualmente.

Tomé la dirección de mi casa que por suerte solo estaba a pocas calles de distancia. Estacioné frente a ella sin problema, el coche de Lena continuaba en el garaje de la vivienda. Me bajé rápido, caminando ligero hasta la entrada. Giré la llave en la cerradura y cuando la puerta se abrió, me encontré a Lena y a Diana dormidas en el sofá, tapadas con la manta.

Nala abrió los ojos y levantó la cabeza. Se acercó a mí para saludarme mientras cerraba con cuidado. Agradecí que Diana les hubiera hecho compañía porque daba por hecho que como mínimo, llevaba desde primera hora de la tarde aquí.

A las doce y cuarto de la noche llegué, agobiado, pero tranquilizándome por fin al ver relajada a Lena. Al menos su expresión dormida lo parecía. Caminé sin hacer ruido hasta el sofá. La tele estaba encendida, con el volumen muy bajo. La pantalla las iluminaba más que el fuego porque se estaba consumiendo.

Aparté hacia un lado de la mesa baja el bol y los platos vacíos que había y me senté con cuidado, quedándome frente a Lena. Apoyé los brazos en las piernas, dejando salir el aire despacio. Inclinado hacia delante le retiré el pelo hacia atrás y le acaricié la cara. En ese instante

entreabrió los ojos.

—Kyan… —habló en tono muy bajo.

Se incorporó sin despertar a Diana.

—Perdona por no avisarte y llegar a esta hora. —Fue lo primero que dije, susurrando—. Hace poco que me han llegado los avisos de tus llamadas.

—El padre de Diana nos ha dicho dónde estabais y que no había casi cobertura en la zona. Bueno el nombre del pueblo no, pero lo importante sí. Es que estaba preocupada, no podía localizarte.

—Lo siento, cuando nos fuimos de aquí era muy temprano todavía y pensé que continuarías durmiendo.

—Me he levanto a las nueve y media pasadas. —Arrugó la nariz de forma graciosa. Sonreí.

—Pues sí, estabas durmiendo —asentí—. No hemos parado en todo el día, ni siquiera para comer.

—¿Nada de nada? —negué— Hemos pedido comida para cenar, ha sobrado bastante.

—No te preocupes, lo primero que quiero hacer es darme una ducha. —Dejé salir el aire de golpe.

—Pues ves, te la voy calentando.

—No, lo mismo aguanto hasta mañana. Me pueden más las ganas de descansar que de comer, te lo aseguro. Voy a darme una ducha, despierta a Diana para que vaya a una de las habitaciones a dormir. Estará más cómoda.

—Tengo los ojos cerrados, pero os estoy escuchando. No quería perderme ni interrumpir el encuentro de los enamorados. —Reímos, mientras se incorporaba sentándose, con una sonrisa pícara.

—¿Cuánto llevas despierta? Podrías haberte ido a la cama —le habló Lena.

—No hace mucho, desde que he escuchado la cerradura.

—Elige la habitación que quieras, menos la nuestra —le advertí porque capaz era de meterse en nuestra cama.

—¿No me vais a acoger? Oh, ya me había hecho a la idea de dormir entre vosotros. —Hizo un puchero.

—No arriesgues, que duermes toda la noche en el sofá —dije divertido, caminando hacia el pasillo.

—No pasaría nada, lo compraste muy cómodo. —Alzó la voz. Solté una carcajada.

Por fin pude ponerme cómodo después de una ducha que me quitó parte de la pesadez que llevaba arrastrando desde hacía horas. Lena asomó la cabeza por el hueco de la puerta del baño.

—Te he calentado un poco de comida, no mucha por lo que has dicho. Pero algo tienes que comer, dormirás mejor.

—Está bien, ahora voy a la cocina —negué divertido por su insistencia.

Recogí el baño y fui detrás de ella. Diana ya no estaba en el sofá.

—¿Se ha ido a dormir? —Me referí a ella, abrazando a Lena.

—Sí, a la habitación con cama de matrimonio —asentí.

—¿Ha estado aquí toda la tarde? —susurré sobre sus labios.

—Desde bien temprano. Ha traído el desayuno y hemos pasado el día juntas —sonrió.

—No sabes cómo me alegro. —Le di un beso corto y rápido.

Me senté en un taburete de la isla y me puse a comer. La verdad, aunque me hubiera resistido, me sentó genial llenar el estómago después de todo el día sin echarle nada.

Terminé rápido, no me entretuve con Lena a mi lado. Dejé el plato en el fregadero y apagué la luz cuando salimos. Terminé de apagar bien el fuego y dejé protegida la chimenea. Nala nos miró con los ojos adormilados. Con todo hecho nos dirigimos a la habitación. Cerré la puerta y solté el aire de golpe en cuanto me tumbé.

—Estás cansado —susurró Lena, pegándose a mí.

La acerqué más, necesitando sentirla. Era uno de mis momentos preferidos.

—Nada que una noche reparadora no cambie —murmuré sobre su cabeza, dándole un beso—. Mañana no me muevo de aquí, o más bien hoy, porque ya hemos cambiado de día.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—No. Es domingo, pero igualmente no iría, aunque fuera entre semana. —Alargué el brazo para apagar la luz.

—Ya me has hecho feliz.

—Sí, ¿eh? —Le acaricié la espalda.

—Mucho. —Me dio un beso en el pecho, para apoyar la mejilla después—. Descansa —susurró.

—Igualmente. —Le deseé después de bostezar.

Por primera vez fui el primero de los dos en dormirme. No pude esperar a que el sueño la venciera. Teniendo en cuenta que la había despertado en el sofá al llegar, esperaba que no le costara mucho dormirse de nuevo.

Capítulo 43



Lena

—Que no se os olvide que estoy aquí, no quiero escuchar ningún sonido extraño para mis sensibles oídos —gritó Diana desde el pasillo.

Kyan soltó una carcajada desde el baño, no había cerrado la puerta.

—¿Desde cuando llevas detrás de la puerta? —le pregunté abriéndola de golpe. Reí cuando se desestabilizó y se tambaleó.

—Acabo de despertarme, ¿no me ves la cara? —Se la señaló.

—Perfectamente —negué.

Salí al pasillo y fui a abrirle la puerta trasera a Nala. Se lanzó hacia ella. Fuimos a la cocina para preparar cafés y tres buenos desayunos.

—¿Has dormido bien? —le pregunté.

—Estupendamente y al poco de tumbarme. ¿Y tú?

—Me costó más, pero sí —sonreí.

Encendí la cafetera y saqué tres tazas.

—Coge una más —dijo Kyan. Me lo aclaró por cómo lo miré—. Robin viene hacia aquí.

—¿Hacia aquí? —Agrandó los ojos Diana.

Se había sentado en un taburete de la isla, pues al escucharlo se bajó de un salto y poco le faltó para irse al suelo por el ímpetu con el que se movió.

—Ahora vuelvo —dijo acelerada.

Salió rápido de la cocina. Kyan y yo nos miramos, haciendo esfuerzos para no reír.

—Hacemos solo los cafés, va a traer el desayuno. Le he escrito al despertarme por si se quería unir.

—Perfecto. —Me centré en la cafetera, pero antes de pulsar el botón—. ¿Estará a punto de llegar? Para esperar un poco para hacerlos.

—Yo diría que al caer. ¿Ves? —Reímos cuando sonó el timbre.

Kyan fue a abrirle, mientras yo me quedé preparando cafés con leche para todos.

—Hola, preciosa —me saludó poniéndose a mi lado, después de me dio un beso en la mejilla.

—Hola, buenos días —nos sonreímos.

—Aquí está el desayuno —dijo colocando dos bolsas en la isla—. Dulce. —Sacó una bandeja de una de ellas—. Y salado en esta otra. He cogido un variado de bocadillos pequeños.

—No esperaba menos de ti —habló divertido Kyan.

Diana apareció de nuevo en la cocina, bien peinada, y se acercó a saludar a Robin. Se correspondieron el beso en la mejilla e iniciamos una conversación cuando ocupamos la mesa del salón. Antes de terminar, Kyan se levantó para encender el fuego.

—¿Qué se siente al estar incomunicado un día completo? —le preguntó Diana a Robin.

—Da la sensación de que te falta algo importante. —Rio él—. Ayer fuimos dos tontos en apuros, quejosos. En algunos momentos no había quien nos aguantara.

—¿Tuvisteis que ir muy lejos? —Me interesé.

—A una hora y media de aquí —contestó Kyan.

Nala entró directa a beber agua. En el salón se sentó a mi lado y le di el pan de uno de los bocadillos. Feliz se los llevó a la cama para comérselos. Ya estaba entretenida por un buen rato, era divertido verla comer el pan porque le gustaba tanto, que parecía que racionaba cada bocado que le daba.

Pasamos un rato divertido y ameno. La bandeja de los bocadillos se quedó vacía, en la de los dulces quedaron cuatro solitarios. Terminamos llenos. Kyan hizo otra tanda de café, los que tomamos en el patio trasero. Hacía un día estupendo, se agradecía el sol y lo que calentaba. No era mucho, porque la temperatura era fresca, pero igualmente lo disfrutamos.

Sobre las once y media, tanto Diana como Robin se fueron por la sutil invitación que les hizo Kyan para que lo hicieran. Sus palabras textuales fueron: «ya podéis largaros». Consiguió que

todos riéramos y que en este instante estuviéramos despidiéndolos en la puerta principal.

—Por fin —dijo al cerrar la puerta.

—Has invitado tú a Robin. —Levanté una ceja mientras caminaba de espaldas, y él avanzaba hacia mí, con una expresión… Empecé a excitarme, y ni siquiera me había rozado.

—Porque Diana estaba aquí. —Levantó una ceja.

—Ayer estabas feliz porque lo estuviera.

—Ayer, no esta mañana porque me ha chafado los planes.

—¿Qué planes? —pregunté divertida.

—Los de hacerte gritar mientras te corres, retorciéndote de placer.

Eso mismo hicimos, pero dándole un sentido muy diferente. Salimos los dos corriendo, entre risas. Yo huyendo de él, Kyan persiguiéndome para darme alcance. Lo hizo rápido, no tuvo que esforzarse mucho. Reí más cuando me cogió en brazos y le rodeé la cintura con las piernas.

Nala hizo varios sonidos, me la imaginé diciendo: «otra vez están igual», y más reí. Me entró un ataque de risa y contagié a Kyan que intuyó el motivo. Cerró la puerta de la habitación con un pie y nos llevó hasta el centro, quedándonos cerca de la cama.

—Yo también tenía muchas ganas. —Pasé las manos por su pelo.

Cerró los ojos por unos segundos y cuando los abrió, pude distinguir el cambio. Vi el deseo y la intensidad reflejados en ellos. Me apreté a él cuando me hizo presión con las manos en las nalgas, por encima del pantalón del pijama, dejando varios dedos al límite de rozarme la zona íntima.

—¿Cuántas? —susurró moviendo los dedos, provocando que el vello se me erizara por las sensaciones que me recorrieron.

—Ni te lo imaginas.

—Demuéstramelo —me pidió con voz ronca.

Aflojó la fuerza con la que me agarraba y me deslicé hacia abajo, tocando el suelo con los pies.

Nos quitamos la ropa al mismo tiempo, quedándonos desnudos frente al otro. Alargué el brazo y le rodeé con la mano la erección, con fuerza. Apretó la mandíbula acercándome por la nuca, buscando mis labios. Nuestras bocas se unieron, al igual que nuestras lenguas deseosas del otro.

Kyan hacía que cada momento fuera único y especial, y yo los atesoraba todos después de disfrutarlos. Cuando nos separamos, intentando coger aire, me agaché poniéndome de rodillas. Gruñó al moverme rápido, sujeté su miembro con la mano y lo dirigí a mi boca, haciéndolo desaparecer por completo.

—Mierda, Lena… —siseó retrocediendo e impulsándose, jadeando por el placer que sentía— Así, sí… —gimió acelerando los movimientos, mientras mi lengua lo acariciaba cada vez que entraba—. Joder, si supieras el gustazo que es… —siseó— Me encanta ver tu boca llena de mí, entrar en tu calor y que me lamas y acaricies. —Apretó la mandíbula—. Es una jodida locura —gruñó.

Me agarró del pelo y guio mi cabeza para ir a su encuentro. En tensión, con toda la musculatura marcada, empezó a balancearse con embestidas rápidas y profundas. Mi boca lo acogió entero y tantas veces como quiso, al igual que mi lengua lamió el glande limpiando las gotas de excitación, acariciándolo alrededor de él.

Volvió a gruñir, poniéndole más ímpetu a los movimientos con los ojos fijos en mi boca, viendo cómo se perdía en el interior de ella, con mis labios acogiendo su erección. Durante unos minutos continuamos en esa postura, hasta que se apartó echándose hacia atrás. En la punta de su miembro volvieron a acumularse gotas de excitación y las lamí, saboreándolas.

Sus ojos estaban incendiados observándome. Me encantaba verlo al límite, me excitaba y me alteraba sin necesidad de que me tocara. Me agarró de los brazos y caminó los pocos pasos que había hasta la cama. La parte posterior de mis rodillas chocó con el borde del colchón, justo en el instante en el que me giró el cuerpo.

—Cómo me gusta llenarme las manos así. —Jadeé.

Me apretó las nalgas con fuerza, separándomelas. Me removí inquieta cuando las acarició de arriba abajo, con los dedos metidos en el centro.

—Kyan… —No pude contener el grito por lo excitada que me estaba poniendo, cuando colocó la palma de una mano cubriéndome toda la zona íntima.

—Estás empapada —gruñó moviendo los dedos.

Me quejé cuando apartó la mano, dirigió las dos hacia mis pechos y los masajeó acariciándome los pezones. Tiró de ellos después de frotarlos, provocando que jadeara y pegara la espalda a su pecho. Moví el trasero en su erección, provocando que gruñera.

Separó las manos para empujarme hacia delante. Me quedé con las manos apoyadas en la cama.

—Abre muy bien las piernas —me pidió con voz ronca y lo hice rápido, urgiéndome que volviera a tocarme como quisiera.

Para facilitarle el trabajo bajé más el tronco hacia la cama, colocando la frente en las manos.

—Joder, perfecta —dijo al estar con el culo en pompa.

Jadeé cuando me separó las nalgas y me acarició con el glande, un jadeo con el que me quedé sin respiración cuando entró de golpe en mi interior.

—Síií… Dios… —gemí varias veces cuando empezó a moverse, saliendo y entrando, tomando una velocidad que me dejó desmadejada en la posición ideal—. Kyan —me lamenté desesperada, arrugando el nórdico con las manos, aguantando sus embistes fuertes y duros, desesperados.

—Tócate, lleva los dedos al clítoris y frótatelo igualando la intensidad —me pidió con un gruñido.

El contacto con mis dedos fue demasiado como para retener el orgasmo por más tiempo. Solo conseguí aguantar pocos minutos, tocándome desesperada mientras él hacía lo mismo desde atrás, con su erección llenándome insistentemente.

Entre gemidos y gritos me dejé llevar. Apoyé la frente en el nórdico mientras él continuaba guiándome desde las nalgas, con un ritmo frenético. Se corrió con un fuerte gruñido, cayendo sobre mi espalda.

—Vas a salir poco de esta habitación, Lena. Te voy a tener caliente, excitada y húmeda todo el puñetero día. —Jadeé por sus palabras.

Me subió un poco el cuerpo para girarme la cabeza y me besó con intensidad.

—¿Más? —Me removí inquieta cuando volvió a moverse en mi interior.

—No puedo parar, es demasiado placer, un gustazo al que es difícil resistirse—siseó.

Sobra decir que volvió a provocarme un orgasmo, con el que perdí las fuerzas por completo. Nos quedamos tumbados en la cama, abrazados, según él recomponiéndonos para el siguiente asalto. Le dije que estaba de broma, pero cuando no me respondió y lo miré a la cara, supe que de broma nada, estaba decidido a ello.

Nos esperaba un día muy satisfactorio por delante y solo acababa de comenzar.

✣ ✣ ✣

Sentada en el sofá, frente al fuego, no podía apartar de la cabeza el mensaje que había recibido de Dan hacía unas horas. Eran las ocho de la tarde, Kyan se estaba duchando porque no tuvo bastante con todo el sexo y ya os digo que este día nos habían recargado las pilas, que hacía poco

que había terminado de hacer deporte.

Yo me duché cuando empezó a ejercitarse porque no hubo manera de que me pudiera escapar de él.

Referente al mensaje de Dan, me había dejado intranquila y demasiado pensativa.

Dan: *Tenemos que hablar urgentemente. Avísame cuando estés sola.*

Ese era el mensaje, uno al que le había dado muchas vueltas y siempre llegaba a la misma conclusión. Tragué saliva apretándome la manta al pecho, con la vista fija en las llamas, sin poderla apartarla.

¿Cuánto tiempo me queda aquí? Fue la pregunta que me había repetido muchas veces desde que lo leí por primera vez, una de la que sabía la respuesta, pero que no quería admitirla porque se convertiría en realidad.

Cerré los ojos con fuerza, pero cuando escuché acercarse a Kyan me puse lo más normal posible.

—Hola —dijo cuando se sentó a mi lado, sonriéndome.

—Hola. —Apoyé la mejilla en las rodillas. Tenía las piernas flexionadas.

—Se te ve cansada.

—¿Cómo no? Me has agotado —sonreí un poco.

—Eres una quejica —dijo divertido.

—¿Perdona? No me has quitado las manos de encima en todo el día.

—Y bien que lo has disfrutado. —Levantó una ceja, sin perder la diversión.

—Sí, y por eso es normal que me sienta así. —Puse los ojos en blanco—. No sé cómo puedes tener tanta energía, y más sumándole el deporte.

—Por la noche cuando estemos en la cama te lo explico.

—Esta noche dormiré en otra habitación —dije para picarlo.

—No te lo crees ni tú. En la que te metas me tendrás pegado a ti, así que, mejor que sea en la nuestra que es la más grande.

Tragué saliva con dificultad por lo que representaba el «nuestra», y porque quería que continuara refiriéndose a nosotros de la misma forma.

Capítulo 44



Dos días después…

Había llegado el momento de enfrentar la verdad, o al menos estaba mentalizada para hacerlo. Hasta este momento no había podido ponerme en contacto con Dan. En el mensaje que me escribió, en el que me dijo que teníamos que hablar urgentemente, me pidió que lo avisara cuando estuviera sola para poder hablar con tranquilidad.

Durante los días que habían pasado, Kyan no se había separado de mí y me había sido imposible escabullirme con una excusa buena. Vamos, que no la había encontrado y no tuve más remedio que dejar pasar el tiempo. Una de las veces que Kyan se duchaba, le respondí a Dan que estaba con él y que se alargaría por unos días, que no se preocupara si no lo llamaba. Se lo envié para tranquilizarlo porque si era tan urgente lo que quería decirme y encima desaparecía, en el sentido de no ponerme en contacto con él…

Y aquí estaba, dándole vueltas con las manos al teléfono, temiendo hacer la llamada por la que había estado tan preocupada. La taza de café que hacía pocos minutos un camarero me había traído estaba intacta, ni siquiera le había dado un sorbo para probarlo. Estaba en una cafetería, pero no en la de Diana. Entenderéis que para lo que estaba a punto de hacer necesitaba privacidad, la que había preservado siempre por mi situación.

Necesitaba hablar libremente con Dan y sin temor a ser escuchada. Otra cosa era que cada vez me pesaba más el mantener a todos los que quería en la ignorancia, mintiéndoles en ciertas cosas al no ser sincera. No podía actuar de manera diferente, pero me dolía y con el paso del tiempo era una carga con la que me costaba lidiar. Kyan estaba en el primer puesto, seguido por Diana.

Levanté la cabeza, desviando la atención del teléfono, pero sin dejar de moverlo en las manos. Había ocupado una mesa en la terraza, me había alejado lo máximo posible del centro del pueblo. Miré hacia las mesas de alrededor, solo había una persona a bastante distancia de la mía.

Fijé los ojos en la pantalla y la desbloqueé. Busqué el número de Dan y pulsé encima, llevándome el teléfono a la oreja.

—Desaparecida. —Fue lo primero que me dijo, con un tono de voz demasiado neutro.

—Lo siento. Kyan no se ha separado de mí. ¿Cómo estás?

—Me alegro. Bien, teniendo en cuenta la situación.

—¿Qué pasa Dan? ¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme? ¿Es referente a lo que te envié? Desde que recibí tu mensaje he imaginado tantas cosas y ninguna buena… —solté un suspiro.

—Primero tranquilízate.

—Me pides un imposible.

—Lo sé, pero tienes que poner todo de tu parte para intentarlo. ¿De acuerdo?

—¿Tan malo es? —susurré.

Cerré el puño de la mano libre para frenar el temblor.

—Escúchame con atención, ya no hay marcha atrás.

—Nunca la ha habido, ¿qué quiere decir eso?

—La sangre de la camiseta no era de Julia, Lena. —Bajó el tono de voz, provocando que me estremeciera.

—¿Cómo qué no? —Tragué saliva, haciéndome daño al clavarme las uñas en la palma de la mano—. Dan… Si te está costando tanto es porque… No puede ser —terminé susurrando—. Dime que no es verdad. Joder, habla de una puñetera vez.

—¿Dónde estás?

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —Me alteré.

—No quiero que te encuentres rodeada de gente cuando te diga lo que te tengo que decir.

—Joder, joder… —Me removí en la silla, nerviosa— Espera.

Llamé la atención del camarero para pagarle, cuando llegó a mi lado le di el dinero y le dije que se quedara con lo que sobraba. No era mucho, pero no iba a esperar a que regresara. Sin ganas y sin saber por qué lo hice, me bebí el café de un trago. Me levanté de la silla con dificultad, me temblaba todo el cuerpo.

—Dan…

—Sigo aquí.

—Vale. Ya estoy, me he apartado y voy para el coche. No hay casi nadie en la calle.

—Llega hasta él.

—Joder, Dan.

—Hazme caso. —Bufé varias veces, sintiéndome hasta mareada.

Caminé por la calle solitaria y agradecí que el coche no estuviera aparcado lejos.

—Acabo de apoyarme en el capó. Habla, estoy completamente sola. —Froté la mano en el pantalón—. ¿De quién es o era la sangre, Dan?

—Lo siento mucho, cariño —Agrandé los ojos al máximo. Me quedé paralizada por unos largos segundos.

—No… no, no… ¡Retira lo que acabas de decir! —grité desgarrándome la garganta— Vete a la mierda, te estás equivocando, estás cometiendo un gran error. —Jadeé—. Ha habido algún fallo por algún lado, pide que repitan la prueba. Dan, por favor. —Me resbalé hasta el suelo, quedándome sentada y oculta si pasaba alguien cerca—. Por favor… —insistí.

—No puedo hacerlo porque no hay ningún error, Lena. ¿Te crees que después de tener el resultado en mis manos no he hecho que repitan la jodida prueba de ADN? Aparte, lo he ido a comprobar personalmente. La sangre es de Alba.

Silencio absoluto, por mi parte porque creí que me moría al faltarme la respiración. No conseguí que me entrara ni un poco de aire durante un tiempo, mientras mi boca se abría intentándolo.

—Lena… Escúchame. Joder, no me asustes más. ¡Háblame! —Alzó la voz.

El teléfono se me resbaló de la mano, cayendo con un golpe seco en el suelo. El impacto fue pequeño al estar sentada. La vista se me desenfocó, no conseguí ver lo que quedaba delante de mí, hasta que no lo pude resistir más y me incliné hacia un lado para vaciar el estómago. Vomité mientras escuchaba las súplicas lejanas de Dan.

Apoyé las manos en el asfalto, parpadeando rápido, en *shock* todavía por lo que había escuchado. «No puede ser, no es verdad», fueron las palabras que me repetí insistentemente, una y otra vez, queriendo y necesitando desesperadamente aferrarme a que yo estaba en lo cierto y que lo que estaba viviendo fuera una jodida broma que estaba a punto de terminar conmigo.

Los últimos y largos meses catastróficos de mi vida… ¿Para esto? ¿Para terminar así? Me incorporé con movimientos lentos, poniéndome de rodillas en el suelo. Saqué dos pañuelos de la mochila, con uno me limpié la boca y los restos de lo que acababa de suceder y con el otro me sequé el sudor frío que cubría mi cara. Cogí el móvil torpemente y me levanté agarrándome al coche. Me quedé apoyada en el capó, sin fuerzas todavía para mantenerme por mí misma de pie.

—Cuéntamelo todo —rugí de rabia.

—Joder —soltó un suspiro de alivio—. He empezado pidiéndote que te tranquilizaras porque después de soltarte esta bomba, tenía que decirte que Alba está viva. —Jadeé cerrando los ojos con fuerza.

—Repítelo… —le pedí, pero mi voz sonó tan débil—. ¡Repítelo, Dan!

—Alba está viva, cariño, y ¿sabes qué es lo mejor? Que tú sabes perfectamente dónde. —Levanté la cabeza de golpe, viéndolo todo de una tonalidad diferente por la rabia que me consumió.

—¿Cómo han dado con ella? ¿Y cuándo? ¿Cuánto tiempo hace? Toda esa sangre… —Tragué saliva.

—Para algunas cosas no tengo respuesta —se lamentó.

—¿Qué te encontraste cuando fuiste a comprobarlo? —susurré.

—Claire estaba sin vida. —Volví a quedarme sin respiración, girándome en el capó para que él soportara mi peso.

—¿Desde cuándo?

—Hace seis días. —Me froté la frente con fuerza, sintiendo una impotencia imposible de digerir.

—Me he encargado de todo lo referente a ella, sobre todo, de tratar con sus familiares.

—La quitaron de en medio para llevarse a Alba.

—Sí.

Caminé descoordinada, pegada a la chapa, hasta la puerta del conductor. La abrí después de desbloquear el cierre centralizado. Necesité unos minutos sentada en el interior para retomar la conversación, estaba demasiado superada.

—No ha servido de nada el sufrimiento —murmuré ida.

—No digas eso, claro que ha servido. Joder, estás viva y Alba también.

—¿Cómo estás tan seguro? —grité desesperada.

—Porque aparte de encontrar a Claire, también encontré una nota que iba dirigida a ti, con una foto de Alba. Tenía el brazo vendado. —Tragué saliva.

—¿Qué pone en ella?

—Por teléfono, no.

—¡Vete a la mierda, Dan! —Golpeé el volante.

—No estoy tan loco como para decírtelo sin tenerte frente a mí, Lena. ¿Me oyes? Sé lo que puedes hacer y no me da la jodida gana porque me dará un infarto. Tienes que continuar hacia delante. Lo primero que tienes que hacer es largarte de ahí. Saben que estás en el pueblo, pero no han dado directamente contigo todavía, por lo poco que te has dejado ver.

—Que me encuentren —siseé.

—¡No me jodas! Déjate de gilipolleces, tienes que continuar huyendo.

—Tienes razón. —Bajé la mirada hacia el volante—. Sí, tengo que huir, ya.

—Eso es, entra en razón. Alba está viva, nos necesita.

—La pregunta es: ¿hasta cuándo continuará siendo así? —murmuré.

—Piensa en frío, sabes que no le harán nada. Te quieren a ti únicamente. La denuncia que interpusimos ha quedado en una cortina de humo, ese tío tiene a mucha gente comprada.

—No valió de nada.

—Lo siento. —Tragué saliva.

—Vale.

Metí la llave en el contacto y la giré. Tuve que frotarme los ojos porque entre las lágrimas y que me encontraba tan mal que no veía bien…

—¿Qué haces?

—Arrancar. Voy a recoger todas mis cosas y si no tengo el camino libre, me iré con lo puesto.

—Está bien —soltó un suspiro.

—Dan…

—¿Sí?

—¿Está viva? ¿O es solo un presentimiento tuyo?

—Es muy real, cariño. Te lo prometo.

Dejé salir el aire lentamente, varias veces, intentando controlar la ansiedad que me presionaba el pecho. Dan nunca, jamás, prometía algo en lo que podía equivocarse.

—Te llamo más tarde —dije acelerando, saliendo del estacionamiento.

—¿Cuándo?

—Más tarde, tengo cosas que hacer y tiene que ser ya. La casa estará vacía por unas horas más. Me da tiempo a hacer el equipaje y a llevarme a Nala.

—De acuerdo, te estaré esperando.

—Cuenta con ello. —Apreté la mandíbula y el volante con las manos, pisando más a fondo el acelerador cuando accedí a la carretera principal que iba directa al centro del pueblo.

Entré el coche en el garaje para tener la privacidad que necesitaba. Salí corriendo de él, dirigiéndome a la vivienda. La única ocupante en la casa de Kyan era Nala, la que al verme aparecer se levantó de un salto de la cama y empezó a ladrar, para seguirme de cerca.

—Nos vamos —le dije jadeando, sacando mi maleta y la mochila de viaje del vestidor.

Las llevé a la cama sin permitirme el lujo de pensar, porque si lo hacía… Tragué saliva conteniendo las lágrimas. Saqué toda mi ropa de los armarios y los cajones, y las metí de malas formas dentro. En el baño cerré el neceser al guardar mis cosas y corrí para guardarlo. Miré la hora en el móvil, iba bien de tiempo o al menos recé para que fuera así y a Kyan no le diera por regresar antes.

Menos de media hora después tenía el equipaje cerrado junto a la puerta que daba al garaje. En este momento, cuando solo faltaba que cargara el coche y me montara en él para irme lejos de aquí, me tomé la libertad de venirme abajo por lo que iba a dejar atrás.

Había querido intentar ser feliz, a pesar de todo lo que llevaba a mi espalda y me consumía. Nunca lo conseguiría si esta mierda no terminaba, jamás podría permitirme una felicidad que en realidad era ficticia.

Para todo hay un antes y un después, y yo en los últimos tiempos por desgracia lo tenía muy asumido. Mi vida era otra, las personas que creían conocerme no lo hacían en el fondo.

—Soy una total desconocida —susurré retirándome con rabia las lágrimas de la cara—. Lo siento —susurré dirigiéndome hacia todos los que me importaban—. Te quiero, Kyan, tanto… —Jadeé al faltarme de nuevo la respiración.

Me moví por impulsos y reaccioné por instinto. Cargué con el equipaje y lo llevé al coche. Una vez en el maletero fui a buscar las cosas básicas de Nala. La pobre no entendía nada, estaba muy inquieta y llorando por cómo me veía, pegada a mí en todo lo que hacía.

—Arriba. —Saltó en los asientos traseros y la dejé sujeta.

Por suerte quité del coche de Kyan su cinturón para devolverlo al mío. Una vez que regresamos de la ciudad a la que Kyan fue a buscarme, no nos habíamos movido en coche para necesitarlo.

Me senté en el asiento perdiendo las fuerzas, viendo nublado por todas las lágrimas que salían de mis ojos.

—No me lo va a perdonar nunca —susurré—. Kyan me va a odiar. —Bajé la mirada a las manos, apretándolas entre sí—. Me duele mucho dejarlo, Nala. —Hipé llorando desconsolada.

Ella también lloró. Se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi pecho, levantando una pata varias veces, hasta que se la agarré.

—No puedo hacer otra cosa. Necesito llevarte conmigo porque si también me separo de ti…

Soltó un lamento, como si hubiera entendido el significado de mis palabras. Le di un beso en la cabeza y la abracé con fuerza, susurrándole unas palabras. Fue rápido, lo suficiente para dejarla un poco tranquila. Me activé rápido y me puse frente al volante, arrancando. Cuando el portón del garaje se abrió, cuando aceleré para salir, cuando esperé a que se cerrara quedándose asegurado y cuando me incorporé a la carretera tomando el sentido contrario del centro del pueblo, para no tener que pasar por él… Con cada una de esas cosas que hice se me fue fracturando el corazón en trocitos pequeños, los que sabía que nunca podrían recomponerse, dejándome un vacío forzado que tendría que afrontar. Como otros con los que no había tenido más remedio que hacer lo mismo.

Los ojos se me inundaron de lágrimas cuando tomé el desvió que me alejó del pueblo. Con dolor en el pecho por la ansiedad, continué acelerando con un objetivo claro en mente: llegar hasta Alba, me costara lo que costara, sin importarme el final que tuviera yo.

Julia, Claire… ¿Cuántas personas más de mi entorno tenían que pagar por algo de lo que ninguno de nosotros tuvo culpa?

Capítulo 45

Kyan

Miré la hora en el reloj de muñeca, eran las doce y media del mediodía. Había querido acelerar el trabajo de oficina, pero desde el inicio se me complicó al tener varias reuniones con Mario. Fijé la mirada en el móvil y comprobé que no tenía ningún mensaje ni llamada de Lena.

Lo desbloqueé para avisarla de que todavía me quedaba un rato por llegar a casa. Seguramente se habría quedado esperando desde hacía rato que apareciera, por lo pronto que solía terminar últimamente. Los tonos de llamada sonaron, pero no descolgó. Dejé el teléfono en la mesa sabiendo que me devolvería la llamada cuando viera la mía perdida.

Debía estar liada con Nala, entretenidas las dos, quizás dando un paseo o en el patio trasero donde les gustaba cada vez más pasar el tiempo.

—¿Una cerveza? —Levanté la vista a Robin. Se sentó en el filo de la mesa.

—Quiero terminar con lo que estoy. —Señalé los papeles.

—Van a continuar ahí mañana. Me preocupo por ti, ya no estás tan acostumbrado a trabajar tanto. —Soltamos una carcajada.

—No tienes guasa ni nada —negué—. Si me das quince minutos me apunto.

—Hecho, voy a portarme bien y aparentar hacia el resto que trabajo. —Me hizo un guiño, divertido, igual que me mostré yo.

Cuando me dejó solo, me centré en la documentación. Estaba harto de verla encima de la mesa, por eso quería quitármela de encima, para no encontrarme con lo mismo al día siguiente. Al final tardé en terminar un poco más del tiempo que le había dicho a Robin.

Recogí la mesa y me levanté colocándome el abrigo, mientras caminaba hacia la mesa de Robin. Sonrió al verme, me esperaba con los brazos cruzados, apoyado en ella.

—¿Bien? —me preguntó.

—Sí, mañana a otra cosa.

—Cuando quieres eres muy eficiente. —Lo miré de reojo, viendo cómo sonreía de medio lado.

—¿Sabes algo nuevo sobre el coche al que le seguimos el rastro? —Me interesé, pensativo.

—Que va, tío. Todo está en orden, la propietaria lo tiene todo en regla. Vete a saber si la mujer mayor es amiga íntima de su abuela o alguien de su confianza. —Se encogió de hombros.

—Deja ese tema, estamos perdiendo un tiempo precioso dando tumbos.

—Sí, te lo iba a decir, es una pérdida de tiempo —asentí—. ¿Has hablado con Dan, el amigo de Lena?

—Hace varios días que no nos ponemos en contacto.

Salimos del edificio y nos dirigimos hacia el bar que había justo en frente, en la otra acera. Accedimos al interior y le pedimos dos cervezas al camarero, antes de ir hacia una mesa que quedaba al lado de la cristalera que daba a la calle.

—Tenía pensarlo llamarlo entre hoy o mañana, si no lo hace él.

—Está bien —asintió conforme—. ¿Cómo estás? —Giré la cabeza, me había quedado observando el exterior.

—¿A qué viene esa pregunta? —Levanté una ceja, aun sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—Tío, cada año lo pasas mal porque revives el pasado. Es una época que te pasa factura. —Me observó con atención.

—Si te digo que todavía no me he parado a pensar en ello…

—Pues te diré que Lena te hace mucho bien —sonrió de medio lado—. Lo normal es que llevaras varios días con el carácter girado.

—Sí a todo.

Le agradecimos al camarero que nos trajera las cervezas y Robin se adelantó para pagarlas.

—Hoy se te ha hecho tarde —comentó distraído.

—Necesitaba dejar asuntos cerrados —dije antes de llevarme el botellín a los labios.

—Eso quiere decir que mañana casi ni te veré por la oficina —habló con humor.

—Más o menos, siempre que vaya, claro. —Rio.

—Mira, Diana. —Señaló a la calle.

Di varios golpes con los nudillos en la cristalera, llamando su atención. Se paró y nos sonrió al vernos. No dudó en entrar para saludarnos.

—Hola, chicos —dijo risueña.

—Hola, preciosa. ¿Quieres acompañarnos? —Le ofreció Robin.

—Os lo agradezco, pero… No va de una cerveza rápida. —Cambió de parecer arrastrando una silla para sentarse—. Es que estoy haciendo unos recados para la cafetería, hasta las narices estoy ya de dar vueltas. —Puso los ojos en blanco.

—Entonces te sentará bien —aseguré.

Le silbé al camarero, al girarse hacia mí le señalé el botellín para que trajera otro.

—¿Cómo va el trabajo de polis? —nos preguntó divertida.

—¿Hace falta que te responda o con que te diga que estamos bajo las órdenes de tu padre ya pillas el significado? —continuó Robin con el humor.

—Ja, ja, ja… ¡Qué me vais a contar! —Puso los ojos en blanco, exagerando el gesto. Soltamos los tres una carcajada—. He llamado hace un rato a Lena y no me lo ha cogido. —Se dirigió a mí.

—Yo también, habrá sido sobre la misma hora. En cualquier momento te la devuelve —dije convencido y asintió.

—Quiero proponerle ir mañana de tiendas.

—O sea —habló Robin, repiqueteando los dedos en la mesa—, que si mañana nos dan varios avisos de que hay una chica suelta por las calles, que parece loca, nos quedamos tranquilos porque serás tú, ¿no? —Volvimos a reír.

La conocíamos de sobra, de hecho, una vez nos la encontramos en una tienda y le propusimos acompañarla un rato. Una y no más, ya os lo digo, porque lo que acababa de decir Robin se quedaba corto.

—No seáis exagerados, ¿eh? —Nos señaló sin perder la sonrisa.

Estuvimos media hora disfrutando de comentarios divertidos y de las risas, hasta que

decidimos irnos. Diana se fue dirección contraria a la nuestra y nos despedimos de ella, hasta otro momento.

—¿Qué tal? —le pregunté cortando el silencio, cuando cruzamos la segunda calle.

—Bien, ¿por qué?

—Solo era interés. —Me encogí de hombros, sonriendo de medio.

—Me conozco de sobra tu interés y las sonrisitas que pones, como en este momento.

—¿Qué dices? Estoy sonriendo normal. —Reí.

—Ya, lo que yo te diga —negó.

—No sé a qué estás esperando, ahí lo dejo. No voy a hacer ningún comentario más al respecto.

—No vayas por ahí, tío —habló serio.

—El tiempo pasa demasiado rápido, Robin —insistí.

—Es imposible —negó.

—Hasta que se hace realidad, solo necesitas enfocarte en ello. —Lo miré de reojo.

—Que no tío, que Mario me corta lo que ya sabes y lo pasea por el pueblo. —Bufó, pero terminamos riendo.

—Nos vemos mañana. —Le apreté un hombro.

—Claro, descansa y disfruta tú que puedes.

—No me hagas hablar, no me hagas hablar… —negué dándolo por perdido, al menos en este instante.

Riendo, así abrió la puerta de su casa y desapareció al cerrarla. Continué caminando, recorriendo las pocas calles que separaban nuestras casas. Cuando se hizo visible la mía saqué la llave, al igual que el móvil. No tenía ninguna notificación nueva.

En el salón, al lado de la puerta después de empujarla para que se cerrara, tuve una sensación rara. No sé explicar a qué se debió o el motivo de ella. La casa estaba en completo silencio y di por hecho que Lena había sacado a pasear a Nala, para que se desfogara corriendo en un terreno más grande. Aunque el patio trasero no tenía nada que envidiar a otras zonas.

Solo di varios pasos hacia el centro, con eso tuve suficiente para que mis ojos se fijaran en un

detalle muy significativo. La cama de Nala, la que siempre estaba cerca de la chimenea, frente al sofá y los sillones, faltaba. Fruncí el ceño.

—¿Lena? —Miré hacia la cocina, tontamente porque no salía ningún ruido de ella.

No obtuve respuesta, igualmente me asomé por el arco que la separaba del salón, recorriéndola con la vista. Todo estaba en su sitio, ordenado, con las tazas bocabajo que habíamos utilizado para tomarnos el primer café del día, juntos.

Demasiado silencio… Saqué el arma de la funda, mosqueado porque había algo que se salía de lo normal. Ni idea de lo que era, pero iba a adelantarme. Miré habitación por habitación, sin dejarme ninguna. Estaban vacías. Me asomé al patio trasero, retirando la pequeña cortina que tenía la puerta en la parte alta.

Observé el exterior, estaba en calma. Me guardé el arma y saqué el teléfono, marcando el número de Lena. Los tonos volvieron a sonar sin que descolgara. Ya no me lo tomé como normal, había algo que me tenía escamado. Lancé el móvil en la cama cuando entré en mi habitación y me paré en medio, observando todos los detalles.

Fui al baño y tuve una segunda pincelada de lo que estaba sucediendo. Maldecí al no ver las cosas de Lena sobre el mármol. Caminé rápido hasta el vestidor y abrí de golpe las puertas del armario donde guardaba su ropa.

—¿Qué cojones…? —susurré desconcertado.

Los huecos que utilizaba estaban vacíos completamente, faltaban todas sus pertenencias. Cerré las hojas de madera dando un portazo, sin creerme lo que estaba viendo y acababa de descubrir.

—No puede ser… —siseé— ¿Qué has hecho, Lena? ¿Cómo mierda se te ha ocurrido huir otra vez? ¿Y por qué? ¿Qué narices ha pasado? —gruñí cabreado.

Salí del vestidor rabioso, pasándome las manos por el pelo, varias veces. Regresé a la cocina con el móvil para ver si faltaba el saco de pienso de Nala. Así era, como la primera vez que desaparecieron lo habían vuelto a hacer juntas.

Me apoyé en un taburete de la isla, desconcertado y pensativo, pero, sobre todo, bien jodido porque el miedo de lo que pudiera haberle pasado me asaltó, atormentándome. Saqué el teléfono y busqué el número de Robin.

—No me ha dado tiempo ni a ducharme —habló con diversión—. ¿Kyan? —Se extrañó porque me mantuve callado—. Tío, ¿está todo bien?

—No —susurré con la vista fija en el suelo—. No hay una mierda bien. —Apreté la mandíbula.

—¿Qué pasa? ¿Lena está bien?

—Ni puñetera idea porque se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Se ha largado, Robin. —Me froté la cara, desesperado.

—Voy para allí. —Colgó.

Ni cuatro minutos tuve que esperar para que el timbre sonara. Fui a abrir.

—¿Qué cojones ha sucedido? —me preguntó abrazándome.

—Si lo supiera… —susurré.

—No tiene lógica —negó.

—La tiene y mucha, Robin. Es Lena y lo que esconde. —Caminé hacia el sofá.

Me senté apoyando los codos en las piernas, agarrándome la cabeza con las manos.

—Joder, pero es que… Esta mañana estaba perfectamente.

—Sí, al menos me lo ha parecido. Estoy hasta las narices de no saber nada —hablé cortante y frío.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me va a escuchar, y tanto que lo va a hacer en cuanto la encuentre.

Asintió conforme con mi decisión.

—Cuenta conmigo, tío. —Me apretó un hombro.

—Siempre cuento contigo, pero esto tengo que hacerlo solo. Te necesito aquí para que me ayudes si es necesario, desde la central.

—Joder, no me gusta nada dejarte solo en esto. —Bufó.

No dije nada al respecto, entendía la frustración que me transmitió.

—Si hubiera sabido, o al menos intuir que…

—No vayas por ahí, no te tortures pensando esas cosas. Era imposible prever lo que iba a suceder, Kyan. Ni siquiera los días en los que la notaste rara actuó de esta forma.

—¿Qué mierda le habrá pasado en el intervalo de las pocas horas que han pasado esta mañana? —negué con muchos pensamientos en la cabeza— ¿Qué habrá visto? ¿Se ha encontrado con alguien?

—Darás con todas las respuestas, los dos lo sabemos.

—Te aseguro que así será. —Apreté la mandíbula.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te vas ya? ¿Hacia dónde?

—Necesito pensar con claridad —murmuré presionándome la frente.

Nos quedamos en silencio, el que agradecí para reordenar mis ideas y todos los datos de los que disponía. Al cabo de unos minutos cogí el móvil.

—¿Vas a llamarla otra vez?

—No, si no me lo ha cogido las veces anteriores es porque ha evitado hacerlo. Tendré el mismo resultado porque está huyendo de nuevo y no quiere que la encuentre, solo busca alejarse de todo y de todos.

—Que mierda.

—Voy a llamar a su amigo Dan —le informé llevándome el teléfono a la oreja, al mismo tiempo que me ponía en pie.

Empecé a ir de un lado a otro delante de Robin, esperando a que descolgara. La llamada se cortó y volví a marcar su número. No iba a parar hasta tener respuesta, así tuviera que volver a viajar para enfrentarme a él. Descarté esa opción cuando escuché su voz.

—Kyan —dijo al otro lado de la línea.

—¿Qué le ha pasado a Lena? —Fui directo sabiendo que él estaba enterado de todo, o si no, no tardaría en estarlo. Su reacción me confirmó lo primero.

—No puedo decirte nada.

—No me jodas, Dan, porque estoy a punto de perder los puñeteros nervios. ¿Qué le ha sucedido a Lena? —insistí— Se ha ido de mi casa, ha desaparecido.

—Lo sé.

Me paré y realicé varias respiraciones profundas antes de continuar.

—Directamente no se ha tenido que enfrentar a algo inesperado, lo único diferente es que hemos hablado.

—No lo entiendo… ¿Qué te ha dicho?

—En realidad es lo que le he dicho yo.

—¿La has separado de mí? —Con mi tono de voz supo interpretar perfectamente la opinión que tenía al respecto.

—Solo miro por ella, Kyan. Siempre. Lo siento, no voy en contra tuya. Deberías saberlo.

—Lo único que sé es que Lena no está en mi casa, ¿entiendes? —Alcé la voz—. A ver si te entra en la jodida cabeza que está sola, otra vez, perdida por algún lugar. Joder, conmigo estaba bien.

—Algo importante ha cambiado.

—Necesito que me lo cuentes todo, Dan —le pedí desesperado.

—Lo lamento, si en algún momento sabes la información será por Lena directamente. Yo te puedo asegurar que puedes contar conmigo para lo que sea, referente a ella y a ti, pero no puedo entrar en ese tema.

—¿Contar contigo cuando la has alejado de mí?

—Era primordial, aunque no llegues a comprenderlo ahora mismo.

Colgué la llamada alterado, cabreado, asqueado, y podría continuar porque la lista era muy larga. Me hervía la sangre.

—Me voy —dije decidido, caminando hacia el pasillo.

Robin se levantó del sofá y me siguió, con el gesto contraído por la preocupación.

Capítulo 46

Lena

Estiré la espalda en el asiento del coche, me dolía todo el cuerpo de estar frente al volante. El rato más largo que paramos fue para comer porque aproveché para dormir un poco en el interior del vehículo. No pude mantenerlos por más tiempo abiertos. Las lágrimas provocaron que los tuviera más cansados y pesados.

—Vamos a cenar aquí —dije observando el restaurante de carretera.

Me había desviado para eso y para llenar el depósito de gasolina. Lo último era lo primero que había hecho. Abrí la puerta y al ponerme de pie volví a estirarme, esta vez todo el cuerpo. Le abrí la puerta a Nala y la solté de la sujeción. En cuanto estuvo libre bajó de un salto y se desahogó en un trozo grande de hierba que había junto al coche.

La esperé hasta que terminó para que no se sintiera incómoda mientras esperaba a que yo cenara. Jugó un rato olisqueando todo lo que encontró y aproveché para llenarle el cuenco con pienso. Al darse cuenta, corrió hasta mí para empezar a comer. Me apoyé en el maletero y crucé los brazos, observando todo lo que nos rodeaba.

Eran casi las nueve de la noche, desde que me fui de la casa de Kyan, sobre las once de la mañana, no había recorrido todos los kilómetros que me hubiera gustado, a pesar de las horas que habían pasado. Aunque debo decir que también influyó que multipliqué los kilómetros porque tomé caminos que suponían dar grandes rodeos.

Lo preferí así para estar tranquila. No me había encontrado nada bien durante el día. Pendiente de la carretera circulé con mucha precaución, como también hice paradas breves, pero necesarias, lo que había provocado que perdiéramos bastante tiempo. No me importaba.

En cuanto me alejé del pueblo unos kilómetros llamé a Dan para informarlo. En ningún momento le dije hacia dónde me dirigía, simplemente le comenté que me había ido sin ver a Kyan y que estábamos en el coche. Después de esa vez, hablamos varias más conforme fueron pasando las horas. Me ayudó a mantenerme despierta porque todo mi cuerpo me pedía a gritos descansar, de ahí que me moviera tan lenta.

Por suerte, estábamos cerca, a punto de llegar. Había elegido parar en el restaurante de carretera para no tener que preocuparme por la cena, para centrarme solo en descansar cuando pudiera salir del coche definitivamente.

Bajé la mirada hacia Nala y sonreí al verla sentada, observándome. El plato estaba vacío y reluciente. Me agaché para cogerlo y saqué del maletero una botella de agua. Lo enjuagué varias veces y se lo llené para que bebiera. Cuando estuvo servida de todo y cómoda, sacudí el cuenco y lo guardé en el maletero, cerrándolo.

—Vamos. —Enganché la correa a su collar.

Caminamos los pocos metros que nos separaban del restaurante y desde la puerta pregunté si aceptaban animales. Hacía bastante frío, pero si tenía que comer en la terraza, pues lo haría con tal de no separarme de Nala. Un camarero me dijo que podíamos entrar sin problema, lo que le agradecí.

Me dirigí a una mesa que quedaba al fondo y la ocupé.

—Buenas noches —me habló el mismo camarero—. ¿Vas a cenar o solo a tomar algo?

—Cenar.

—Perfecto, ahora vuelvo —asentí.

Al regresar vino con un mantel de papel que colocó en la mesa, como también servilletas y cubiertos. La copa ya estaba.

—Esta es la carta. —La cogió de otra mesa.

—Gracias.

—¿Para beber?

—Agua —asintió.

Me dejó sola y abrí la carta. No es que tuviera mucha hambre, pero al mediodía no comí mucho y necesitaba recobrar las fuerzas cuanto antes, aparte de que me urgía tomarme una pastilla para el dolor de cabeza que tenía, y con el estómago vacío no me gustaba hacerlo.

Le pedí al camarero un triángulo de tortilla de patata y una ensalada, se me antojó lo primero. Comí tranquila, en el local había pocas personas y era muy amplio. Sus voces me llegaban lejanas, muy amortiguadas.

Nala se llevó algunos extras al darle trozos de tortilla. Al pedir el triángulo pensé que sería una porción fácil de comer. Un error porque era muy grande, la tortilla entera debía ser enorme. Me sentó bien, comí a gusto. No me retrasé, nos fuimos rápido al terminar.

Montadas de nuevo en el coche hice un cambio de sentido y tomé la salida que me llevaba a la carretera, la que dejaría cuando estuviera muy cerca de nuestro destino.

Treinta y cinco minutos después tomé un desvío. Los nervios me pasaron factura conforme recorría la última distancia. Las manos empezaron a sudarme y los ojos se me aguaron cuando estacioné casi delante del edificio al que estaba a punto de entrar.

—Mira, Nala —susurré—. Aquí vivo yo.

Sí, había vuelto a mi ciudad, a mi casa. No iba a huir más, no podía y menos después de lo que me dijo Dan de Alba. Todavía iba a mantenerlo en la ignorancia de mi ubicación, seguramente se lo dijera al día siguiente y escucharía desde mi piso los gritos que soltaría, y no precisamente desde el teléfono.

No os penséis que vivíamos cerca, aunque tampoco muy lejos, pero como era consciente de que se iba a alterar y a enfadar… Poco me importaba, si mi deducción era correcta, que esperaba que sí, en este lugar sería en el último en el que me buscarían porque salí huyendo de él. Tenía la esperanza de haberlos despistado y que continuaran en el pueblo, tal y como me dijo Dan.

Me quedé dentro del coche durante bastantes minutos. Liberé a Nala de la sujeción y sonreí cuando saltó entre los asientos al delantero. Acariciándola observé la calle iluminada por las farolas. Cuando me sentí segura de que todo estaba bien fuera, decidí salir del coche. Reí cuando intenté coger la mochila de bolso, se había sentado encima.

Saqué el arma y me la guardé en el bolsillo del abrigo.

—Junto a mí y sin hacer ruido —le pedí enganchando la correa en su collar.

Nos bajamos por la acera y saqué la maleta y la mochila de viaje del maletero. Las uní para poder coger más cosas y elegí la cama de Nala. El pienso no lo necesitaría hasta el día siguiente. Cargada, recorrimos la acera hasta llegar a un paseo de peatones. Era una avenida grande.

Cuando el semáforo nos dio paso lo cruzamos, yendo directas hacia la entrada del edificio. Difícil describir la sensación que me produjo regresar a lo conocido, donde había vivido muchos años. Nerviosa fui hacia el ascensor. Tuvimos que esperarlo, yo sin apartar la vista del portal. Todo parecía estar bien, pero aun así…

Entramos en el ascensor y pulsé en el tablero el número cuatro. Nala se pegó a mí al sentir cómo se ponía en marcha, por lo visto no había vivido la experiencia anteriormente.

Le acaricié la cabeza hasta que llegamos a la cuarta planta. Empujé la puerta, miré el rellano y por el hueco de las escaleras. Tragué saliva cuando me acerqué a la puerta. Solté todo lo que llevaba en el suelo y busqué la llave en la mochila, en el único bolsillo que no solía utilizar. La metí en la cerradura y la giré despacio, empujando la madera.

La oscuridad nos recibió. Me adelanté unos pasos y activé en el cuadro eléctrico los

interruptores, para encender la luz del salón. Nada más verlo me entró añoranza de un tiempo vivido precioso, el que atesoraba y me daba fuerzas cuando me flaqueaban. Dejé la melancolía para otro momento, entré el equipaje y la cama de Nala.

Cerré los dos pestillos que puse tiempo atrás al no sentirme segura en mi propia vivienda y giré la llave, dejando la puerta completamente cerrada. Lo siguiente que hice fue ir hacia la llave del agua para abrirla y encender la caldera que estaba en el lavadero. Regresé al salón y activé la calefacción que saltó enseguida.

—¿Qué te parece? —le pregunté sonriendo, al verla descubrir la zona— Aquí no tendrás chimenea, pero con el calorcito de la calefacción nos sobra.

Amplié la sonrisa por el sonido que hizo. Cogí su cama y la coloqué en la esquina, al final del mueble, casi enfrente del sofá grande de cuatro plazas. No se tumbó como solía hacer, me acompañó para inspeccionar el piso. Eso hice, al detalle, y para mi tranquilidad todo estaba como lo dejé cuando me fui. Puse el equipaje en mi habitación y fui al baño con urgencia.

—Cerca de aquí hay un parque muy grande y tiene una zona para ti. Te va a gustar —le hablé sentándome en la cama—. Seguro que sí. —La acaricié cuando apoyó la cabeza en mis piernas —. Este lugar es un poco más ruidoso y grande, pero te acostumbrarás como lo hiciste en la ciudad a la que llegamos. Aquí tenemos la suerte de estar muy apartadas del centro y se lleva bien.

Subió las patas delanteras a mis piernas y me lamió feliz, moviendo el rabo de un lado al otro. Reí por su respuesta positiva.

—Gracias por aparecer en mi vida. —La abracé cerrando los ojos.

Me levanté dispuesta a ponerme el pijama y a meterme directamente en la cama, no daba para más ya. Lo primero lo hice rápido, utilizando uno de la maleta. Solté un suspiro de alivio cuando me acomodé debajo del nórdico, con Nala acurrucada cerca de mis pies. Cerré los ojos, pero a pesar de lo agotada que me sentía, los abrí después de un tiempo al no conseguir dormirme.

El silencio que había me pesó y me puso intranquila. Con un bufido me levanté y fui a la cocina, a beber un poco de agua. Nala estaría preguntándose qué hacía, porque no se apartó de mí. Cogí un vaso y lo llené del grifo, hice una mueca al tomármela porque no me gustaba mucho. Era lo que había hasta que pudiera ir a comprar al supermercado porque no había cogido la botella del maletero.

Los nervios me hicieron abrir todos los armarios y anotar en una libreta lo que me faltaba, como también la nevera. No sé ni para qué hice lo último, lógicamente estaba vacía, a excepción de unas solitarias latas de refrescos que se quedaron dentro. Me dediqué a organizar la compra que haría al día siguiente y entretenida en eso, empecé a bostezar y a notar los párpados pesados.

Aproveché para regresar a la cama, necesitaba descansar y con esa intención volví a

tumbarme y a cubrirme con el nórdico. Ya no me moví más, como tampoco Nala que ocupó su posición al final de la cama.

Mi casa, mi cama, mi zona privada… Había regresado sin saber si era acertada la decisión que había tomado, pero no me había parado a pensar en ello, solo me había dejado guiar y llevar por la necesidad que me recorría.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, me dejé llevar por el sueño. Me atrapó uno del que no quise despertar porque en él aparecieron todas las personas que quería, felices y sonrientes.

Antes de dormirme, entre la semiinconsciencia y la realidad, el recuerdo de Kyan consiguió aplacar mi inquietud, trayéndome la paz que necesitaba.

Capítulo 47

Tumbada de lado, llevaba un rato observando hacia la ventana de la habitación. Me estaba costando salir de la cama. Miré la hora en el móvil, había pasado más de media hora desde que me desperté. Me incorporé despacio escuchando a Nala jugar por alguna parte del piso.

Después de lavarme la cara en el baño, salí a buscarla. Sonreí apoyándome en el marco de la puerta del salón. Estaba revolcándose en el suelo, mientras sacudía las patas en el aire. Caminé hasta ella y se levantó rápido, viniendo hacia mí.

—Buenos días. —Le acaricié la cabeza—. ¿Tienes hambre? —Ladró—. Qué pregunta, ¿verdad? —sonreí.

Fui a la cocina, pero me acordé de que no pude sacar del coche el saco de pienso, al ir cargada. Regresé a la habitación para vestirme, seguida por ella que no entendió que no le llenara el cuenco, el que por cierto también se quedó en el coche.

—Tengo que bajar a vaciar el maletero —dije poniéndome el abrigo.

Me despedí de ella dejándola en el interior del piso y apoyé la espalda en la puerta, mirando de frente el rellano. Me moví rápido por si alguna de las otras tres puertas se abría. Pulsé el botón del ascensor y esperé impaciente a que llegara a la planta. Al salir del edificio me paré después de dar varios pasos.

Miré la calle con nostalgia, había echado tanto de menos su imagen. Los coches circulaban por la avenida, las personas caminaban en los dos sentidos, con el ajetreo de cada mañana para ir a trabajar, como era habitual. Solté un suspiro y me moví, yendo hacia el coche, pendiente de quién pasaba cerca de mí.

Saco de pienso, cuencos, bolsa con los juguetes de Nala, botella de agua… Lo cogí todo y caminé ligera por la acera, con ganas de encerrarme en el piso de nuevo.

—¿Lena? —Me giré al reconocer la voz de la persona.

—María —le sonreí conteniendo la emoción.

—¿Cuándo has vuelto? ¡Qué ilusión! —Se acercó para darme un abrazo.

Solté todo lo que llevaba en las manos y la correspondí a unos metros de la entrada del edificio.

—Mucha ilusión —susurré—. Anoche, bastante tarde —dije cuando nos separamos. Te veo muy bien.

—¿A mí? No te has fijado bien. —Hizo una mueca graciosa—. Tendría que haber ido a la peluquería esta semana, para el tinte.

—Eso es un detalle sin importancia. —Le hice un guiño.

—¿Y todo esto? —preguntó al fijarse en lo que había dejado en el suelo.

—Tengo que presentarte a Nala —sonreí.

—¿Qué animal es?

—Una perra. —Reí.

—Ay, hija. Es que hoy día se tienen todo tipo de animales. Sin ir más lejos, Carlos, el pescatero —asentí—, hace unos días estaba comentando que tenía un hurón. Tuve que preguntarle qué era. —Puso los ojos en blanco.

—¿Nunca has visto uno?

—En la tele. —Reímos—. Te ayudo. —Cogió la bolsa, liberándome de la carga.

—Gracias.

Subimos en el ascensor hasta mi planta, ella vivía en la de arriba, la última.

—¿Cómo va todo? —Me interesé mientras subíamos.

—Como siempre, dando guerra.

—Me alegro.

—Sabiendo que estás, ¿por qué no te pasas más tarde por mi piso? Puedes venir a comer.

—Me encantaría —sonreí.

—Perfecto. Te he echado de menos, Lena. —Me frotó la espalda—. Me alegro de verte aquí porque eso quiere decir que el motivo que te alejó ya no existe.

—No es del todo así —hablé en tono bajo.

—¿No? —Se sorprendió.

—Fuera preocupación, ¿vale?

—Hija, entonces…

—No —impedí que continuara—, pero pronto va a cambiar.

—Ojalá, estoy deseando que me digas que así es. —Me abrazó.

—Estoy fuerte, María. No te preocupes —susurré.

—Nos hacemos las fuertes, que es diferente. —Me acarició la cara y asentí—. Ven a cualquier hora, ya sabes —dijo cuando las puertas del ascensor se abrieron, señalando hacia arriba.

—Cuenta con ello. —Salí cargando con todo—. Hasta dentro de un rato.

Lo último que vi antes de que las puertas se cerraran fue su expresión de tristeza y compasión. Tragué saliva, pero sabía que en cuanto fuera a su piso se mostraría alegre como siempre, lo único que la sorpresa de lo que le había dicho la había afectado.

Al entrar, Nala me rodeó feliz al ver y oler sus cosas. Reí cuando metió la cabeza en la bolsa y cogió un muñeco de goma que hacía ruido cada vez que lo mordía. Era su preferido. Con él en la boca me siguió a la cocina. Lavé sus cuencos y les busqué un sitio donde dejarlos fijos. Le puse comida y agua y me dediqué a guardar todo lo demás.

Bebí un poco de agua de la botella, era lo único que tenía. Me urgía salir a comprar. La dejé entretenida y fui al salón. Pasé un dedo por encima de la mesa, retirando la capa de polvo que tenía. Dejé salir el aire despacio y dirigí la mirada hacia el pasillo, armándome de valor para lo que quería hacer.

Con pasos lentos me dirigí a él y me paré frente a una puerta que estaba cerrada. Puse la palma de la mano en la madera y cerré los ojos. Agarré el pomo y abrí despacio, temblorosa, con lágrimas en los ojos. Entré hasta pararme en el centro y la recorrí con la vista nublada. Me abracé por la cintura, hasta que no lo pude soportar más y salí corriendo, cerrando la puerta de golpe.

—Todo va a estar bien —susurré secándome la humedad de la cara, yendo hacia mi habitación.

Cogí la mochila y me la colgué. Nala se sentó en el hueco de la puerta.

—Vamos al parque un rato, después tienes que quedarte aquí. No puedes acompañarme al supermercado. —Le acaricié la cabeza al pasar por su lado.

Contenta porque sabía dónde íbamos cuando le puse la correa, salimos del piso. Hasta el parque solo había tres calles de separación, así que llegamos pronto, después de pararme en una cafetería y pedir un café con leche para llevar. Me lo tomé sentada en un banco, mientras Nala descubría todas las novedades cuando se desahogó.

Por cómo la vi, le encantó la zona. Era muy amplia, e incluso se acercó a otro perro que tenía sujeto su dueña. Pareció que congeniaron y después de que la chica me mirara, estaba muy cerca de mí en ese momento, le dije que no había problema, que Nala era muy buena. Soltó al suyo y empezaron a ir de un lado al otro juntos. Acababa de hacer un amigo.

—¿Vienes siempre a la misma hora? —me preguntó.

—No lo sé, es la primera vez.

—Oh, es que han conectado las dos. Nosotras sí, trabajo de tarde.

—¿También es una perra?

—Sí, Xena —sonrió.

—Bonito nombre. —Imité su gesto—. Pues sabiéndolo no me cuesta nada bajarla sobre esta hora.

—Perfecto. Es que es muy raro que Xena deje que se acerque otro perro, es un poco especial —habló divertida.

Estuvimos hablando durante un rato sobre ellas y cuando llamé a Nala para irnos, le dije que nos veríamos al día siguiente. Se despidió de mí encantada.

—Te lo has pasado bien, ¿eh? —Ladró y sonreí.

Al llegar al piso me despedí de ella, agachándome a su altura.

—Quédate tranquila aquí, voy a comprar. Lo haré lo más rápido que pueda, ¿vale? El supermercado está en esta misma calle.

Puse la palma de la mano hacia arriba y colocó la suya encima.

—Buena chica —sonreí besándola en la cabeza.

Al final me llevó casi cuarenta minutos, pero es que cargué un carro hasta arriba, me faltaba de todo en el piso. Cuando pagué en efectivo la cajera me dijo que en una hora me lo llevarían a casa y salí satisfecha.

Regresé junto a Nala que me recibió frente a la puerta y haciéndome una fiesta. Me puse ropa cómoda y me dediqué a limpiar el polvo y los baños, productos de limpieza sí que me quedaban

algunos. Sacudí la ropa de cama y la dejé hecha, antes de ir a la cocina y pasar un trapo por toda la encimera y el fregadero. En esta última zona poco más tenía que hacer hasta que me trajeran la compra del supermercado.

Una hora y diez minutos más tarde, llamaron al timbre. Esperé frente a la puerta, mirando por la mirilla. Cuando el repartidor salió del ascensor empujando la carretilla con las cajas abrí.

—Hola —dijo y le devolví el saludo.

Dejó todas las bolsas en la entrada y le di una propina antes de que se fuera, la que me agradeció sonriente. Empecé a meterlo todo en el piso y justo cuando cogí las dos últimas bolsas, una de las puertas vecinas se abrió. De ella salió un hombre que no reconocí. Era normal porque el propietario lo tenía de alquiler, anteriormente, antes de irme, vivía una pareja.

Nos saludamos con un hola y le devolví la sonrisa antes de cerrar. Fui directa a la cocina e hice varios viajes hasta tener todas las bolsas sobre la encimera. Guardé todo el contenido de ellas en su lugar y, al terminar, sobre las doce del mediodía, por fin pude prepararme un café.

Nala apareció con mi mochila.

—Muy lista —sonreí quitándosela de la boca.

Mi móvil estaba sonando, no lo saqué cuando llegué. Hice una mueca al ver el nombre de Dan.

—Hola.

—Eh, hola. ¿Cómo va? ¿Dónde estás?

Y ahí tenía la pregunta que no quería responder, pero que no me quedaba otra. Cogí la taza y le di un sorbo al café. En silencio, sin pronunciarme, fui al salón y caminé por él, hasta llegar a la corredera de cristal.

—Estoy tomándome un café —dije saliendo al balcón.

Era muy amplio, ancho y alargado. En él tenía una mesa con un par de sillas.

—Nala, baja —le pedí cuando subió las patas delanteras al poyete—. Ahí no. —La acaricié cuando se tumbó junto a mí.

Me senté en una silla, esta zona también la limpié junto al resto del piso.

—Es la primera vez que te escucho regañarla.

—No lo he hecho, solo la he advertido —negué.

—¿Cómo estás? ¿Cómo has pasado la noche?

—Pasable dadas las circunstancias y bien. Estaba muy cansada.

—Vale. No sé cómo tomarme que no me hayas respondido a la pregunta del principio de dónde estás, lo puedo interpretar de muchas formas si le das tantos rodeos.

—Es que no va a gustarte lo que te diga —solté un suspiro.

—Inténtalo, lo mismo te sorprende.

—En mi piso.

—¿Cómo que en tu piso? —Reaccionó después de prolongar el silencio—. No me jodas, Lena, dime que es mentira.

—Llegué de noche.

—Mierda, ¡no me lo puedo creer!

—¿Cuántas veces me has pedido que regresara para estar juntos?

—Ya, pero tendrías que habérmelo dicho para ir a por ti. No pasearte con el coche como si no pasara nada, y seguro que has salido a la calle.

—Tenía que comprar. —Bufó.

—¿Te has encontrado con alguien?

—Solo con María, Clara no estaba en el supermercado, trabajará de tarde.

—¿Qué tienes en la cabeza, Lena?

—Demasiadas cosas.

—Ya… con la pregunta me estoy refiriendo a qué vas a hacer. Necesito controlarte, no quiero que estés ahí sola.

—No voy a moverme de mi piso, Dan —le advertí.

—Tú nunca hagas caso, ¿para qué?

—Voy a tomarme tranquila el café, dentro de un rato subiré al piso de María a comer y después dormiré un rato, si puedo. Es un buen plan.

—Un planazo. —Bufó—. Voy para allí.

Colgó impidiendo que hablara más. Solté un suspiro mirando hacia delante, hacia lo que quedaba fuera del límite del balcón.

—Parece que tampoco se lo ha tomado tan mal —comenté pensativa.

Miré la hora, no tardaría en aparecer. Tenía muchas ganas de verlo, me había hecho mucha falta porque llevábamos toda la vida juntos y era un pilar fundamental en mi vida. Al tener ese pensamiento los ojos se me aguaron por Kyan.

Lo que lo echaba de menos a él, lo sobrepasaba. Cogí el móvil, indecisa y temerosa, pero al final me dejé llevar por la necesidad que sentía.

Lena: *Hola Kyan. Perdóname, no he querido hacerte daño en ningún momento. Espero que no me odies por lo que he hecho, créeme que no ha sido nada fácil para mí. Sé que pensarás que no te he tenido en cuenta, no es verdad porque lo he hecho más de lo que te imaginas. Mi vida hoy día no es sencilla, ojalá algún día cambie. Nunca he podido hablarte claro, ni siquiera intentarlo, pero es que hay muchas cosas que me pesan y duelen, y no podía… No podía porque suponía destapar una herida abierta que sangra mucho. Otra vez te pido perdón, yo… Te quiero mucho y lo que más deseo es que seas feliz y estés bien. Cuídate, por favor. Te voy a decir una última cosa: quien me busca, continúa en el pueblo.*

Dejé el teléfono despacio encima de la mesa, después de darle a enviar. Me retiré las lágrimas de la cara, pero continuaron saliendo. Imposible frenarlas cuando se trababa de Kyan. Me bebí a sorbos pequeños el café porque me costaba tragar por el nudo que tenía en la garganta.

Al escuchar el timbre cerré los párpados con fuerza por unos segundos. Me levanté rápido para abrir. Impaciente esperé a ver salir del ascensor a Dan a través de la mirilla.

Abrí la puerta de golpe, con más lágrimas en los ojos.

—Joder, Lena —dijo emocionado.

Me abrazó con fuerza mientras me hacía caminar hacia atrás, para cerrar. Me aferré a él desesperada, desahogándome por todo el dolor y miedo que sentía. Noté a Nala en mis piernas, mientras escuchaba su lamento por verme así.

—Ya está, ya está… —me repitió consolándome una y otra vez, susurrando y apretándome a él.

Me levantó del suelo y fue al sofá.

—Relájate —me pidió cuando nos separamos, sentados.

—Es demasiado todo —dije retirándome las lágrimas.

—Lo sé. —Me acarició el pelo con expresión triste—. Joder estamos otra vez juntos. —

Volvió a abrazarme—. Y esta señorita debe ser Nala —dijo mirándola sonriente.

—Sí.

Nos había seguido, tenía la cabeza apoyada en mis piernas. En sus ojos se reflejaba la tristeza.

—Es preciosa.

—Un regalo invaluable —susurré acariciándola—. Nala —se puso recta, ladeando la cabeza —, él es mi mejor amigo Dan. —Lo señalé.

Siguió con los ojos la dirección de mi dedo, pero no se apartó de mí. Hasta que Dan la tocó, ahí ya se la ganó y terminó tumbada en el sofá, entre los dos.

—Cuéntame cómo ha sido la vuelta —me pidió con gesto preocupado—, y por qué motivo concreto has decidido regresar.

Capítulo 48

Kyan

Miré la pantalla del móvil y lo bloqueé para continuar dando vueltas. Estaba buscando dónde estacionar. Me costó un poco y cuando me bajé del coche, caminé por la acera para encontrar algún lugar para comer. Me rugía el estómago.

Recorrí varias calles, hasta que entré en un bar.

—Buenas tardes —me saludó el camarero cuando ocupé una mesa.

—Buenas tardes.

—¿Qué quiere tomar?

—Para empezar una cerveza.

—Ahora mismo se la traigo —asentí.

Cogí la carta y le eché un vistazo. De todo lo que había lo que más llamó mi atención fue la ternera en salsa, eso iba a pedir, junto a una crema de calabaza especialidad de la casa, como especificaba. El camarero me trajo la bebida y le dije lo qué quería.

Bebí observando la calle, había bastante movimiento. Ese fue mi entretenimiento mientras esperaba la comida. Había tenido muchas horas para pensar, a estas alturas ya tenía calculados todos los pasos que iba a dar. Saqué el móvil y accedí a él. Recosté la espalda en la silla, observando la notificación del mensaje de Lena. Repiqueteé los dedos en la mesa. Me incliné hacia delante dispuesto a leerlo, pero lo retrasé por la presencia del camarero.

—Aquí tiene. Que aproveche, espero que le guste.

—Gracias, seguro que sí.

Moví la crema que tenía una pinta increíble con jamón picado. Me llevé la primera cucharada

a la boca, saboreándola. Me gustó la textura cremosa y la combinación de sabores y sus contrastes. Comí un poco más y centré la atención el móvil, para abrir el mensaje de Lena.

Lena: *Hola Kyan. Perdóname, no he querido hacerte daño en ningún momento. Espero que no me odies por lo que he hecho, créeme que no ha sido nada fácil para mí. Sé que pensarás que no te he tenido en cuenta, no es verdad porque lo he hecho más de lo que te imaginas. Mi vida hoy día no es sencilla, ojalá algún día cambie. Nunca he podido hablarte claro, ni siquiera intentarlo, pero es que hay muchas cosas que me pesan y duelen, y no podía… No podía porque suponía destapar una herida abierta que sangra mucho. Otra vez te pido perdón, yo… Te quiero mucho y lo que más deseo es que seas feliz y estés bien. Cuídate, por favor. Te voy a decir una última cosa: quien me busca, continúa en el pueblo.*

Me recorrió de todo por el cuerpo, por varios motivos. Centrado en la última parte salí de la aplicación y entré en la de llamadas, marcando el número de Robin.

—¿Cómo va? —preguntó al descolgar.

—Me gustaría decir que bien, pero me lo voy a reservar. Ahora he parado a comer.

—Bien, yo no tardaré en hacerlo. ¿Qué tal en la carretera?

—Deja de preocuparte —negué divertido.

—Joder, es que me siento como un padre protector y tú eres el hijo problemático que me da calentamientos de cabeza. —Reímos.

—Calentamientos que voy a darte yo a ti cuando te vea.

—¿De qué tipo, tío? Que lo del matrimonio entre nosotros es coña, a ver si te vas a sobrepasar con el cariño. —Volvimos a reír.

—Yo estaba pensando en otro calentamiento diferente, a mano abierta.

—Si es así me callo ya, que nunca he salido ganando —dijo divertido.

—Robin, Lena me ha enviado un mensaje.

—¿Cuándo?

—Hace poco. —Comí otra cucharada de crema.

—¿Qué te ha dicho?

—Bastantes cosas, pero te he llamado por una en concreto.

—¿Cuál?

—En el mensaje termina diciendo que quien la busca continúa en el pueblo.

—No puede ser, todas las veces que me han llamado de los alojamientos para estar informado he comprobado que todo esté en orden.

—Pues algo se nos ha pasado por alto, Lena no lo aseguraría si no estuviera segura y si echo la vista atrás en el tiempo, cuando te dije que la vi rara al llegar del paseo con Nala…

—¿Tú crees que se encontró con alguien?

—Directamente no. Hasta ese punto es poco probable.

—¿Por qué lo dices tan convencido?

—Porque si se hubiera dado, ella habría desaparecido antes.

—Vale, te pillo. Pues me toca recorrer el pueblo de punta a punta y volver a los alojamientos.

—No creo que haya fallado algo en la información que te dan, más bien tiraría por la opción de que quien sea, no se aloja en el pueblo.

—Joder, pues entonces el tema se complica.

—Lo tienes más fácil de lo que crees.

—Pues dame un poco de luz.

—Sabemos que Lena se ha ido por la conversación que tuvo con Dan, por lo que se dijeron. Eso quiere decir que no dieron con Lena. Estuvo muchos días sin salir de mi casa, con razón. —Me quedé pensativo—. Si no la encontraron, pero intuyen que está en el pueblo, solo hay un lugar donde podemos dar con él, ellos, o cuantos sean. De ahí lo fácil, pero complicado a la vez.

—La casa en la que estuvo.

—Correcto. Si la teoría de Lena es correcta, terminarás encontrándolos por esa zona, en el mismo lugar al que fueron una vez provocando que Lena huyera.

—No te preocupes, si hace falta estaré día y noche allí.

—Estoy lejos, no quiero que te arriesgues solo. Habla con Mario y coordinarlo todo para que tengas relevo.

—De acuerdo. Tú olvídate de lo de aquí.

—Está bien, ten cuidado.

—Tú también. Come tranquilo, más tarde hablamos.

Colgamos y lo hice. La crema me sentó de lujo, pero la carne también. Se deshacía en la boca y el sabor de la salsa tenía un punto picante que me encantó. Comí tranquilamente y dejé pasar el tiempo, tomándome un café. Casi dos horas después me levanté y fui a la barra a pagar.

Con las manos en los bolsillos, empecé a caminar por la acera, sin saber hacia dónde me dirigía. Crucé la calle y me paré en la esquina del último edificio, observando detenidamente el lugar.

✣ ✣ ✣

Me moví rápido y antes de que se cerrara la puerta, la empujé con la mano y sujeté la de Lena cuando intentó sacar el arma de la mochila, al asustarse.

—¿Qué…? —Jadeó al tenerme delante—. Kyan —susurró desconcertada.

Nala saltó sobre mí, contenta por verme. Le acaricié la cabeza sin apartar los ojos de su dueña.

—¿Sorprendida? —Levanté una ceja.

—No lo entiendo, ¿cómo sabes dónde vivo y que estoy aquí?

—¿No me vas a invitar a un café? Qué menos, ¿no?

—Eh, sí, claro. —Bajó la mirada hacia el suelo, con las mejillas sonrojadas.

Me dirigí hacia el ascensor y abrí la puerta para que entraran. Nala lo hizo enseguida, Lena todavía no se había movido ni girado. Lo hizo despacio, al igual que caminó, sin creerse lo que estaba sucediendo.

—Para llevar un arma y poder utilizarla a tiempo, tienes que saber reaccionar.

—No sabía…

—Ese es el gran problema, que muchas veces no lo sabrás, ni siquiera lo intuirás. Todo correrá a cuenta de tu pericia. —Desvió la mirada.

—Estaba despistada —susurró.

—Gran error en tu situación, ¿no? Ni idea cuál es, en realidad, pero visto lo visto.

—¿Qué haces aquí, Kyan? —insistió.

No le respondí, lo único que hice fue pulsar el botón de la planta en la que vivía, detalle que le provocó más preguntas. No las hizo, se mantuvo callada al igual que yo. Apoyé la espalda en la pared del ascensor, mirándola fijamente. Las puertas se abrieron y salimos al rellano. Al entrar en la vivienda recorrí con la vista el salón que era a lo primero que se accedía, el que daba paso a un balcón por una gran corredera.

Se quitó el abrigo, nerviosa, al igual que se desprendió de la mochila. Desapareció en la cocina, Nala la siguió para beber.

—¿Ya has dejado de huir de lo que sea? —le pregunté apoyado en el marco de la puerta.

—Sí —susurró.

—¿Antes tanto y ahora nada? —A pesar de que mi voz sonó normal, un poco distante, pero al fin y al cabo normal, me recorrió de todo por el cuerpo por el significado de su afirmación.

—Me he cansado, estoy cansada —continuó hablando en tono muy bajo.

Cuando la cafetera estuvo caliente preparó dos cafés. Caminé hasta donde estaba ella y cogí la taza que me ofreció.

—¿Cómo lo has sabido? —Se giró hacia mí.

—Te recuerdo que la primera vez que nos vimos, en la carretera de montaña mientras la tormenta descargaba con fuerza, Robin te paró por circular a gran velocidad. Te pidió la documentación, Lena Marie. —Contuvo la respiración.

—Lo has sabido siempre…

—Sí, y por si te estás refiriendo a tu segundo nombre, que es por el que preguntó el tío que entró en la cafetería, dirigiéndose a Diana, sí, también lo he sabido siempre. Tengo buena memoria, y más para lo que me interesa. —Me crucé de brazos.

—Pero cómo…

—¿Cómo sabía que estabas aquí, con todas las opciones desconocidas que hay? —asintió— Te puse un localizador en el coche. —Agrandó los ojos—. Daba igual qué destino eligieras, te iba a encontrar.

—¿Desde cuándo?

—El siguiente día después de regresar de la ciudad a la que fui a buscarte. Por lo visto últimamente se me da muy bien rastrearte. —Levanté una ceja.

—Lo siento. —Tragó saliva, frotándose las manos en el pantalón.

Cogí la taza y le di un sorbo al café sin dejar de observarla. Por fin la tenía delante, por fin podía relajarme. Llevaba en tensión desde que se fue de mi casa, al encontrarse sola en su situación, de la que me iba a enterar. Me daba igual que Dan, su amigo, viviera aquí también. Yo no estaba y era lo único que me importaba. Hasta ahora.

Nala se sentó junto a mis pies y le sonreí. Ladeó la cabeza, sin dejar de mover el rabo de un lado al otro.

—No he venido solo para dar contigo, Lena —comenté mientras acariciaba a la perra—. Hay dos temas que no voy a dejar pasar.

—¿De qué hablas?

—Primero… Me vas a decir, de una vez por todas, qué cojones te sucede. Todo, sin dejarte ningún dato por el camino porque no me conformo con menos. Ya no. Y segundo… No te perdono que tu primer «te quiero» me lo hayas dicho por escrito y muy lejos de mí, al menos eso creías.

Le rodeé la cintura con un brazo y la atraje hacia mí. Apoyé el trasero en el mueble y metí una pierna entre las suyas, pegando su cuerpo al mío. Se había vuelto a ruborizar.

—Dímelo a la cara —susurré.

—Yo… —Tragó saliva—. Sabes que estoy enamorada de ti, Kyan —murmuró.

Le levanté la barbilla con los dedos, encontrándome con sus ojos aguados.

—Puede… Pero es bien recibida la confirmación.

Se removió inquieta sobre la pierna que había puesto entre las suyas, al hacer presión hacia arriba, en un punto que la excitó.

—No vuelvas a hacerlo ni a intentarlo, ¿me oyes? —asintió— Te dije hace tiempo que no estabas sola y por tu bien, espero que te entre en la cabeza porque si se repite, te aseguro que la próxima vez me verás de una forma que no conoces.

—No quiero que te pase nada, solo pensar en que te ocurra… —Colocó las manos sobre mi pecho, acariciándome por encima del abrigo.

—Es mi decisión, mi elección, y no puedes hacer nada al respecto, más que aceptarlas.

—Kyan… —Tragó saliva.

No permití que dijera nada más, al menos en este momento. Me incliné buscando sus labios, besándola como llevaba tiempo necesitando hacer. Jadeó en mi boca por lo intenso que fue, por eso y porque no me olvidé de dónde tenía colocada mi pierna y la utilicé.

Capítulo 49



Lena

Aún me costaba asimilar que Kyan estaba conmigo, más concretamente sentado a mi lado en el sofá. Tenía el cuerpo girado hacia mí, yo tenía la espalda apoyada en varios cojines, en el brazo del sofá.

En ningún momento me acordé y ni mucho menos relacioné, que la noche que Robin me paró en la carretera de curvas, les di mi documento de identidad. Aceptó mi mentira cuando me dijo en la casa de Dan, que no debía preocuparme porque el hombre que entró en la cafetería de Diana buscaba a una tal Marie.

Era mi segundo nombre, el de mi abuela y el que a veces utilizaba si me interesaba.

—¿Llegaste bien hasta aquí?

—Sí, agotada, pero bien —asintió—. Es que di varios rodeos por precaución y el recorrido se hizo mucho más largo. —Carraspeé antes de llevarme la taza a los labios.

—Al principio me despistaste siguiendo la señal del localizador. No pensé en ningún momento que vendrías directa hacia aquí, creí que no regresarías.

—Si me he ido de tu casa de forma precipitada es porque algo ha cambiado, algo muy importante para mí. —Fijé la mirada en el café.

—Lena, necesito saberlo todo. Voy a ciegas y no me gusta una mierda, así no sé a lo que atenerme. Solo me rijo por tus reacciones y actitudes. Sobre lo que me has dicho al final del mensaje de texto, ya he puesto al tanto a Robin. Se va a encargar de comprobarlo.

—Gracias —le sonreí.

—Confía en mí, por favor. —Empezó a acariciarme un pie.

—No se trata de confianza, Kyan. La tienes toda de mí, de verdad.

—¿Entonces…?

—Se trata de miedo, de pánico... No quiero arrastraste a mi mundo.

—¿No te das cuenta todavía de que me metí en él por decisión propia? ¿De cabeza? Me importa una mierda a lo que tenga que enfrentarme, Lena, pero contigo. Desde que apareciste en mi vida marcaste un antes y un después, y recuérdalo siempre, te quiero conmigo sea como sea.

—Quizás, cuando te hable de mí cambies de parecer. —Tragué saliva.

Me moví para dejar la taza junto a la suya, en la mesa baja que había frente al sofá. Kyan ya se había bebido el café.

—¿De verdad piensas que lo que puedas decirme va a cambiar algo? Estás muy equivocada si es así. —Me presionó el pie.

—Hace muchos meses cometí el error de asistir a una fiesta. —Empecé a relatar lo que quería escuchar.

—¿Error? ¿Por qué?

—Porque desde esa noche mi vida no volvió a ser igual —sonreí triste.

—¿Qué pasó? —Frunció el ceño.

—Fui con Julia, mi amiga, de la que te habló Dan —asintió—. Las invitaciones las tenía ella, se las dio una compañera de su trabajo porque ella no podía asistir. —Desvié la vista hacia Nala, estaba con los ojos cerrados en su cama. Solté un suspiro—. Por aquel entonces, yo era una profesora de secundaria que tenía una vida de lo más normal y tranquila.

—¿Eres profesora?

—Sí, pero llevo tiempo de baja. —Apreté los labios.

—Continúa. —Siguió acariciándome el pie, con las dos manos.

—No conocíamos a quien la organizaba, simplemente decidimos ir porque nos pareció algo diferente a lo que estábamos acostumbradas. —Hice una mueca—. Julia insistió para que aceptara porque su compañera le dijo que asistirían personalidades importantes y le picó la curiosidad de estar cerca de ellas. Ya ves tú, como si fuéramos a reconocer a algunas o como si me importara —negué.

»Al inicio de la noche todo fue bien. Nos arreglamos para la ocasión aquí, en mi piso, y fuimos en mi coche hacia el recinto donde se celebraba. Nos quedamos encantadas con el ambiente que había, la ubicación estaba muy apartada, a unos sesenta kilómetros de esta ciudad, pero valió la pena porque el recinto era una casa impresionante.

»Bebimos con moderación, disfrutamos de los canapés que ofrecían constantemente, la

música que sonaba era muy agradable y en algunos momentos animada. Como digo, todo empezó bien, tal cual suena.

—¿En qué momento se truncó?

—Cuando llevábamos varias horas, tuvimos que ir al baño. El que había en la planta principal estaba ocupado y había una larga cola para entrar. Decidimos investigar por nuestra cuenta porque el hombre que nos recibió en la entrada, lo primero que nos dijo es que podíamos movernos por toda la casa sin problema. Por eso nos animamos a buscar otro baño, un error garrafal porque si hubiéramos esperado en la cola, a que llegara nuestro turno, nada de lo que ha pasado habría sucedido.

—Estoy aquí. —Me presionó el pie, agarrándome el otro también.

Sus palabras eran porque me había quedado en silencio y los ojos se me habían aguado.

—Sí —susurré, tragando saliva—. Subimos a la primera planta, estaba oscura, solo iluminada por una fila de luces en el suelo que recorrían el pasillo haciendo de guía. Las seguimos y dimos con un baño solitario. Entramos, hicimos lo que nos urgía y al salir cometimos otro error: pararnos frente a una puerta que estaba entreabierta —susurré.

»No sé por qué lo hicimos, lo he pensado muchas veces, le he dado infinidad de vueltas. No le encuentro el sentido, supongo que son de esas cosas que haces sin darte cuenta, por instinto o como un acto reflejo. El caso es que nos quedamos frente a la puerta al escuchar voces. No sonaban normales, algunas eran fuertes y resonaban en la planta vacía. Hasta ahí no sucedió nada más, el problema vino cuando empezamos a oír lamentos y gritos de dolor.

»Julia y yo, nos descompusimos por el sufrimiento que identificamos. Mi amiga me susurró que teníamos que hacer algo, yo me quedé bloqueada porque era demasiado arriesgado dar un paso al frente. Mi intención era bajar a la planta principal y buscar ayuda, pero ella insistió en que podía ser muy tarde para la chica que continuaba lamentándose, mientras rogaba llorando. Así que, una enfermera y una profesora de secundaria, cometimos la mayor locura de nuestras vidas, la que nos pasó demasiada factura.

»Nuestra moral no nos permitió mirar hacia otro lado, imposible ante el dolor y la rabia de lo que sucedía. No nos paramos a pensar en las consecuencias que podía acarrearnos, simplemente quisimos presentarnos ante quien estuviera dentro, para que dejaran de hacer lo que hacían. Decidimos hacernos las despistadas, e incluso las bebidas, como si estuviéramos borrachas para que dieran por hecho que no éramos conscientes de lo que hacíamos. —Hice una pausa cuando me faltó la respiración. Respiré varias veces profundo, mientras Kyan se mantenía callado, sin dejar de acariciarme los pies.

»No llegamos a hacerlo, la puerta se abrió de golpe antes de movernos. Soltamos un jadeo por la impresión. La luz de la sala iluminó el pasillo y el hombre que abrió nos miró de una forma… Antes de que reaccionara nos dio tiempo a ver en el interior a una chica tumbada en el suelo, no se movía y por la sangre que había a su alrededor supimos que ya no respiraba. Y para nuestra sorpresa, sí que reconocimos a alguien importante, precisamente junto a los pies de ella. Sujetaba un cuchillo que estaba cubierto de sangre.

»Cuando los ojos de él y los nuestros se encontraron, dimos varios pasos hacia atrás, con

pánico. El hombre que abrió intentó agarrar a Julia, era la que estaba más cerca de él. De hecho, la sujetó de un brazo con fuerza y le hizo daño. Yo reaccioné empujándolo con todas mis fuerzas, mientras Julia le clavaba el tacón en el pie y daba tirones para huir. De esa forma la soltó, quedándose con un trozo del vestido de mi amiga.

»Salimos corriendo desesperadas de allí, bajamos las escaleras casi volando. Nos dirigimos a mi coche como si nos persiguieran, lo que no supimos si fue así. No estábamos para comprobarlo, solo teníamos ganas de vomitar. Me puse frente al volante y aceleré al máximo después de arrancar. Cuando llevaba varios kilómetros recorridos tuve que parar a la fuerza porque me mareé. No veía bien, casi no podía enfocar la vista.

»Nos bajamos del coche, y yo sí que vomité. Julia estaba acostumbrada a ver de todo en el hospital. Cuando me recompuse nos abrazamos llorando, pero le pedí que subiera rápido al coche, necesitaba salir de la zona porque no me fiaba de que alguien pudiera aparecer. Cuando llegamos a la ciudad pensamos que estábamos salvadas, nadie conocía nuestra identidad. Pero claro, lo que se supone que es lo que se tiene que hacer en una situación como la que vivimos, la de denunciar lo que habíamos oído y presenciado, supuso para nosotras nuestro fin.

»Tramitamos la denuncia, convencidas de que era lo que teníamos que hacer, nuestro corazón así nos lo dictó y era imposible que pudiéramos continuar como si nada. Denunciarlo fue nuestra sentencia. No sé cómo ocurrió, por aquel entonces no quise molestar a Dan, ni mucho menos contarle lo que nos había pasado porque se encontraba en una misión. Soy consciente de lo delicado que es vuestro trabajo y preocuparlo, podía provocar que se despistara y cometiera un error. Me mantuve callada hacia él, y como digo, no sé cómo ocurrió, el hecho es que a las pocas semanas una chica apareció muerta y salió en todas las noticias.

»El caso fue grave, así lo decían los medios. Al poco tiempo, un policía se puso en contacto con nosotras, diciéndonos que necesitábamos tomar precauciones porque lo vincularon con nuestra denuncia. Julia aceptó protección cuando se la ofrecieron, yo me negué, no quise. —Me sequé la humedad de la cara, con rabia.

»Una noche que tampoco olvidaré nunca, cuando descolgué el teléfono, creí que moría. El padre de Julia me llamó desconsolado, diciéndome que su hija había muerto. Ellos no sabían el motivo por el que se apartó por un tiempo, para protegerlos. A Julia la custodiaban varios agentes por la magnitud del caso, los que inexplicablemente no salieron con ningún rasguño de lo que le sucedió a ella. Lloré, me desesperé, pero tenía que seguir adelante con las pocas fuerzas que me quedaron.

»Tuve que pedir la baja porque no era capaz de salir de casa, me la dieron sin problema por el estado anímico con el que Dan me llevó al médico. Él se hizo cargo de todo lo que necesitaba de puertas para afuera, durante unas semanas. Pasado ese tiempo, me obligué a continuar haciendo una vida lo más normal posible, no podía hacer otra cosa, hasta que me sentí amenazada. La primera vez que noté algo raro, decidí… —Tragué.

—¿El qué?

—Decidí alejarme de mi hija, tomé esa dura decisión por su bien. —Las lágrimas salieron de mis ojos sin control.

—¿Tienes una hija? —asentí.

—Alba. —Hipé—. Ella es el motivo por el que me fui de tu casa. Por aquel entonces, cuando Dan regresó a la ciudad le conté todo, angustiada y desesperada. Se volvió loco por la preocupación, fue él el que me dijo que tenía que separarme de Alba, hasta que todo se solucionara porque se iba a hacer cargo personalmente de mi caso.

»Se encargó de llevarla a un lugar seguro, bajo la protección de Claire, una policía compañera suya, de total confianza. El día que me fui de tu casa llamé a Dan porque unos días antes me envió un mensaje para que me pusiera en contacto con él lo antes posible, que era muy urgente. En el momento en el que lo leí no pensé… —negué frotándome el pecho.

—¿Qué te dijo? —preguntó en tono bajo.

—Que Alba ya no estaba, y que encontró a Claire sin vida —susurré.

—Joder. —Se presionó la frente.

—No quiero ocultarme más, lo único que quiero es recuperar a mi hija, sana y salva —murmuré.

—¿Cómo supieron dónde estaba?

—No lo sabemos, Dan está investigándolo. —Dejé salir el aire despacio—. Pero, teniendo en cuenta lo que le sucedió a Julia…

—Creéis que alguien de dentro de la policía está comprado —dijo convencido y asentí—. Por eso Dan me dijo que no te gustaba lo que representa la policía, que no te fiabas de ninguno que no fuera él —volví a asentir.

—Julia y Claire ya no están —dije con voz temblorosa—, no puedo perder a Alba, no puedo. Dan, en la llamada que provocó que me fuera de tu casa, aparte de lo que te he dicho, también me dio otro detalle que me alteró y me hizo reaccionar como lo hice. Me pasó algo hace días, no te lo conté.

—El día que me adelanté para llegar a casa y llegaste del paseo con Nala, en el bosque.

—Lo supiste —susurré.

—Desde que te vi, pero solo tengo suposiciones. ¿Qué detalle te dio Dan?

—Está vinculado con lo que me sucedió, tengo que explicártelo primero porque una cosa lleva a otra.

Quise beber un poco de café porque me empezó a picar la garganta, la tenía completamente seca. No quedaba en la taza.

—Espera, voy a por agua. —Al pasar por mi lado me dio un beso en la cabeza y cerré los ojos.

Capítulo 50



Kyan

Qué jodidamente difícil es contenerse cuando solo quieres estallar e ir directo a cargarte a alguien. Así me encontraba por la confesión de Lena, me parecía increíble lo que había escuchado. Regresé junto a ella con una jarra de agua y dos vasos. Los llené y le ofrecí uno. El mío me lo bebí de golpe, para aplacar el fuego que abrasaba mi interior.

Volví a colocarme en la misma posición. Le acaricié los tobillos, en silencio, dándole el tiempo que necesitó para continuar.

—El día que salí a pasear con Nala por el bosque quise acercarme a la casa de Dan. Lo hice para comprobar que todo estaba bien en ella —asentí, haciéndole saber que esa parte la daba por hecho. Me mantuve callado porque me urgía saber más—. No noté nada raro que llamara mi atención, la zona estaba tranquila y el exterior de la casa se mantenía bien.

—Tuviste que ver a alguien —hablé en tono bajo, para no alterarla más de lo que estaba.

Intentaba controlarlo, pero era evidente y lógico después de todo lo que había tenido que vivir y enfrentar.

—No exactamente —negó.

—¿Qué quieres decir?

—Que sí que vi algo, pero no relacionado con alguna presencia inesperada.

—¿Entonces?

—Cuando salí de la casa, después de comprobar que el interior estaba bien y como lo dejé, sucedió algo. —Se frotó las manos en el pantalón.

—¿El qué? —Apreté la mandíbula.

—Nala se alteró, reaccionó como nunca lo había hecho anteriormente. La escuché gruñir y la busqué con la vista. Se quedó jugando con una piña en la hierba, ya sabes que le gustan mucho —asentí—. Pues cuando la encontré la había abandonado. Estaba alejada y saltaba en círculos alrededor de algo que encontró, sin dejar de gruñir. Me puse nerviosa porque fue raro, y más teniendo en cuenta la posición que adoptó.

»La llamé y empecé a acercarme a ella. Me costó que me hiciera caso y que se centrara en mí, pero lo hizo y para mi sorpresa corrió en mi dirección con algo en la boca. Era una camiseta mía. —Tragó saliva y más tenso me puse—. Tenía una gran mancha de sangre. Me quedé en *shock* al reconocerla. La camiseta no tenía nada más, ningún rastro de llevar tiempo en el exterior. Y con lo que llovió días antes…

»Me asusté, corrí a la casa y entré de nuevo, necesitando mirar con más detalle. Y fue entonces, cuando en el baño de la habitación en la que dormí, me encontré una pinza del pelo, mía también. Las dos cosas nunca salieron de esta ciudad, al menos por mí. No me las llevé cuando me fui del piso porque no las tenía conmigo.

—¿Dónde estaban?

—Las tenía mi amiga Julia desde hacía tiempo, se las di en distintos momentos.

—Joder, Lena. —Bufé sin poderme controlar.

Me moví cambiando de postura, agobiado. Apoyé los brazos en las piernas, con la vista fija en la mesa baja.

—Cuando se lo conté a Dan me hizo enviárselo. Lo hice, le pedí el favor a Diana. En un principio iba a inventarme una excusa por la que no quería salir de casa, pero me entró la migraña. Llevó la caja que preparé a la agencia y me liberé del contenido. Cuando hablé con él, el día que me fui de tu casa, me confirmó de quién era la sangre de la camiseta. —Bajó el tono de voz y me temí lo peor.

—¿De quién?

—Yo creí que sería de Julia porque la tenía en su casa, pero no —negó con la cabeza varias veces, llorando—. Es de Alba —susurró.

—Mierda. —Me levanté de golpe, pasándome las manos por el pelo porque era lo que estaba esperando oír.

—Le han hecho daño.

—No sabes cómo pasó. —Me arrodillé a su lado.

—Está viva.

—¿Cómo lo sabes? —Le retiré el pelo hacia atrás.

—Porque Dan, me lo ha asegurado. Cuando le dieron los resultados del ADN fue corriendo a buscar a Alba. Ese fue el momento en el que se encontró con Claire sin vida, junto a una nota que iba dirigida a mí. La acompañaba una fotografía de mi hija, en ella tiene un brazo vendado.

—¿Qué ponía?

—No lo sé, Dan no quiso decírmelo por teléfono y la verdad por los nervios y la emoción del reencuentro con él, se me ha pasado preguntarle. No me encontraba bien, ha venido esta mañana.

—Lo sé, lo he visto salir del edificio. Estaba comiendo en el bar que hay en la acera de enfrente. Me he ido de él cuando os he visto a ti y a Nala. Os he seguido hasta un parque, aunque me he mantenido alejado. Hasta que me he presentado detrás de ti en el portal. ¿Cómo sabe Dan el ADN de Alba?

—Lo comparó con el mío. —Se tapó la cara.

—Shhh… —Intenté calmarla, abrazándola—. ¿Cuántos años tiene?

—Seis años. —Lloró desconsolada y la abracé con más fuerza, maldiciendo interiormente.

—¿Y el padre?

—Se desentendió de ella cuando me dejó, Alba no había cumplido el año. No estábamos casados.

—Dime a quién viste en aquella casa, el hombre importante que reconocisteis Julia y tú.

Cuando lo escuché maldecí, esta vez en voz alta. Me recorrió de todo por el cuerpo. El tío era un alto cargo que trabajaba para una administración del estado. Lo entendí todo, vinculándolo, yo también vi durante bastantes semanas la noticia que lo señalaba como el responsable de la muerte de la chica.

—Nadie sabe dónde está, ha desaparecido —continuó y asentí porque estaba al día de esa información—. Se supone, claro, porque sus cómplices del delito y todos los que debe tener comprados con dinero sucio, seguro que están al día.

—No aparecerá hasta que borre todo lo que lo amenaza con caer. Solo quedas tú —dije convencido—. Sin testigos que lo señalen directamente y con todo el poder que tiene, se libraría de pagar por lo que hizo.

—Sí —murmuró—. Por eso ha encontrado a Alba y se la ha llevado —dijo con dificultad—. Me quiere a mí y me va a tener.

—No vayas por ahí. —Me tensé.

—Lo siento, Kyan. Es mi hija y no voy a permitir que le haga más daño.

—Escúchame, Mario nos puede ayudar.

—¿Mario? ¿El padre de Diana? —Se sorprendió y después frunció el ceño.

—Sí. —Le froté los brazos para tranquilizarla—. Ahí donde lo ves, con el cargo que tiene en la policía de un pueblo aislado… Hace muchos años trabajó durante bastante tiempo como seguridad de personalidades importantes, y si descuelga el teléfono para pedirles favores, te aseguro que se los harán.

—Tú crees que…

—Nunca hay que perder la esperanza. —La abracé y se aferró a mí con fuerza y desesperación—. Sé que ese es el camino correcto, confía en mí.

✣ ✣ ✣

Me apoyé en el marco de la puerta de la habitación de Lena. Dentro estaba oscuro, pero la luz que se colaba del pasillo era suficiente para verla. Seguía tumbada como la había dejado, dormida. Nala estaba acurrucada a sus pies, no quería separarse de ella, protectora. Lena terminó agotada después de liberarse conmigo, al explicarme toda la carga que soportaba.

Se durmió en el sofá y al cabo de unos minutos, cuando me aseguré de que no se despertaría, la cogí en brazos y la traje hasta aquí. Cerré la puerta, dejándola entornada y regresé al salón. No había querido molestarla, lo principal era que descansara. Lo digo porque había preparado la comida y ya se había enfriado. También había sacado a Nala para que se desahogara, pero no me había alejado de la entrada del edificio, controlándola.

Me senté en el sofá llevándome el teléfono al oído, escuchando los tonos sonar.

—Kyan —respondió Mario.

—Hola —hablé en tono bajo.

—¿Va todo bien? ¿Estás con Lena?

La información que tenía estaba incompleta, como me había sucedido a mí hasta hacía poco. Pero estaba al tanto de lo básico y esencial.

—Estoy con ella —le confirmé.

—Bien.

—Nada va bien, Mario.

—¿Y eso? ¿Qué pasa? —se preocupó.

Me levanté y fui hacia el balcón. Antes de volver a hablar, cerré la corredera dejando solo un dedo de apertura. Apoyé los brazos en el poyete, observando la calle.

—Por fin sé lo que le sucede —comenté presionándome la frente—. Mario, necesitamos tu ayuda.

—¿Qué cojones pasa Kyan? Lo último sobra decirlo, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, tanto tú como Lena. ¿De qué se trata?

—Gracias.

—No digas tonterías, eres como mi hijo —sonreí.

Solté un suspiro y empecé a explicarle todo lo que me había contado Lena, no me dejé nada y seguí el orden en el que lo supe. De esa forma, poco a poco, fue descubriendo la verdad, siendo consciente de la que teníamos encima.

—Joder —dijo preocupado.

—Mario…

—Dime.

—¿Crees que podrás pedir algún favor? Si no es así, no tenemos nada que hacer y no puedo pensar en esa posibilidad.

—Cuenta con ello, llamaré a todas las personas que conozco, las que se mueven en el mismo ambiente que ese desgraciado. Iré uno a uno, descartándolos.

—¿Piensas que lo taparán? Por eso de ir descartándolos si no te dan la información.

—No lo sé, Kyan. Podría apostar a que no, sobre todo, enfocándome en los dos hombres que llamaré primero, pero no quiero hacerte ilusiones antes de tiempo. Dame un poco de tiempo, me voy a dedicar en exclusiva a eso y cuando sepa si me van a ayudar y quién, te lo haré saber.

—Gracias, Mario.

—Y dale —se quejó y volví a sonreír.

—¿Diana ya sabe que Lena se ha ido?

Me fui del pueblo tan rápido como tomé la decisión de seguir a Lena. No había encontrado el momento para llamarla.

—Sí, se lo he dicho hará una hora, como también que has ido a buscarla. Ha pasado de los nervios a la resignación, pero se ha quedado tranquila porque me ha dicho que la traerás de vuelta.

—Haré todo lo posible.

—Lo conseguirás, no me cabe duda.

Me callé, pero a estas alturas yo tenía las mías, muchas. La noticia de que Lena tenía una hija me había impactado, no porque supusiera un problema para mí, para nada. Me refiero en el sentido de que la existencia de Alba complicaba el que regresara al pueblo conmigo. Tenían sus vidas aquí, las que esperaba y deseaba que se normalizaran.

Me despedí de Mario con un nudo en la garganta por ese motivo. Quedamos en que me llamaría cuanto antes. Me guardé el móvil pensativo, temiendo que llegara el instante en el que se separara de mí por su trabajo en la ciudad y por todo lo que rodeaba a su hija.

Dejé salir el aire de golpe, poniéndome recto. No era el momento para eso, tocaba centrarse en el grave problema que tenía Lena. No iba a descansar hasta que se sintiera a salvo y segura, recuperando la normalidad que un día tuvo. «Profesora de secundaria», pensé, y sonreí negando.

Me había llevado más de una sorpresa inesperada, pero me quedaba con las positivas y las buenas, las otras, estaba deseando que llegara el día en el que las pisotearía. Estuve un buen rato en el balcón, me vino bien para aclarar las ideas.

Entré en el salón y fui hacia la habitación de Lena. Continuaba durmiendo, por lo que me dirigí a la cocina y decidí comer, ya la acompañaría cuando lo hiciera ella. Eso si abría los ojos antes de que llegara la noche, no iba a despertarla y si lo alargaba hasta el día siguiente, mejor.

Capítulo 51

Lena

Cuando abrí los ojos, la casa estaba en completo silencio. Me incorporé despacio, quedándome sentada. Me arrastré por la cama para ir con Kyan y Nala, pero enseguida me di cuenta de que no estaban. Imaginé que habrían salido a la calle. Fui al balcón para ver si los veía, pero no los localicé. Me rodeé la cintura con los brazos, hacía frío y el contraste de temperatura con el interior me erizó el vello.

No había mirado qué hora era, pero estaba oscureciendo. Entré en el salón y me senté en el sofá, rodeándome las piernas con los brazos. Le había contado a Kyan toda la verdad, aún no me creía que me hubiera atrevido a hacerlo. Me trató con tanto cariño y comprensión, la verdad es que las veces que había recreado el mismo escenario que habíamos vivido, uno en el que me desahogaba y lo hacía partícipe de lo que me sucedía, en todas esas veces para mí siempre era así.

Si le había ocultado las cosas no es porque pensara que reaccionaría mal, sino por lo que ya sabéis, lo mismo que le había dicho a él. El miedo es muy malo, y más cuando va dirigido a las personas que quieres. Te domina por completo si no sabes ponerle freno, o, al menos, ralentizarlo. Cerré los ojos apoyando la frente en las rodillas.

Estaba perdiendo un tiempo demasiado valioso, necesitaba ir al encuentro de Alba. Me había aferrado a lo que me dijo Kyan sobre Mario, su jefe y padre de Diana. ¿Sería verdad? ¿Él me daría la posibilidad de reencontrarme con mi hija? Sin estar presente se había convertido en alguien primordial, por lo que representaban los contactos que tenía, como me había explicado Kyan.

El timbre sonó, pero el del piso, no el del portal. Me levanté y miré por la mirilla. Era María, mi vecina de arriba.

—Hola —le sonreí al abrir.

—Hola, Lena. ¿Qué te parece un caldo casero para cenar? —Levantó una olla.

—Perfecto y la mejor opción. —Me aparté para que entrara.

—Te puedo preparar algo más.

—No, ya haces mucho —negué—. Quédate a cenar.

—Claro.

—No estoy sola. —La ayudé con la olla y la llevé a la cocina.

—Es verdad, me tengo que acostumbrar a que vives con Nala. ¿Dónde está? —La buscó.

—No me refería a ella. —Apoyé las manos en la encima—. El «no estoy sola» es porque Kyan ha venido a verme. Bueno sería más correcto decir a buscarme. —Me encogí de hombros —. Han salido a la calle los dos.

—Oh, no me hablaste de él este mediodía, cuando viniste a comer con Nala.

—No quise tocar ese tema.

—Tranquila, hija. Todo necesita su ritmo, tarde o temprano, me lo contarás.

—Es que hasta hace poco pensaba que no volvería a verlo —susurré.

—Mmm… Si ha hecho lo que estoy intuyendo y por el motivo que es, creo que de aquí en adelante voy a oír hablar mucho de Kyan. ¿No? —sonrió.

—Nunca se sabe, María, pero me encantaría —solté un suspiro.

—Cenaré en casa, no quiero molestaros.

—No eres ninguna molestia. A Kyan le gustará conocerte.

—Pues no se hable más. —Dio una palmada y sonreí.

Llené una olla más pequeña con la sopa, me había traído por lo menos, para dos veces más. Encendí el fuego al mínimo y fuimos al salón para sentarnos en el sofá.

—Antes no he querido preguntarte para no agobiarte, he dejado que te centraras en mí. Pero necesito saber cómo has estado desde que te fuiste. Hasta que Dan no contactó conmigo para explicarme que te habías ido por un tiempo me sentí inquieta.

—Lamento haberte preocupado, no pude despedirme. He estado bien. ¿Sabes? He conocido a personas maravillosas, si no hubiera sido por ellos…

—Cómo me alegro, hija. —Me agarró una mano y me la presionó.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla.

El sonido de la cerradura nos hizo mirar hacia la puerta. Nala fue la primera en entrar, vino directa a nosotras. María se la ganó en tiempo récord porque la recibió con una salchicha de las le gustaban. Busqué a Kyan con la mirada, nos observaba con curiosidad.

—Ella mi vecina, María. —Señalé hacia arriba.

—Ah. Encantado, María. —Se acercó a ella.

—Tú no puedes ser otro que Kyan —le sonrió amable y sin dudar le agarró de las mejillas y le dio un sonoro beso en cada una de ellas. Yo contuve la diversión—. Gracias por cuidarla.

Kyan asintió sin hacer ningún comentario, imaginé que no supo hasta qué punto María estaba informada de todo. Eso precisamente sabía, absolutamente todo.

—Se va a quedar a cenar con nosotros.

—Estupendo. —Me hizo un guiño—. Voy a ponerme cómodo, ahora vengo.

—Vale —acepté encantada el beso rápido que me dio en los labios.

—Quién tuviera tu edad.

La miré y reí, risas que le contagié. Fuimos a la cocina. Subí la temperatura de la vitrocerámica y saqué de un armario los fideos para echarlos en el caldo. Entre las dos preparamos tres tortillas con dos huevos cada una. Kyan se reunió con nosotras, Nala fue por libre y después de que le llenara el cuenco de comida y lo vaciara, se fue a su cama.

Nos sentamos en la mesa del salón y disfrutamos de la cena. María no tardó en irse, pasados unos minutos de terminar, se despidió de nosotros hasta otro día. El último abrazo que le di fue en la puerta, antes de verla subir las escaleras.

—Se ve buena mujer —comentó.

—Lo es, la conozco desde que vine a vivir aquí. —Me senté junto a él en el sofá.

Levantó un brazo para que me acercara más y me acurruqué, abrazándolo.

—¿Has hablado con Mario?

—Sí, pero todavía es pronto para saber algo. Ya me ha advertido que le llevará un tiempo.

—No dispongo de él, Kyan.

—Sé que es muy difícil, casi imposible, pero no desesperes.

—Cuando Dan me dijo que estaba viva, me comentó que lo mejor de todo es que yo sabía perfectamente dónde. No se refirió a un lugar, porque los dos sabemos que es imposible, sino en mi corazón —susurré.

—Guárdala ahí. Protégela como siempre has hecho, hasta que volváis a estar juntas.

—Tengo miedo Kyan, solo de pensar el que debe estar pasando ella… ¿La estarán tratando bien? Le hicieron una herida. —Cerré los ojos con fuerza.

—Ven aquí. —Me agarró guiándome. Me senté en sus piernas y le abracé el cuello.

—Gracias por buscarme por segunda vez —murmuré en su cuello.

—Es una suerte que me adelantara, ¿eh? —Me frotó la espalda—. Al menos, esta vez no te dio tiempo a cerrarme la puerta en la cara —dijo con tono de humor.

—Esta vez por muy poco no ha sido peor, por lo que has evitado que haga. —Bufé.

—¿Has hablado con Dan?

—No. Me desperté poco antes de que regresarais y al venir María con el caldo…

—No pasa nada, mañana lo llamas.

—Sí. No se va a creer que estés aquí.

—¿Te creyó a ti cuando le dijiste lo mismo? —asentí— Pues ahí lo tienes. —Me hizo un guiño.

—Mañana, y también tengo que llamar a Diana. —Hice una mueca.

—Está informada por su padre.

—Vale —solté un suspiro.

—Vamos a la cama.

Me levanté para que lo hiciera él. Nos despedimos de Nala y fuimos a mi habitación agarrados de las manos. Al entrar, y después de pasar por el baño, nos tumbamos.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Diez años.

—¿Y tus padres?

—No tengo —susurré.

—Lo siento.

—Gracias. Yo acababa de cumplir la mayoría de edad cuando sucedió.

—¿Pudiste mantenerte sola? Sé cómo te deja la situación y lo que cuesta remontar.

—Al principio no, solo estudiaba. Los padres de Dan y él fueron claves, no se separaron de mí. Busqué un trabajo por horas y pude compaginarlo con los estudios. Al menos intenté colaborar, pero no me dejaron, me obligaron a guardarme el dinero para lo que necesitara, para lo que no quisiera pedirles.

—¿Tienes sueño? Has dormido mucho.

—Pensaba que me costaría, pero noto los párpados pesados.

—Aprovecha y descansa.

Me dio un beso en la cabeza y apagó la luz. Siempre que estaba junto a Kyan me sucedía lo mismo, conseguía relajarme y aportarme una paz que no sentía en soledad. Dejé de ser consciente, centrada en el calor de su cuerpo y su respiración pausada.

✣ ✣ ✣

Abrí los ojos con el sonido del agua de fondo. Kyan estaba duchándose. Miré la hora en el móvil, eran las ocho y media de la mañana. Por increíble que me pareciera, había conseguido dormir durante toda la noche, sin despertarme.

Salí de la cama y me dirigí al salón. Nala al verme vino rápido hacia a mí.

—Buenos días. —La acaricié.

Fui a la cocina a por lo que me estaba pidiendo. De la nevera saqué una salchicha y la agarró al vuelo con la boca. La dejé feliz comiendo en la cocina y me dirigí a desearle buenos días a Kyan. Me desvestí en la habitación y me encerré en el baño con él.

Al escuchar la puerta, giró hacia ella. Sus ojos me observaron con intensidad, recorriendo mi cuerpo desnudo. Abrió un poco la mampara, dándome paso y no lo dudé, me moví rápido. Entré en la bañera.

—Ya he terminado —dijo con voz ronca, invirtiendo las posiciones.

El agua cayó sobre mi cabeza y la levanté para que me diera directamente en la cara. Solté un

suspiro al sentir sus manos. Se echó jabón en ellas y me frotó y acarició, sin dejarse ninguna zona sin limpiar.

—Abre bien —me pidió apoyando una mano en las baldosas que quedaban a mi espalda—. Así, perfecto —dijo cuando metió la otra entre mis piernas y me lavó la zona íntima.

Se esmeró tomándose su tiempo, deslizando la palma en ambos sentidos, una y otra vez.

—¿Bien? —susurró acercándose a mí.

—Estupendamente. —Jadeé cuando movió los dedos sobre el clítoris.

—¿Lo dejo reluciente? —gruñó.

Gemí como respuesta. Me subió una pierna a su cadera. La posición, por la inestabilidad, me obligó a apoyar la espalda en las baldosas.

—Siéntelo —dijo a la vez que se agachaba un poco y entraba en mi interior.

—Mmm… —Jadeé al sentirme llena por su erección.

Lo agarré del cuello para pegarme más a él. Se mantuvo quieto mientras nuestros los labios se buscaban una y otra vez. Cuando nos separamos, con las respiraciones desacompasadas, retrocedió y entró de nuevo con fuerza, hasta el fondo. Me moví inquieta y acelerada deslizándome en las baldosas, yendo al encuentro de los impulsos de su cadera. Se movió tan rápido, me provocó tanto placer... De su garganta salió un gruñido intenso al tomar un ritmo frenético. Los sonidos que hacíamos, los del agua corriendo y el del choque de nuestros sexos, cada vez que se encontraban, nos envolvieron y excitaron más.

Lo empujé un poco hacia atrás, necesitando más contacto. Encajados, me subí en su cuerpo para rodearle la cadera con las dos piernas. La posición provocó que entrara más profundo dentro de mí y que soltáramos un gemido de placer. Me ayudó con las manos a moverme, mientras yo utilizaba las mías en sus hombros para subir y bajar, igualando los movimientos de la necesidad que me pedía el cuerpo.

Así continuamos durante unos minutos, hasta que me apoyó la espalda en las baldosas, de nuevo, y teniéndolas de barrera, las utilizó para perderse en mi interior sin descanso. No necesitaba ese descanso, no lo quería, todo lo contrario. No pudo utilizar las manos porque con ellas me sujetaba de las piernas en cada embestida, pero ni falta que hizo porque recreé, como si estuviera haciéndolo, todo lo que me susurró al oído, mientras me llenaba con una fuerza e intensidad, dejándome sin aliento.

—Imagínate que mis dedos están abriendo tus labios inferiores…

—Síií… —Jadeé.

—Y que con otros me deslizo por tu sexo caliente y húmedo, excitado y abierto para mí. Que arrastro la humedad para entrar en tu calor como estoy haciendo ahora mismo, para después ir a tu punto de placer y volverte loca, al frotártelo con la misma velocidad con la que me muevo —gruñó y gemí cuando marcó más las embestidas, haciéndolas más profundas y duras.

—Kyan… Ahhh… —grité curvando la espalda.

—Eso es, me encanta que te ofrezcas a mí. —Jadeó.

Me dejé llevar con desesperación, agarrándolo del cuello con fuerza. Con muchas sensaciones recorriéndome, me quedé por unos segundos a su merced, tiempo que aprovechó para saciarse él, hasta que estalló en un orgasmo intenso que tensó todo su cuerpo.

—Estar dentro de ti es como estar en casa, Lena —susurró con voz ronca.

—Tendré que echar la llave contigo dentro. —Me mordí el labio inferior.

Sonrió de medio lado antes de besarme.

Capítulo 52

Kyan

—Para mi salud mental, agradecería que te quedaras aquí —comenté refiriéndome al piso.

Me encontraba en la puerta principal con Nala, para sacarla. Lena se había empeñado en acompañarnos, se estaba poniendo la parka.

—El parque está a pocas calles, no pasará nada —dijo colgándose la mochila.

—Ya, como tampoco pasó cuando aparecí yo y te pillé por sorpresa. —Levanté una ceja.

—No va a volver a suceder, te lo aseguro. Kyan, necesito salir de casa, empieza a agobiarme estar encerrada. —Hizo una mueca.

—Anda, vamos. —Abrí para que saliera.

—Gracias. —Me di un beso rápido al pasar por mi lado.

—Como si me dieras opción. —Le di una palmada en el trasero que la hizo reír.

—Siempre la hay, y sabes utilizar muchas técnicas para conseguir lo que te propones —dijo divertida mientras entraba en el ascensor.

—No me tientes. —Carraspeé.

Una vez en la calle, caminamos con Nala inquieta por llegar cuanto antes. Aceleramos el paso y en cuanto llegamos a la zona vallada reservada para los perros, la liberé de la correa y se lanzó a correr. A los pocos minutos apareció la misma chica con la que la vi interactuar cuando la seguí sin que supiera que estaba aquí.

Después de saludarla los dos y de una presentación rápida, en la que solo intercambiamos los nombres, Lena se puso a hablar con ella. Yo me mantuve apartado unos pasos, apoyado en la valla, observando la zona. A esta hora, tanto donde estábamos como en el resto del parque, no

había mucha gente. Eran las once de la mañana de un día laboral.

Mi móvil vibró en el bolsillo del abrigo y lo saqué para comprobar de qué se trataba. Sonreír al leer el mensaje de Robin, respondiéndole con un «ok». Nos fuimos del parque media hora después. En alerta, estuve pendiente de todas las personas que pasaban cerca de nosotros.

Subimos a la cuarta planta en el ascensor y cuando las puertas se abrieron, Lena se llevó una gran sorpresa. Solté un jadeo por la impresión, con los ojos abierto al máximo.

—¡Sorpresa! —dijo Diana, alzando la voz.

—¿Qué…? ¿Qué hacéis aquí? —preguntó sin salir del asombro.

Pasó la mirada por cada uno de los que nos esperaban junto a la puerta del piso. Robin, Diana, Mario y Dan la observaban sonrientes. Al último lo avisé para que viniera a una hora concreta, comentándole quién estaría. Ya estaba informado de que Lena me confesó su realidad, como también de la llamada que le hice a mi jefe, para que nos ayudara por la cercanía que continuaba teniendo con ciertas personas importantes y de renombre.

—Es que tienes la mala costumbre de salir pitando a la mínima de cambio, chica. No nos gustan las despedidas, pero un mensajito diciendo: «tengo que irme por unos días», no habría estado mal ¿no? —continuó hablando Diana.

—Lo siento. —Se avergonzó Lena.

—Bah, era broma. —Se acercó a ella y se abrazaron—. No sabes cómo me alegro de saber que estás bien, y de verte —le susurró cerca de mí.

Robin y Mario la saludaron de cerca también, Dan se mantuvo al margen dándoles espacio al resto. Él se consideraba más que saludado. Entramos todos en el piso de Lena y fuimos a la zona del sofá.

—¿Queréis un café? —les pregunté notando la mirada de Lena puesta en mí—. Espero que no te moleste lo que he hecho —le susurré en el oído, inclinado sobre ella. Me referí a juntarnos todos—. Igualmente es lo que hay, aparte de necesitar vernos, era necesario el reencuentro para nosotros.

—No me ha molestado, todo lo contrario —murmuró girando la cabeza hacia mí.

La sonrisa que apareció en sus labios fue muy significativa. Se los besé antes de ponerme recto.

Todos me dijeron que querían un café, hacía unos diez minutos que habían llegado a la ciudad, descartando a Dan. Fui a la cocina a prepararlos, seguido por Robin.

—¿Qué tal, tío? —Me apretó un hombro después de que nos diéramos un abrazo.

—Dentro de lo malo, bien.

—Pero…

—No sé, me mantiene en tensión tanta calma.

—¿Te parece raro?

—Después de la persecución a Lena, pues sí. —Me encogí de hombros—. Tengo la sensación de que en cualquier momento inesperado todo estallará por los aires. —Fijé la vista en la cafetera.

—Ya no estáis solos, no nos iremos de aquí hasta que lo solucionemos.

—Eso es mucho decir, Robin. No sabemos cuánto se alargará en el tiempo.

—No te preocupes por eso, tanto Mario, Diana como yo, sabemos a lo que nos atenemos.

—Gracias —le sonreí tenso.

—¿Dónde están las tazas? —Cambió de tema al verme agobiado.

Le señalé el armario y las sacó. Entre los dos preparamos los cafés y los sacamos en una bandeja. Me senté en el brazo del sofá, al lado de Lena. Diana y Mario quedaban al otro lado de ella. Dan se había sentado en una silla que había acercado, lo mismo que hizo Robin.

Mario empezó a hablar abiertamente y en confianza, sabiendo perfectamente la implicación de Dan en el caso de Lena.

—Ayer pude hablar con la primera persona a la que llamé —comentó—. Elegí empezar por él porque es el que tiene más poder de todos los que conozco. Después de la típica conversación de dos personas que llevan tiempo sin saber del otro, le pedí el favor que necesitamos todos. El caso es que no le di muchos datos, solo le dejé claro que me urgía su ayuda para conseguir información sobre una persona.

—¿Qué te dijo? —pregunté nervioso, aunque no lo exterioricé.

—Cuando le dije el nombre se quedó callado durante varios minutos. El resto de la conversación fue esta:

—Mario, ¿eres consciente de lo que me estás pidiendo? ¿Lo que puede suponer para ti ir en contra de ese tío? ¿Los problemas graves que puede ocasionarte?

—No me preocupa, pero si te quedas más tranquilo, sí, soy plenamente consciente de dónde me estoy metiendo. Sabes que nunca doy un paso en falso. Me importa una mierda. Mi gente está en peligro, eso es lo primordial para mí.

—Llevas en la sangre tu dedicación y compromiso, no puedes vivir sin proteger a los de tu alrededor —habló con añoranza de un tiempo pasado.

—Correcto, me conoces de sobra.

—Cuenta con mi ayuda, con el paso de los años dejé de contar las veces que me salvaste la vida.

—Seis.

—Veo que tú no. —Rio.

—Tengo buena memoria.

—Dame unos días y me pondré en contacto contigo. Te aseguro que podré darte lo que necesitas.

—Muchas gracias, Félix. No sabes el favor enorme que vas a hacerme.

—Todos los que pueda y estén a mi alcance, amigo.

—Menos mal —dijo Diana llevándose las manos al pecho cuando su padre terminó de relatarnos la conversación que tuvo.

Robin, me había dicho que la había puesto al día del motivo por el que Lena se fue de mi casa y abandonó el pueblo, por segunda vez. Por lo visto, Mario había preferido mantenerse callado ante ellos en el viaje hasta aquí, haciendo halago a su profesionalidad.

—¿Creéis que con eso habrá bastante? —intervino Lena, nerviosa, agarrándose las manos con fuerza.

Puse la mía sobre las de ella. Levantó la cabeza y le hice un guiño. Provoqué lo que buscaba, que soltara un suspiro y se relajara un poco.

—Es más de lo que hemos tenido hasta hoy —comentó Dan—. He intentado buscar hasta debajo de las piedras, pero ese tío ha cerrado todas las puertas y solo me he encontrado con impedimentos y frustración —negó cabreado.

—Lena —llamó su atención Mario—, confía en mí, si hay alguien que puede arrojarnos un poco de luz sobre el paradero de ese tipo, es Félix. Él se mueve en un entorno que a nosotros se nos queda muy grande, dada la influencia y el poder que tiene. Los maneja a la perfección, y, por suerte, algunos de los que llegan tan alto no se corrompen; son buenas personas. Félix es uno de ellos, te lo aseguro.

—Gracias Mario —habló visiblemente emocionada—. A todos, por estar aquí. —Los miró.

—Mi padre está feliz por haberme traído. —Rio Diana.

—Me lo imagino —sonreí de medio lado.

—¿El qué? —Quiso saber Dan, con curiosidad.

—Soy dueña de una cafetería y por primera vez desde que la abrí, la he cerrado para tomarme unas vacaciones —comentó divertida Diana.

Les comenté que iba un momento al supermercado que estaba a unas calles de distancia. Éramos muchos y quería preparar algo diferente para comer. Mario se apuntó para acompañarme, Robin no hizo el intento de añadirse porque supo interpretar que su propósito era estar a solas conmigo.

—¿De verdad fue tan bien la conversación o la has suavizado? —le pregunté cuando ya estábamos dentro del ascensor, mirándolo de reojo.

—Tranquilo, os la he explicado tal cual se dio —asentí cogiendo una bocanada de aire—. A partir de ahora, será complicado encontrar un momento para estar solos, quería asegurarme de cómo estás. —Me apretó un hombro.

Salimos del ascensor y del edificio.

—Bien, no te preocupes —respondí—. Tenso y atento hasta el más mínimo detalle, pero dentro de lo normal en la situación de Lena.

—Todo va a salir bien, Kyan. —Intentó animarme—. Cuando tengamos la información, ayudaremos a Dan en lo que necesite.

—No quiero que tomes un riesgo que no te pertenece —comenté pensativo.

—¿Robin tampoco? —negué— Pues ya puedes darte golpes en la cabeza, porque tanto él como yo vamos a ignorarte —aseguró con un tono de voz divertido—. Parece mentira que no nos conozcas. ¿Acaso tú no actuarías de la misma forma si lo necesitáramos alguno de los dos?

—Sabes que sí, pero…

—Deja de preocuparte por anticipado. Las cosas, tanto buenas como malas, llegan solas. Enfrentaremos lo que se nos presente delante. Yo confío en que terminará bien, haz lo mismo.

—Es difícil, nunca me había sentido así.

—Porque nunca has estado implicado en algo de esta gravedad, con alguien a quien quieres en peligro. Sé lo que es, llevo dedicado a lo mismo toda la vida. En un puesto o en otro, pero la finalidad es la misma, protegerse poniendo mi vida al servicio de mi profesión.

—Si no fuera por ti, no sé lo que hubiéramos hecho. —Sacudí la cabeza, parándome frente a una estantería.

Habíamos entrado en el supermercado y ya habíamos echado varias cosas en el carro.

—Una suerte que esté a tu lado. —Me hizo un guiño—. Pero no dudo de que sin mí también conseguirías tu propósito, Kyan. Puede que el camino fuera más largo, pero terminarías llegando al final.

—Tienes mucha fe en mí —dije pensativo.

—La que te mereces y te has ganado con creces, recuerda que mejor que yo solo te conoce Robin, así que da igual lo que me digas cuando estás cabizbajo y desanimado. Sé lo que hay dentro de ti en realidad. Remontarás para proteger a Lena.

—Sí. ¿Crees que le habrán hecho algo más a su hija? —Lo miré a los ojos.

—No puedo darte esa respuesta, me gustaría convirtiéndola en positiva, pero sería mentirte.

—Ya. —Me froté la cara.

—Piensa que lo que le hicieron fue una jugada para atrapar a Lena, si hubieran querido hacerle más daño a la niña lo habrían hecho desde el primer momento.

—Joder, es que la cabeza me va a mil. —Bufé.

—Relájate, al menos inténtalo. No estáis solos y hemos trazado un buen camino.

Asentí y nos dedicamos a recorrer todos los pasillos. Salimos del supermercado cargados con tres bolsas llenas, compré de más, aparte de lo que tenía pensado. Nos reunimos con todos en el piso, al entrar conversaban animados. Diana se esmeraba para hacer que Lena sonriera, e incluso que riera a veces porque era imposible resistirse.

Mario se unió a ellos. Los observé en silencio durante unos minutos, apoyado en el marco de la puerta de la cocina. Hasta que entré para guardar la compra y dejar preparado lo que iba a necesitar para más tarde hacer la comida.

Capítulo 53



Lena

—Es preciosa, Lena —dijo Diana.

Acabábamos de entrar en la habitación de Alba, donde se quedaría a dormir. Mario y Robin lo harían en la otra habitación. Tenía un despacho montado en ella, pero el mueble grande que ocupaba la pared de enfrente de la mesa ocultaba una cama de matrimonio plegable. Dan se había ido a su casa después de cenar. Eran las diez y media de la noche.

—Gracias —susurré sentándome en la cama.

Acaricié la sábana del nórdico con un nudo en la garganta.

—Lo siento, cariño. —Se puso a mi lado y me frotó la espalda.

—A veces pienso que no volveré a verla nunca más. —Cerré los párpados con fuerza.

—No puedes tener esos pensamientos. Aférrate a los contrarios, a que cada vez está más cerca el reencuentro con ella. No me imagino lo difícil que tuvo que ser tomar la decisión de alejarla de ti.

—La más desgarradora y complicada que he tomado —me retiré las lágrimas de la cara—, pero necesitaba hacerlo. Me dio pánico que pudieran hacerle algo y al final mira lo que ha pasado —negué apretando los puños en las piernas.

Era la primera vez que salía el tema entre nosotras, tampoco habíamos tenido un momento para hablar solas porque llegaron a media mañana. Kyan me dijo que los puso al tanto porque era necesario.

—Te admiro. —Giré la cabeza hacia ella.

—¿A mí?

—Sí —asintió—. A pesar de todo el miedo, de todas las situaciones, de la muerte de tu amiga y de la otra chica policía, de enterarte de que la sangre era de Alba… Lena, te mantienes en pie. Yo estaría consumida en el pánico y la tristeza.

—No lo sabes, hasta que no se presentan las situaciones es imposible saber cómo se actuará, por mucho que pienses de esa forma ahora. En el instante en el que sucede algo muy grave e inesperado se actúa por supervivencia. Alba ha sido por lo que no me he permitido venirme abajo, no podía, me necesita. —Tragué saliva—. No sé cómo está. —Bajé la mirada a sus manos.

Agarró las mías y más las frotó, dándome consuelo. Me abrazó con fuerza.

—Tienes razón y con lo cabezota que soy… —susurró— Confía en que estará bien, Lena. No puedes hacer otra cosa porque sería el final y como has dicho, no puedes permitírtelo.

—Lo sé. —Me aferré a ella.

Nos quedamos en silencio. Diana intentó calmarme, yo no pude dejar de llorar ni quise. Llevaba demasiado tiempo aguantando, haciéndome la fuerte, ya no pude mantenerme de la misma forma.

—Ve a la cama, estás cansada —me pidió antes de darme un beso en la mejilla.

—Sí —solté un suspiro, levantándome de la cama—. Si necesitas algo búscalo en los armarios, o me lo pides si no lo encuentras.

—Tranquila, estaré bien.

Salí de la habitación cerrando la puerta. Me encontré en el pasillo a Kyan.

—¿Escuchando a escondidas? —Levanté una ceja.

—¿Se ha notado mucho? —Apretó los labios y puse los ojos en blanco—. Ven aquí. —Me rodeó los hombros con un brazo y me guio hasta nuestra habitación.

Mario y Robin, ya estaban en la suya; y Nala, descansaba en el salón, hacía tiempo que no se movía de su cama, por la emoción del reencuentro con todos no había parado de ir de unos a otros.

—Estoy agotada, pero no sé si podré dormirme —dije metiéndome en la cama—. Estoy muy nerviosa.

—Tienes que hacerlo, oblígate.

—Es peor si me fuerzo. —Hice una mueca.

Con la cabeza apoyada en la almohada, de lado y cubierta por el nórdico, seguí con los ojos

todos los movimientos que hizo para desnudarse. Se lo quitó todo, hasta el bóxer. La visión de Kyan sin ropa te dejaba sin aliento, era para admirar y recrearte en ella.

—Te has propuesto entretenerme, pero, sobre todo, agotarme más —aseguré y sonrió de medio lado.

—Yo no he dicho nada.

—Ni falta que hace si te metes en la cama así.

—Es mejor, ¿no? De esta forma me ahorro el tener que quitarme el bóxer en cualquier momento. Nada como tener libertad para actuar rápido.

Se acomodó. Colocó la almohada a su espalda y la sujetó contra el cabecero, quedándose sentado a mi lado.

—Kyan…

—¿Qué? ¡No estoy haciendo nada! —se quejó en broma.

—¿Ponerme tu erección casi en la cara no es hacer nada?

—¿El qué? ¿Esto? —Se la agarró y tuve que apretar las piernas por la sensación que tuve en la parte baja de mi cuerpo.

Deslizó la mano por todo el largo de su miembro. Estaba duro. No tuvo prisa para tocarse, como tampoco para retirar las primeras gotas de excitación que brillaron en el glande.

—Estoy en la gloria —soltó un suspiro, subiendo y bajando el brazo, echando la cabeza hacia atrás.

—No hagas ruido —le pedí susurrando, provocando con mis palabras que volviera a sonreír.

—No prometo nada. —Volvió a acariciarse el glande y alargó la mano hacia mí, acariciándome los labios con los dedos.

Me los mojó, haciéndome saborear su esencia. Me lamí los labios, los suyos se entreabrieron siguiendo el recorrido de mi lengua. Me incorporé para quitarme el pijama y libre de él, me subí sobre su cuerpo. Me senté con cada pierna hacia un lado.

—Quiero que me agotes —dije acariciándole el pecho.

—Eso quieres, ¿eh? —asentí varias veces.

Jadeé conteniendo el sonido cuando me levantó por las nalgas. Me las abrió con las manos, rozando la punta de su miembro por toda mi zona íntima. Se retiró del cabecero para ir al

encuentro de mis pechos, conteniendo el aire cuando me apresó un pezón con los labios. Lo mordisqueó y succionó, pasando de uno a otro, mientras me balanceaba por las nalgas con más insistencia. Gemí sin poderlo controlar cuando se posicionó y empujó mi cadera hacia abajo, llenándome y manteniéndose quieto.

—Es una gozada, Lena —gruñó agarrándome de la nuca—. Muévete —me pidió con voz ronca, después de separarnos de un beso apasionado que nos incendió más.

Lo hice agarrada de sus hombros, al principio, subí y bajé con necesidad. Kyan se echó hacia atrás para observarme. Su mirada desprendía deseo atento al movimiento de mis pechos y mi pubis. Jadeé cuando me rodeó el clítoris con varios dedos y lo frotó.

—Síií… Mmm… —Me aceleré más. Me impulsé ayudada con las manos que coloqué sobre su pecho.

En un momento dado, en el peor, porque me faltaba poco para dejarme llevar, me agarró de los brazos y me levantó, saliendo de mí. Me quejé, pero no tuve que esperar mucho para continuar. Me giró sobre él, me quedé mirando hacia sus piernas, dándole la espalda. Inclinó mi cuerpo hacia delante y me agarré de sus muslos para tener un punto de apoyo.

Me removí inquieta cuando me abrió las nalgas y me cubrió de humedad el orificio trasero.

—Kyan… —Jadeé.

—Relájate, todavía es pronto —habló con todo el cuerpo en tensión, mientras lo acariciaba con los dedos y ejercía una ligera presión hacia dentro.

—Joder… —Me faltó la respiración cuando posicionó el glande en él.

—Cada vez está más cerca —gruñó moviéndome por las nalgas que no dejó de separar.

No pude controlar el pequeño grito que salió de mi garganta cuando entró dentro de mí, por suerte no en la zona que se había centrado. Volvió a llenarme, mientras uno de sus brazos me rodeaba la cadera y bajaba hasta cubrirme el clítoris con los dedos, a la vez que los de la otra mano se colocaron sobre mi orificio trasero.

Con todas las zonas sensibles en contacto con él, me desesperé empezando a subir y bajar sobre su erección, haciéndola desaparecer en mi interior a gran velocidad. Le apreté los muslos, sintiéndome desfallecer y sus palabras no me ayudaron para retener el orgasmo.

—Mierda, se ve tan bien desde aquí —gruñó y jadeó, al mismo tiempo que movía los dedos de ambas manos en cada zona.

—No puedo, no… —gemí.

—Aguanta, todavía no —me exigió y me lamenté queriendo hacerle caso por el placer tan

intenso que sentía.

—Veo perfectamente cómo me acoges, cómo te lleno, Lena. Es una puñetera locura lo mojada que estás y cómo me resbalo en tu interior. Tu cavidad se tensa y se amolda a mi miembro perfectamente.

—Kyan, para —le rogué porque no podía pedirme que retuviera el orgasmo, seguir escuchando lo que decía y notar en mis zonas sensibles lo que me hacía.

—Mmm… Baja más duro y rápido. —Su voz sonó ronca por completo—. Así, joder… —Se tensó echando mi cuerpo hacia atrás—. Tócate tú. —Me agarró de la cadera y endureció los movimientos, embistiéndome con profundidad.

—Necesito…

—Aún no, tócate —insistió.

Lo hice desesperada, con necesidad de llegar al final. Mi cuerpo se tensó encima de él y me dejé llevar por fin, con un orgasmo largo que me dejó sin respiración durante unos segundos. Se movió sin salir de mi interior, llevándome con él. Me quedé con las manos y las rodillas sobre la cama, con él posicionado a mi espalda.

Recogió el exceso de nuestras humedades y volvió a la parte trasera. Me la mojó acariciándome, la rigidez en mí fue notoria, pero no paró. Apoyé la frente en la cama cuando introdujo la punta del dedo, con su miembro entrando en mí insistentemente.

Me removí inquieta y alterada, lo que provocó que su dedo se introdujera del todo en la parte trasera.

—Joder. —Jadeé.

—Ya está —habló con la voz entrecortada, acariciándome la espalda.

En ese instante empezó a entrar y salir con menos intensidad.

—No pares —le rogué echando el trasero hacia atrás, para ir a su encuentro.

—¿Estás segura? —Movió el dedo en mi interior y cerré los párpados con fuerza.

—Mierda, síii… —gemí.

Llena por los dos lados, volvió a coger el ritmo, aumentándolo, llevándome a la locura. Volví a correrme, con la cara pegada al nórdico que amortiguó los sonidos que salieron de mi garganta. Kyan no aflojó sus embestidas en ningún momento, y notaba su dichoso dedo moviéndose todavía en mi interior. Volví a activarme, parecía que no tenía fin. Imposible hacer otra cosa con Kyan en acción, por muy sensible que tuviera ciertas zonas.

Excitada y deseosa, llevé una mano a mi zona íntima y me acaricié.

—Sí, así. Joder —siseó—. Dame uno más.

Gemí acelerando los movimientos de mis dedos, igualando los suyos. No sé cuánto tiempo pasó, bastante, pero al final volví a correrme, justo cuando sacó el dedo mi orificio trasero. Me quedé desmadejada sobre la cama, sin fuerzas, mientras él terminaba. Pocos minutos después se liberó en mi interior, agarrándome las caderas con fuerza.

—Lo has conseguido —solté un suspiro con los ojos entreabiertos, me costaba mantenerlos abiertos.

Me dio una palmada en la nalga y di un respingo cuando noté sus dientes mordisqueándome ambas.

—No puedo más —susurré.

—Por ahora, queda mucha noche. —Jadeé cuando me acarició el sexo, mojándose los dedos con nuestros fluidos.

Durante un rato no separó la mano de entre mis piernas y cuando su lengua hizo contacto con mi clítoris me tensé agarrándome con fuerza del nórdico. Lamió y recorrió cada parte, erizándome el vello.

—Eres una puñetera delicia, Lena. Me pasaría las horas así.

Gemí, pero se levantó apartándose de mí.

—Entra en la cama —me pidió retirando el nórdico.

Adormilada, pero muy excitada de nuevo, lo hice rápido. Me besó en los labios y nos saboreé en ellos. Fue un beso que empezó calmado, pero que enseguida se volvió pasional e intenso.

—Descansa —susurró cuando se separó.

—Sí —dije más dormida que despierta.

Lo escuché moverse por la habitación, como también cuando se acercó a mi espalda y me rodeó la cintura con un brazo, pegándome a su pecho. Esos fueron mis últimos recuerdos del día, junto a su respiración pausada y relajada. Un día que había estado lleno de emociones y sensaciones.

Tuve la sensación, porque lógicamente no me vi a mí misma y no fui muy consciente, de que me quedé dormida con una sonrisa en los labios. ¿El motivo? En este instante tenía varios, todos relacionados con Kyan, pero fue el pensamiento de que estaba dispuesta a tener insomnio cada noche para que sucediera lo mismo, el que curvó mis labios. Bien merecía la pena por todo lo

que me hacía disfrutar.

Capítulo 54

Dos días después…

Kyan

—Estoy en posición —avisé a Dan a través del teléfono.

—Perfecto, no hace falta que te diga que tengas cuidado, ¿verdad?

—¿Tengo que hacerte la misma pregunta?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta, clara y corta.

—Está bien. —Bufó.

Me asomé por el hueco desde el que se veía la vivienda donde supuestamente estaba escondido el tío que le había jodido la vida a Lena. Observé el exterior, protegido por la oscuridad de la noche.

El día anterior, Mario recibió la llamada que todos esperábamos con ansias. No nos hizo falta esperar a que nos transmitiera lo que le había dicho en la conversación, mientras hablaba en aquel instante, por sus gestos y expresiones, supimos por adelantado que Félix, el hombre al que le había pedido ayuda, había conseguido la información que necesitábamos.

Así fue, nos lo hizo saber emocionado nada más colgar. Lo celebramos y tuve que frenar a Lena para que no saliera corriendo del piso.

—Lena, párate a pensar —le rogué—. Tenemos que hacerlo bien para que no se dé ninguna situación que tengamos que lamentar. Hay que planificarlo bien, Dan ya viene hacia aquí. Es su caso, está al mando, lo coordinaremos todo juntos, pero él tiene la autoridad en esta ciudad.

—Ya sabemos dónde está, Kyan. —Me agarró del jersey con fuerza, llorando, con la vista ida.

Di por hecho que no me había escuchado por los nervios, la emoción y el *shock*.

—Así es, todo está a punto de terminar, pero necesitamos trabajar bien para tener un buen resultado. ¿Entiendes? —Buscó mis ojos y asintió despacio.

—Vale. —Dejé salir el aire de golpe y la abracé con fuerza.

A pesar de su confirmación, me costó tranquilizarla durante largas horas. Mario recibió la llamada a media mañana; por la noche, cuando nos metimos en la cama, aunque estaba agotada, no consiguió quedarse dormida hasta la madrugada. Lo entendía, no era para menos.

Saber que tenía a su alcance el localizar a su hija era lo suficientemente importante como para mandar a la mierda todo lo demás. Y al día siguiente, hoy, había sido más de lo mismo. Se enfadó conmigo cuando le prohibí que nos acompañara, la orden no solo salió de mí, como es lógico. Todos intentamos que entrara en razón, diciéndole que tenía que esperarnos en el piso junto a Diana. Terminó aceptándolo a regañadientes.

Había pasado bastante tiempo desde que supimos la ubicación exacta que le habían chivado a Félix, el amigo de Mario. No habíamos podido adelantarlo porque Dan tuvo que hacer unos trámites que se demoraron para nuestra intranquilidad. Para ya estábamos aquí, por fin.

Solo había silencio y, si no fuera por la poca luz que salía de la vivienda hacia el exterior, nadie diría que había alguien en ella. Miré la hora en la pantalla del móvil, eran las once y veinte de la noche. Marqué el número de Robin, con tranquilidad porque todos teníamos los teléfonos en silencio.

—¿Va bien? —me preguntó.

—Como tú, esperando. ¿Ves algún movimiento por ahí?

—No, tío. Todo está en calma.

—Robin…

—¿Sí?

—Cuando empiece…

—No te preocupes por mí. Por lo que más quieras, céntrate solo en ti si no quieres que me dé algo.

—Joder, vale. —Bufé, pasándome una mano por el pelo.

—Cuando nos demos cuenta se ha terminado, Kyan.

—Sí. Ten mucho cuidado.

—Igualmente, te quiero.

—¿Por qué mierda me dices eso ahora? Joder, las dos últimas veces que he leído y escuchado esas palabras son en el peor momento.

—Yo qué sé, me ha salido —negué sonriendo.

—Yo también, Robin. Entre nosotros sobran las palabras.

—Sí. Hasta dentro de un rato para celebrar que todo ha salido bien.

Continué agarrando el móvil porque Dan nos avisaría por mensaje a los tres: a Mario, a Robin y a mí, cuando llegara el momento de movernos. Él había creado un grupo en el que estábamos todos, por lo que lo leeríamos al mismo tiempo. Cogí varias veces aire y volví a observar la vivienda.

Tuvimos que esperar diez minutos para recibir el dichoso mensaje. Todos nos activamos y empezamos a acercarnos al perímetro desde puntos diferentes. En silencio, sigilosos, fuimos adelantándonos sin ser vistos. Queríamos intentar entrar de la misma forma, hasta que por narices cambiara.

Cada uno teníamos que encargarnos de comprobar si había alguna ventana o cristalera abierta por la que colarnos. Si Alba estaba dentro, no queríamos provocar antes de tiempo que todo se descontrolara. Fue Robin el que nos avisó de que en su zona había una ventana por la que podíamos acceder, en la mía no tuve suerte, los dos ventanales estaban bloqueados.

Nos dirigimos hacia él, sabiendo dónde se encontraba. Al reunirnos, quedándonos a cubierto, hizo un gesto con la cabeza hacia la pequeña apertura. La abrió muy despacio y tuvimos la suerte de que no hizo ningún ruido. No entramos rápido, esperamos atentos al interior, para escuchar algo.

Distinguimos varias voces lejanas y después de comprobar que no aparecía nadie, fuimos entrando uno a uno, moviéndonos como lo habíamos hecho hasta el momento. Dan estuvo en la delantera seguido por mí, después Robin y por último Mario. La estancia era como una sala de estar, tenía sillones frente a una chimenea y poco más.

La construcción era grande, lo que fue en nuestra contra porque perdimos la ventaja cuando nos encontramos de frente con un tío. Intentó atacarnos, pero Dan le disparó con el silenciador del arma puesto. No nos sirvió de nada, el hombre se adelantó gritando. Alertó a los que había en la vivienda antes del impacto de bala.

Eso provocó que todo se descontrolara, y enseguida tuvimos que protegernos. Empezaron a salir por todos lados de la vivienda. Los disparos fueron constantes, mientras yo solo podía pensar en Alba y el miedo que debía estar pasando. Después de hacer caer a varios, llegué a unas escaleras.

Con el arma apuntando hacia delante, estuve atento a todo lo que me rodeaba. Cada uno sabíamos lo que teníamos que hacer, yo era el encargado de encontrar a Alba para sacarla de allí. Los sonidos estridentes se entremezclaron con los de los latidos de mi corazón. Lo sentí como si lo tuviera bombeando en la puñetera cabeza.

Llegué a la primera planta y me pegué a un lateral del pasillo. De una de las puertas salió un hombre dispuesto a terminar conmigo. Después de varios disparos frustrados por su parte, pasó a luchar con las manos, lanzándose hacia mí. Forcejeamos, por mi parte recibí varios golpes que me dejaron sin aliento, pero por la suya recibió los que lo dejaron noqueado en el suelo. Con el pie lancé su arma lejos y continué adelantándome.

Cada vez quedaba menos, conforme caminaba por el pasillo poco iluminado me decía que estaba a punto de dar con Alba. Si no la estuvieran reteniendo, los cuatro a los que me enfrenté después, en el pasillo solitario, habrían corrido a la zona donde se estaba llevando a cabo el intercambio de balas. Recé porque ninguna de ellas impactara en los míos, pero solo por unos instantes porque no podía distraerme, por mucho que me pesara.

El final del pasillo se abría en una zona amplia que daba paso a otra escalera. Enfoqué la vista en la única puerta que llamó mi atención. Hasta hacía unos segundos la luz salía por debajo de ella, la acababan de apagar. Enfoqué el cañón del arma y di pasos cortos, pero seguros, directo hacia ella. La puerta se abrió de golpe, sorprendiéndome al dejarme expuesto por completo.

Tampoco es que pudiera haberme protegido en algún sitio, era una zona completamente despejada. Dentro de la habitación solo había oscuridad. Sentí el disparo en la pierna, cómo entró y salió, atravesándomela. Gruñí disparando varias veces sobre el cuerpo que cayó desplomado, sin vida.

—Me cago en… —murmuré levantando el arma, sujetándola con más rabia de la que tenía acumulada.

La puerta se había quedado abierta, lo único que se veía era negrura, por eso no había visto a quien me había disparado, hasta que fue demasiado tarde. Me moví dispuesto a entrar, pero no llegué a hacerlo cuando me giré hacia la escalera. Tuve que lanzarme al suelo y rodar por él, para escapar de la ráfaga de disparos. Me incorporé y corrí, metiéndome en una de las habitaciones, pocas más opciones tenía. El dolor en el muslo me hizo apretar la mandíbula.

Dos hombres se habían posicionado frente a la puerta abierta, apuntando hacia delante. Maldije por lo cerca que había estado, porque en cuestión de segundos otro hombre salió arrastrando de malas formas a una niña. Tragué saliva al ver por primera vez a Alba. Tenía la boca tapada con una cinta adhesiva, estaba despeinada y no podía ni caminar por la fuerza con la que ese hombre tiraba de ella.

Enfoqué el cañón a uno de los que continuaban en la puerta y disparé. No se lo vio venir, cayó hacia atrás. El otro se alteró y empezó a descargar el arma sin sentido, conforme avanzaba hacia mí. Me costó más de la cuenta desprenderme de él, pero terminé haciéndolo. Con el camino libre

me lancé a la carrera, desesperado, necesitando darle alcance a Alba.

El dolor intenso de la pierna me recorrió todo el cuerpo. Bajé las escaleras saltándolas, sin permitirme aflojar. No me paré al llegar a la planta principal, en la que los sonidos de los disparos continuaban. Salí por una puerta que vi abierta en el lateral, la que me llevó fuera de la casa. Las luces de un vehículo se alejaban de la zona y corrí con todas las fuerzas que tenía, llevándome al límite. Llegué junto a mi coche sin respiración y me monté. En cuanto arranqué, pisé el acelerador a fondo y me metí en el camino, para perseguirlo.

Me incorporé a una carretera más grande y apreté el volante al verlo delante de mí, a unos metros de distancia. Le tomé ventaja, me acerqué como para distinguir las cabezas de dos hombres en el interior. A Alba no la localicé, pero sabía que estaba dentro, tenía un pálpito que pocas veces me fallaba. Pisé hasta el fondo el acelerador y me puse en paralelo con él, pero tuve que frenar cuando sacaron un arma por la ventanilla del conductor.

—Joder. —Miré por el espejo retrovisor interno, viendo otro coche aproximándose a gran velocidad, pero todavía lo suficientemente lejos como para conseguir lo que necesitaba.

Di un volantazo calculado y adelanté al coche que perseguía yo. Varios disparos impactaron en la chapa en cuanto giré el volante de nuevo, para bloquearle el paso, pero justo cuando lo hacía, en el momento en que el vehículo era más inestable, el otro coche chocó conmigo. Me dio en el lateral trasero, consiguiendo que perdiera el control. Por mucho que intenté mantenerlo, no pude. Me agarré con fuerza al volante cuando empezó a girar en la carretera por la inercia de la velocidad. Recibí otro impacto que fue la perdición. Mi coche empezó a dar vueltas de campana, impactando por todas partes con el asfalto.

Solté un quejido fuerte de dolor, colgado bocabajo por el cinturón. La pierna me ardía, pero el dolor de todo el cuerpo fue tan intenso que no conseguí enfocar la vista. Perdí el conocimiento, mi último recuerdo fue el de pedirle perdón a Lena, por haberle fallado, mientras las lágrimas salían de mis ojos, unas lágrimas de impotencia y rabia.

✣ ✣ ✣

Entreabrí los párpados y lamenté el hacer el intento de incorporarme. Dejé caer la cabeza hacia atrás, respirando desacompasado. Moví los ojos para ver dónde estaba. Era un lugar con muy poca iluminación, se escuchaba el sonido de gotas cayendo a un ritmo constante. Distinguí una puerta hacia la izquierda, lógicamente estaba cerrada. Con cuidado, me palpé el bolsillo interno del abrigo y dejé salir el aire despacio, aliviado, al palpar el móvil.

Lo saqué con dificultad y lo dejé caer sobre mi pecho cuando vi que no tenía cobertura.

—¿Te duele? —Levanté la cabeza de golpe, al escuchar la voz de una niña.

—¿Alba? —Aguanté como pude para no quejarme, no quería asustarla.

Me moví muy despacio, hasta que conseguí quedarme sentado con la espalda apoyada en la pared. Todo un logro. Me froté el pecho por el dolor intenso que tenía.

Y la vi, la misma niña que estaba en la casa apareció desde una esquina oscura. Se quedó en el centro de la habitación o lo que fuera donde nos encontrábamos. Su cara todavía reflejaba el miedo que había sentido.

—¿Me conoces? —preguntó curiosa, muy sorprendida.

Cerré los ojos por unos segundos, sin creerme la gran suerte que había tenido. Estaba junto a ella, en el mismo lugar, lo que me dio las fuerzas que me faltaban.

—Sí —tragué saliva—, por tu madre, Lena.

—¿Conoces a mamá? —Agrandó los ojos.

—Un poco —sonreí de medio lado—. Estaba en la casa, junto a mis amigos, para encontrarte y llevarte de vuelta con ella.

—Quiero irme. —Se le contrajo el gesto y empezó a llorar.

—Ven aquí. —Hice esfuerzos para levantar un brazo.

Dudó, pero al final caminó despacio hacia mí y se sentó a mi lado, rodeándose las piernas con los brazos.

—No me gusta estar aquí.

—Te voy a sacar, te lo prometo.

—¿De verdad? ¿Me vas a llevar con mi mamá?

Contuve la emoción.

—Por supuesto, es donde debes estar. Confía en mí, soy de los buenos. —Le hice un guiño y una bonita sonrisa apareció en sus labios, una idéntica a la de Lena.

—¿Te duele? —insistió— Tienes sangre.

—Bastante, pero solo necesito descansar. Me pondré bien. —Le acaricié el pelo.

Capítulo 55

Lena

Dando vueltas por el salón, así llevaba gran parte del tiempo que hacía que Kyan, Robin y Mario, junto a Dan, habían salido del piso. Me sentía enjaulada, agobiada.

—¿Por qué no se han puesto en contacto con nosotras? Es muy tarde.

—No lo sé, pero lo que iban a hacer no es fácil —dijo Diana. No estaba mejor que yo.

—Presiento algo —negué varias veces—. Son las tres y media de la madrugada, no lo entiendo. —Me presioné la frente.

Las dos soltamos un grito al escuchar el timbre. Corrí a abrir la puerta del portal, al igual que hice con la del piso, esperando impaciente verlos aparecer. Para mi sorpresa del ascensor solo salió Robin, visiblemente magullado, pero caminando por sí mismo.

—¿Estás bien? —pregunté con la vista fija en el ascensor vacío.

—Más o menos, pero bien. —Dejó salir el aire de golpe y me centré en él.

Diana se había quedado paralizada al verlo en ese estado. Nos apartamos para que entrara y cerré quedándome con las manos en la madera, con los ojos cerrados y rezando para no escuchar algo que me rompiera por completo.

Fui a la cocina a por una botella de agua y un vaso, y me senté en la mesa baja. Robin estaba en el sofá, con Diana al lado. Llené el vaso y se lo ofrecí.

—¿Qué ha pasado Robin? —Tragué saliva.

—Llevamos a rajatabla el plan que trazamos. Dan, Mario y yo nos quedamos en la planta baja, enfrentándonos a todos los que fueron apareciendo. —Se pasó una mano por el pelo—. No hemos salido ninguno herido, al menos de gravedad. —Se señaló y por fin pude respirar porque había estado conteniendo el aire—. Creo.

—¿Qué significa eso? —Quiso saber Diana, nerviosa—. ¿Dónde están los demás?

—Un no lo sé responde a la última pregunta.

—¿Dónde está mi padre, Robin? —Alzó la voz, alterada.

—Tranquilízate, hablé hace media hora con él. Los tres salimos de la casa por nuestro propio pie y como he dicho, sin ninguna herida grave. En la casa no quedó nadie, el problema vino después. Cuando caminábamos hacia el coche de tu padre y el de Dan, nos sorprendieron seis vehículos. Aparecieron de la nada. Los ocupantes eran muchos, nos superaban en número. Decidimos separarnos para largarnos de allí. Yo me llevé el coche de tu padre, él se fue en el de Dan. Nos han perseguido, pero como te he dicho, hace media hora que he hablado con él. Están bien, pero no sé dónde. No van a venir hasta que se aseguren de que tienen el camino libre hasta aquí, como he hecho yo.

—Vale. —Se dejó caer de golpe en el sofá.

—¿Por qué no has mencionado a Kyan? —pregunté susurrando, mirándolo fijamente.

—Porque es del único que no sé nada. —Apretó la mandíbula—. Por ahora, porque me he quedado sin batería. Mateo no tiene cargador en el coche. Kyan se fue de la casa, su coche no estaba cuando nos montamos en los otros. No se ha puesto en contacto con ninguno y su teléfono no da señal.

—No. —Me levanté despacio, temblorosa—. No… —Se me desestabilizó la respiración.

—Escúchame, Lena. —Bajé la mirada hacia él—. Puedo encontrarlo, al menos acercarme si tengo la gran suerte de que su teléfono dejara de funcionar cerca de donde esté.

—¿Cómo?

—Nuestros teléfonos están sincronizados, puedo saber su ubicación. —Jadeé.

—Ponlo a cargar, por favor —asintió con gesto preocupado.

Cuando se levantó, dio la sensación de que se había recompuesto un poco, al menos quiso aparentarlo ante nosotras para no alterarnos más. Regresó con el cargador y lo dejó conectado en el enchufe de detrás del televisor.

—Hay que esperar un poco, no reacciona rápido —asentí nerviosa.

—¿Y Alba? ¿Sabes si…?

—No puedo decirte nada, Lena. Era Kyan el encargado de buscarla, mientras los demás limpiábamos la zona principal de amenazas.

—Joder, no puede ser bueno que falten los dos —negué varias veces, con lágrimas en los ojos.

—Cariño. —Me abrazó Diana.

El tiempo de espera hasta que Robin pudo encender su teléfono fue insoportable, desesperante. Diana y yo nos sentamos una a cada lado de él, en el sofá, los tres con la vista fija en la pantalla del teléfono.

—Lo tengo. No sé si es fiable del todo porque lo tiene apagado, pero algo es algo.

—¿Eso dónde es? La señal está fija, no se mueve —Quiso saber Diana.

—Ni puñetera idea —respondió Robin—, solo hay que seguir la misma ruta.

Le quité el teléfono de las manos y amplié la imagen, para situarme en el mapa.

—Está a unos cuarenta minutos de aquí —susurré tragando saliva.

—¿Adónde vas? —me preguntó Diana.

Salí corriendo al pasillo y entré en la habitación. Nala estaba cerca de la puerta. La pobre había intuido tanto que lo estaba pasando mal, que había tenido que dejarla aislada en la habitación, para no continuar transmitiéndole mi malestar.

La acaricié y le di varios besos en la cabeza, antes de calzarme y ponerme la parka.

—Lena, ¿qué haces? —me preguntó Robin.

Lo miré de reojo, Diana estaba a su lado, en el hueco de la puerta.

Metí el cargador en el arma, el que había sacado para comprobar que no faltaba ninguna bala desde la última vez que las repuse. Me la guardé en el bolsillo de la parka.

—Voy a por Kyan. No es normal que no se haya puesto en contacto con ninguno. Sabe de sobra lo histérica que estaba, si da la casualidad de que se ha quedado sin batería, como te ha sucedido a ti, pongo la mano en el fuego por él, en que se habría parado en algún lugar para intentar llamarme. A Kyan le ha pasado algo. —Contuve la respiración—. Lo sé. —Me froté el pecho—. No sé dónde está mi hija, pero él sí sé dónde se encuentra.

—No voy a dejar que salgas de aquí —dijo Robin, cerrándome el paso.

—Sí, lo vas a hacer —siseé—, porque te vienes conmigo.

—Kyan me matará si…

—Kyan lo que necesita es ayuda ahora, si quiere terminar con nosotros cuando estemos

juntos, ya lo arreglaremos.

—Mierda. —Bufó.

—¿Y yo? Quiero colaborar.

—Tienes que quedarte aquí, tu padre y Dan aparecerán en algún momento. —La agarré de las manos—. Y Nala todavía está muy nerviosa. —La tenía pegada a mi pierna—. Por favor, Diana. No sé qué ha sucedido, tenemos que irnos ya.

—Está bien —aceptó con expresión triste.

—Cuando lleguemos al sitio, si no nos encontramos con la nada, te enviaré la ubicación para que Mario y Dan se reúnan con nosotros —le comentó Robin. Diana asintió con gesto preocupado.

Nos despedimos con un abrazo los tres. Mientras bajábamos, le dije a Robin que iríamos con mi coche, en él tenía cargador para el teléfono. No quería perder más tiempo. Le pareció bien, pero me quitó las llaves para conducir él. Una vez montados y con el motor en marcha, puse el móvil a cargar y fui indicándole los desvíos y la ruta por la que tenía que ir. Quince minutos más tarde nos alejábamos de la ciudad.

—Estoy seguro de que están con vida, Lena —comentó.

No dije nada, tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar. Enfoqué la mirada hacia delante, con la vista nublada por las lágrimas.

✣ ✣ ✣

—Aquello parece una casa. —Señaló hacia la izquierda.

Acabábamos de llegar donde marcaba la última señal de Kyan.

—Sí —dije—. ¿Crees que…?

—No tengo ni idea, pero vamos a comprobarlo.

Revisó su arma y salimos del coche. Caminamos en medio de la oscuridad. La zona estaba urbanizada, pero la casa en cuestión, la que quedaba más cerca de la señal, estaba muy apartada de las demás, solitaria y silenciosa porque no se escuchaba nada.

No diferenciamos ningún ruido al acercarnos.

—Esto es una jodida locura. Vale que hayas querido venir, pero tendrías que haberte quedado

en el coche.

—No pierdas el tiempo insistiendo. —Levanté el arma, en el mismo momento en el que él bufó resignándose.

Enfoqué hacia la entrada, haciendo un recorrido con la vista por lo que rodeaba a la casa.

—No hay luz dentro —susurró—. No podemos entrar sin refuerzos. Joder, Lena, que eres tú. Dan y Mario están en camino, tenemos que esperarlos.

—¿Si Kyan se estuviera muriendo pensarías lo mismo?

—Claro que no, joder…

—Pues eso mismo, no lo sabemos. —Entrecerré los ojos.

Él cerró los suyos por unos segundos, hasta que se movió y lo seguí. Me obligó a ir detrás de él. Entendía su preocupación, era consciente de que estaba deseando encontrar a Kyan y, si era con Alba, mejor porque no sabíamos si estaban juntos, pero tenía miedo por mí.

La primera amenaza llegó por nuestra derecha, nos sobresaltó. Un hombre se lanzó sobre mí. Caímos al suelo y no pude contener un quejido por el golpe seco que di de espaldas. Robin reaccionó rápido, lo apartó de mí y peleó con él, hasta que hizo uso de su arma y lo dejó fuera de juego.

Dándole la espalda a la puerta, esta se abrió de golpe. Apunté y disparé, importándome una mierda todo menos recuperar a Kyan y a mi hija.

—Joder. —Agrandó los ojos Robin, al darse cuenta de que él era la diana para ese hombre.

Me ayudó a levantarme.

—Gracias, Lena.

—No es nada, ya me salvarás tú de Kyan. —Curvó un poco los labios, pero su rostro se cubrió de seriedad cuando nos movimos rápido.

Entramos en la casa. No había nadie visible, pero sí que se escuchaban sonidos de voces. Corrimos por el pasillo y nos asomamos a unas escaleras que bajaban a un sótano. Robin y yo nos miramos antes de bajar. Él no llegó a hacerlo, otro hombre apareció de la nada y se lanzó sobre él.

—Sal de aquí —me gritó sin apartar los ojos de su adversario.

Jadeé al reconocer una de las voces que se escuchó, venía del sótano. Era la de Kyan. No lo pensé, Robin terminaría rápido con el otro hombre. Bajé las escaleras despacio, sin hacer ruido y

cuando me asomé al final de ellas contuve la respiración al ver al mismo hombre que en el pasado, uno del que jamás me olvidaría.

Levanté el arma, enfocándola en su cuerpo. No era la única que iba armada, él tenía otra en la mano, apuntando hacia el interior de una habitación o estancia, ni idea de lo que era.

—Mírame —grité, pero sin alterarme para no fallar en la puntería.

Al escucharme cerca giró hacia mí rápido, fue lo único que hizo, quedándose a medio camino. Agrandó los ojos cuando la bala que salió de mi arma impactó en su pecho. Se lo tocó y bajó la cabeza hacia la herida. No dejé de apuntarlo en ningún momento, por si tenía que repetirlo. No hizo falta, cayó al suelo.

—¿Mamá? —Jadeé al escuchar a Alba.

Corrí hacia el hueco de la puerta y me paré en él, observando con los ojos nublados el cuerpo de Kyan, un poco flexionado, de pie en el centro. Alba estaba detrás de sus piernas, asomada por el costado, mientras él la sujetaba, protegiéndola.

Volví a correr hacia ellos, pensado que me caería porque me temblaba todo el cuerpo. Alba gritó de nuevo un «mamá» y vino hacia mí. En ese momento sí que me puse de rodillas, abrazándola desperada, llorando las dos. No entendí lo que me dijo con la voz entrecortada, pero no me importó, la tenía conmigo y estaba bien. Durante unos minutos no pude separarme de ella, pero sin dejar de observar a Kyan con todo el amor que sentía por él. Sonreía hacia nosotras, emocionado con el reencuentro.

Hasta que me di cuenta de que algo no estaba bien en él. Se tambaleó y grité su nombre, separándome de Alba. Entonces fue cuando vi sangre en una de sus piernas.

—Kyan. —Lo cogí al vuelo, pero no pude soportar su peso. Nos fuimos al suelo los dos—. Kyan —repetí desesperada al no escucharlo.

—Estoy bien, solo necesito ayuda para salir de aquí. Me duelen hasta las pestañas, me he dado un buen revolcón —habló con la voz entrecortada. Me acarició la cara—. Pues sí que sabes utilizar el arma.

—Te lo dije, no me prestas atención —negué con una pequeña sonrisa, acariciándole el pelo —. ¿Qué te ha pasado?

—Como me ves, es por la bala y el accidente de coche que he tenido, nada de gravedad. — Jadeé.

—¿Nada de gravedad?

Robin apareció gritando nuestros nombres. Al vernos, corrió hacia nosotros. Alba me rodeaba el cuello, pegada a mi espalda, sin querer separarse más.

—Tío. —Se dirigió a él Robin.

—Estoy bien. —Se agarraron de la mano.

—Joder. —Sacudió la cabeza.

Lo ayudamos entre los dos a ponerse en pie y a subir las escaleras. La casa estaba vacía, solo con nosotros dentro cuando aparecieron Dan y Mario, para ayudarnos. En ese momento, mi hija quedó en un segundo plano, pero abrazándola a mi cuerpo mientras caminábamos hasta el coche. Lo más urgente era llevar a Kyan al hospital, y eso hicimos.

Por suerte, cuando un doctor salió a informarnos de su estado, pudimos respirar tranquilos al oír que tenía heridas serias, pero de las que se recuperaría sin problema con tiempo y paciencia. La de la pierna era limpia y no había dañado nada interno.

La pesadilla había terminado, había llegado a su fin. El inicio de algo precioso, un sueño maravilloso que se convirtió en realidad, comenzó tumbada en la cama de hospital junto a Kyan, la primera noche que me dejaron estar con él.

Epílogo



Diez años después…

Kyan

Sonreí al ver a Nala y a Kara, su cachorro, correr detrás de Alba y de Cora, nuestras hijas, las de Lena y mía. Bebí un trago de cerveza, hacía un día estupendo. Estábamos en el patio trasero de mi casa, y Alba y Cora no tardaron en lanzarse a la piscina, ante los lloros de Nala y de Kara que no pudieron alcanzarlas.

Me encantaba que sonaran sus risas. Alba ya era una adolescente preciosa de dieciséis años. Cuando he hecho referencia a que era mi hija es por es así de pleno derecho. La consideré desde el inicio como tal, la acogí en mi vida queriéndola desde antes de conocerla, pero quise formalizar el trámite. Su padre biológico no se lo pensó cuando le ofrecí firmar los papeles de renuncia hacia ella, el muy desgraciado lo hizo rápido. La adopté, le puse mi apellido antes de que Lena y yo nos casáramos.

Cora tenía seis años, los mismos que Alba cuando la conocí. Habíamos creado una familia preciosa, estaba rodeado de mujeres por todos los lados, con lo que muchas veces hacía bromas y terminábamos riendo todos.

—¿Quién gana? —me susurró Lena al oído.

Sonreí cogiéndola de la mano. La guie hasta sentarla en mis piernas.

—¿Tú qué crees?

—¿Empate?

—Sí. —Reímos mientras observábamos a las cuatro.

Le acaricié la espalda y me quedé embelesado observando su perfil. Lena era mi lugar seguro, al que siempre quería regresar, una y otra vez. Cuando salí del hospital, recuperado del todo, viví durante un tiempo en la ciudad con ella. Es un tiempo que atesorábamos porque fue un inicio que

nos trajo mucha paz, al haber terminado la tortura que la perseguía y la consumía.

Salir a la calle sin tener que estar pendiente de quién pasaba por nuestro lado, fue un alivio difícil de explicar. Algo tan normal, para nosotros fue una novedad. Lena no tuvo que asumir las muertes de los hombres a los que disparó y mató, cuando fue a buscarme con Robin. El arma que siempre llevó estaba registrada a nombre de Dan, era una secundaria que tenía. Era legal y como él estaba al mando de la operación que llevábamos a cabo, la que se truncó un poco, se hizo cargo de todo, como si él fuera el responsable de las muertes en una misión en la que se vio atacado. En cierta manera era una gran verdad, pero intercambiando papeles.

Celebramos nuestra boda un año después de que Lena se trasladara al pueblo a vivir conmigo. Fue un evento emotivo del que guardábamos momentos entrañables, a la vez que divertidos. Estuvimos rodeados de nuestros amigos, a los que considerábamos familia. Los primeros en la lista fueron: Robin, Dan, Diana, Mario y Elena. Tuvimos la gran alegría de que también nos acompañaron: María, la vecina de Lena, del piso que tuvo en la ciudad en la que vivió. Paula, la camarera del *pub* del pueblo en el que tuvimos nuestro primer contacto directo Lena y yo. Incluso Damián, dueño del restaurante de la ciudad a la que huyó y fui a buscarla; y Lucas, propietario del hotel que la acogió de la mejor manera posible, cuidándola. Ambos, Damián y Lucas, se habían convertido en buenos de amigos de los dos, nos visitábamos para tener un contacto más directo, dejando a un lado los teléfonos.

Nos manteníamos unidos a todos los que he mencionado.

Sobre el trabajo de Lena, el que no pudo ejercer durante meses… Pues os comento que consiguió una plaza en uno de los dos colegios principales del pueblo y que estaba encantada con realizarlo.

Toca mencionar a nuestros amigos más íntimos, a nuestras personas refugio en muchos instantes de nuestras vidas.

Empezaré por Robin, al que consideraba un hermano. Fue divertido asistir personalmente al momento en el que le abrieron los ojos de golpe, y que conste que he dicho abrieron, yo quedo apartado de eso. Solo fui testigo directo del intercambio de palabras entre los padres de Diana, Mario y Elena, y Robin. Un día que Diana no estaba en la casa de sus padres, no sé por qué motivo, pero como muchas veces sucedía, terminábamos en la casa de ellos. Fue Mario el que sacó el tema, de una forma muy graciosa. Le dijo directamente y sin tapujos, que no sabía lo que le pasaba por la cabeza para haberlo elegido a él de compañero de cama, en vez de a su hija, de la que estaba enamorado desde hacía años y lo mantenía en secreto. La cara de Robin fue digna de inmortalizar. Mario se refirió a cuando viajaron a la ciudad en la que vivía por aquel entonces Lena y nos quedamos todos en su piso, antes de la misión para recuperar a Alba. Mi amigo se quedó paralizado, sin saber reaccionar. Yo solté una fuerte carcajada a la que se unió Elena. Cuando se calmó, le pidió que no dejara pasar más el tiempo, que él bien sabía que Diana tenía sentimientos y era correspondido. Ese fue el detonante que lo hizo reaccionar, porque para Robin siempre fue muy importante lo que pensara Mario, al que también consideraba como un padre y lo admiraba. Diana no se esperó que la invitara a cenar una tarde que fue a la cafetería, con el

propósito de ponerle fin a su pequeño calvario de tener que mirar hacia otro lado, cada vez que estaba cerca de ella. A pesar de la sorpresa, cuando supo que irían solos a cenar, Diana aceptó encantada. Sobra decirlo. Fue una noche que marcó un antes y un después como suele suceder, porque a Lena y a mí nos pasó lo mismo. De diferente forma, pero al fin cabo, igual. Desde el momento que acortaron distancias no volvieron a separarse. Se casaron tres meses antes que nosotros, tenían un hijo, Carlos. Formaban una familia preciosa, en la que el amor era lo primordial.

Voy con Dan, el amigo de Lena que representaba para ella lo mismo que para mí Robin. Él se quedó en la ciudad viviendo, pero lo teníamos constantemente en el pueblo. Todos los fines de semanas que podía viajaba hasta aquí. En uno de ellos, que hizo hace ya años, nos sorprendió al aparecer acompañado por una chica, Roxana. Lena me había hablado de ella porque lógicamente estaba informada por Dan de cómo la conoció, pero el conocerla y acogerla en nuestro grupo cerrado fue un privilegio porque era una mujer encantadora y simpática. Dan cayó rendido ante ella. Se casaron dos años después de noviazgo, y hoy día, Roxana estaba a punto de dar a luz a Lucas, el hijo primogénito.

Mario y Elena continuaban igual de enamorados y unidos como siempre. Eran unas piezas fundamentales en la vida de todos. Poco más puedo decir sobre ellos. Muchos fines de semana nos reunimos en la casa de ambos para disfrutar de los que nos unía.

La vida cambia en cuestión de segundos, nadie queda exento de ello. Lo negativo queda apartado y pisoteado; lo positivo, el encontrar en un camino solitario, bajo un temporal fuerte, a la mujer de mi vida, con síntomas de estar pasándolo mal, fue lo mejor que me había sucedido en la vida y agradecía cada día el tenerla junto a mí.

La amaba con locura y no hace falta que os diga cómo la deseaba… Nada había cambiado entre nosotros, o sí, porque la complicidad que dan los años de conocimiento, son un extra a sumar en la relación.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu